prácticas cOnstituyentes

¿CÓMO TERMINARÁ EL CAPITALISMO?

ENSAYOS SOBRE UN SISTEMA EN DECADENCIA

Wolfgang Streeck

traficantes de sueños

¿CÓMO TERMINARÁ EL CAPITALISMO?

ENSAYOS SOBRE UN SISTEMA EN DECADENCIA

WOLFGANG STREECK

Primera edición: 1000 ejemplares, junio de 2017
Título: ¿Cómo terminará el capitalismo?
Autores: Wolfgang Streeck
Traducción:
Jose Amoroto, Álvaro García-Ormaechea, Juanmari Madariaga y Ethel Odriozola
Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]
Dirección de colección: Carlos Prieto del Campo y David Gámez Hernández
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]
Impresión:
Cofás artes gráficas
ISBN: 978-84-947196-0-8
Depósito legal: M-14707-2017

Título original: *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System,*
Londres y Nueva York, Verso, 2016.

¿CÓMO TERMINARÁ EL CAPITALISMO?

ENSAYOS SOBRE UN SISTEMA EN DECADENCIA

WOLFGANG STREECK

TRADUCCIÓN:
JOSE AMOROTO
ÁLVARO GARCÍA-ORMAECHEA
JUANMARI MADARIAGA
ETHEL ODRIOZOLA

prácticas constituyentes

traficantes de sueños

ÍNDICE

ÍNDICE DE GRÁFICOS

NOTA A LA EDICIÓN

Una versión del capítulo 1 fue objeto de la conferencia pronunciada en la Anglo-German Foundation, que tuvo lugar en la British Academy el 23 de enero de 2014; publicada en la *New Left Review* 87, mayo-junio de 2014, pp. 35-64. El capítulo 2 se presentó originalmente como una conferencia pronunciada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia en el marco de la Max Weber Lecture de 2011. Muestro aquí mi agradecimiento a Daniel Mertens por su asistencia en mi investigación; publicado en *New Left Review* 71, septiembre-octubre de 2011, pp. 5-29. El capítulo 3 se publicó por primera vez en la *New Left Review* 76, julio-agosto de 2012, pp. 27-47. El capítulo 4 se publicó por primera vez como un MPIfG Discussion Paper 15/1, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2015. El capítulo 5 apareció originalmente en la *New Left Review* 73, enero-febrero de 2012, pp. 63-71. El capítulo 6 se publicó por primera vez en el *European Law Journal*, vol. 21, núm. 3, 2015, pp. 361-370. El capítulo 7 tiene su origen en la conferencia distinguida sobre ciencias sociales pronunciada en el Wissenschaftszentrum de Berlín el 21 de abril de 2015; publicado en la *New Left Review* 95, septiembre-octubre de 2015, pp. 5-26. El capítulo 8 se publicó por primera vez en la *Zeitschrift für Vergleichende Politikwissenschaft*, vol. 9, 2015, cuaderno 1-2, pp. 49-60. El capítulo 9 se presentó originalmente en la sesión plenaria del panel «Studying Contemporary Capitalism», incluido en la 10th Conference of the European Sociological Association, cuyo tema era: «Social Relations in Turbulent Times», Ginebra, 7-10 de septiembre de 2011; publicado en el *European Journal of Sociology*, vol. 53, núm. 1, 2012, pp. 1-28. El capítulo 10 se publicó en Julian Go (ed.), *Political Power and Social Theory*, Bingley, Emerald Group Publishing Limited, vol. 23, 2012, pp. 311-321. El capítulo 11 se presentó originalmente en la conferencia organizada por la SSRC y el Wissenschaftszentrum de Berlín bajo el título «The Public Mission of the Social Sciences and Humanities: Transformation and Renewal», 16-17 de septiembre de 2011.

NOTA SOBRE EL TEXTO

Aparte de la «Introducción», los capítulos incluidos en esta colección se han publicado previamente: cinco de los once aparecieron en la *New Left Review*, uno como un artículo de discusión de un instituto de investigación del que fui director durante casi dos décadas y el resto en diversos libros y revistas. Los textos aparecieron primero impresos entre 2011 (capítulo 2, basado en una Max Weber Lecture celebrada en el Instituto Universitario Europeo de Florencia) y 2015 (capítulos 4, 6, 7 y 8). Dos fueron escritos originalmente en alemán y después traducidos y el resto los escribí en inglés. A pesar de la ayuda de excelentes editores, soy consciente de que el origen diverso de estos materiales se percibe en demasiados lugares de este libro.

Los capítulos incluidos en este volumen tienen en común el hecho de que han surgido de mis repetidos intentos de comprender las consecuencias de la crisis de 2008 para las ciencias sociales y la teoría sociológica y, en particular, para la macrosociología política y su relación con la economía política. Ello explica por qué a lo largo del libro retornan ciertos temas, lo que provoca ocasionales solapamientos entre sus capítulos. Eliminarlos hubiera supuesto destrozar la integridad de estos y habría requerido a la postre fundirlos en una monografía sistemática, lo cual no solo hubiera cambiado el objetivo del libro, que pretendía presentar conjuntamente en un único volumen artículos dispersos sobre diferentes aspectos de un tema común, sino que habría excedido tanto mis actuales recursos teóricos como el tiempo del que dispongo en estos momentos.

El principal objeto de esta colección de textos es la persistente crisis del capitalismo y de la sociedad capitalista, que ocupa el lugar central del sistema capitalista moderno global. El impulso que define el libro es inspirar una reflexión más concreta sobre cómo ese sistema podría llegar a su fin en un futuro no demasiado lejano –incluso sin la existencia de un régimen que le sucediera a la vista– como consecuencia del despliegue de sus contradicciones internas. La «Introducción» puede leerse como una elaboración y un complemento del capítulo 1, que da título a esta colección de textos.

El capítulo 2 ofrece el telón de fondo a ambos, mientras que el capítulo 3 aborda algunas de las fuentes de la aparente estabilidad de la que podría ser una emergente «pseudosociedad» neoliberal. Los capítulos 4, 5, 6, 7 y 8 tratan, de diversos modos, la relación cambiante entre capitalismo y democracia, tal y como se materializa en la evolución de las instituciones de la Unión Europea, las cuales ocupan una posición intermedia entre el capitalismo global y los Estados-nación europeos. Finalmente, los capítulos 9, 10 y 11 retoman la cuestión del entorno que la sociología actual necesita construir para restaurar su capacidad explicativa de las dinámicas de la sociedad contemporánea y de su constante y espectacular transformación.

Wolfgang Streeck
Colonia, 6 de abril de 2016.

INTRODUCCIÓN
EL CAPITALISMO: SU MUERTE Y VIDA DE ULTRATUMBA

El capitalismo ha sido siempre una formación social improbable, llena de conflictos y contradicciones y, por lo tanto, permanentemente inestable y en cambio constante, enormemente condicionada por apoyos contingentes y precarios históricamente, así como por acontecimientos e instituciones restrictivos. La sociedad capitalista puede describirse a grandes rasgos como una sociedad «progresista» en el sentido que daban a esa palabra Adam Smith[1] y la Ilustración; una sociedad que ha acoplado su «progreso» a la generación y acumulación continua e ilimitada de capital productivo efectuada mediante una conversión, gracias a la mano invisible del mercado y la mano visible del Estado, del vicio privado de la codicia material en beneficio público[2]. El capitalismo promete un crecimiento infinito de la riqueza material mercantilizada en un mundo finito mediante el recurso a la ciencia y la tecnología modernas, lo cual convierte a la sociedad capitalista en la primera sociedad industrial, que recurre a la expansión sin fin de mercados libres (esto es, en disputa y sometidos a condiciones de riesgo) situados al abrigo de un Estado protector hegemónico, que ejecuta políticas de apertura de la actividad mercantil a escala tanto nacional como internacional[3]. Como versión de la sociedad industrial, la

---

[1] Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [1776], Nueva York, Oxford University Press, 1993; ed cast.: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México DF, FCE, 1958.

[2] Bernard de Mandeville, *The Fable of The Bees: or, Private Vices, Publick Benefits* [1714], Indianapolis, Liberty Fund, 1988.

[3] Abundan las definiciones del capitalismo y tienden a ser a la vez elaboradas y eclécticas, en cuanto que consisten en combinaciones cambiantes de determinadas características, pero no es necesario explorarlas en detalle aquí. Distintas definiciones enfatizan diferentes elementos de la configuración capitalista, según las preocupaciones o ideologías individuales de los autores; también reflejan diferentes etapas en la evolución de la bestia, apuntando a su dinamismo histórico. Para una muestra, véanse las siguientes: Sombart: «El capitalismo designa un sistema económico caracterizado de manera significativa por el predominio del "capital" [...]. Un sistema económico es un modo unitario de satisfacer las necesidades materiales, animado por un determinado espíritu, regulado y organizado según un plan definido y aplicando determinados conocimientos técnicos» (Werner Sombart, «Capitalism», en Alvin Johnson y Edwin Seligman (eds.), *Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 3, Nueva York, Macmillan 1930, p. 196); Weber: «El capitalismo está presente allí donde la satisfacción industrial de las necesidades de un grupo humano se realiza por el método

sociedad capitalista se distingue por el hecho de que su capital productivo colectivo se acumula en manos de una minoría de sus miembros que gozan del privilegio legal, en forma de derechos de propiedad privada, de disponer de tal capital en cualquier forma que les convenga, incluso dejarlo ocioso o transferirlo al extranjero. De esto se deriva, en particular, que la gran mayoría de los miembros de una sociedad capitalista deben trabajar bajo la dirección, por mediada que sea, de los propietarios privados de los instrumentos que necesitan para ganarse la vida y en los términos establecidos por los propietarios en consonancia con su deseo de maximizar la tasa de aumento de su capital. Motivar a los no propietarios a hacerlo –a trabajar dura y diligentemente en interés de estos– requiere dispositivos ingeniosos –palos y zanahorias de los tipos más diversos que nunca tienen un funcionamiento asegurado–, que deben ser continuamente reinventados a medida que el progreso capitalista los deja continuamente obsoletos.

Las tensiones y contradicciones presentes en la configuración político-económica capitalista propician como un resultado siempre posible la quiebra estructural y la crisis social del sistema. La estabilidad económica y social bajo el capitalismo moderno debe asegurarse en un contexto de turbulencia sistémica[4] producida por la competencia y la expansión, que se hallan en un difícil equilibrio y conocen un resultado siempre incierto.

empresarial, independientemente de cuáles sean esas necesidades. Más concretamente, un sistema capitalista racional es el que se basa en una contabilidad del capital, es decir, que determina su capacidad de rendimiento de ingresos mediante los métodos de la contabilidad moderna y el mantenimiento de un balance» (Max Weber, *Wirtschaftsgeschichte*, Berlín, 1923; ed. ingl.: *General Economic History* [1927], New Brunswick (NJ), Transaction Publishers, 2003, p. 275; ed. cast.: *Historia Económica general*, México DF, FCE, 2001); Schumpeter: «El capitalismo es esa forma de economía de la propiedad privada en la que las innovaciones se realizan por medio de dinero prestado, lo que en general, aunque no por necesidad lógica, implica la creación de crédito» (Joseph A. Schumpeter, *Business Cycles* [1939], vol. 1, Filadelfia (PA), Porcupine Press, 1982, p. 223); Keynes: «[...] La característica esencial del capitalismo es [a mi parecer] la intensa dependencia de los instintos de ganar y disponer de dinero de los individuos como principal fuerza motriz de la máquina económica» (John Maynard Keynes, *The End of Laissez-Faire: The Collected Writings of John Maynard Keynes* [1931], vol. 9, Londres, Macmillan Press Ltd., 1972, p. 293). En cuanto a Marx, Ève Chiapello, en un perspicaz artículo, afirma que nunca utilizó el concepto (È. Chiapello, «Accounting and the Birth of the Notion of Capitalism», *Critical Perspectives on Accounting*, vol. 18, núm. 3, 2007, pp. 263-296; véanse también: Ivan Tibor Berend, «Capitalismo», en Neil Smelser y Paul Baltes (eds.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, vol. 3, Ámsterdam, Elsevier, 2001, pp. 1454-1459; Jürgen Kocka, *Geschichte des Kapitalismus*, Munich, Verlag C. H. Beck, 2013), aunque «el sistema capitalista descrito [por él] es más o menos el mismo que el capitalismo de Sombart y Weber, al menos cuando ofrecen una definición crítica. La paradoja de la historia es que Marx [...] nunca menciona, o apenas, la contabilidad, a diferencia de Sombart y Weber, pese a que probablemente sabía más sobre las prácticas contables de su época que los dos sociólogos alemanes que le siguieron», È. Chiapello, «Accounting and the Birth of the Notion of Capitalism», cit., p. 293. Sombart, a su vez, afirmó que Marx, que prácticamente descubrió el *fenómeno*, definió sólo ciertos aspectos del capitalismo a medida que la ocasión lo requería» (W. Sombart, «Capitalism», cit., p. 195).

[4] William H. Sewell Jr., «The Temporalities of Capitalism», *Socio-Economic Review*, vol. 6, 2008.

Su éxito depende, entre otras cosas, de la oportuna aparición de un nuevo paradigma tecnológico o del desarrollo de necesidades y valores sociales que complementen las necesidades cambiantes de un crecimiento económico continuo. Por ejemplo, para la gran mayoría de sus miembros, una sociedad capitalista debe arreglárselas para convertir el temor siempre presente de quedar apartado del proceso productivo, debido a la reestructuración económica o tecnológica, en la aceptación de una distribución altamente desigual de la riqueza y el poder generados por la economía capitalista y una creencia en la legitimidad del capitalismo como orden social. Para eso se necesitan dispositivos institucionales e ideológicos muy complicados e inevitablemente frágiles. Lo mismo ocurre con la conversión de *trabajadores inseguros* –para asegurar su obediencia– en *consumidores confiados* que cumplan alegremente sus obligaciones sociales de consumo, incluso frente a la incertidumbre fundamental de los mercados de trabajo y empleo[5].

A la luz de la inestabilidad inherente a las sociedades modernas basadas en una economía capitalista y configuradas dinámicamente por ella, no es de extrañar que las teorías del capitalismo, desde que el concepto fue utilizado por primera vez a principios del siglo XIX en Alemania[6] y a mediados del mismo siglo en Inglaterra[7], fueran siempre también teorías de la crisis. Esto es cierto no sólo en lo que se refiere a Marx y Engels, sino también para autores como Ricardo, Mill, Sombart, Keynes, Hilferding, Polanyi y Schumpeter, todos los cuales esperaban de una forma u otra ver el fin del capitalismo durante su vida[8]. Qué tipo de crisis pondría fin al capitalismo

---

[5] Colin Crouch, «Beyond the Flexibility/Security Trade-Off : Reconciling Confident Consumers with Insecure Workers», *British Journal of Industrial Relations*, vol. 50, núm. 1, pp. 1-22.

[6] Ingomar Bog, «Kapitalismus», en Willi Albers *et al.* (eds.), *Handwörterbuch der Wirtschaftswissenschaft*, Stuttgart, Gustav Fischer, 1988, pp. 418-432.

[7] R. M. Hartwell y Stanley L. Engerman, «Capitalism», en Joel Mokyr (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Economic History*, vol. 1, Nueva York, Oxford University Press, 2003, pp. 319-325.

[8] Esto se refleja en las periodizaciones de la historia del capitalismo típicamente ofrecidas por sus teóricos. Sombart distingue entre el capitalismo «temprano» (comercial), «maduro» (industrial) y «tardío», refiriéndose con este último a las décadas de 1920 y 1930. Para Hilferding, la transición que observó durante su vida desde el capitalismo liberal al organizado y desde el capitalismo industrial al financiero apuntaba a algo que estaba más allá del capitalismo. Marx y Engels, así como Rosa Luxemburg, esperaban que la revolución socialista tuviera lugar mientras aún vivían. Polanyi creía que había visto el fin del capitalismo, coincidente con el final de la Segunda Guerra Mundial. La «Escuela de Frankfurt» ubicaba el «capitalismo tardío» (*Spätkapitalismus*) en la década de 1970, habiendo ocupado el lugar del capitalismo liberal o del capitalismo de libre mercado después de 1945. Schumpeter estaba seguro ya en 1918 de que vendría un momento en que «el capitalismo habría completado su trabajo, dando lugar a una economía saciada de capital y racionalizada a fondo por los cerebros empresariales. Sólo entonces sería posible mirar con calma hacia esa inevitable desaceleración del desarrollo meramente económico que es el concomitante del socialismo, porque el socialismo significa liberación de la vida de la economía y de la alienación de la economía. Esa hora aún no ha llegado [...] Sin embargo, llegará. Finalmente, la empresa privada perderá su significado social a través del desarrollo de la economía y la consiguiente expansión de la esfera de la solidaridad social. Los signos de ese cambio ya se dejan percibir [...]», J. A. Schumpeter, «The Crisis of the Tax State», en Richard Swedberg (ed.), *The*

difería según el momento y los presupuestos teóricos de los autores; las teorías estructuralistas de la muerte por sobreproducción o subconsumo, o por la caída tendencial de la tasa de ganancia (Marx), coexistían con las predicciones de saturación de necesidades y mercados (Keynes), o la creciente resistencia a la mercantilización cada vez mayor de la vida y la sociedad (Polanyi), el agotamiento de nuevas tierras y fuentes de mano de obra disponibles para la colonización, tanto en un sentido literal como figurado (Luxemburg), el estancamiento tecnológico (Kondratieff), la organización financiera y política de las corporaciones monopolistas que bloquearía los mercados liberales (Hilferding), la supresión burocrática del emprendimiento ayudada por una *trahison des clercs* [traición de los intelectuales] mundial (Weber, Schumpeter, Hayek), etcétera, etcétera[9].

Si bien ninguna de estas teorías se hizo realidad tal como se imaginaba, la mayoría de ellas tampoco eran totalmente falsas. De hecho, la historia del capitalismo moderno puede escribirse como una sucesión de crisis a las que el capitalismo sólo sobrevivió al precio de profundas transformaciones de sus instituciones económicas y sociales, salvándose de la quiebra por vías imprevisibles y muchas veces involuntarias. Visto de este modo, que el orden capitalista todavía subsista puede parecer menos impresionante que el que estuviera tantas veces al borde del colapso y tuviera que cambiar continuamente, dependiendo a menudo de apoyos exógenos contingentes que no podía movilizar endógenamente. El hecho de que el capitalismo haya logrado sobrevivir hasta ahora a todas las predicciones de su muerte inminente no tiene por qué significar, que siempre será capaz de hacerlo; no hay ninguna prueba inductiva al respecto y no podemos descartar la posibilidad de que la próxima vez la caballería que el capitalismo pueda requerir para su rescate no aparezca a tiempo.

Una breve recapitulación de la historia del capitalismo moderno servirá para ilustrar este punto[10]. El capitalismo liberal del siglo XIX tuvo que hacer frente a un movimiento obrero revolucionario y domesticarlo políticamente mediante una compleja combinación de represión y cooptación, que incluía la participación democrática en el poder y la reforma social. A principios del siglo XX, el capitalismo tuvo que servir a los

Economics and Sociology of Capitalism [1918], Princeton (NJ), Princeton University Press 1991, p. 131; ed. cast.: «La crisis del Estado fiscal», *Revista española de control externo*, vol. 2, núm. 5, 2000, pp. 147-192.

[9] Para un buen resumen, aunque un tanto tendencioso, de las predicciones previas del «fin del capitalismo», véase R. M. Hartwell y S. L. Engerman, «Capitalism», cit.

[10] No hay necesidad de entrar en la discusión interminable sobre cuándo vino el capitalismo al mundo. La mejor conjetura sería seguramente que en torno a 1600, aunque el capitalismo *moderno* o el *capitalismo como sistema social* o *sociedad*, no se implantó hasta su matrimonio con la ciencia y la tecnología a principios de la industrialización, es decir, a finales del siglo XVIII. Véase, entre otros, J. Kocka, *Geschichte des Kapitalismus*, cit.

intereses nacionales en guerras internacionales, convirtiéndose así en un servicio público bajo los regímenes de planificación de una nueva economía de guerra, ya que la propiedad privada y la mano invisible del mercado parecían insuficientes para suministrar las capacidades colectivas que los países necesitaban para prevalecer en los conflictos bélicos internacionales. Después de la Primera Guerra Mundial, la restauración de una economía liberal-capitalista no produjo un orden social viable y cedió el paso en buena parte del mundo industrializado al comunismo o al fascismo, mientras que en los países centrales de lo que se iba a conocer como «Occidente» el capitalismo liberal fue gradualmente sustituido, tras la Gran Depresión, por el capitalismo keynesiano administrado por el Estado. De ahí nació el capitalismo del Estado democrático del bienestar de las tres primeras décadas de posguerra, que retrospectivamente resultaron ser el único periodo en el que coexistieron bajo el capitalismo el crecimiento económico y la estabilidad social y política logrados mediante la democracia, al menos en los países de la OCDE donde el capitalismo llegó a recibir el calificativo de «avanzado». Durante la década de 1970, sin embargo, lo que retrospectivamente se ha llamado el «acuerdo de posguerra» del capitalismo socialdemócrata comenzó a desintegrarse, gradual e imperceptiblemente al principio, pero cada vez más marcado por sucesivas y graves crisis, tanto de la economía capitalista como de las instituciones políticas y sociales en las que se asentaba, esto es, que lo apoyaban y contenían. En este periodo se produjo una intensificación de las crisis y una profunda transformación del mismo, cuando el «capitalismo tardío», tan impresionantemente descrito por Werner Sombart en la década de 1920[11], dio paso al neoliberalismo.

---

[11] Para hacerse una idea de la magnitud del vuelco que tuvo lugar entonces, aunque gradualmente y durante mucho tiempo casi imperceptiblemente, recordemos el modelo de Sombart de la «forma de la vida económica» en el «capitalismo tardío»: «La libertad de las restricciones externas características del periodo del capitalismo pleno es sustituida en el del capitalismo tardío por un aumento del número de restricciones hasta que todo el sistema resulta más regulado que libre. Algunas de esas regulaciones son autoimpuestas, como la burocratización de la gestión interna, la sumisión de las asociaciones comerciales a las decisiones colectivas, las comisiones de intercambio, los cárteles y organizaciones similares. Otras son prescritas por el Estado: la legislación fabril, el seguro social, la regulación de los precios. Y otras todavía son impuestas por los trabajadores: los comités de empresa, los acuerdos comerciales, etcétera. La relación entre patrono y empleado se hace pública y oficial. El estatus del trabajador asalariado se va pareciendo más al de un empleado del gobierno: su actividad está regulada por normas de carácter cuasi público, la forma de su trabajo se aproxima a la de un funcionario (supresión de las horas extraordinarias), su salario está determinado por factores extraeconómicos, no comerciales. La escala salarial móvil de la época anterior es reemplazada por su antítesis, el salario digno, que expresa el mismo principio que subyace a la escala salarial de los funcionarios; en caso de desempleo, el salario del trabajador se mantiene, y en el de enfermedad, o en la vejez, este recibe una pensión como un empleado del gobierno [...]. En general, la flexibilidad se ve sustituida por la rigidez»,W. Sombart, «Capitalism», cit., p. 207. Releyendo a Sombart uno se convence de que el término «neoliberalismo» para el actual periodo de desarrollo capitalista es realmente acertado.

La restauración de la teoría de la crisis

Ahora, después de la crisis financiera de 2008, vuelven a estar de moda las reflexiones críticas y las teorías de la crisis sobre las perspectivas del capitalismo y de su sociedad. *¿Tiene futuro el capitalismo?* es el título de un libro publicado en 2013 por cinco destacados científicos sociales: Immanuel Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann, Georgi Derluguian y Craig Calhoun. Aparte de la introducción y la conclusión, de autoría colectiva, cada uno de ellos presenta sus puntos de vista en capítulos separados, y no podría ser de otro modo ya que difieren entre sí notablemente. Sin embargo, los cinco comparten la convicción de que, tal como dicen en la introducción, «algo grande se cierne en el horizonte: una crisis estructural mucho mayor que la reciente Gran Recesión, que podría retrospectivamente parecer sólo un prólogo a un periodo de profundos problemas y transformaciones»[12]. Sin embargo, sobre lo que está causando esta crisis, y sobre cómo acabará, hay desacuerdos sustanciales, lo que, con autores de ese calibre, puede entenderse como un signo de las múltiples incertidumbres y posibilidades inherentes al presente estado de la economía política capitalista.

Para ofrecer una panorámica de las diferencias entre los principales teóricos al intentar imaginar el futuro del capitalismo hoy día, analizaré en profundidad las perspectivas y las predicciones presentadas en este libro. Una teoría de la crisis relativamente convencional es probablemente la que expone Wallerstein (pp. 9-35), que localiza el capitalismo actual en la parte inferior de un ciclo de Kondratieff (Kondratieff B) sin perspectivas de un nuevo ascenso (Kondratieff A). Se dice que esto se debe a una «crisis estructural» iniciada en la década de 1970, como resultado de la cual «los capitalistas pueden dejar de encontrar rentable el capitalismo». Se postulan dos causas generales al respecto, una apunta a un conjunto de tendencias a largo plazo, que «ponen fin a la acumulación indefinida de capital», y, la otra, a la desaparición, después de la «revolución mundial de 1968», del «dominio de los liberales centristas en la geocultura» (p. 21). Las tendencias estructurales incluyen el agotamiento de las tierras vírgenes y la consiguiente necesidad de obras de reparación ambiental, el aumento de la escasez de los recursos y el incremento de la exigencia de infraestructuras públicas. Todo esto cuesta dinero, y lo mismo sucede con la pacificación de una masa creciente de trabajadores y desempleados descontentos. En cuanto a la hegemonía global, Wallerstein señala lo que considera el declive final del orden mundial centrado en Estados Unidos, en términos

[12] Immanual Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann, Georgi Derluguian y Craig Calhoun, *Does Capitalism Have a Future?*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 1-2.

tanto militares como económicos e ideológicos. El aumento de los costes de la actividad empresarial, combinado con el desorden global, puede hacer imposible la restauración de un sistema-mundo capitalista estable. Wallerstein prevé, por el contrario, «un bloqueo cada vez más paralizante del sistema, que dará lugar a su vez a fluctuaciones cada vez más amplias y profundas. Por consiguiente, las predicciones a corto plazo –tanto económicas como políticas–, serán cada vez menos fiables; y esto a su vez agravará [...] los temores populares y la alienación. Es un círculo vicioso negativo» (p. 32). Para el futuro próximo, Wallerstein espera un enfrentamiento político global entre defensores y adversarios del orden capitalista, que describe en sugerentes términos como las fuerzas de Davos y las de Porto Alegre. La batalla final «sobre quién heredará el sistema» (p. 35) se está librando ya hoy día. Su resultado, en opinión de Wallerstein, es impredecible, aunque «podemos estar seguros de que uno u otro bando ganará en las próximas décadas y con ello se establecerá un nuevo sistema-mundo (o conjunto de sistemas-mundo) razonablemente estable».

Mucho menos pesimista, o menos optimista desde la perspectiva de quienes querrían ver el fin del capitalismo, es Craig Calhoun, quien encuentra perspectivas de reforma y renovación en lo que él también considera una crisis profunda y potencialmente definitiva (pp. 131-161). Calhoun cree que todavía hay tiempo para una intervención política que salve el capitalismo, como la hubo en el pasado, quizá con la ayuda de una «fracción suficientemente ilustrada de los capitalistas» (p. 2). Pero también cree posible una «economía socialista centralizada» y, aún más, un «capitalismo de Estado de estilo chino»: «En el futuro pueden existir mercados, aunque los modos de propiedad y financiación específicamente capitalistas hayan declinado» (p. 3). Calhoun es mucho más reacio que Wallerstein a realizar predicciones (para un resumen de su punto de vista, véanse las pp. 158-161). Su capítulo presenta una lista de contradicciones internas y de posibles perturbaciones externas, que amenazan la estabilidad del capitalismo, y señala una amplia gama de resultados alternativos. Al igual que Wallerstein, Calhoun atribuye una importancia particular al sistema internacional, en el que anticipa la aparición de una pluralidad de regímenes político-económicos más o menos capitalistas, con los correspondientes problemas y peligros de coordinación y competencia. Aunque no descarta un «gran colapso, más o menos simultáneo, de los mercados capitalistas [...] que no sólo provoque trastornos económicos, sino que también destruya las instituciones políticas y sociales» (p. 161), Calhoun cree en la posibilidad de que Estados, corporaciones y movimientos sociales restablezcan una gobernanza efectiva para una renovación transformadora del capitalismo. Dice:

> El orden capitalista es un sistema a gran escala y de gran complejidad. Los acontecimientos de los últimos cuarenta años han perturbado profundamente las instituciones, que mantuvieron al capitalismo relativamente bien organizado durante el periodo de posguerra. Los esfuerzos para repararlas o reemplazarlas cambiarán el sistema, como igualmente lo harán las nuevas tecnologías y las nuevas prácticas comerciales y financieras. Incluso una renovación exitosa del capitalismo lo transformará [...] La cuestión es si el cambio será adecuado para afrontar los riesgos sistémicos y evitar amenazas externas. Y si no lo es, ¿habrá una enorme devastación antes de que surja un nuevo orden? (p. 161).

Aún más agnóstico sobre el futuro del capitalismo es Michael Mann («The End May Be Nigh, But for Whom?», pp. 71-97). Comienza recordando a sus lectores que, en su «modelo general de la sociedad humana», «no concibe las sociedades como sistemas, sino como redes múltiples y solapadas de interacción, de las que cuatro –las relaciones de poder ideológico, económico, militar y político– son las más importantes. Las relaciones geopolíticas se pueden añadir a esas cuatro [...]». Y continúa:

> Cada una de estas cuatro o cinco fuentes de poder puede tener una lógica o tendencia de desarrollo interna, por lo que se podrían, por ejemplo, señalar tendencias al equilibrio, ciclos o contradicciones dentro del capitalismo, del mismo modo que se podrían señalar tendencias comparables dentro de las otras fuentes de poder social (p. 72).

Las interacciones entre las redes, señala Mann, son frecuentes pero no sistemáticas, lo que significa que «una vez que admitimos la importancia de tales interacciones entramos en un mundo más complejo e incierto en el que el desarrollo del capitalismo, por ejemplo, se ve influido también por ideologías, guerras y Estados» (p. 73). Mann añade a esto la posibilidad de un desarrollo desigual en el espacio geográfico y la probabilidad de un comportamiento irracional, que interfiera con el cálculo racional de interés, incluso del interés en la supervivencia. Para demostrar la importancia de acontecimientos contingentes y de ciclos distintos de los contemplados en el modelo histórico de Wallerstein-Kondratieff, Mann discute la Gran Depresión de la década de 1930 y la Gran Recesión de 2008, y luego procede a demostrar que su enfoque habla del futuro, primero, de la hegemonía estadounidense y, a continuación, de los «mercados capitalistas».

En cuanto a la primera, Mann ofrece (pp. 83-84) la lista acostumbrada de las debilidades estadounidenses, tanto nacionales como internacionales, desde el declive económico hasta la anomia política y un poderío militar cada vez menos eficaz; debilidades que «podrían derribar a Estados Unidos», si bien «no podemos darlo por seguro». Sin embargo, aunque acabara la hegemonía estadounidense, «esto no tendría por qué causar una crisis sistémica

del capitalismo». Lo que podría ocurrir en su lugar es un desplazamiento del poder económico «desde el viejo Occidente hacia el resto del mundo que se desarrolla con éxito, incluida la mayor parte de Asia». Esto daría lugar a un reparto del poder económico entre Estados Unidos, la Unión Europea y (algunos de) los BRIC, como consecuencia del cual es probable que «a medio plazo el capitalismo sea más estatista» (p. 86). Con respecto a los «mercados capitalistas» (pp. 86-87), Mann cree, *pace* Wallerstein, que todavía hay suficiente tierra nueva por conquistar y suficiente demanda para descubrir e inventar, lo que permitiría un crecimiento extensivo e intensivo. Además, en cualquier momento pueden aparecer ajustes tecnológicos para todo tipo de problemas y, en cualquier caso, es para la clase obrera y el socialismo revolucionario, mucho más que para el capitalismo, para los que «el fin está cerca». De hecho, si las tasas de crecimiento cayeran como algunos han predicho, el resultado podría ser un capitalismo estable de bajo crecimiento, con considerables beneficios ecológicos. En este escenario, «es probable que el futuro de la izquierda sea a lo sumo una socialdemocracia reformista o el liberalismo. Los patrones y los trabajadores seguirán contendiendo sobre las injusticias rutinarias del empleo capitalista [...] y su resultado más probable será el compromiso y la reforma [...]».

Sin embargo, Mann concluye con una nota considerablemente menos optimista, indicando dos grandes crisis que considera posibles y una de ellas probable, crisis en las que el capitalismo se hundiría, aunque no serían crisis del capitalismo, o sólo del capitalismo, ya que este perecería como resultado de la destrucción de toda la civilización humana. Uno de esos escenarios sería el de una guerra nuclear, debida a la irracionalidad colectiva humana, y la otra una catástrofe ecológica como resultado de la «escalada del cambio climático». En este último caso (pp. 93 y ss.), el capitalismo figura –junto con el Estado-nación y con los «derechos ciudadanos», definidos como el derecho a un consumo ilimitado– como uno de tres «triunfos del periodo moderno», que resultan ecológicamente insostenibles. «Los tres triunfos tendrían que ser cuestionados en aras de un futuro bastante abstracto, lo cual sería una tarea de gran envergadura, tal vez inalcanzable» (p. 95). El desastre ecológico, aunque relacionado con el capitalismo, se derivaría de «una cadena causal mayor que el capitalismo» (p. 97). Sin embargo, «las decisiones políticas son realmente importantes», y «la humanidad es, en principio, libre de escoger entre escenarios futuros mejores o peores, por lo que, en última instancia, el futuro es impredecible» (p. 97).

La teoría más directa de la crisis capitalista incluida en el libro es la ofrecida por Randall Collins (pp. 37-69), una teoría que él caracteriza correctamente como una «versión simplificada de una perspectiva fundamental, que Marx y Engels habían formulado ya en la década de 1840» (p. 38). Esa perspectiva, tal como la adapta Collins, es la de que el capitalismo

está sometido a una «debilidad estructural a largo plazo», en concreto el desplazamiento tecnológico de la mano de obra por maquinaria» (p. 37). Collins no se arrepiente en absoluto de su enfoque estrictamente estructuralista, aún más que el de Wallerstein, ni de su determinismo tecnológico monofuncional. De hecho, está convencido de que el «desplazamiento tecnológico de la mano de obra» habrá acabado con el capitalismo, con o sin violencia revolucionaria, a mediados de este siglo, antes de ser derribado por una crisis ecológica en principio igualmente destructiva y definitiva, siendo esta opción más probable que la hipótesis de las burbujas financieras, que son comparativamente más difíciles de predecir. El estructuralismo tardomarxista «desnudo» de Collins se caracteriza, entre otras cosas, por el hecho de que, a diferencia de Marx en su teorema sobre la caída secular de la tasa de beneficio, no se preocupa de proteger su predicción frente a una serie de factores compensatorios[13], ya que cree que el capitalismo ha agotado todas las ayudas salvadoras que en el pasado han retrasado su desaparición. Admite las influencias «weberianas», no marxistas, de Mann y Calhoun sobre el curso de la historia, pero sólo como fuerzas secundarias que todo lo más modifican la forma en que la tendencia estructural fundamental, que impulsa la historia del capitalismo desde abajo acabará triunfando. Las desigualdades globales del desarrollo, las dimensiones del conflicto que no están relacionadas con el capitalismo, la guerra y las presiones ecológicas, pueden acelerar o no la crisis del mercado de trabajo y del sistema de empleo capitalista, pero no pueden suspenderla o evitarla.

¿En qué consiste exactamente esa crisis? Aunque la mano de obra ha venido siendo sustituida por tecnología durante los últimos doscientos años, con el auge de la tecnología de la información y, en un futuro muy próximo, la inteligencia artificial, ese proceso está alcanzando actualmente su apogeo, al menos en dos aspectos: en primer lugar se ha acelerado y, en segundo, habiendo destruido durante la segunda mitad del siglo XX a la clase obrera manual, ahora está atacando y a punto de destruir también a la clase media, o dicho con otras palabras, a la nueva pequeña burguesía, que es el auténtico soporte del estilo de vida neocapitalista y neoliberal de «duro trabajo y juego duro» del arribismo-consumismo, que, como se verá más adelante, puede considerarse, de hecho, la base cultural indispensable de la sociedad capitalista actual. Lo que Collins ve venir es una rápida apropiación de los trabajos de programación, gestión, oficina, administración y educación por maquinaria lo bastante inteligente como para diseñar

[13] Lo que Marx llama *entgegenwirkende Ursachen* en el vol. 3 de *El capital*, en el contexto de la «ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia» (capítulo 13 y ss. en el original alemán, Karl Marx, *Das Kapital, Kritik Der Politischen Ökonomie*, Dritter Band [1894], Berlín, Dietz Verlag, 1966, pp. 242-250; ed. cast.: *El capital*, Libro III, tomo I, «Causas contrarrestantes», Madrid, Akal, 2012, pp. 305-316). De hecho, Collins se ocupa de esos factores compensatorios, que él llama «escapes», pero para demostrar que no son o ya no son eficaces. Véase más adelante.

y crear nueva maquinaria aún más avanzada. La *electronización* hará a la clase media lo que la mecanización hizo a la clase obrera, y lo hará mucho más rápidamente. El resultado será un desempleo del orden del 50 al 70 por 100 a mediados de siglo, que afectará a quienes esperaban, gracias a una costosa educación y a una severa disciplina en el trabajo (a cambio de salarios estancados o decrecientes), escapar de la amenaza de despido, que ha golpeado a la clase obrera. Los beneficios, entretanto, irán a los bolsillos de «una pequeña clase capitalista de propietarios de robots», que se harán inmensamente ricos. El inconveniente para ellos es, no obstante, que cada vez más verán que no pueden vender sus productos, porque muy pocas personas tienen ingresos suficientes para comprarlos. Extrapolando esta tendencia subyacente, escribe Collins, «Marx y Engels predijeron el derrumbe del capitalismo y su sustitución por el socialismo» (p. 39) y eso mismo es lo que Collins también predice.

La teoría de Collins es más original cuando trata de explicar por qué el desplazamiento por la tecnología está a punto de provocar el final del capitalismo, cuando no lo hizo en el pasado. Siguiendo los pasos de Marx, enumera cinco «vías de escape», que hasta ahora han salvado al capitalismo de la autodestrucción y, luego, procede a mostrar por qué ya no lo salvarán. Estas son el crecimiento de nuevos empleos y sectores enteros, que compensan las pérdidas de empleo debidas al progreso tecnológico (el empleo en la inteligencia artificial será minúsculo, especialmente una vez que los robots comiencen a diseñar y construir otros robots); la expansión de los mercados (que en esta ocasión serán principalmente mercados laborales en ocupaciones de clase media, globalmente unificados por las tecnologías de la información, que posibilitan la competencia a escala global entre solicitantes de empleo educados); el auge de las finanzas, como fuente de ingresos («especulación») y como sector económico (que no puede, sin embargo, compensar la pérdida de empleo ocasionada por las nuevas tecnologías ni de ingresos causada por el desempleo, también porque la informatización hará innecesarios a los trabajadores en gran parte del sector financiero); la sustitución del empleo en el sector privado por empleo en el sector público (improbable debido a la crisis fiscal del Estado y que en todo caso exigiría en última instancia «un vuelco revolucionario del sistema de propiedad» [p. 51]); y el uso de la educación como amortiguador para mantener a la mano de obra fuera del empleo, convirtiéndola en una especie de «keynesianismo oculto» aunque se traduzca en una «inflación de títulos y cualificaciones» (lo que para Collins es el camino más probable, aunque en última instancia resultará tan inútil como los demás, al dar lugar a la desmoralización en las instituciones educativas y a problemas de financiación, tanto pública como privada).

Con las cinco vías de escape cerradas, no hay manera de que la sociedad pueda evitar que el capitalismo cause un desplazamiento acelerado de la mano de obra y el consiguiente aumento de las desigualdades económicas y sociales, por lo que, concluye Collins, algún tipo de socialismo tendrá que ocupar finalmente el lugar del capitalismo. A qué se parecerá exactamente, y qué vendrá después del socialismo o con él, es algo que Collins deja sin responder, y es igualmente agnóstico en cuanto al modo exacto de la transición. El cambio será revolucionario, pero no se puede saber de antemano si será una *revolución social violenta* la que acabará con el capitalismo o una *revolución institucional pacífica* realizada bajo un nuevo liderazgo político. Collins deja abierto a la especulación si se impondrán severos gravámenes a los más ricos para subvencionar el empleo público o una renta básica garantizada para todos, con distribución igualitaria y estricto racionamiento de las muy limitadas horas de trabajo por medios más o menos dictatoriales *à la* Keynes[14], ya que su «marxismo mondo y lirondo» no da lugar a predicciones sobre qué clase de sociedad surgirá una vez que el capitalismo haya agotado su curso. Solo una cosa es cierta: que el capitalismo terminará y mucho antes de lo que uno podría haber pensado.

Un tanto atípica en la serie de capítulos del libro es la contribución de Georgi Derluguian, quien ofrece una fascinante visión «desde dentro» de la decadencia y desaparición final del comunismo, en particular del soviético (pp. 99-129). El capítulo es de interés debido a sus especulaciones sobre las diferencias y los potenciales paralelismos con un posible fin del capitalismo. En cuanto a las diferencias, Derluguian atribuye mucha importancia al hecho de que el comunismo soviético estuvo desde muy pronto inserto en la «geopolítica hostil» (p. 110) de un «sistema-mundo capitalista» (p. 111). Esto vinculó irremisiblemente su destino al de la Unión Soviética como Estado multinacional económica y estratégicamente sobrecargado, que resultó insostenible a largo plazo, especialmente tras el final del despotismo estalinista. Para entonces, la peculiar estructura de clase del comunismo soviético dio lugar a un compromiso social interno que, a diferencia del capitalismo estadounidense, incluía la inercia política y el estancamiento económico. El resultado fue el descontento generalizado de la nueva generación de elites culturales, tecnocráticas y científicas socializadas en la era revolucionaria de finales de la década de 1960. Además, la hipercentralización hizo vulnerable la economía política del comunismo soviético basada en el Estado frente al separatismo regional y étnico, mientras que el capitalismo global que lo rodeaba proporcionaba a opositores resentidos, así como a *apparatchiki* oportunistas, un modelo de orden preferible en el que podrían establecerse finalmente como oligarcas capitalistas.

---

[14] John Maynard Keynes, «Economic Possibilities for our Grandchildren», en J. M. Keynes, , *Essays in Persuasion* [1930], Nueva York, W. W. Norton & Co., 1963; ed. cast.: «Posibilidades económicas para nuestros nietos», *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 1988.

El capitalismo actual depende mucho menos, por supuesto, de la buena fortuna geopolítica de un solo Estado imperial, aunque no debe subestimarse el papel de Estados Unidos a este respecto. Más importante es que el capitalismo no está expuesto a la presión de un modelo político-económico alternativo, dado que la doctrina económica islámica seguirá siendo, presumiblemente durante un buen tiempo, muy poco atractiva precisamente para las elites islámicas (profundamente integradas en la economía global capitalista). En lo que los dos sistemas pueden, sin embargo, llegar a parecerse es en el desorden político interno generado por el declive institucional y económico. Cuando la Unión Soviética perdió su «integridad estatal», escribe Derluguian, esto «socavó todas las instituciones modernas y con ello obstruyó la acción colectiva prácticamente a todos los niveles por encima de la familia y las redes de compinches, situación que se retroalimentaba incesantemente» (p. 122). Una consecuencia fue que las burocracias gobernantes reaccionaron «con más pánico que violencia directa», cuando se enfrentaron a «movilizaciones cívicas masivas como la Primavera de Praga en 1968 y la *perestroika* soviética en su apogeo en 1989». Por otra parte, «los movimientos insurgentes [...] no lograron explotar la tremenda desorganización reinante en las filas de las clases dominantes» (p. 129). Por diferentes razones y en circunstancias diferentes, una debilidad similar de las instituciones colectivas, debida a la desorganización y capaz de generar una incertidumbre parecida entre los defensores y adversarios del viejo orden, podría dar lugar a una transición del capitalismo a un poscapitalismo, enfrentando entre sí a movimientos sociales fragmentados, por un lado, y a elites político-económicas desorientadas, por otro.

Mi propia opinión se basa en esas cinco contribuciones, pero difiere en algo de cada una de ellas. Que esas diversas teorías coincidan todas ellas en diagnosticar una grave crisis del capitalismo y la sociedad capitalista, debe considerarse probablemente como una indicación de que el capitalismo actual ha entrado en un periodo de profunda *indeterminación*, en el que *pueden* suceder cosas inesperadas en cualquier momento y en el que observadores bien informados pueden discrepar legítimamente sobre lo que *sucederá*, ya que las relaciones causales a largo plazo han quedado históricamente obsoletas. En otras palabras, interpreto la coexistencia de una sensación compartida de crisis con ideas divergentes sobre la naturaleza de esa crisis como una indicación de que las teorías económicas y sociológicas tradicionales han perdido hoy día gran parte de su capacidad predictiva. Como señalaré con más detalle a continuación, entiendo esto como resultado, pero también como causa, de una destrucción de los agentes colectivos en el transcurso del desarrollo capitalista, que ha afectado igualmente a las gentes de Davos y de Porto Alegre a las que se refiere Wallerstein y que ha dado lugar a un contexto social atormentado por

imprevisibles e imprevistas consecuencias de la acción social deliberada, cuyos efectos son cada vez más impredecibles[15].

Además, en lugar de escoger uno de los varios escenarios de la crisis y privilegiarlo sobre los demás, sugiero que todos, o la mayoría de ellos, pueden conjuntarse en un diagnóstico de *multimorbilidad* en el que coexisten diversos trastornos, que suelen reforzarse mutuamente. El capitalismo, como señalé al principio, siempre fue un orden frágil e improbable y que dependía para su supervivencia de continuas reparaciones. Ahora, sin embargo, se han agudizado simultáneamente demasiadas fragilidades, mientras que muchos remedios se han agotado o destituido. El fin del capitalismo puede así imaginarse como una muerte a partir de mil lesiones o de una multiplicidad de dolencias, cada una de las cuales se hace más incurable en la medida en que todas exigen tratamiento al mismo tiempo. Como resultará evidente, no me parece que ninguna de las fuerzas potencialmente estabilizadoras mencionadas por Mann y Calhoun, ya sea el pluralismo de régimen, la diversidad regional y el desarrollo desigual, la reforma política o los ciclos de crisis independientes, sean lo bastante fuertes como para neutralizar el síndrome de debilidades acumuladas que caracterizan al capitalismo actual. Sin que quede ninguna oposición efectiva ni ningún modelo sucesor practicable a la espera, la acumulación de fallos del capitalismo, junto con su acumulación de capital, puede entenderse, con Collins[16], como una dinámica enteramente endógena de autodestrucción, que sigue una lógica evolutiva moldeada en su expresión, pero no suspendida por acontecimientos contingentes y coincidentes, a lo largo de una trayectoria histórica desde el liberalismo temprano hasta el capitalismo neoliberal pasando por la administración estatal, que ha culminado por el momento en la crisis financiera de 2008 y sus secuelas.

Para que continúe la decadencia del capitalismo no se requiere, pues, ninguna alternativa revolucionaria, ni tampoco, evidentemente, ningún plan maestro de una sociedad mejor que desplace al capitalismo. El capitalismo contemporáneo está desapareciendo por sí solo, colapsando por sus contradicciones internas, en buena medida como consecuencia de haber vencido a sus enemigos, que, como ya he dicho, lo han rescatado

---

[15] Para una visión diferente, más «optimista» de la indeterminación, véase I. Wallerstein *et al.* (*Does Capitalism Have a Future?*, cit., p. 4): «Encontramos esperanza [...] exactamente en el grado en que nuestro futuro no está políticamente determinado. La crisis sistémica afloja y sacude las restricciones estructurales heredadas de dilemas pasados [...]. La profunda crisis capitalista actual puede ser una oportunidad para reorganizar los asuntos globales de la humanidad de una manera que promueva más justicia social y un planeta más habitable». Aunque estoy de acuerdo con el relajamiento de las restricciones estructurales, no veo cuál podría ser el agente colectivo capaz de aprovecharlo. Para mí, la indeterminación es el resultado de la pulverización de los agentes colectivos, a la cual refuerza, en el curso de la revolución neoliberal.

[16] Aunque Collins sugiere una explicación monocausal, mientras que yo espero que el capitalismo sea destruido por un haz, o síndrome, de causas más o menos relacionadas entre sí.

a menudo de sí mismo obligándole a asumir una nueva forma. Lo que vendrá después del capitalismo y su crisis final, sugiero, no será el socialismo o algún otro orden social definido, sino un *interregno* duradero; no un nuevo sistema mundial en equilibrio *à la* Wallerstein, sino un periodo prolongado de entropía social o desorden (y, precisamente por ese motivo, un periodo de incertidumbre e indeterminación). Es un problema interesante para la teoría sociológica si y cómo una sociedad puede convertirse durante un tiempo significativo en algo que sería *menos que una sociedad*, una *sociedad postsocial* o un *sucedáneo de sociedad*, por decirlo así, hasta que pueda o no recuperarse y volver a ser una sociedad en el pleno sentido del término[17]. Sugiero que se puede alcanzar un *acuerdo* conceptual sobre esto recurriendo liberalmente a un famoso artículo de David Lockwood[18] para distinguir entre *integración sistémica* e *integración social*, o integración a escala macro y micro de la sociedad. Un interregno se definiría entonces como *una descomposición* de la integración sistémica a escala macro, que privaría a los individuos a escala micro de estructuración institucional y de apoyo colectivo, y que desplazaría la carga de ordenar la vida social, de dotarla de un mínimo de seguridad y estabilidad, a los propios individuos y a los dispositivos sociales que puedan crear por sí mismos. Una sociedad en interregno, con otras palabras, sería una sociedad *desinstitucionalizada* o *infrainstitucionalizada*, en la que las expectativas sólo se pueden estabilizar durante un corto tiempo mediante la improvisación local y que, por esta razón, resulta esencialmente ingobernable.

El capitalismo contemporáneo parece ser, pues, una sociedad, cuya integración sistémica se ve debilitada crítica e irremediablemente, de modo que la prolongación de la acumulación de capital –durante un periodo intermedio de duración incierta– depende exclusivamente del oportunismo de *individuos individualizados* colectivamente incapacitados, que tratan de protegerse de accidentes y presiones estructurales sobre su estatus social y económico. El mundo social del interregno poscapitalista, infragobernado e infragestionado después de que el capitalismo neoliberal haya arrasado Estados, gobiernos, fronteras, sindicatos y otras

---

[17] Los durkheimianos recurrirían aquí al concepto de anomia, aludiendo a una situación de integración social deficiente, por debajo de lo normal (Émile Durkheim, *De la division du travail social*, 1893; ed. cast.: *La división social del trabajo*, Madrid, Akal, 1987). Aun sin compartir la firme creencia de Durkheim en que tales condiciones «patológicas» pueden enmendarse mediante una intervención gubernamental teóricamente sustentada, eso supondría que en la historia puede haber no sólo progreso, sino también regresión y, durante un periodo más prolongado que un insignificante momento intermedio, un giro de la civilización a un periodo prolongado de barbarie, como al parecer sucedió tras el desmoronamiento del Imperio Romano Occidental. Por supuesto, esto contradice fundamentalmente el espíritu del pensamiento moderno, obligado a ser «optimista».

[18] David Lockwood, «Social Integration and System Integration», en George K. Zollschan y Walter Hirsch (eds.), *Explorations in Social Change*, Londres, Houghton Mifflin, 1964, pp. 244-257.

fuerzas moderadoras, puede verse golpeado en cualquier momento por el desastre; por ejemplo, por la implosión de burbujas o porque la violencia penetre hasta el centro desde una periferia colapsada. Con los individuos privados de defensas colectivas y abandonados a su suerte, lo que quede de orden social dependerá de la motivación de los individuos para cooperar con otros individuos sobre una base *ad hoc*, impulsados por el miedo y la codicia y por intereses elementales de supervivencia individual. Una vez que la sociedad haya perdido la capacidad de proporcionar a sus miembros una protección eficaz y patrones probados para la acción y la existencia social, los individuos sólo podrán confiar en sí mismos, mientras que el orden social dependa del modo de integración social más débil posible, *Zweckrationalität*.

Como se expone en el capítulo 1 de este libro y se argumenta en parte en el resto de esta introducción, entiendo que esta situación se debe a una serie de desarrollos interrelacionados, tales como el debilitamiento del crecimiento, que intensifica el conflicto distributivo; la creciente desigualdad resultante; la gestión cada vez más difícil de la macroeconomía, como se manifiesta, entre otras cosas, en un endeudamiento cada vez mayor, la inflación de la oferta monetaria y la posibilidad siempre presente de otro colapso económico[19]; el agarrotamiento del motor del capitalismo de posguerra constituido por el progreso social y la democracia, frente a los que se alza la intensificación del dominio oligárquico; la menor capacidad de los gobiernos y el déficit sistémico de gobernanza para limitar la mercantilización del trabajo, la naturaleza y el dinero; la omnipresencia de la corrupción más diversa, en respuesta a la intensificación de la competencia en mercados en los que el ganador se lo lleva todo y acapara oportunidades ilimitadas para el enriquecimiento; la erosión de las infraestructuras públicas y las prestaciones sociales asociada a la mercantilización y privatización de los servicios; el fracaso después de 1989 del principal país capitalista, Estados Unidos, a la hora de construir y mantener un orden global estable; etcétera, etcétera. Estos y otros desarrollos, sugiero, han dado lugar al cinismo generalizado que rige la vida económica, lo que descarta para mucho tiempo, si no para siempre, una recuperación de la legitimidad normativa del capitalismo como una sociedad justa capaz de ofrecer iguales oportunidades para el progreso individual –una legitimidad a la que el capitalismo tendría que recurrir en momentos críticos–, y de fundar, por el contrario, la *integración social*

[19] Tema muy común en la prensa de calidad. Véase, por ejemplo, Binyamin Appelbaum, «Policy Makers Skeptical on Preventing Financial Crisis», *The New York Times*, 4 de octubre de 2015, nytimes.com, visitado por última vez el 21 de enero de 2016; y Paul Mason, «Apocalypse Now: Has the Next Giant Financial Crash Already Begun?», *The Guardian*, 1 de noviembre de 2015, theguardian.com, visitado por última vez el 21 de enero de 2016. Considérese también el informe sobre «riesgos globales» presentado en la reunión de Davos en enero de 2016.

en la resignación colectiva como último pilar en pie del orden –o el desorden– social capitalista[20].

Desequilibrio movedizo

En otros trabajos recientes, recogidos en gran medida en este volumen, he argumentado que el capitalismo de la OCDE ha seguido una trayectoria de crisis desde la década de 1970, siendo el punto de inflexión histórico el momento en que el capital abandonó el acuerdo de posguerra como respuesta a una contracción global de los beneficios. Para ser exactos, se produjeron entonces tres crisis en rápida sucesión: la inflación global de la década de 1970, la explosión de la deuda pública en la de 1980 y el rápido aumento del endeudamiento privado durante la década siguiente, que dio lugar al colapso de los mercados financieros en 2008 (para más información véase el capítulo 2). Esta sucesión fue igualmente seguida en los principales países capitalistas, cuyas economías nunca han vuelto a estar en equilibrio desde el final del crecimiento de posguerra registrado a finales de la década de 1960. Las tres crisis comenzaron y terminaron de la misma manera, siguiendo una misma lógica político-económica: la inflación, la deuda pública y la desregulación de la deuda privada comenzaron como soluciones políticamente oportunas para los conflictos distributivos entre el capital y el trabajo (y en la década de 1970, entre ambos y los productores de materias primas, cuyo coste había dejado de ser insignificante), hasta que se convirtieron en nuevos problemas: la inflación engendró el desempleo cuando los precios relativos se distorsionaron y los propietarios de los activos monetarios se abstuvieron de invertir; la creciente deuda pública puso nerviosos a los acreedores y disparó presiones en favor de la consolidación financiera en la década de 1990; y la pirámide de la deuda privada, que había llenado los huecos en la demanda agregada causados

[20] Como se verá al final de esta introducción, la desintegración sistémica y la entropía social pueden presentarse como un progreso histórico hacia la libertad individual y una sociedad libre. Ése es el núcleo del libertarismo neoliberal, que sólo espera de una sociedad que permita a sus miembros maximizar sus beneficios en el mercado, haciendo superflua la democracia política así como los bienes y servicios públicos (una explicación emblemática es la de Ayn Rand, «What is Capitalism?», en Ayn Rand (ed.), *Capitalism: The Unknown Ideal* [1965], Nueva York, The New American Library, 1967, pp. 11-34; ed. cast.: *Capitalismo. El ideal desconocido*, Buenos Aires, Grito sagrado, 2009; Ayn Rand, *Atlas Shrugged* [1957], Nueva York, Penguin, 1992; ed. cast.: *La rebelión de Atlas*, Buenos Aires, Grito sagrado, 2000. Según el economista Bernard Maris (*Houellebecq, économiste*, París, Flammarion, 2014), la realidad de la vida social neoliberal –o mejor habría que decir postsocial–, según las prescripciones de la teoría económica, ha quedado inmejorablemente descrita en las obras del escritor Michel Houellebecq, quien en sus novelas explora las múltiples deformaciones individuales y colectivas que acompañan al individualismo infrasocializado, incluyendo la probabilidad de que los individuos que viven siguiendo sus prescripciones sean arrastrados a un colectivismo regresivo-identitario (véase, por ejemplo, Michel Houellebecq, *Soumission*, París, Flammarion, 2015; ed. cast.: *Sumisión*, Barcelona, Anagrama, 2015).

por los recortes del gasto público se vino abajo cuando implosionaron las burbujas producidas por el dinero fácil y el crédito excesivo. Las soluciones convertidas en problemas requerían nuevas soluciones, que pronto dieron lugar, sin embargo, al cabo aproximadamente de una década, a nuevos problemas, que exigían otras soluciones, que pronto resultaron ser tan breves y autodestructivas como sus predecesoras. Las políticas gubernamentales vacilaban entre dos puntos de equilibrio, uno de ellos político y el otro económico, que ya eran imposibles de alcanzar simultáneamente: atender a la necesidad de legitimidad democrática y paz social, tratando de responder a las expectativas ciudadanas de prosperidad económica y estabilidad social, suponía correr el riesgo de perjudicar la rentabilidad económica, mientras que los esfuerzos por restaurar el equilibrio económico tendían a provocar insatisfacción política y a socavar el apoyo al gobierno de turno y a la economía de mercado capitalista en general.

De hecho, la situación era aún más crítica, aunque no se percibiera como tal durante mucho tiempo, ya que se desarrolló muy gradualmente, más o menos durante dos generaciones políticas. Entrelazada con la sucesión de crisis posterior a la década de 1970 se produjo una crisis fiscal del Estado democrático-capitalista en todos los países que pasaron del capitalismo «tardío» al neoliberal. Mientras que en la década de 1970 los gobiernos todavía podían optar, dentro de ciertos límites, entre la inflación y la deuda pública para colmar la brecha entre las reivindicaciones distributivas combinadas del capital y el trabajo y lo que había disponible para la distribución, después del final de la inflación a principios de la década de 1980 el «Estado fiscal» del capitalismo moderno comenzó a transformarse en un «Estado deudor». A esto contribuyó el crecimiento de un sector financiero dinámico y cada vez más globalizado, sobre todo en el país hegemónico del capitalismo global, que rápidamente se iba desindustrializando, Estados Unidos. Preocupado por el poder de sus nuevos clientes –todos los cuales eran, después de todo, Estados soberanos– para cancelar unilateralmente su deuda, el creciente sector financiero pronto empezó a buscar garantías de los gobiernos con respecto a su capacidad económica y política para pagar los intereses y el principal de sus deudas. El resultado fue otra transformación del Estado democrático, esta vez en un «Estado consolidador», desde mediados de la década de 1990. En la medida en que la consolidación de las finanzas públicas mediante el recorte del gasto público provocó caídas en la demanda o descontento ciudadano, el sector financiero se afanó para proporcionar créditos a los hogares privados, exigiendo como condición para ello que los mercados de crédito quedaran lo suficientemente desregulados. Esta iniciativa, emprendida a finales de la década de 1990, fue la que condujo en última instancia a la crisis financiera de 2008.

Desplegándose junto a la *sucesión de crisis* y la transformación del Estado fiscal en un *Estado consolidador*, se perfilaban tres tendencias a largo plazo, todas iniciadas poco más o menos al final de la era de la posguerra y presentes, de nuevo, en todas las democracias capitalistas ricas: menor crecimiento, aumento de la desigualdad e incremento de la deuda, tanto pública como privada y global. A lo largo de los años, esas tres tendencias se han ido reforzando mutuamente: el bajo crecimiento contribuye a la desigualdad al intensificar el conflicto distributivo; la desigualdad frena el crecimiento al restringir la demanda efectiva; los altos niveles de deuda existente atascan los mercados de crédito y plantean la perspectiva de crisis financieras; un sector financiero congestionado deriva y se suma a la desigualdad económica, etcétera, etcétera. Ya el último ciclo de expansión antes de 2008 fue más imaginado que real[21] y la recuperación posterior a 2008 sigue siendo anémica en el mejor de los casos, en parte porque el estímulo keynesiano, monetario o fiscal, no funciona frente a cantidades sin precedentes de deuda acumulada. Obsérvese que estamos hablando de tendencias a largo plazo, no sólo de una coincidencia coyuntural desafortunada, que además son globales y afectan a la totalidad del sistema capitalista. A la vista no hay nada que parezca lo bastante fuerte como para contrarrestar esas tres tendencias, profundamente arraigadas y estrechamente entrelazadas.

Fase IV

Desde 2008 hemos vivido en la cuarta etapa de la sucesión de crisis posterior a la década de 1970, en la que se deja notar la ya conocida dialéctica de los problemas tratados con soluciones que a su vez se convierten en nuevos problemas[22]. Los tres jinetes apocalípticos del capitalismo contemporáneo –estancamiento, deuda, desigualdad– siguen devastando el panorama económico y político. Con un crecimiento cada vez menor, mientras la recuperación de la Gran Recesión apenas hace progreso alguno

[21] Lawrence «Larry» Summers, mecánico jefe de la máquina de acumulación de capital estadounidense, decía en el Foro Económico del FMI en noviembre de 2013: «Si se revisa la situación económica antes de la crisis, se observa algo un poco extraño. Mucha gente cree que la política monetaria era demasiado laxa. Todo el mundo está de acuerdo en que había una gran cantidad de préstamos imprudentes. Casi todo el mundo está de acuerdo en que la riqueza, tal como era experimentada por los hogares, superaba su realidad. Demasiado dinero fácil, demasiados créditos, demasiada riqueza. ¿Hubo un gran *boom*? La utilización de la capacidad no sufría una gran presión, el desempleo no estaba notablemente por debajo de su nivel medio. La inflación estaba absolutamente inactiva, de modo que ni siquiera una gran burbuja era suficiente para producir algún exceso en la demanda agregada» (James Decker, «Larry Summers at IMF Economic Forum, Nov. 8», 8 de noviembre de 2013, youtube.com).

[22] La cuarta etapa no ha concluido todavía y era apenas reconocible cuando se escribieron los dos primeros capítulos de este libro.

o no lo hace en absoluto, el desapalancamiento se ha aplazado *ad calendas graecas* y el endeudamiento global es mayor que nunca[23]. Pero no es sólo que la carga de la deuda total haya alcanzado una magnitud sin precedentes, sino que la deuda pública ha vuelto a aumentar (véase el gráfico 1.4), aniquilando todas las ganancias realizadas en la primera fase de la consolidación y bloqueando de hecho cualquier esfuerzo fiscal para reiniciar el crecimiento. El desempleo sigue así siendo alto en toda la OCDE, incluso en un país como Suecia donde durante un tiempo se había estabilizado en un nivel en torno al 8 por 100. Allí donde el empleo se ha restaurado en cierta medida, tiende a hacerlo con menores salarios y peores condiciones de trabajo, debido al cambio tecnológico, a las «reformas» en los sistemas de seguridad social, que reducen el salario de reserva efectivo de los trabajadores, y a la desindicalización, que aumenta el poder de la patronal. De hecho, muy a menudo la «recuperación» equivale a la sustitución del desempleo por subempleo. Aunque los tipos de interés se mantienen a un nivel mínimo, la inversión y el crecimiento se niegan a responder, dando lugar a discusiones entre los responsables de las políticas públicas sobre la posibilidad de reducirlos aún más, por debajo de cero. Mientras que en la década de 1970 la inflación era el enemigo público número uno, en el conjunto de la OCDE se están haciendo esfuerzos desesperados por elevarla al menos al 2 por 100, hasta ahora sin éxito. En comparación con la década de 1970, cuando la coincidencia de inflación y desempleo dejó a los economistas sin habla, ahora es la coexistencia del dinero muy barato con presiones deflacionistas lo que plantea el espectro de la «deflación provocada por la deuda» y el colapso de una pirámide de deuda acumulada, que supera con mucho el tamaño de la de 2008.

Hasta qué punto la actual fase de la larga crisis del capitalismo contemporáneo les resulta un misterio a sus supuestos gestores[24] es algo

---

[23] McKinsey Global Institute, *Debt and (Not Much) Deleveraging*, Londres, McKinsey & Company 2015.

[24] Un caso interesante es el de Paul Krugman, el ideólogo favorito del «centro-izquierda keynesiano». Respondiendo en el *The New York Times* (16 de noviembre de 2013) al pronunciamiento de Summers sobre el «estancamiento secular» (véase la nota 21), comienza parafraseando así a Keynes: «El gasto es bueno, y aunque el mejor es el gasto productivo, el gasto improductivo es mejor que nada», de lo que deduce que «el gasto privado, que es total o parcialmente un despilfarro» podría ser «una buena cosa». «Supongamos, por ejemplo –continúa Krugman–, que las corporaciones estadounidenses, que actualmente están sentadas sobre una montaña de dinero en efectivo, llegaran a la conclusión de que sería una gran idea sustituir a todos sus empleados por cyborgs, con Google Glass y relojes de pulsera inteligentes en todas partes. Y supongamos que tres años después se dieran cuenta de que no había mucha compensación para todo ese gasto. Aun así, el *boom* resultante de la inversión nos habría dado varios años de empleo mucho más alto, sin un despilfarro real, ya que de otro modo los recursos empleados habrían quedado ociosos». En cuanto a las burbujas, «ahora sabemos que la expansión económica de 2003-2007 fue impulsada por una burbuja. Se puede decir lo mismo de la última fase de la expansión de la década de 1990, y también de la expansión de los últimos años de Reagan, que fue impulsada por instituciones de ahorro fuera de control y una gran burbuja en el sector inmobiliario».

absolutamente obvio en la práctica de la «flexibilización cuantitativa» adoptada, bajo diferentes nombres, por los principales bancos centrales del mundo capitalista. Desde 2008 éstos han venido comprando activos financieros de diversa índole, a cambio de nuevos fondos, creados de la nada, entregados a las firmas financieras privadas. A cambio, los bancos centrales reciben títulos sobre futuros flujos de ingresos de deudores de todo tipo, convirtiendo así la deuda privada en activos públicos, o mejor dicho, en activos de instituciones públicas con el privilegio de determinar de forma unilateral la oferta monetaria de una economía. Los balances de situación de los mayores bancos centrales han aumentado así durante los últimos siete años desde alrededor de ocho a más de veinte billones de dólares (véase la figura 4.3), sin incluir el gigantesco programa de compra de activos iniciado por el Banco Central Europeo en 2014. En ese proceso, los bancos centrales, en su papel dual de autoridades públicas y custodios de la salud de las firmas financieras privadas, se han convertido en los agentes más importantes, y casi se podría decir que los únicos, de la política económica, mientras que los gobiernos se ven sometidos a estrictos mandatos de austeridad y excluidos de la formulación de la política monetaria. Aunque la flexibilización cuantitativa ha fracasado miserablemente en cuanto a contrarrestar las presiones deflacionarias en una economía como la japonesa, donde se ha aplicado durante más de una década a gran escala, se mantiene con firmeza a falta de alternativas, y nadie sabe qué ocurriría si se interrumpiera la producción de efectivo con el que se compran los títulos de deuda. Mientras tanto, en Europa, los bancos venden sus *securities* [activos financieros comercializables], ya no tan seguros, incluidos los títulos del Tesoro, al Banco Central Europeo, ya sea para guardar en depósito el dinero que reciben a cambio, aunque tengan que pagar intereses negativos por él, o lo prestan a los gobiernos con escasez de efectivo en los países donde los bancos centrales no tienen permitido financiar directamente a sus gobiernos, obteniendo intereses de ellos por encima de los que podrían pedir en el mercado del crédito privado. En ese sentido, la flexibilización cuantitativa sirve al menos para rescatar, y poco más, al sector financiero[25].

Esto tiene, en opinión de Krugman, «algunas consecuencias radicales», entre ellas, siguiendo a Summers, que «la mayor parte de lo que se haría con la intención de prevenir una futura crisis sería contraproducente» en las nuevas circunstancias. Otra consecuencia sería que «ni siquiera una mejor regulación financiera tendría que ser necesariamente una buena cosa», ya que «puede desalentar préstamos y endeudamientos irresponsables en un momento en que cualquier gasto sería bueno para la economía». Además, podría ser aconsejable «reconstruir todo nuestro sistema monetario; por ejemplo, eliminando el papel-moneda y pagando intereses negativos por los depósitos», Paul Krugman, «Secular Stagnation, Coalmines, Bubbles, and Larry Summers», *The New York Times*, 16 de noviembre de 2013, krugman.blogs.nytimes.com, visitado por última vez el 4 de agosto de 2015.

[25] Si la «flexibilización cuantitativa» sigue sin tener efectos sobre la economía en su conjunto, o si los bancos centrales tienen que amortizar demasiados de los activos adquiridos con dinero fresco, la última bala de la política monetaria estándar, y tal vez de las políticas públicas en general, sería

Disociación de la democracia y la economía política

A medida que la sucesión de crisis seguía su curso, el matrimonio forzado de posguerra entre capitalismo y democracia llegó a su fin[26]. De nuevo se trató de un proceso lento y gradual. No se produjo ningún golpe[27]: siguen celebrándose elecciones, los líderes de la oposición no son encarcelados y todavía pueden expresarse libremente opiniones en los medios de comunicación, tanto antiguos como nuevos. Pero mientras una crisis seguía a otra y la crisis fiscal del Estado se desarrollaba junto a ellas, la arena del conflicto distributivo cambió, desplazándose hacia arriba y lejos del mundo de la acción colectiva de los ciudadanos hacia centros de decisión cada vez más remotos, donde los intereses aparecen como «problemas» en la jerga abstracta de los especialistas tecnocráticos. En la época de inflación de la década de 1970, las relaciones laborales eran el principal nudo de conflicto y las huelgas eran frecuentes en toda la OCDE, ofreciendo a la gente corriente una oportunidad para comprometerse con otros en la acción directa contra un adversario visible. De ese modo podían experimentar directa y personalmente los conflictos y la solidaridad, con consecuencias decisivas sobre la vida de cada uno. Cuando la inflación acabó a principios de la década de 1980, las huelgas también llegaron a su fin y la defensa de los intereses redistributivos contra la lógica de los mercados capitalistas se desplazó hacia el ámbito electoral, donde el tema de confrontación era el Estado social del bienestar y su futuro papel y tamaño. Luego, cuando se inició la consolidación fiscal, los ingresos comenzaron a depender del acceso al crédito, determinado por regulaciones legales –cada vez más laxas– de los mercados financieros y por los intereses del propio sector financiero. Esto dejaba poco o ningún espacio para la acción colectiva, en particular porque era difícil para la mayoría de la gente orientarse en los mercados financieros, entender sus propios intereses e identificar a su explotador. Hoy día, en la Fase IV, con la coincidencia de la expansión monetaria y la austeridad fiscal, la prosperidad, relativa y absoluta, de millones de ciudadanos depende de decisiones de los ejecutivos de los bancos centrales,

---

distribuir dinero «desde helicópteros» a los ciudadanos, tal vez enviando a cada contribuyente un cheque de, digamos, 3.000 dólares, sorteando el sistema bancario con la esperanza de que esto dé lugar, finalmente, a un despegue de la demanda efectiva. Pero también sería posible que la gente invierta su dinero fresco en los mercados de valores, causando otra burbuja, o sirviera para el desapalancamiento o lo guardara en su colchón. Ése podría ser, cabe sospechar, el glorioso final de la sabiduría capitalista.

[26] He tratado este tema con más detalle en Wolfgang Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, Londres y Nueva York, Verso, 2014; ed. cast.: *Comprando tiempo*, Buenos Aires, Katz, 2016.

[27] Aparte, por supuesto, del reemplazamiento en 2011 de los primeros ministros de Italia y Grecia por funcionarios de las altas finanzas internacionales, gracias a la decisión tomada al unísono por sus colegas del Consejo Europeo.

organizaciones internacionales y consejos de ministros de todo tipo, que actúan en un espacio arcano y remoto, alejado de la experiencia cotidiana y totalmente impenetrables para los ajenos, tratando asuntos tan complejos que a menudo ni siquiera los iniciados pueden estar seguros de lo que deben hacer ni de lo que están haciendo de hecho.

El desplazamiento hacia arriba de los ámbitos de conflicto durante las décadas de progreso neoliberal fue acompañado por una erosión gradual del *modelo estándar de democracia de posguerra*, impulsada y permitida por el gradual surgimiento de un nuevo modelo «hayekiano» de crecimiento para el capitalismo de la OCDE. Por modelo estándar de democracia entiendo la combinación peculiar, que había llegado a considerarse normal en el capitalismo de la OCDE después de 1945, de elecciones razonablemente libres, gobierno de los partidos de masas establecidos, idealmente uno de derechas y otro de izquierdas, y fuertes sindicatos y asociaciones patronales en el marco de un régimen de negociación colectiva firmemente institucionalizado, con derechos legales de huelga y a veces también de cierre patronal. Este modelo alcanzó su apogeo en la década de 1970, después de lo cual empezó a desintegrarse[28]. El avance del neoliberalismo coincidió con una disminución constante de la participación electoral en todos los países, salpicada con excepciones poco frecuentes y de corta duración. La contracción del electorado fue, por otra parte, altamente asimétrica: los que abandonaron la política electoral provenían abrumadoramente del extremo inferior de la escala de ingresos, donde es mayor, paradójicamente, la necesidad de democracia igualitaria. La afiliación a los partidos también disminuyó, en algunos países espectacularmente; los sistemas de partidos se fragmentaron y el voto se hizo cada vez más volátil y errático. En un número creciente de países, los huecos en el electorado han comenzado a ser ocupados en parte por los partidos llamados «populistas», sobre todo de derechas, pero últimamente también de izquierdas, que movilizan a grupos marginados para protestar contra «el sistema» y sus «elites». También disminuye la afiliación a los sindicatos, tendencia que se refleja en una casi completa desaparición de las huelgas, que, como las elecciones, han servido durante mucho tiempo como un canal reconocido de participación democrática.

La desaparición de la democracia estándar de posguerra fue y es de la mayor importancia. Junto con el capitalismo administrado por el Estado, la democracia funcionaba como motor del progreso económico y social. Redistribuyendo hacia abajo parte de los frutos de la economía de mercado capitalista a través de las relaciones laborales y la política social, promovía el aumento del nivel de vida entre la gente común y con ello aportaba

---

[28] Armin Schäfer y Wolfgang Streeck (eds.), «Introduction», en *Politics in the Age of Austerity*, Cambridge, Polity, 2013.

legitimidad a aquella; al mismo tiempo estimulaba el crecimiento económico asegurando un nivel suficiente de demanda agregada. Este doble papel era esencial para las políticas y medidas keynesianas, que convirtieron el poder político y económico de los trabajadores organizados en una fuerza productiva y asignaron a la democracia una función económica. El problema era que la viabilidad de ese modelo dependía de que las organizaciones obreras dispusieran de una cantidad suficiente de poder político y económico, algo viable en las economías nacionales más o menos cerradas de posguerra. En ellas, el capital debía contentarse con bajos beneficios y confinarse en una esfera económica estrictamente delimitada, condición que aceptaba a cambio de la estabilidad económica y la paz social en la medida en que no veía forma de salirse de los cotos nacionales para los que su licencia de caza había sido condicionalmente renovada después de 1945. Con el final del crecimiento de posguerra, no obstante, al contraerse los márgenes distributivos, las clases dependientes de los beneficios comenzaron a buscar una alternativa, que les sirviera como infraestructura de la democracia social, y la encontraron en la desnacionalización también conocida como «globalización». A medida que el capital y los mercados capitalistas empezaron a desbordar las fronteras nacionales, con la ayuda de tratados comerciales internacionales y de las nuevas tecnologías de transporte y comunicaciones, el poder de las organizaciones obreras, inevitablemente local, se vio debilitado y el capital pudo presionar en favor de un cambio hacia un nuevo modelo de crecimiento, que redistribuyera desde abajo hacia arriba. Así fue como comenzó la marcha hacia el neoliberalismo, como una rebelión del capital contra el keynesianismo, con el objetivo de entronizar en su lugar el modelo hayekiano[29]. Así volvió la amenaza del desempleo y su realidad, reemplazando gradualmente la legitimidad política por la disciplina económica. Las tasas de crecimiento más bajas eran aceptables para los nuevos potentados, siempre que se vieran compensadas por mayores tasas de beneficio y una distribución cada vez más desigual[30]. La democracia dejó de ser funcional para el crecimiento económico y, de hecho, se convirtió en una amenaza para la rentabilidad del nuevo modelo; por eso tenía que disociarse de la economía política. Así fue como nació la «posdemocracia»[31].

---

[29] La oposición política de las empresas al keynesianismo y sus consecuencias para la economía política fue inmejorablemente explicada por Michal Kalecki en «Political Aspects of Full Employment», *Political Quarterly*, vol. 14, núm. 4, 1943, pp. 322-331.

[30] De hecho, a medida que caían las tasas de crecimiento, los beneficios se recuperaron mientras que los salarios disminuyeron. Después de 2008 hubo años en los que todo el (pequeño) aumento de la economía estadounidense fue absorbido por el 0,01 por 100 de la población.

[31] Colin Crouch, *Post-Democracy*, Cambridge, 2004 [ed. cast.: *Posdemocracia*, Madrid, Taurus, 2004].

Durante la década de 1990, a lo sumo, la «globalización» se convirtió en la fórmula político-económica privilegiada para la legitimación del capitalismo neoliberal, concebida como lo que en alemán se llama un *Sachzwang*: una restricción de hecho que reside en la naturaleza de las cosas y que no te deja otra opción. Pronto hasta la izquierda comenzó a interiorizar la idea de la globalización como un proceso evolutivo natural imparable por medios políticos, mientras que para el capital ofrecía una salida de la prisión socialdemócrata en la que se había visto encerrado durante los *trente glorieuses* [de 1945 a 1975]. *Ahora los Estados estaban localizados en los mercados, y no los mercados en los Estados*. Mientras que los gobiernos, incluidos los de izquierdas, redefinían la política social como la provisión pública para la «competitividad» privada –para la remercantilización del trabajo mediante el restablecimiento de los incentivos laborales y para la sustitución de la ciudadanía social por logros educativos y ocupacionales–, el capital utilizaba su recién ganada movilidad para presionar en favor de menores impuestos, menos regulación y, en general, en los términos expuestos por Sombart (véase la nota 11), de la sustitución de la rigidez por la flexibilidad. Durante dos décadas, la globalización como discurso dio lugar a un nuevo pensamiento único, una lógica TINA *(There Is No Alternative*) de la economía política para la cual la adaptación a las «demandas» de los «mercados internacionales» era buena para todos y además la única política posible. Frente a esas exigencias, la democracia como modelo estándar no podía sino parecer anticuada: demasiado lenta y perezosa, demasiado colectivista y conservadora, e insuficientemente innovadora en comparación con los individuos ágiles que responden al instante a las señales del mercado y a la competencia. Lo que se necesitaba urgentemente, por lo tanto, era un régimen nuevo, más flexible, para el que se encontró pronto un nombre atractivo: la «gobernanza global», organizada por sectores en vez de por clases, dirigida por una «sociedad civil» voluntarista en lugar de por Estados coercitivos, y basada en organizaciones y «comunidades epistémicas» internacionales, que sustituirían el anticuado conflicto de clase por el patrón cooperativo moderno de la resolución de problemas por expertos [32].

El sector más veloz en «globalizarse» fue el financiero, donde el proceso se podía identificar, más que en ningún otro, con la expansión mundial de la economía estadounidense y, más concretamente, con la de su sector cada vez más dominante, impulsado por las necesidades, intereses y políticas de Estados Unidos[33]. En poco más de una década el sector financiero estadounidense se transformó en el sector financiero

[32] El principal exponente alemán de este punto de vista, además del fallecido Ulrich Beck y, en parte, Jürgen Habermas, es Helmut Willke (*Demokratie en Zeiten der Konfusion*, Berlín, Suhrkamp, 2014).
[33] Convertir el mundo en un campo de juego ampliado para la economía estadounidense, y de paso en una extensión del orden político-económico interno de Estados Unidos, ha sido el objetivo de su política exterior desde el final de la Segunda Guerra Mundial, como lo señaló lúcidamente Perry

del capitalismo global, absorbiendo o eliminando a sus homólogos de otros países. Su desregulación agresiva atrajo capital de todo el mundo, con el empleo de organizaciones multilaterales internacionales y acuerdos bilaterales para abrir a las firmas financieras los mercados de capitales de otros países. El sector financiero, reconstituido así a escala mundial, escapó de hecho al control democrático en todas partes, salvo quizá en Estados Unidos, convirtiéndose, sin embargo, en la fuente más importante de crecimiento económico, ingresos fiscales y contribuciones a las campañas electorales. Las finanzas, que ahora gozaban de la posibilidad de gobernarse a sí mismas, más allá de la existencia de un reducido número de instituciones de «gobernanza global», débiles y dominadas en todo caso por Estados Unidos, se convirtieron en un auténtico gobierno por derecho propio, en la medida en que los *Estados endeudados* y escasos de dinero, que habían perdido la capacidad de gravar a sus ciudadanos y empresas más ricas debido a las nuevas oportunidades de movilidad del capital, requerían préstamos y asesoramiento experto del sector financiero privado. Las democracias nacionales endeudadas comenzaron a enfrentarse a un segundo electorado, el sector financiero, que tenía sus propias y muy peculiares ideas sobre el papel del Estado en la sociedad, en particular sobre cuánto podían gravar y gastar los gobiernos y cómo se debían recaudar y distribuir los ingresos y los gastos públicos.

Hoy, después de la financiarización global, la democracia puede concebirse como una contienda entre dos electorados, el pueblo del Estado nacional y el pueblo del mercado internacional (véase el cuadro 4.1). Mientras que los derechos de los pertenecientes al primero se basan en el estatus político nacional, o ciudadanía, los pertenecientes al segundo derivan su pretensión de participación en las políticas públicas de contratos comerciales, que en un mercado mundial que lo abarca todo y en el que mandan los prestamistas, suelen tener prioridad. Al proporcionar liquidez a sus clientes, el sector financiero establece un control sobre ellos, y *ahí es donde radica la verdadera naturaleza del crédito*. La financiarización convierte al sector financiero en un *gobierno privado* internacional que disciplina a las comunidades políticas nacionales y a sus gobiernos públicos, sin tener que rendir cuentas democráticamente a nadie. El poder del dinero, manejado por los bancos centrales, independientes de los Estados y dependientes en cambio para el éxito de sus políticas monetarias de la cooperación del sector financiero privado, sustituye al poder de los votos, lo que contribuye notablemente a disociar la democracia de la economía política, un requisito central del modelo hayekiano, si no del crecimiento, sí del aumento de los beneficios.

Anderson en «Imperium», *NLR* 83, septiembre-octubre de 2013, pp. 5-111; ed. cast.: *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Madrid, Akal, 2014.

Mercantilización sin límites

Junto con el desacoplamiento o disociación de la democracia con respecto a la economía política, que secó el proceso democrático al tiempo que dejaba libre al capitalismo la vía hacia un nuevo modelo de crecimiento no igualitario impulsado por el mercado, la globalización provocó una profunda erosión de los regímenes sociales que en el pasado habían limitado, más o menos eficazmente, la mercantilización de lo que Karl Polanyi llamaba las tres «mercancías ficticias»: el trabajo, la tierra y el dinero[34]. En opinión de Polanyi, en la lógica del desarrollo capitalista y su «utopía» de un «mercado autorregulado» está inscrito que para continuar su avance debe esforzarse, en última instancia, por mercantilizarlo todo. El trabajo, la tierra y el dinero, sin embargo, sólo se pueden mercantilizar dentro de estrechos límites, si se quiere que mantengan su valor de uso: una mercantilización completa los destruiría, obstaculizando más que facilitando la acumulación de capital. Así, pues, el capitalismo sólo puede sobrevivir mientras acepte, voluntariamente o no, que la «sociedad» le impida someter a su lógica lo que sólo podría mercantilizar plenamente en su propio detrimento. Preservar el trabajo, la tierra y el dinero de la mercantilización total y protegerlos contra el abuso requiere una autoridad pública, estatal o gubernamental. Sin embargo, ese recurso se ha visto cada vez más debilitado por la globalización. La «gobernanza» no es suficiente para evitar que el capitalismo vaya demasiado lejos y socave sus cimientos; destruye las capacidades políticas que Marx, en su análisis seminal de la política de la jornada laboral, señalaba como necesarias para resolver un problema de acción colectiva surgido de los mercados competitivos:

> Para protegerse contra «la serpiente de sus tormentos», los obreros tienen que unir sus cabezas e imponer como clase una ley estatal, una barrera social infranqueable que les impida venderse a sí mismos y a su descendencia para la esclavitud y la muerte por medio de un contrato libre con el capital[35].

---

[34] Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* [1944], Boston (MA), Beacon Press, 1957; ed. cast.: *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Barcelona, Virus, 2016. En esta sección reelaboro selectivamente una parte del capítulo 1 que sólo cabía esbozar por razones de espacio.

[35] «*Zum "Schutz" gegen die Schlange ihrer Qualen müssen die Arbeiter ihre Köpfe zusammenrotten und als Klasse ein Staatsgesetz erzwingen, ein* übermächtiges *gesellschaftliches Hindernis, das sie selbst verhindert, durch freiwilligen Kontrakt mit dem Kapital sich und ihr Geschlecht in Tod und Sklaverei zu verkaufen*». Marx sabía que una de las razones por las que los trabajadores británicos lograron la aprobación de la Ley Fabril fue que los propios patronos estaban preocupados por la continua destrucción del trabajo en los «diabólicos talleres» de sus fábricas; pero expuestos a la competencia y con una organización débil, no podían actuar siguiendo lo que sabían que debería haber sido su interés racional, K. Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 1 [1867], Nueva York, International Publishers, 1967, p. 285); ed.cast.: *El capital*, vol. 1, cap. 8 (La jornada de trabajo), sec. 7 (La lucha por la jornada laboral normal), Libro I, tomo III, cit., pp. 395-401.

Para ilustrar la relevancia del análisis de Marx respecto a las condiciones actuales, en particular para la cuestión de cómo podría acabar el capitalismo, me limitaré al área del trabajo[36]. La globalización ha trasladado los talleres de trabajo esclavo que Marx y Engels, así como los inspectores de trabajo del siglo XIX, habían conocido en Manchester, a la periferia capitalista, fuera del campo de visión de la aristocracia obrera que habita hoy día los centros del sistema de producción capitalista contemporáneo. Así, los superexplotados trabajadores y trabajadoras de hoy y los trabajadores y trabajadoras de clase media de los países del capitalismo «avanzado» están tan alejados espacialmente unos de otros que nunca se cruzan, no hablan el mismo idioma y nunca experimentan juntos la comunidad y la solidaridad que brotan de una acción colectiva conjunta. Los expuestos a esa explotación que a los trabajadores de «Occidente» se les dice que ha sido erradicada por el progreso capitalista se están convirtiendo en objetos de caridad en el mejor de los casos, mientras que el estilo de vida consumista de la clase media occidental, y también de buena parte de su clase obrera, depende de los bajos salarios y de las bárbaras condiciones de trabajo del mundo «en vías de desarrollo». Al mismo tiempo, al comprar teléfonos inteligentes o camisetas baratas, los trabajadores de los países capitalistas ricos ejercen presión *como consumidores* sobre sí mismos *como productores*, acelerando el traslado de la producción al extranjero (externalización) y deteriorando así sus propios salarios, condiciones de trabajo y empleo.

Además, la globalización reubica no sólo los empleos, sino también a los trabajadores. La ideología neoliberal apoya la migración y las fronteras abiertas en nombre de la libertad personal y los derechos humanos, sabiendo que proporciona a los patronos de los países receptores una oferta de mano de obra ilimitada, desestabilizando los regímenes de protección laboral. La diversidad étnica es bienvenida, no sólo por la clase media liberal, sino también por los patronos que desean trabajadores dóciles agradecidos por poder estar donde están, y ansiosos de evitar la deportación si quedan desempleados o participan en actividades militantes. Así, la inmigración dificulta la organización colectiva de los trabajadores, especialmente en las ocupaciones de bajos ingresos. También se puede utilizar de forma propagandística para favorecer la adhesión de los trabajadores autóctonos a las políticas neoliberales destinadas a abolir los salarios

---

[36] Por supuesto, la erosión del régimen es flagrante también con respecto a la tierra, o la naturaleza, donde la fragmentada política del capitalismo global ha demostrado ser incapaz de contener la aceleración del consumo y la destrucción del entorno natural. Todo lo que cabe decir aquí aparece claramente expresado, por cierto, en la encíclica papal *Laudatio si*. Otra fuente de incertidumbre y una amenaza permanente para la estabilidad sistémica es la creación competitiva de dinero por los gobiernos, los bancos centrales y las firmas financieras y la transformación de la deuda en un producto comercializable, que sigue en general sin ser regulado por la «gobernanza global» incluso después del colapso de 2008.

mínimos y la protección del empleo, acusando a los sindicatos de discriminación racista contra los «forasteros» en favor de los «nacionales». Si los intereses de éstos en el mercado de trabajo son enarbolados entonces por partidos y movimientos populistas de derecha, la protección laboral sufre un mayor deterioro y deslegitimación, mientras que la clase obrera resulta cada vez más dividida.

A medida que los regímenes laborales nacionales de posguerra, establecidos tras intensas luchas políticas para proteger a los trabajadores y sus familias frente a las presiones del mercado, se ven subvertidos por la competencia internacional, los mercados laborales de los principales países capitalistas están evolucionando hacia trabajos precarios, empleos de cero horas, trabajo *freelance* y de reserva, no sólo en pequeñas empresas locales, sino también a menudo en grandes firmas globales. Un caso extremo es Uber, un gigante de la llamada «economía colaborativa», que con la ayuda de nuevas tecnologías de la comunicación funciona casi totalmente sin fuerza de trabajo propia. Tan sólo en Estados Unidos más de 160.000 personas, de las que sólo 4.000 son empleados regulares, dependen de Uber para su sustento[37]. Para el resto, los riesgos laborales están siendo privatizados e individualizados, y la vida y el trabajo se funden inseparablemente. Al mismo tiempo, las familias de clase media y de la aristocracia obrera se esfuerzan por satisfacer obligaciones de carrera y consumo cada vez más exigentes, y dependen de una mano de obra mal pagada de sirvientes domésticos, en particular cuidadores de niños, que suelen ser inmigrantes y en su mayoría mujeres. Con los patronos bajo la presión de la competencia mundial y los trabajadores temiendo por su empleo, los sindicatos están perdiendo poder y a veces ni siquiera llegan a existir en las nuevas industrias y empresas. En consecuencia, no hay capacidad política disponible para suavizar el impacto del cambio tecnológico, que avanza más rápidamente que nunca para reorganizar el trabajo, como predijo, por ejemplo, Randall Collins para la nueva clase media superformada[38].

---

[37] Sobre Uber como ejemplo de la evolución de los modelos de empleo, véase «Rising Economic Insecurity Tied to Decades-Long Trend in Employment Practices», *The New York Times*, 12 de julio de 2015, nytimes.com, visitado por última vez el 29 de noviembre de 2015.

[38] Se podría y debería escribir todo un libro exponiendo la profunda transformación del mundo del trabajo durante las últimas dos décadas, en particular desde la crisis de 2008. En todos los países capitalistas «ricos» se han multiplicado los bajos salarios y las malas condiciones de trabajo y los bajos salarios han bajado todavía más. Véase «Low-Income Workers See Biggest Drop in Paychecks», *The New York Times*, 2 de septiembre de 2015, nytimes.com, visitado por última vez el 29 de noviembre de 2015. En realidad, allí donde el empleo se ha «recuperado» después de la crisis, los mejores puestos de trabajo han sido sustituidos con gran frecuencia por otros peores, que los trabajadores no tienen más remedio que aceptar. Además, la privatización de los riesgos laborales ha significado, a menudo, que las nuevas necesidades de formación tenga, que ser pagada, por los propios trabajadores y financiada mediante deuda (adicional), «Seeking New Start, Finding Steep Cost», *The New York Times*, 17 de agosto de 2014, nytimes.com, último acceso el 29 de noviembre de 2015. En todo el mundo, los horarios de trabajo cada vez más

¿Por qué deberíamos considerar un síntoma de la crisis del *capitalismo* –y no solo de sus trabajadores– la erradicación de las regulaciones que hasta ahora impedían la plena mercantilización del trabajo? Una razón, subrayada por Richard Sennett, sería que las exigencias cada vez mayores de «flexibilidad» son incompatibles con el desarrollo de capacidades para el trabajo productivo como las observadas en identidades profesionales estables[39]. Quizá lo más importante es que, a escala macro, la fragmentación de la clase obrera y la degradación del trabajo debida a la excesiva mercantilización y flexibilización impiden la formulación de un proyecto de oposición coherente como el socialismo, que aspire a separar y preservar lo que pueda haber de progresista en el capitalismo de lo que es reaccionario. Tal proyecto político colectivo, dirigido a trascender [*aufheben*] el capitalismo para dar lugar a un orden social más avanzado –la utopía de una vida moderna más allá de la dictadura del mercado–, por un lado desafía la sociedad existente, pero, por otro, la legitima como etapa de transición en una historia imaginada del progreso humano. La dispersión global de la clase obrera y su división por lenguas y etnias; la dependencia del consumo, la producción y la reproducción en el centro de la economía capitalista de la importación de fuerza de trabajo de la periferia y de exportación de empleos a la misma; y el deterioro de la solidaridad de clase degradada en la actualidad a caridad, conducen a una estructura social, que confunde más que propicia la conciencia de clase y la acción colectiva, dejando al capitalismo, no sólo sin alternativa, sino también sin perspectiva de progreso.

Desórdenes sistémicos: oligarquía, corrupción

Al final de la conferencia que más tarde se convirtió en el capítulo 1 de este volumen, yo señalaba cinco «desórdenes sistémicos», que han asolado al

---

flexibles socavan la vida familiar y requieren notables prestaciones por parte de los padres y las madres en forma de transferencias intergeneracionales de recursos y de tiempo. Véase «The Perils of Ever-Changing Work Schedules Extend to Children's Well-Being», *The New York Times*, 12 de agosto de 2015, nytimes.com, visitado por última vez el 29 de noviembre de 2015. También en las corporaciones que marcan tendencia, como Amazon y Google, las nuevas estrategias de gestión de recursos humanos están intensificando el trabajo y experimentando el máximo rendimiento de los trabajadores, incluidas grandes cantidades de horas extras no pagadas; véase «Inside Amazon: Wrestling Big Ideas in a Bruising Workplace», *The New York Times*, 15 de agosto de 2015, nytimes.com, consultado el 29 de noviembre de 2015. Lo mismo se puede decir de las empresas de servicios de gama alta –el sector preferido para buscar empleo por la nueva clase media–, como los bancos de inversión y las firmas de abogados; «Work Policies may be Kinder, but Brutal Competition Isn't», *The New York Times*, 19 de agosto de 2015, nytimes.com, consultado por última vez el 29 de noviembre de 2015.

[39] Richard Sennett, *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1998; *The Culture of the New Capitalism*, New Haven (CT), Yale University Press, 2006; y *The Craftsman*, Londres, Allen Lane, 2008. Véase también Zygmunt Baumann, *Liquid Modernity*, Cambridge, Polity, 2000.

capitalismo contemporáneo y que probablemente condicionarán su futuro o no futuro: estancamiento, redistribución oligárquica, saqueo del sector público, corrupción y anarquía global. Volviendo a leer lo que dije entonces, no veo ninguna razón para hacer modificaciones; de hecho, en el breve lapso de los dos años transcurridos desde entonces, esos cinco aspectos se han hecho aún más palpables. En la presente sección me limitaré a algunas matizaciones sobre la oligarquía y la corrupción, dos asuntos evidentemente muy conectados. Como el estancamiento secular, la apropiación privada de las infraestructuras públicas y la anarquía global, tienen en común que debilitan críticamente la integración sistémica y la estabilidad de las sociedades del capitalismo neoliberal[40].

Comenzando por la *desigualdad oligárquica* –se podría hablar incluso de *neofeudalismo*–, lo que importa aquí para el futuro del capitalismo, o su desaparición, no es principalmente que en las sociedades capitalistas de hoy día una minúscula minoría se esté haciendo inimaginablemente rica. Sobre ese asunto se han escrito recientemente bibliotecas enteras, con poco o ningún efecto político. Desde la perspectiva de la estabilidad sistémica, algo que parece más importante que la desigualdad como tal es que puede haber ido ya tan lejos que los ricos pueden considerar que su destino y el de sus familias no dependen del destino de las sociedades de las que extraen su riqueza. Como consecuencia, ya no tienen por qué preocuparse por ellas. Esto se convierte en un problema –de «riesgo moral»–, cuando las diferencias de riqueza se hacen tan grandes que dan lugar a una fusión de los poderes político y económico, es decir, a una *oligarquía*. Para evaluar hasta qué punto la creciente desigualdad en Estados Unidos ha producido una estructura de poder oligárquica, Jeffrey Winters evaluó lo que llamaba un *Índice de Poder Material* durante los últimos años[41]. Una versión de ese índice considera la relación entre los ingresos medios de los cuatrocientos principales contribuyentes y los del 90 por 100 más pobre, hallando en 2007 una impresionante relación de 10.327 a 1 (p. 215). Otra versión del índice, basada en la riqueza de los hogares en 2004 excluida la vivienda,

---

[40] Un aspecto importante del saqueo del dominio público que no mencioné en la versión original es el papel creciente de las empresas privadas en la guerra moderna. Al parecer, tanto en Afganistán como en Iraq la mayoría de las fuerzas terrestres estadounidenses eran mercenarios empleados por firmas como Blackwater, atraídas por las nuevas oportunidades para inversiones seguras y rentables en lo que solía estar reservado al sector público (sobre Blackwater, véase Sean McFate, *The Modern Mercenary: Private Armies and What They Mean for World Order*, Oxford, Oxford University Press, 2015). La subcontratación de la guerra al sector privado es probable que dé lugar a un cabildeo activo de las empresas nacionales en favor de una política exterior intervencionista, semejante a lo que se había previsto en teorías más antiguas sobre el «complejo militar-industrial». Por supuesto, la posibilidad de confiar a proveedores privados la fuerza letal relaja cualesquiera inhibiciones, que los gobiernos estadounidense o británico pudieran tener en cuanto a la intervención militar en la periferia capitalista, en particular porque la violencia mercantilizada es más fácil de ocultar frente a la opinión pública.

[41] Jeffrey A. Winters, *Oligarchy*, Nueva York, Cambridge University Press, 2011.

comparaba también los cien hogares más acaudalados con el 90 por 100 situado por debajo de los mismos; ahí la relación más que se decuplicaba arrojando una relación de 108.765 a 1 (p. 217). En opinión de Winters, esto corresponde aproximadamente a la diferencia de poder material entre un senador y un esclavo en el momento culminante del Imperio Romano[42].

Los oligarcas estadounidenses, a diferencia de sus homólogos de otros países como Ucrania o Rusia, son de un tipo «no gobernante», ya que se contentan con mantener una burocracia pública, un Estado de derecho y un gobierno elegido, gestionado por políticos profesionales. Pero esto no significa que no se involucren en la política interna de su país, a fin de, como mínimo, mantener las condiciones óptimas para fomentar la acumulación y conservación futura de su riqueza. Actualmente el «poder material» de los oligarcas estadounidenses ha alcanzado unas dimensiones que favorecen la reproducción de la desigualdad económica subyacente a despecho de la democracia política, porque permite a los superricos comprar mayorías políticas y legitimidad social, las primeras mediante contribuciones a campañas de todo tipo[43] y la segunda mediante operaciones filantrópicas que cubren en parte las lagunas existentes en la provisión pública, que resultan de la escasa financiación que reciben los servicios públicos después de que las fortunas oligárquicas hayan eludido los impuestos a raíz de la globalización y con la ayuda de sus amigos en el gobierno[44]. Las elites oligárquicas, tal

---

[42] J. A. Winters, «Oligarchy and Democracy», *The American Interest*, vol. 7, núm. 2, 2011.

[43] Según *The New York Times* del 1 de agosto de 2015: «Menos de cuatrocientas familias [eran] responsables de casi la mitad del dinero recaudado en la campaña presidencial de 2016, una concentración de donantes políticos sin precedentes en la era moderna». A finales de julio del año preelectoral de 2015, las contribuciones totales de la campaña ascendían ya a 388 millones de dólares. «Small Pool of Rich Donors Dominates Election Giving», *The New York Times*, 1 de agosto de 2015, nytimes.com, último acceso el 12 de agosto de 2015. Para un informe más detallado véase David Cole, «The Supreme Court's Billion-Dollar Mistake», *The New York Review of Books*, 19 de enero de 2015: «Durante los cinco años transcurridos desde [la sentencia del Tribunal Supremo del caso *Citizens United*], los superPACs [Comité de Acción Política, organización que recauda fondos destinados a apoyar a un candidato] han gastado más de 1.000 millones de dólares en las campañas de las elecciones federales [...]. Alrededor del 60 por 100 de esos mil millones de dólares proviene de sólo 195 personas [...]. La donación media por encima de 200 dólares del curiosamente llamado *Ending Spending*, un PAC conservador, fue de 502.188 dólares [...]. Para la campaña electoral de 2016, los hermanos Charles G. y David H. Koch, dos industriales multimillonarios que se encuentran entre las personas más ricas del mundo, contribuyeron con un fondo de 889 millones de dólares, tan elevado como los presupuestos de cada uno de los dos principales partidos políticos. «Koch Brothers' Budget of $889 Million for 2016 Is on Par with both Parties' Spending», *The New York Times*, 26 de enero de 2015, nytimes.com, visitado por última vez el 30 de noviembre de 2015.

[44] Sobre los multimillonarios que deciden de facto qué parques y patios de recreo deben renovarse en la ciudad de Nueva York, véase «The Billionaires' Park», *The New York Times*, 30 de noviembre de 2014: «Central Park es ahora una joya resplandeciente gracias a 700 millones de dólares de inversiones privadas, y hace dos años el gestor de un fondo de cobertura –que vive en una mansión a unos pasos del parque– dio 100 millones de dólares para mejorarlo aún más [...] Entretanto muchos parques, faltos de fondos, han caído en el abandono. El alcalde Bill de Blasio se comprometió este otoño a gastar 130 millones de dólares para mejorar treinta

como muestra Winters, aunque pueden estar en desacuerdo en casi todo lo demás, están firmemente unidas en su deseo de preservar su riqueza, y pueden permitirse emplear a toda una pléyade altamente sofisticada de abogados, especialistas en relaciones públicas, cabilderos, políticos activos y retirados, y grupos de reflexión e ideólogos de todo tipo, incluyendo departamentos de economía universitarios completos, que constituyen todo una «industria de defensa de la riqueza»[45].

Los oligarcas de otros países suelen sacar de ellos su dinero para reubicarlo en Nueva York o Londres. Los estadounidenses, en cambio, son a la vez más cosmopolitas y más patrióticos: extraen sus riquezas a escala mundial y las colocan a continuación en las firmas financieras globales de Manhattan. Mientras que sus homólogos abandonan sus países dejando que se pudran, trasladándose preferentemente a Estados Unidos, los oligarcas estadounidenses se esfuerzan en casa para asegurarse de que su país siga siendo un refugio seguro para sí mismos y para sus colegas de otros países. Mientras tengan éxito en eso, no necesitan que el neofeudalismo oligárquico de estilo estadounidense se vea reproducido, por ejemplo, en Europa Occidental. Dada la estructura del sistema capitalista mundial contemporáneo, lo que importa para la defensa de la riqueza oligárquica global, tanto política como ideológicamente, es el control de la política estadounidense para asegurar, por ejemplo, que el Congreso de Estados Unidos nunca aceptará un impuesto global sobre la riqueza como el propuesto, entre otros, por Thomas Piketty[46]. Siempre y cuando eso se mantenga, no importa realmente quién gobierne en Francia o Alemania o con qué ambiciones.

El segundo desorden del capitalismo que abordaremos brevemente aquí es la *corrupción*. Utilizo este concepto en sentido amplio, más allá de su definición en el derecho penal, para referirme a la violación flagrante de las normas jurídicas y la traición sistemática de la confianza y las expectativas morales en la búsqueda del éxito competitivo y del enriquecimiento

---

y cinco parques en barrios pobres – la misma cantidad que el señor Diller y su esposa, Diane von Furstenberg, prometieron a [un] nuevo parque de una hectárea de extensión, nytimes.com, consultado por última vez el 30 de noviembre de 2015. Steven A. Cohen, fundador del «colosal fondo de cobertura SAC Capital Advisers» y objeto de varias investigaciones sobre el uso de información privilegiada, es al parecer el mayor impulsor de la que se hace llamar «Fundación Robin Hood». Su gala anual de 2013 en Manhattan, «que contó con actuaciones de Bono, Sting y Elton John, recaudó 72 millones de dólares para combatir la pobreza»: «SAC Starts to Balk over Insider Trading Inquiry», *The New York Times*, 17 de mayo de 2013, dealbook.nytimes.com, visitado por última vez el 30 de noviembre 2015.

[45] Un ejemplo fascinante es la financiación por los hermanos Koch, durante varias décadas, del James Buchanan's Center for Study of Public Choice en la universidad George Mason. Véase Nancy MacLean, *Forget Chicago, It's Coming from Virginia: The 1970s Genesis of Today's Attack on Democracy*, manuscrito inédito, 2015.

[46] Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge (MA), Harvard University Press 2014; ed. orig.: *Le capital au siécle XXIe*, París, Seuil, 2013; ed. cast.: *El capital en el siglo XXI*, México DF, FCE, 2015.

personal o institucional, tal como se desprende del rápido crecimiento de las oportunidades para obtener enormes beneficios materiales en y alrededor de la economía política actual. Como señalé antes, la corrupción es endémica en las finanzas, donde los mayores beneficios se obtienen eludiendo o infringiendo rotundamente las normas jurídicas sobre, por ejemplo, las operaciones comerciales, los préstamos hipotecarios, el lavado de dinero, la fijación de tipos, etcétera. Se puede suponer, en efecto, que el fraude es normal en las finanzas y que, en consecuencia, no suele suscitar gran indignación moral, sobre todo entre los iniciados[47]. Tan sólo en Estados Unidos, los principales bancos habían acordado en junio de 2014 pagar alrededor de cien mil millones de dólares en acuerdos extrajudiciales por infracciones legales en relación con la crisis financiera de 2008[48]. Poco más de un año después, el *Frankfurter Allgemeine* informaba sobre un estudio realizado por Morgan Stanley, según el cual los bancos estadounidenses y de Europa Occidental habían pagado juntos unos 260.000 millones de dólares en acuerdos extrajudiciales, de nuevo desde 2008[49]. Obsérvese que ninguno de esos casos fue nunca sometido a juicio, lo que atestigua una profunda empatía por parte del sistema legal con la presión competitiva sobre las instituciones financieras para quebrantar la ley con el fin de obtener un beneficio. Para hacerse una idea de las sanciones que se habrían derivado de una sentencia judicial, hay que añadir a las tasas de liquidación los gastos legales de los bancos. Por supuesto, una buena parte de ambas podrá ser declarada como gastos empresariales a efectos fiscales.

La corrupción financiera no termina ahí, sin embargo. Hacer fortuna en las finanzas requiere no sólo disponer de información confidencial sobre los acontecimientos probables en «el mercado», sino también un conocimiento profundo de las políticas gubernamentales, preferiblemente de antemano, y una capacidad para influir sobre las mismas, tanto en su concepción como en su puesta en práctica. No es sorprendente, pues, que ningún otro sector, excepto quizá el armamentístico, haya desarrollado una práctica tan afinada como la de las puertas giratorias de

---

[47] Una excepción es David A. Stockman, «State-Wrecked: The Corruption of Capitalism in America», *The New York Times*, 31 de marzo de 2013, que puede considerarse especialmente informado sobre el tema.

[48] «Vernunft durch Strafen in Milliardenhöhe», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 29 de junio de 2015, faz.net, visitado por última vez el 2 de diciembre de 2015. La estimación parece demasiado baja, dado que otra fuente indica la misma suma tan sólo para el Bank of America: John Maxfield, «The Complete List», *The Motley Fool*, 1 de octubre de 2014, fool.com, visitado por última vez el 2 de diciembre de 2015.

[49] «Banken zahlen 260 Milliarden Dollar Strafe», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 24 de agosto de 2015, www.faz.net, visitado por última vez el 2 de diciembre de 2015. Los principales casos estaban aún pendientes, como la fijación fraudulenta del precio del oro y de la tasa interbancaria London Interbank Overnight Rate (Libor). Todos los bancos importantes de Estados Unidos, así como de Francia (Paribas), Alemania (Deutsche), Suiza (UBS) y el Reino Unido (HSBC), estaban implicados, cada uno de ellos en varios casos.

Wall Street con el gobierno de Estados Unidos. Ahí están Robert Rubin, secretario del Tesoro de 1995 a 1999 con Clinton, y Henry Paulsen, en el mismo puesto con Bush Jr. de 2006 a 2009, ambos antiguos directores ejecutivos de Goldman Sachs; el primero fue decisivo para la desregulación financiera, el segundo trató de poner algún remiendo a sus resultados en 2008. Los dos son, sin embargo, tan sólo la punta de un iceberg realmente gigantesco, pero había y hay literalmente cientos de antiguos y no tan antiguos empleados de Goldman en una amplia variedad de puestos gubernamentales[50]. También podemos observar a una figura como Lawrence («Larry») Summers, lugarteniente y sucesor de Rubin en el Departamento del Tesoro estadounidense, moviéndose incansablemente durante décadas de la academia al gobierno y a las altas finanzas y viceversa, siendo generosamente recompensado por ello[51]. Y no hay que olvidar al fiscal general de la Administración de Obama, Eric Holder, en el cargo de 2008 a 2014. Mientras negociaba un acuerdo extrajudicial con una firma financiera de Wall Street tras otra, disfrutaba de un permiso en un despacho de abogados de Wall Street especializado, entre otras cosas, en representar a esas mismas empresas financieras. Mientras Holder fue fiscal general, ningún banquero tuvo que presentarse ante un tribunal, por no hablar de ir a prisión. Habiendo ganado alrededor de 2,5 millones de dólares al año antes de incorporarse al gabinete, Holder

---

[50] La literatura sobre Goldman Sachs es infinita. Para una introducción véase el artículo de Matt Taibbi, «The Great American Bubble Machine», *Rolling Stone*, núm. 9, julio de 2009. Es imposible reproducir la cantidad inacabable de senadores, gobernadores, miembros del gabinete, banqueros centrales o de la Reserva Federal, etcétera, procedentes de Goldman Sachs o que acabaron allí. Como muestra véase Taibbi: «Ahí están Joshua Bolten, el jefe de personal de Bush durante el rescate; Mark Patterson, el actual [2009; WS] jefe de personal del Tesoro, que era cabildero de Goldman hace apenas un año, y Ed Liddy, el ex director de Goldman a quien Paulson puso a cargo del gigante de los seguros AIG, que le pasó más de 13.000 millones de dólares a Goldman después de que Liddy se incorporara a su dirección. Los jefes de los bancos nacionales de Canadá e Italia formaron parte en su momento del personal de Goldman, al igual que los anteriores presidentes del Banco Mundial [Robert Zoellick] y de la Bolsa de Nueva York, [Duncan L. Niederauer] y los dos últimos jefes del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, que, por cierto, está ahora encargado de supervisar a Goldman».

[51] La búsqueda implacable de Summers de importes cuantiosísimos de dinero, entre sus sucesivos nombramientos para ocupar altos cargos en el gobierno, desafía cualquier intento de resumen. Para una introducción, ya un poco anticuada, véase Matt Taibbi, «Obama's Top Economic Advisor Is Greedy and Highly Compromised», *Alternet*, 9 de abril de 2009, alternet.org, último acceso el 2 de diciembre de 2012. En 2006, Summers tuvo que renunciar después de cinco años como presidente de la Universidad de Harvard, debido en parte a un escándalo que tenía que ver con información privilegiada sobre títulos rusos. Inmediatamente consiguió un trabajo como «director de gestión a tiempo parcial» de un fondo de cobertura. En 2008, el año al final del cual se esperaba que se uniera a la Administración de Obama como jefe del Consejo Económico Nacional, ese fondo le pagó la respetable cantidad de 5,2 millones de dólares por su trabajo a tiempo parcial. Durante ese mismo año Summers también cobró más de 2,7 millones de dólares por «conferencias» en varias empresas de Wall Street, en particular 130.000 dólares de Goldman Sachs por una aparición vespertina. Cuando Obama estaba considerando nombrarlo para suceder a Ben Bernanke en la Reserva Federal, Summers se retiró de la lista por temor a tener que informar sobre sus fuentes de ingresos en la audiencia preliminar.

renunció en 2015 para retomar su puesto volviendo a su antiguo bufete de abogados[52]. Como es sabido, el presidente Obama, que nombró a Holder, obtuvo más de un tercio de las contribuciones para su campaña del sector financiero[53].

La degradación moral causada por una sobreabundancia de oportunidades para hacerse rico en la economía global no termina en el sector financiero. Como se sabe ahora, los salarios de los directivos se han disparado desde la década de 1980 en el mundo empresarial, y no sólo en Estados Unidos, aun cuando los beneficios fueran escasos o inexistentes, y también en años de crisis económica general, cuando el desempleo crecía y los salarios disminuían. Hay muchas explicaciones para esto, pero las más creíbles implican la reciprocidad extendida entre una estrecha red de oligarcas empresariales, que conspiraba para elevar sus propios salarios ayudando a aumentar los de sus colegas conspiradores. Otro ejemplo de corrupción puede encontrarse entre los líderes políticos que al abandonar su puesto venden sus conocimientos privilegiados y su prestigio público y, especialmente, las conexiones que adquirieron sirviendo presumiblemente al interés público, a consultoras privadas, a los grupos de presión y sobre todo a las firmas financieras[54]. La corrupción también se ha desatado en el atletismo profesional, que en las últimas décadas se ha convertido en una enorme industria global, financiada por la multiplicación de las actividades de comercialización de artículos deportivos y de moda. En las principales disciplinas, incluyendo la natación y el atletismo, por no mencionar el ciclismo, es público y notorio que los principales competidores emplean

---

[52] Véase «Eric Holder, Wall Street Double Agent, Comes in from the Cold», *Rolling Stone*, 8 de julio de 2015, rollingstone.com, visitado por última vez el 12 de agosto de 2015.

[53] Goldman Sachs fue el segundo mayor contribuyente a la campaña de Obama en 2008. Véase «Barack Obama (D): Top Contributors, 2008 Cycle», en opensecrets.org/PRES08/contrib.php?-cid=N00009638, consultado por última vez el 7 de diciembre de 2015. Su director ejecutivo visitó la Casa Blanca de Obama diez veces entre 2009 y 2010, casi cada dos meses. Los pequeños donantes, a diferencia de lo que daba a entender al público la maquinaria electoral de Obama, representaron menos del 30 por 100 de sus gastos de campaña en 2008.

[54] Sobre Tony Blair, los acuerdos a los que contribuyó después de su renuncia y su complejo conglomerado de firmas de consultoría véase «Tony Blair Has Used His Connections to Change the World, and to Get Rich», *The New York Times*, 5 de agosto de 2014, nytimes.com, consultado por última vez el 7 de diciembre de 2015. Según el informe, Blair cobra, además de cualquier otra cosa que obtenga, «un total de 5 a 7 millones de dólares al año de tres empresas: JP Morgan, Khosla Ventures y el Zurich Insurance Group». Una de sus propias firmas, Windrush Ventures Limited, «informó de un beneficio de 3,4 millones de dólares en 2013». Sobre los miembros del gabinete de Blair véase Tariq Ali, *The Extreme Centre: A Warning*, Londres, Verso, 2015, pp. 45-53. La lista de ejemplos no tiene fin; parece como si los altos cargos públicos se hubieran convertido en un aprendizaje para posteriores empleos muy bien pagados del sector privado. En Alemania, véanse los casos de Schröder y Fischer, que han vendido sus conocimientos y celebridad a distintos proyectos de oleoductos. Fischer trabaja a través de una firma de consultoría, Fischer & Company, que además de los intereses energéticos vinculados al gasoducto NABUCCO asesora a empresas como Siemens y BMW en «cuestiones ecológicas», además de ejercer como «experto a la sazón» para la mayor cadena alemana de comestibles, REWE.

rutinariamente los servicios de costosos especialistas que les proporcionan tratamientos ilegales que mejoran su rendimiento. El dopaje entre los atletas, que compiten por sumas cada vez mayores de dinero en premios y publicidad, que todavía es más lucrativa al efectuarse en mercados mundiales en los que el ganador se lo lleva todo, se ve acompañado por la corrupción de los dirigentes de las asociaciones deportivas internacionales, algunos de los cuales han recibido grandes sumas tanto de los deportistas y sus entrenadores para suprimir los resultados positivos de las pruebas de dopaje, como de los gobiernos por ubicar los grandes acontecimientos en los lugares que prefieren. Los dirigentes de esas asociaciones también poseen empresas que venden los derechos de retransmisión televisiva de esos acontecimientos[55]. Por último, consideremos una corporación global como Volkswagen (que, por cierto, en 2010 elevó el sueldo de su director ejecutivo, Martin Winterkorn, a la suma hasta entonces inimaginable en términos alemanes, de 15 millones de euros al año). En 2015 se supo que Volkswagen se había involucrado en un fraude masivo, tanto en relación con los clientes como con las autoridades públicas, con el propósito, esencialmente, de ahorrar en investigación y desarrollo para cumplir con las normas ambientales, con el fin de poder gastar más en otros apartados más propensos a facilitar las ventas en un mercado automovilístico mundial altamente competitivo que sufre saturación y sobrecapacidad.

A diferencia de *La fábula de las abejas* de Bernard Mandeville, bajo el capitalismo financiarizado el vicio privado de la codicia ya no se convierte mágicamente en una virtud pública, privando al capitalismo incluso de su última justificación moral consecuencialista. La presentación de los propietarios y gerentes del capital como administradores fieles de los bienes sociales ha perdido toda credibilidad, pese a sus muy divulgados ejercicios

---

[55] Véase el caso del antiguo corredor de media distancia Sebastian Coe, también conocido como Lord Coe, quien recientemente llegó a la presidencia de la infamemente corrupta Asociación Internacional de Federaciones de Atletismo. Coe es propietario de varias empresas de marketing deportivo y ejerce como representante internacional de Nike. Evidentemente, comparada con la corrupción en las finanzas, son apenas minucias. Mucho más interesante es el hecho de que el gobierno estadounidense esté persiguiendo agresivamente a la Asociación Internacional de Fútbol con sede en Suiza, la FIFA (Coe, por cierto, ha sido miembro de su «comité ético» desde 2006), mostrando de hecho ante el público mundial la pretensión de la justicia estadounidense de ejercer una jurisdicción global. En una operación muy publicitada, la sucesora de Eric Holder, Loretta Lynch, apareció varias veces en Suiza para hacer detener y extraditar a Estados Unidos a varios funcionarios de la FIFA, todos ellos latinoamericanos. Para hacerse una idea de las proporciones, la media anual de los ingresos de la FIFA entre 2007 y 2014 ascendieron a 1.200 millones de dólares. En diciembre de 2015, todavía quedaba por especificar qué parte de esa suma se utilizaba u obtenía de manera corrupta. Aunque la FIFA parece un excelente ejemplo de la corrupción, que afectó a todos los deportes después de la avalancha de dinero que comenzó a llover sobre ellos en la década de 1980, recuérdese que el total de los honorarios de liquidación extrajudicial pagados por los bancos para evitar una acción seria del gobierno estadounidense después de 2008 fue aproximadamente veintisiete veces la totalidad de los ingresos de la FIFA durante el mismo periodo.

de filantropía. Un cinismo generalizado se ha insertado profundamente en el sentido común colectivo, llegando a entenderse como un hecho normal que el capitalismo no es sino una oportunidad institucionalizada para que los superricos bien conectados se hagan aún más ricos. La corrupción, en el sentido en que usamos aquí esa palabra, se considera algo corriente, y por eso crece constantemente la desigualdad y la monopolización de la influencia política por parte de una pequeña oligarquía egoísta y su ejército de especialistas en defensa de la riqueza. La conversión de la confianza pública en riqueza privada se ha convertido en rutina y se ve como tal, dejando al orden social moralmente indefenso en eventuales momentos futuros de contestación abierta. Los llamamientos de la elite pidiendo confianza en nombre de valores compartidos ya no encuentran eco en una población nutrida con autodescripciones materialista-utilitarias típicas de una sociedad en la que todo está y debe estar en venta. Las elites políticas y económicas, que han quedado moralmente indefensas por su propia ambición, requerirán una gran creatividad si las cosas llegan a encresparse, y tendrán que movilizar la legitimidad en favor de sí mismas y del orden social que representan. Un síntoma amenazante de la creciente inestabilidad de la democracia capitalista es el surgimiento de los llamados partidos populistas, tanto de izquierdas como de derechas, que se alimentan de un rechazo profundamente emocional hacia las elites sociales existentes, que a su vez es fortalecido por ellos[56].

Interregno

¿Está llegando el capitalismo a su fin? El problema es que, mientras lo vemos desintegrarse ante nuestros ojos, no vemos aparecer en escena ningún aspirante a sucederle globalmente. Como ya he dicho, por desintegración entiendo un declive ya muy avanzado en la capacidad del capitalismo como régimen económico para sostener una sociedad estable. La sociedad capitalista se está desintegrando, pero no bajo el impacto de una oposición organizada que luche en nombre de un orden social mejor, sino más bien desde dentro, debido al éxito del capitalismo y a las contradicciones internas intensificadas por ese éxito; el capitalismo ha superado a sus oponentes y en ese proceso se ha hecho más capitalista de lo que le convenía. Bajo crecimiento, grotesca desigualdad y montañas de deuda; neutralización del motor del progreso capitalista de posguerra, la democracia, sustituida por el neofeudalismo oligárquico; derribo por la «globalización» de las barreras

[56] A grandes rasgos, los populistas de izquierda y de derecha comparten un profundo odio hacia las elites sociales autóctonas. Los populistas de derecha odian además al menos a un grupo de personas «extranjeras».

sociales contra la mercantilización del trabajo, la tierra y el dinero; y desórdenes sistémicos como la corrupción infecciosa en la lucha competitiva por recompensas cada vez mayores para el éxito individual, con la consiguiente cultura de la degradación moral y rápida propagación de la anarquía internacional: todos esos factores han desestabilizado profundamente la vida social tal como se asentó en los principales centros capitalistas después de la guerra, sin que se atisbe ni un indicio de cómo se podría restaurar su estabilidad.

¿Por qué, si el capitalismo se agota, no hay un nuevo orden social que pretenda sucederlo? Un orden social se derrumba cuando sus elites ya no son capaces de mantenerlo; pero para que desaparezca tiene que haber nuevas elites capaces de diseñar y deseosas de instalar un nuevo orden. Obviamente, los gestores actuales del capitalismo avanzado y no tan avanzado están excepcionalmente desorientados: considérese la producción insensata de dinero para estimular el crecimiento en la economía real; los intentos desesperados de restablecer la inflación con la ayuda de tipos de interés negativos; y el aparente resquebrajamiento inexorable del sistema estatal moderno en su periferia[57]. Pero también destaca la ausencia de una imagen de un futuro progresista prácticamente posible, de una nueva sociedad industrial

---

[57] Ahí la fuente de la entropía sistémica es el debilitamiento de la posición de Estados Unidos como armazón político de la expansión capitalista global, como indicaron hace tiempo Wallerstein y otros autores. Históricamente, el capitalismo siempre avanzaba amparado por un Estado fuerte y hegemónico, que abría y preparaba nuevos paisajes para el crecimiento mediante la fuerza militar, el libre comercio o habitualmente una combinación de ambos. La preparación política para el desarrollo capitalista incluía no sólo la desintegración de los órdenes sociales precapitalistas o anticapitalistas, sino también la creación de nuevas sociedades «modernas», que apoyaran el progreso económico mediante la acumulación de capital privado. Después de 1945, esto significó el establecimiento de un sistema global de Estados seculares, dotados de una agenda «desarrollista», soberanos pero integrados en un régimen de libre comercio internacional. También formaba parte de la agenda la «contención» y, si era necesario y posible, la supresión de los sistemas alternativos u opuestos, programa que a primera vista había llegado a su conclusión victoriosa en 1989. De hecho, empero, resultó que Estados Unidos, aunque era capaz de destruir los regímenes enemigos, había perdido la capacidad de reemplazarlos por regímenes proestadounidense y procapitalistas estables, esto es, *había perdido su poder constructivo aunque conservara el destructivo*. No podemos explorar aquí en detalle las causas de esa mutación, pero cabe suponer que incluyen el efecto demostración de las derrotas sufridas por Estados Unidos en sucesivas guerras, así como la disminución del apoyo interno a lo que ahora la mayoría de los ciudadanos estadounidenses considera «aventuras» extranjeras. Habiendo fracasado la «construcción de la nación» en buena parte del mundo, en el sistema global de Estados soberanos propensos al desarrollo y partidarios del libre comercio tal como se proyectó originalmente se han ido creando agujeros y vacíos, con *Estados fallidos* como fuente permanente de impredecibles e incontrolables desórdenes políticos y económicos. En muchos de ellos han tomado el control movimientos religiosos fundamentalistas, que rechazan la modernidad y el derecho internacional y buscan una alternativa al capitalismo consumista que no pueden esperar reproducir en sus países. Otros, habiendo abandonado la esperanza en un desarrollo capitalista pacífico en su país, tratan de convertirse en parte del capitalismo avanzado desplazándose de la periferia al centro. Allí se encuentran con inmigrantes de segunda generación que han renunciado a convertirse en parte de la corriente capitalista consumista de sus sociedades. Un resultado de esto es otra migración, esta vez de la violencia, que está trasladando a las metrópolis las sociedades sin Estado de la periferia, bajo la forma del «terrorismo» de una nueva clase de «rebeldes primitivos».

o posindustrial que siga desarrollándose y, al mismo tiempo, reemplace a la sociedad capitalista de hoy. No sólo el capital y sus perros y lacayos, sino también sus diversas oposiciones carecen de capacidad para actuar colectivamente. Así como los ideólogos y gobernantes del capitalismo no saben cómo proteger a su sociedad de la decadencia y, en cualquier caso, carecen de los medios para hacerlo, sus adversarios, cuando se abre una crisis, acaban reconociendo que no tienen ni idea de cómo reemplazar el capitalismo neoliberal por alguna otra cosa: véase el ejemplo del gobierno griego de Syriza y su capitulación en 2015 cuando el «Eurogrupo» empezó a jugar duro y Syriza se arrugó y, para decirlo con metáforas combinadas, mostró sus cartas y abandonó el terreno de juego, dando el partido por perdido.

Así, pues, antes de que el capitalismo se vaya al infierno, durante un tiempo previsiblemente largo permanecerá en el limbo, muerto o agonizante por una sobredosis de sí mismo, pero todavía muy presente porque nadie tendrá poder suficiente para apartar del camino su cuerpo en descomposición. *Pace* Wallerstein, en un futuro previsible no se va a dar la última batalla maniquea entre Davos y Porto Alegre. Mucho más probable es que entremos en un largo periodo de desintegración sistémica, en el que las estructuras sociales se hagan inestables y poco fiables y, por lo tanto, poco provechosas para cuantos vivan en ellas. Una sociedad de ese tipo que deja abandonados a sus miembros sería, como ya he dicho, menos que una sociedad. El orden social del capitalismo daría lugar entonces, no a otro orden, sino a un desorden o estado entrópico; una época histórica de duración incierta en la que, en palabras de Antonio Gramsci, «lo viejo agoniza pero lo nuevo no puede nacer todavía; durante ese interregno se pueden dar fenómenos patológicos de la más diversa índole»[58]. Se trataría pues de una sociedad desprovista de instituciones razonablemente coherentes y mínimamente estables capaces de normalizar la vida de sus miembros y de protegerlos frente a accidentes y monstruosidades de todo tipo. La vida en una sociedad de ese tipo exige una constante improvisación y obliga a los individuos a sustituir la estructura por la estrategia, al tiempo que ofrece grandes oportunidades a los oligarcas y señores de la guerra, imponiendo incertidumbre e inseguridad a todos los demás; en cierto modo, se parecería al largo interregno iniciado en el siglo V de nuestra era y que conocemos como primera Edad Media o edad oscura.

Resumiendo lo que llevamos dicho hasta ahora, el periodo histórico posterior al final de la sociedad capitalista provocado por el propio capitalismo carecerá de capacidades políticas colectivas, convirtiéndose en una transición larga e indecisa, una época de crisis como nueva normalidad, una crisis que

---

[58] Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, Turín, Einaudi, 1977, Q3, § 34: «*La crisi consiste appunto nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere: in questo interregno si verificano i fenomeni morbosi piú svariati*»; ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, México DF, Era, 1999.

no será ni transformadora ni adaptativa, incapaz de devolver el capitalismo al equilibrio o de reemplazarlo por algo mejor. Se producirán rápida y continuamente cambios profundos, pero serán impredecibles y, en cualquier caso, ingobernables. El capitalismo occidental se desintegrará, pero el capitalismo no occidental no ocupará su lugar, no al menos a escala global, y tampoco lo hará un no-capitalismo occidental. En cuanto al capitalismo no occidental, China no podrá, por muchas razones, asumir el control como anfitrión histórico del capitalismo y proporcionar un entorno global ordenado para un nuevo progreso. Tampoco habrá una codirección entre China y Estados Unidos, repartiéndose amistosamente entre ellos la tarea de proporcionar seguridad al capitalismo a escala mundial. Y en cuanto al no-capitalismo, no existe todavía tal cosa como un movimiento socialista global, comparable a los socialismos que hicieron frente con tanto éxito al capitalismo en el siglo XIX y principios del XX en luchas nacionales por el poder. Mientras el dinamismo capitalista continúe excluyendo la construcción de un orden colectivo y de instituciones no mercantiles, como viene haciendo desde hace décadas, continuará restando poder al gobierno del capitalismo y a su oposición, con el resultado de que este no podrá ni renacer ni ser reemplazado.

Una era de entropía

En el ámbito micro de la sociedad, la desintegración sistémica y la indeterminación estructural resultante se traducen en un modo de vida infrainstitucionalizado, una vida sumida en la incertidumbre, siempre en riesgo de verse trastornada por acontecimientos sorpresivos y disturbios impredecibles, dependiente del ingenio, la improvisación hábil y la buena suerte de los individuos. Ideológicamente, la vida en un una sociedad infragobernada de ese tipo puede ser alabada como una vida en libertad, sin restricciones institucionales rígidas y construida autónomamente mediante pactos voluntarios entre individuos, que acuerdan libremente perseguir sus preferencias peculiares. El problema de esa visión neoliberal es, por supuesto, que descuida la distribución muy desigual de riesgos, oportunidades, ganancias y pérdidas, que se deriva del capitalismo desocializado, incluyendo el «efecto Mateo»[59] de las ventajas acumulativas. Ello plantea la cuestión de por qué la vida neoliberal asociada al interregno poscapitalista no suscita mayor oposición; de hecho, de cómo puede disfrutar de tanto apoyo aparente, cuestión a la que no se responde satisfactoriamente refiriéndose a la fragmentación estructural y regional de la oposición anticapitalista en condiciones de «globalización».

---

[59] Robert K. Merton, «The Matthew Effect in Science», *Science*, vol. 159, núm. 3810, 1968, pp. 56-63.

Y es aquí donde entra en juego la «cultura», que parece hacerse más importante para el orden social cuanto menos instructivas resultan las instituciones que de otro modo normalizarían las relaciones sociales. Sin instituciones de apoyo, la carga de organizar la vida cotidiana se traslada del nivel macro al micro, lo que significa que la responsabilidad de asegurar un mínimo de estabilidad y certeza –de crear un mínimo orden social– pasa al individuo[60]. El programa conductista de la *sociedad postsocial* durante el *interregno poscapitalista* se regiría por un *ethos* neoliberal de automejora competitiva, el cultivo incansable del capital humano comercializable, la dedicación entusiasta al trabajo y la aceptación alegremente optimista y jovial de los riesgos inherentes a un mundo que ha dejado atrás el gobierno. Que ese programa se ejecute correctamente es esencial, ya que la reproducción de la sociedad poscapitalista pende del delgado hilo de un repertorio acomodaticio de acciones individuales que llenan las brechas cada vez más dilatadas de su arquitectura sistémica. La crítica estructuralista de las *instituciones falsas* puede por tanto tener que complementarse con una renovada crítica culturalista de la *falsa conciencia*. Lo que también puede ser relevante al respecto es el viejo tema de la relación entre la *estructura social* y el *carácter social*, como trataron, entre otros, Hans Gerth y Charles Wright Mills[61]. La cuestión es que una determinada estructura social requiere y, mientras dure, produce el correspondiente carácter entre sus habitantes. Siguiendo esa tradición, realizaré a continuación un primer corte en una fenomenología inicial del carácter social, que corresponde a la ausencia de apoyos institucionales en el presente interregno, ayudando a ampliar la duración de este último al proporcionar una apariencia de integración social y legitimidad. Comenzaré por llamar la atención sobre dos términos claves, que recientemente se han puesto de moda en el discurso político-económico, la *disrupción* y la *resiliencia* y, luego, presentaré un breve esbozo de cuatro características decisivas del patrón de comportamiento que, al parecer, se requiere para retrasar el derrumbe final del poscapitalismo infragobernado.

Lo que tienen en común la disrupción y la resiliencia, además de su creciente presencia como términos que caracterizan los rasgos básicos de la vida en una era de entropía, es que conllevan al mismo tiempo connotaciones ominosas y propicias. Mientras que la *disrupción* ha sido tradicionalmente asociada con discontinuidades imprevistas, destructivas e incluso violentas –esto es, con un *desastre* para los afectados por ellas–, ahora parece expresar una innovación económica y social radical, de hecho la única *innovación* que puede significar una auténtica diferencia, ya que

---

[60] Y la teoría social se desplaza, o deriva, del institucionalismo a la elección racional, en la medida en que desea ser afirmativa, o al conductismo biológico.

[61] Hans Gerth y C. Wright Mills, *Character and Social Structure: The Psychology of Social Institutions*, Nueva York, Harcourt & Brace, 1953.

ataca y destruye en particular empresas y mercados que operan a satisfacción de todos[62]. La innovación que no es disruptiva en ese sentido no es lo bastante innovadora porque respeta demasiado lo viejo e incluso puede verse obligada, o políticamente restringida, a no causar demasiados daños; por eso está condenada a ser superada en las luchas competitivas del mercado contemporáneo, donde no basta que algo *funcione* si alguna otra cosa promete mayores *beneficios*. La disrupción puede considerarse la versión neoliberal de la «destrucción creativa»: más despiadada, más inesperada y menos dispuesta a tomar prisioneros o aceptar demoras para ser «socialmente compatible». Aunque para quienes la sufren la innovación disruptiva puede ser catastrófica, lamentablemente tienen que ser sacrificados como daños colaterales en el campo de batalla darwiniano del capitalismo global.

La *resiliencia* es el otro término en auge, habiendo sido recientemente importado a las ciencias sociales y la política desde la bacteriología, la ingeniería y la psicología[63]. En los textos de economía política el término

[62] El término fue inventado por Clayton Christensen (*The Innovator's Dilemma: When New Technologies Cause Great Firms to Fail*, Boston (MA), Harvard Business Review Press, 1997) y posteriormente se hizo muy popular entre los gerentes y profesores de las escuelas de negocios. Para una valoración crítica véase Jill Lepore, «The Disruption Machine: What the gospel of innovation gets wrong», *The New Yorker*, 23 de junio de 2014. En el discurso gerencial, este concepto se asocia especialmente con las plataformas empresariales como Uber, Alibaba, Airbnb y Amazon, que tienen en común que han dejado de ofrecer a sus trabajadores un empleo regular. Según el *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, la disrupción llegó a Alemania, con el retraso habitual, en 2015, como la palabra clave de la gestión empresarial: «*Nicht mehr zu zählen sind die Bücher, Reden, Studien zu dem Thema. Regelmäßig werden die, Disrupter des Jahres' ausgezeichnet. Marketing - Leute können sich besoffen reden* über *die "digital disruption", gewöhnliche Beratungsfirmen gönnen sich den Zusatz "The Disruption Consultancy [...] Nicht mal Praktikanten sind sonst noch anzulocken: Ready to disrupt? Dann komm zu uns", wirbt ein Arbeitgeber in der Hauptstadt*», Georg Meck y Bettina Weigunt, «Disrupton, Baby Disruption!», Frankfurter Allgemeine Sonntagzeitung, 27 de diciembre de 2015, faz.net, visitado por última vez el 1 de enero de 2016).

[63] Para degustar, siquiera sea levemente, el espeso guiso sazonado con ese término, así como la situación del mundo real a la que responde su reciente preeminencia, he aquí hay un extracto del artículo de Wikipedia, «Resiliencia (organizativa)», en.wikipedia.org/wiki/Resilience_(organizational), visitado por última vez el 1 de enero de 2016: «En los últimos años ha surgido un nuevo consenso en torno al concepto de resiliencia como respuesta práctica a la fugacidad de las organizaciones y de sus principales copartícipes [*stakeholders*], incluidos consejos, gobiernos, reguladores, accionistas, personal, proveedores y clientes para abordar eficientemente las cuestiones de seguridad, preparación, riesgo y supervivencia.

1. Ser resiliente es una actitud proactiva y decidida para mantener la prosperidad de una empresa (país, región, organización o compañía) a pesar de los desafíos previstos o imprevistos que puedan surgir;
2. La resiliencia va más allá de una postura defensiva de seguridad y protección y aplica la fuerza intrínseca de la entidad para soportar crisis y desviar los ataques de cualquier naturaleza;
3. Resiliencia es el empoderamiento [derivado] de ser consciente de tu situación, tus riesgos, vulnerabilidades y capacidades reales para afrontarlos, y de ser capaz de tomar decisiones tácticas y estratégicas informadas; y,
4. La resiliencia es un diferenciador competitivo objetivamente medible (es decir, copartícipantes más seguros y valor para el accionista).

es utilizado, confusamente a primera vista, tanto para la capacidad de los individuos y los grupos para soportar el asalto del neoliberalismo[64], como para la capacidad del neoliberalismo como orden (o desorden) social, para perdurar a pesar de su pobreza teórica y fracaso práctico para prevenir o reparar su propio colapso en 2008[65]. Aunque esos dos significados parecen opuestos, pueden no serlo necesariamente, ya que las prácticas que permiten a los individuos sobrevivir bajo el neoliberalismo pueden también ayudar a sobrevivir a éste. Téngase en cuenta que la resiliencia no es exactamente resistencia, sino un ajuste adaptativo más o menos voluntario. Cuanta más resiliencia logran desarrollar los individuos en el ámbito micro de su vida cotidiana, menor es la demanda de acciones colectivas a escala macro para contener la incertidumbre producida por las fuerzas del mercado, una demanda que el neoliberalismo no puede ni pretende satisfacer[66].

La vida social en una era de entropía es necesariamente individualista[67]. Al verse erosionadas las instituciones colectivas por las fuerzas del mercado, se pueden producir accidentes en cualquier momento, habiéndose perdido los dispositivos colectivos para prevenirlos. Todo el mundo se ve obligado a defenderse por sí mismo, convirtiéndose el *sauve qui peut* en principio básico de la vida social. La individualización del riesgo alimenta la individualización de la protección, por el esfuerzo competitivo («trabajo duro») y, como mucho, seguros privados o, curiosamente, por lazos sociales más antiguos y premodernos como la familia[68]. A falta de instituciones

---

[...] Miembros destacados del Congreso de los Estados Unidos están promoviendo la resiliencia. El presidente del Comité de Seguridad Nacional de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, Bennie Thompson (D-MS), declaró mayo de 2008 como «Mes de la Resiliencia», al tiempo que el comité y sus subcomités celebraron una serie de audiencias para examinar la cuestión. El presidente Obama y el Departamento de Seguridad Nacional también hicieron de la resiliencia un componente integral de la política de seguridad nacional. La Revision Cuatrienal de Seguridad Nacional, publicada por el Departamento de Seguridad Nacional en febrero de 2010, hizo de la resiliencia un tema destacado y una de las misiones centrales de las tareas de seguridad nacional de Estados Unidos».

[64] Peter Hall y Michèle Lamont (eds.), *Social Resilience in the Neoliberal Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

[65] Vivien A. Schmidt y Mark Thatcher (eds.), *Resilient Liberalism in Europe's Political Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013; Aldo Madariaga, *The Political Economy of Neoliberal Resilience: Developmental Regimes in Latin America and Eastern Europe*, Doctoral Dissertation, Wirtschafts- und Sozialwissenschaftliche Fakultät, Universität zu Köln, 2015.

[66] De forma parecida a lo que sucede con las enfermedades infecciosas: a medida que aumenta la resiliencia a la malaria, deja de ser necesario eliminar a los mosquitos portadores.

[67] Sus principios básicos se resumen de manera convincente en la conocida sentencia de Margaret Thatcher, enunciada como una afirmación empírica, pero se entiende más adecuadamente como un proyecto neoliberal: «No existe algo a lo que se pueda llamar sociedad. Hay hombres y mujeres individuales y hay familias». Entrevista para *Woman's Own*, 23 de septiembre de 1987, margaretthatcher.org/document/106689, visitado por última vez el 21 de enero de 2016.

[68] Consideremos la indispensable contribución no pagada de las abuelas a la crianza de los niños en sociedades en las que el empleo a tiempo completo de las madres es social y económicamente obligatorio. Otro ejemplo al respecto son los jóvenes desempleados en los países mediterráneos, que todavía viven con sus padres y, en ausencia de un seguro de desempleo efectivo, de las pensiones de sus padres.

colectivas, las estructuras sociales deben concebirse individualmente de abajo arriba, anticipando y acomodando las presiones desde arriba hacia abajo de «los mercados». La vida social consiste en individuos que construyen lo mejor que pueden con los medios que tienen a su alcance redes de conexiones privadas en torno a sí mismos. La construcción de relaciones centradas en cada individuo crea estructuras sociales laterales, que son voluntarias y contractuales, lo que las hace flexibles pero efímeras, requiriendo un *networking* continuo para mantenerlas más o menos firmes y ajustarlas continuamente a las circunstancias cambiantes. Una herramienta ideal para ello son los «nuevos medios sociales de comunicación», que producen estructuras sociales para los individuos, sustituyendo las formas obligatorias de relaciones sociales por otras voluntarias, y las *comunidades de ciudadanos* por *redes de usuarios*[69].

¿Qué es lo que mantiene en funcionamiento un interregno poscapitalista entrópico, desordenado y estancado, en ausencia de una regulación colectiva que contenga las crisis, limite la desigualdad, asegure la confianza en la moneda y el crédito, proteja al trabajo, la tierra y el dinero frente a su uso excesivo, y ofrezca legitimidad a los mercados y la propiedad privada mediante el control democrático de la codicia y la prevención de la conversión oligárquica del poder económico en poder político? En un mundo sin integración sistémica, la integración social tiene que soportar toda la carga de la estructuración, al menos mientras no comience a instalarse un nuevo orden. El capitalismo desocializado del interregno depende de las actuaciones improvisadas de individuos estructuralmente egocéntricos, socialmente desorganizados y políticamente desprovistos de poder. Para la precaria reproducción de su vida social entrópica se requieren cuatro tipos amplios de comportamiento de los «usuarios» de redes sociales poscapitalistas para la precaria reproducción de su entrópica vida social, que aporten resiliencia tanto a ellos mismos como a un capitalismo neoliberal de otro modo insostenible y que podemos describir de forma sumaria y provisional como las siguientes actitudes y comportamientos: *búscate la vida*, *espera*, *dópate, compra*[70]. Resumiendo, aunque esto necesite mucha mayor elabo-

[69] En adecuada correspondencia, las infraestructuras electrónicas de la vida social individualizada son propiedad privada de inmensas corporaciones, abrumadoramente estadounidenses. Aunque se presentan como mercancías colectivas libremente disponibles para todos, son en realidad herramientas muy rentables de control social alquiladas, entre otros, a vendedores de bienes de consumo y servicios.

[70] Lo que sigue es un breve resumen idiosincrático de algunos rasgos de la vida social bajo el neoliberalismo, especialmente de lo que se espera de individuos que luchan por sobrevivir a sus trastornos. Existe ya una amplia literatura sobre esto que no puedo detallar aquí (véanse, entre otros, Wendy Brown, «Neo-liberalism and the End of Liberal Democracy», *Theory and Event*, vol. 7, núm. 1, 2003; Michel Foucault, *Naissance de la biopolitique: Cours au Collège de France, 1978-1979*, París, Gallimard, 2004; ed. cast.: *Nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal, 2009; Johanna Bockman, *Markets in the Name of Socialism: The Left-Wing Origins of*

ración, *buscarse la vida* es la forma en que los individuos responden con nuevas improvisaciones y recursos provisionales a las sucesivas emergencias que les infligen un ambiente social infragobernado y sus fluctuaciones impredecible e ingobernables, emergencias que tienen que aprender a considerar normales, resignándose a ellas como hechos inevitables[71]. Aunque buscarse la vida puede implicar a veces un esfuerzo individual extremo, no supone organización para la reparación colectiva, ya que ésta se percibe como inútil y, cada vez más, como algo que sólo atañe a los perdedores[72]. Buscarse la vida suele suponer una construcción social de la existencia como una prueba continua de resistencia, inventiva, paciencia, optimismo y confianza en uno mismo: la capacidad entrenada de estar a la altura de lo que se ha convertido en una obligación social: luchar contra la adversidad sin ayuda de nadie y siempre con buen ánimo.

Buscarse la vida de forma exitosa tiene como apoyo la *espera* confiada. La espera se define aquí como un esfuerzo mental individual por imaginar y creer en una vida mejor para uno mismo en un futuro no muy lejano, cualesquiera que sean los pronósticos generales. También se podría hablar de «sueño», en el sentido en que se usa esa palabra en el discurso político y cultural estadounidense, en el que tener un sueño es un deber moral para cada miembro de la comunidad, tal vez el último que queda bajo el individualismo liberal, independientemente de las circunstancias en las que uno puede estar viviendo. Se permite e incluso se alienta que los sueños sean poco realistas, y tratar de sacar a alguien de sus sueños se considera grosero y socialmente inaceptable, por muy desesperadamente ingenuos que puedan ser. En Estados Unidos, la naturaleza sacrosanta de los sueños, que nunca

Neoliberalism, Stanford (CA), Stanford University Press, 2011; Colin Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge, Polity, 2011; Pierre Dardot y Christian Laval, *The New Way of the World: On Neo-Liberal Society*, Londres, Verso, 2013; ed. orig.: *La nouvelle raison du monde*, París, La Découverte, 2009; ed. cast.: *La nueva razón del mundo*, Barcelona, Gedisa, 2013. Steffen Mau, *Marketization and the Majority Class: Why Did the European Middle Classes Accept Neo-Liberalism?*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2015). Mi objetivo sólo es llamar la atención sobre el significado crucial de los modelos de acción en el ámbito micro, que compensan las deficiencias institucionales durante el interregno del final del capitalismo.

[71] Estos incluyen el empleo precario, que se ensalza como un incentivo positivo para la automejora competitiva y la construcción de una identidad empresarial optimizada.

[72] Sobre esto véase, entre muchos otros, el artículo de David Brooks sobre la llamada «generación del milenio» titulado «The Self-Reliant Generation», *The New York Times*, 8 de enero de 2016, nytimes.com visitado por última vez el 21 de enero 2016. Brooks resume así los resultados de una investigación sobre los estadounidenses de dieciocho a veintinueve años de edad: «Se observa una celebración abstracta de la transformación creativa, pero un ansia concreta de orden, seguridad y estabilidad [...] Otra característica deslumbrante de la cultura «del milenio» es que se han visto obligados a ser autosuficientes y a entender un individualismo laxamente interconectado como el orden normal del universo. La «generación del milenio» tienen una confianza social extremadamente baja [...]. Quieren un cambio sistémico, pero no ven una forma de acción colectiva disponible [...]. Pero habrá más adelante una gigantesca explosión cultural. No se puede estar tan separado de sólidas estructuras de apoyo como lo están ellos ahora y llevar una vida feliz al llegar a la mediana edad. Algo va a cambiar».

deben ser cuestionados críticamente, puede ser el impedimento más poderoso para la radicalización política y la acción colectiva[73]. La esperanza y el sueño requieren una perspectiva optimista y la vida bajo la entropía social eleva el optimismo al estatus de una virtud pública y una responsabilidad cívica. De hecho, se puede decir que cuanto más se acerca el capitalismo a su culminación, más depende la sociedad entrópica del poscapitalismo desintegrado, desestructurado e infragobernado de su capacidad para imbricarse en el deseo natural de la gente de no caer en la desesperación, mientras se define el pesimismo como una deficiencia personal socialmente perjudicial.

Ahí es donde entra, en tercer lugar, el *dopaje*, que ayuda tanto a buscarse la vida como a la esperanza, y que adopta muchas formas. En lo que se refiere al uso y abuso de determinadas sustancias, cabe distinguir dos tipos, las que mejoran el rendimiento y las que lo reemplazan. Los fármacos que mejoran el rendimiento se toman siempre que las recompensas al éxito son altas, obviamente en los mercados en los que el ganador se lo lleva todo, por ejemplo de la industria del entretenimiento actual, incluyendo los deportes; pero también se utilizan en escalones de ingresos más bajos, en la vida profesional y ocupacional de la clase media donde las presiones competitivas se han venido intensificando durante décadas, así como en instituciones educativas donde los resultados de las pruebas pueden decidir la futura carrera de alguien y sus perspectivas de ingresos. Aquí, como en otras partes, el dopaje está estrechamente relacionado con la corrupción. La mayoría de las sustancias utilizadas para mejorar el rendimiento de un modo u otro son productos legales de la industria farmacéutica altamente rentables. Los fármacos que sustituyen el rendimiento, por el contrario, que son los consumidos por los perdedores, son en su mayor parte ilegales, suministrados por traficantes delincuentes vinculados a redes que funcionan a escala mundial[74]. Los usuarios de clase baja son a menudo enviados

---

[73] «El resultado más revelador de las elecciones de 2000 fue el de una encuesta de la revista *Time* que preguntó a la gente si creía pertenecer al 1 por 100 superior de los asalariados. El 19 por 100 de los estadounidenses respondían afirmativamente y otro 20 por 100 esperaba pertenecer algún día a ese 1 por 100 privilegiado. Así que en total parece que el 39 por 100 de los estadounidenses pensaban que cuando el señor Gore presentó un plan que favorecía al 1 por 100 más rico, les estaba atendiendo directamente a ellos», David Brooks, «The Triumph of Hope Over Self-Interest», *The New York Times*, 12 de enero de 2003, nytimes.com, visitado por última vez el 31 de diciembre de 2015.

[74] Aunque los usuarios de drogas pobres se mantienen deseablemente apáticos y políticamente incapacitados por su hábito, son el blanco de duras medidas legales, y también lo son sus proveedores. La razón podría ser que las drogas que sustituyen el rendimiento, aunque desorganizan eficazmente a esa subclase como fuerza política potencial, subvierten la ética competitiva de la que depende vitalmente el capitalismo. De hecho, el gobierno de Estados Unidos está dispuesto a destruir Estados enteros en América Latina, en un esfuerzo, completamente inútil, por detener la afluencia de drogas duras a sus ciudades. En un país como Afganistán, por otra parte, la producción de heroína se ha multiplicado bajo los ojos de las fuerzas de ocupación estadounidenses, debido a la necesidad de estas últimas de asegurarse la cooperación de los señores locales de la guerra y las drogas.

a prisión y en una alta proporción mueren por sobredosis[75]. Los usuarios de clase media y, en particular, los altos profesionales, no sólo tienen mejor asistencia médica, sino que también pueden esperar mayor indulgencia de las agencias de lucha contra la droga, probablemente porque su uso, incluso el de las ilegales, aumenta la productividad –a diferencia de la sensación de felicidad inmerecida que alcanzan los marginados de las clases más bajas– y es más fácilmente perdonado en un mundo dependiente para hacer posible la acumulación de capital de un esfuerzo individual cada vez mayor. De hecho, si los actores y músicos pop fueran encarcelados por abuso de drogas en la misma proporción que los consumidores de heroína en la calle, muchas películas y grabaciones musicales tendrían que haber sido producidas entre rejas; lo mismo podría decirse del tráfico de activos financieros. Atravesando la distinción entre las drogas que mejoran el rendimiento y las que lo sustituyen se encuentra, dicho sea se paso, la provisión diaria de *felicidad sintética* a un número asombrosamente grande de clientes por medio de la euforizante música pop que hace a la gente sentirse bien y que se distribuye y consume individualmente con ayuda de la tecnología de la información.

Para concluir, *compra*. No hace falta repetir que en los países capitalistas ricos los mercados de bienes de consumo están actualmente saturados, por lo que es esencial para la rentabilidad capitalista disponer de individuos que aun teniendo cubiertas las *necesidades* elementales, desarrollen *deseos* que dan lugar a nuevos deseos desde el momento en que se satisfacen[76]. El diseño del producto y la publicidad son fundamentales para ello[77], pero también los bajos precios posibilitados por los actuales centros de trabajo en los que rigen condiciones de hiperexplotación, lejos del campo de visión de los consumidores finales y fuera del alcance de la solidaridad colectiva.

---

[75] En 2013, murieron en Estados Unidos por abuso de drogas 37.947 personas, de las cuales un poco menos del 40 por 100 habían consumido drogas ilegales. El número de fallecimientos relacionados con las drogas ha aumentado continuamente desde 2001, cuando fueron 12.678. En 2011 superó por primera vez al número de muertes por violencia armada, que ascendió a 33.636 en 2013. Las muertes por accidentes de tráfico habían disminuido en el mismo periodo, desde 42.196 en 2001 a 32.719 en 2013. Los datos provienen del Center for Disease Control and Prevention, la National Highway Traffic Safety Administration, la CNN y el Departamento de Estado estadounidense.

[76] El deseo prototípico que se intensifica más que se reduce por su satisfacción, como explicó Sigmund Freud, es el sexo. Esto puede explicar el empleo cada vez más descarado de imágenes sexualizadas en la publicidad contemporánea, que se intensifican desde la «revolución sexual» de la década de 1970, pese a las protestas feministas. De hecho, tanto las mujeres como los hombres parecen apreciar las imágenes de cuerpos desnudos y el aire seductor que aparentemente pueden atribuir a casi cualquier producto.

[77] Un tratamiento marxista clásico de la evolución actual, lamentablemente no disponible en inglés, es el de Wolfgang Fritz Haug, *Kritik der Warenästhetik. Gefolgt von Warenästhetik in High-Tech-Kapitalismus*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2009. Véase también el cap. 3 de este volumen, para una discusión extensa de cómo el consumismo actual convierte a los ciudadanos en clientes de las corporaciones privadas dedicadas a la acumulación de capital.

El consumismo competitivo bajo los dictados de un continuo cambio y el aumento de los estándares del consumo socialmente adecuado también aseguran la motivación para trabajar cada vez más intensamente[78], a cambio de unos ingresos estancados o incluso decrecientes, y para someterse a la estricta disciplina del mercado laboral contemporáneo y el proceso laboral. La presión se refuerza cuando los consumidores utilizan el crédito para adquirir, por ejemplo, un nuevo televisor de pantalla plana o el último modelo de todoterreno ligero. En este asunto los bancos se unen a los patronos como responsables del respeto a la disciplina capitalista del trabajo. Las relaciones sociales son redefinidas como relaciones de consumo, cuando las compras se convierten en la ocasión preferida para socializar con amigos y familiares y el estatus de un individuo en la sociedad se define por su estatus como consumidor en la economía. La diferenciación del producto, en particular, gracias a la nueva tecnología de la producción y a los nuevos métodos de publicidad, especialmente en los nuevos medios de comunicación, las llamadas «redes» sociales, produce una especie de integración social que promueve una sensación combinada de singularidad individual y de identidad colectiva en una comunidad de clientes, unidos en el consumo de productos supuestamente individualizados y continuamente mejorados.

Resumiendo, la vida social y la acumulación de capital durante el interregno poscapitalista dependen de que los individuos-consumidores se adhieran a una cultura de *hedonismo competitivo*, que hace virtud de la necesidad de tener que luchar, cada uno con sus propias fuerzas, contra la adversidad y la incertidumbre. Para que la acumulación de capital se mantenga bajo el poscapitalismo, esa cultura debe hacer obligatorias la esperanza y las ensoñaciones, movilizar esperanzas y sueños para sostener la producción y fomentar el consumo, pese a su bajo crecimiento y a la creciente desigualdad y endeudamiento. También debe proporcionar asistencia técnica que permita a la gente mantenerse *irrazonablemente feliz* y, al mismo tiempo, producir una corriente de incentivos y satisfacciones que la induzca a intensificar constantemente su esfuerzo laboral independientemente del estancamiento o de la disminución de la remuneración, las horas extraordinarias no pagadas y la precariedad del empleo[79]. El capitalismo sin integración sistémica requiere un mercado de trabajo y un proceso laboral capaces de sostener una ética de trabajo *neoprotestante* junto a un

---

[78] Donde a la versión estadounidense del consumo ostentoso (Veblen) –para «estar a la altura de los Jones»– se le suma la neoasiática más colectiva o «grupal». Ahí uno tiene que disponer de los caros artilugios de último modelo o someterse a la cirugía estética, con el fin de no deshonrar a los propios amigos y miembros de la familia, que pueden no querer verse asociados con alguien que no satisface los últimos estándares «occidentales» de prosperidad y belleza palpables.
[79] Sabine Donauer, *Faktor Freude: Wie die Wirtschaft Arbeitsgefühle erzeugt*, Hamburgo, Körber-Stiftung, 2015.

consumismo hedonista socialmente obligatorio. El trabajo duro entusiasta debe ser culturalmente definido y reconocido como prueba y demostración del valor individual, en correspondencia con una cosmovisión meritocrática, que explica la desigualdad por las diferencias en el esfuerzo o la capacidad. Para que el hedonismo no socave la disciplina productiva, como nada menos que Daniel Bell[80] temía que sucediera, los atractivos del consumismo deben ser complementados con el temor al declive social, mientras que las gratificaciones no consumistas obtenibles fuera de la economía monetaria deben ser descartadas y desacreditadas. Todo esto supone la presencia de una amplia clase media dispuesta a buscar la integración social a través del mercado de trabajo, aceptando sin cuestionarse las expectativas de los patronos de una plena identificación con los empleos que se les asignen y dando por sentada la necesidad para la vida social del respeto a la primacía del trabajo esforzado y la búsqueda, así se espera, de carreras que estructuren la vida[81].

La acumulación de capital después del final de la integración del sistema capitalista cuelga de un finísimo hilo: el de la eficacia, mientras dure, de la integración social de los individuos en una cultura capitalista de consumo y producción. Una vez que los apoyos institucionales se han derrumbado, la acumulación de capital poscapitalista depende de la cultura que queda por detrás de la estructura, o de la sustitución de una estructura que se ha disuelto hace tiempo y de las dificultades para que se desarrolle una cultura alternativa bajo las presiones combinadas de la competencia fragmentada y de un acceso a los medios de producción y consumo precario y a menudo perdido. La ideología, en particular la exaltación de la vida vivida en la incertidumbre como una vida vivida en libertad, es de enorme importancia a este respecto. Las narraciones ideológicas neoliberales ofrecen una reinterpretación eufemística del derrumbe del orden estructurado, como advenimiento de una sociedad libre construida sobre la autonomía individual y de la desinstitucionalización, como progreso histórico que permite pasar del *reino de la necesidad* al *reino de la libertad*. Para que continúe el interregno hay que exhortar continuamente a los que viven en él a experimentar los escombros de lo que en otro tiempo fue una sociedad capitalista como un parque temático en el que pueden demostrar su ingenio personal y, con algo de suerte, enriquecerse. La deshabilitación de las instituciones colectivas obliga a hacer aparecer el desorden como un orden espontáneo basado en la elección racional individual y los derechos individuales,

---

[80] Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Nueva York, Basic Books, 1976.

[81] Es precisamente esa categoría de individuos –los inversores disciplinados en títulos universitarios cada vez más avanzados–, la que vería sus perspectivas de empleo radicalmente reducidas por un auge de la inteligencia artificial como el que predice Randall Collins (I. Wallerstein *et al.*, *Does Capitalism Have a Future?*, cit., pp. 37-69). Ellos son el núcleo constitutivo del interregno poscapitalista y su destrucción heriría el corazón mismo del actual capitalismo desorganizado.

libres de normas y obligaciones colectivas. Sólo cuando deje de funcionar el entusiasmo ideológico por una existencia neoliberal de cada uno para sí mismo, tal vez en el curso de una crisis importante en el empleo para la clase media, como predice Collins, o cuando el trastorno prevaleciente comience a frustrar, seriamente y a gran escala, los proyectos y ambiciones individuales, podrá llegar a su fin el interregno poscapitalista y surgir un nuevo orden.

I
¿CÓMO TERMINARÁ EL CAPITALISMO?

Existe actualmente la sensación generalizada de que el capitalismo pasa por una situación más crítica que nunca desde el final de la Segunda Guerra Mundial[1]. En retrospectiva, el derrumbe de 2008 fue solo el último de una larga serie de problemas políticos y económicos que tienen su origen en el final de la prosperidad de la posguerra a mediados de la década de 1970. Las sucesivas crisis han sido cada vez más graves, extendiéndose más amplia y rápidamente por una economía global cada vez más interrelacionada. La inflación global en la década de 1970 fue seguida de un aumento de la deuda pública en la década de 1980, y la consolidación fiscal en la década de 1990 llegó acompañada de un aumento elevado de la deuda del sector privado[2]. Hace ya cuatro décadas que la falta de equilibrio ha sido más o menos la situación normal del mundo industrial «avanzado», tanto a nivel nacional como global. De hecho, con el tiempo, las crisis del capitalismo de posguerra de los países de la OCDE se han generalizado de tal modo que se perciben cada vez más como algo cuya naturaleza está por encima de la economía, lo que tiene como consecuencia el redescubrimiento de la antigua noción de sociedad capitalista: el capitalismo como orden social y forma de vida, que depende de manera vital del progreso ininterrumpido de la acumulación de capital privado.

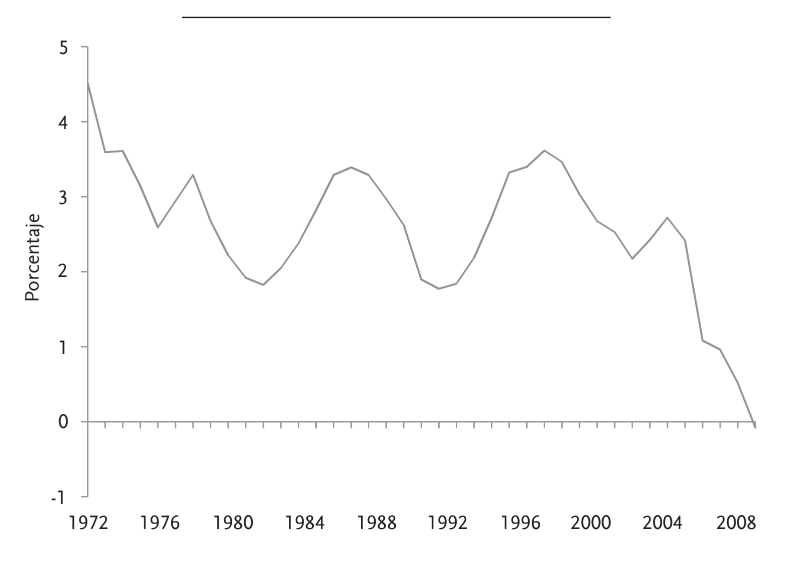
Los síntomas de la crisis son muchos, pero entre ellos destacan tres tendencias a largo plazo en las trayectorias de los países capitalistas ricos y altamente industrializados, o mejor dicho, crecientemente desindustrializados. La primera es el declive persistente de la tasa de crecimiento económico, agravado recientemente por los acontecimientos de 2008 (gráfica 1.1). La segunda, asociada a la primera, es un crecimiento igualmente persistente de la deuda global en los principales Estados capitalistas, donde los gobiernos, los hogares y las empresas financieras y no financieras llevan más de cuarenta años apilando obligaciones financieras (para el caso de

[1] Una versión de este texto constituyó el discurso de la Anglo-German Foundation, pronunciado en la British Academy el 23 de enero de 2014.

[2] He analizado este tema en profundidad en *Buying Time …*, cit.

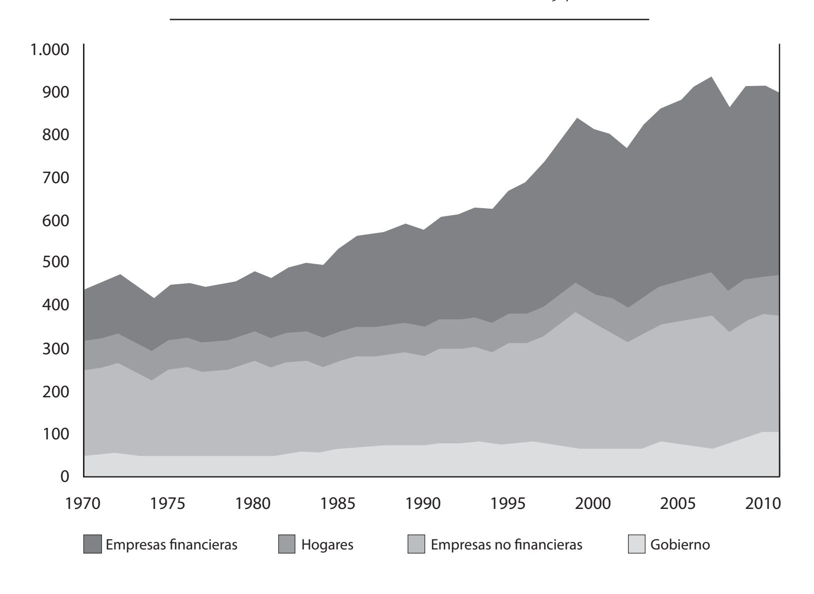
Estados Unidos, véase la gráfica 1.2). La tercera, la desigualdad económica, tanto de ingresos como de riqueza, lleva varias décadas aumentando (gráfica 1.3), junto con el aumento de la deuda y el declive del crecimiento.

Gráfica 1.1: Tasas de crecimiento medio anual de veinte países de la OCDE, 1972-2010*



* media móvil de 5 años.
Fuente: OCDE, Economic Outlook.

Gráfica 1.2: Deuda como porcentaje del PIB de Estados Unidos por sectores, 1970-2011



Fuente: OCDE, National Accounts.

Gráfica 1.3: Aumento del coeficiente de Gini, media de la ocde

Fuente: OCDE, Income Distribution Database.

El crecimiento constante, la moneda sólida y un mínimo de equidad social, que extienda algunos de los beneficios del capitalismo a los que no tienen capital, se han considerado desde hace mucho tiempo los prerrequisitos para que una economía política capitalista obtenga la legitimación que necesita. Lo que resulta más alarmante es que las tres tendencias críticas que he mencionado pueden reforzarse mutuamente. Cada vez hay más evidencia de que la desigualdad creciente puede ser una de las causas del declive del crecimiento, ya que la desigualdad obstaculiza las mejoras de productividad y debilita la demanda. El bajo crecimiento, a su vez, fortalece la desigualdad al intensificar el problema de la distribución, ofreciendo concesiones a los pobres que son más costosas para los ricos y obligando a estos a insistir más que antes en el respeto estricto del «principio de Mateo», que gobierna el libre mercado: «Porque a todo el que tiene, más se le dará, y tendrán abundancia; pero al que no tiene aun lo que tiene se le quitará»[3]. Es más, la deuda creciente, además de no detener el declive del crecimiento económico, agrava la desigualdad por medio de los cambios estructurales asociados a la financiarización, que a su vez tenía por objetivo compensar a los asalariados y a los consumidores por la creciente desigualdad de ingresos provocada por el estancamiento de los salarios y los recortes de los servicios públicos.

¿Puede continuar indefinidamente lo que parece ser un círculo vicioso de tendencias dañinas? ¿Existen fuerzas contrarias que puedan romperlo y qué ocurrirá si estas no se materializan, tal como ha sucedido durante casi

[3] Mateo 25:29. Fue descrito por primera vez como mecanismo social por Robert Merton en «El efecto Mateo en la ciencia», *Science*, vol. 159, núm. 3810, pp. 56-63. El término técnico es *ventaja acumulativa*.

cuatro décadas? Los historiadores señalan que las crisis en el capitalismo no son nada nuevo y de hecho pueden ser necesarias para su salud a largo plazo. Pero se refieren a movimientos cíclicos o sucesos puntuales, tras los cuales las economías capitalistas entran en un nuevo equilibrio, por lo menos, temporalmente. Lo que observamos actualmente, sin embargo, parece representar, si lo miramos en retrospectiva, un proceso continuo de declive gradual, aplazado, pero a pesar de ello aparentemente inexorable. La recuperación de una *Reinigungskrise* [crisis de purgamiento] ocasional es una cosa, interrumpir la concatenación de tendencias a largo plazo interrelacionadas es algo bien distinto. Asumiendo que la perpetuación de un crecimiento cada vez menor, una desigualdad cada vez mayor y una deuda paulatinamente creciente no es un escenario sostenible de modo indefinido, que puede desembocar además en una crisis de naturaleza sistémica cuyas características son difíciles de imaginar, ¿se pueden atisbar señales de una marcha atrás inminente?

Otro parche

Las noticias no son buenas. Han pasado seis años desde 2008, el punto álgido hasta ahora de la secuencia de crisis de la posguerra. Mientras el recuerdo del abismo estaba todavía fresco, abundaron las peticiones y los planes de acción para una «reforma» que protegiera al mundo de una repetición. Los congresos internacionales y las cumbres de todo tipo se sucedieron, pero media década más tarde no ha salido prácticamente nada de ellas. Mientras tanto, la industria financiera, de donde partió el desastre, ha escenificado una recuperación completa: los beneficios, los dividendos, los sueldos y los bonos han vuelto donde estaban, mientras que la nueva regulación se enfangaba en negociaciones internacionales y grupos de presión nacionales. Los gobiernos, el primero y principal, el de Estados Unidos, han seguido estando manejados con firmeza por las industrias de hacer dinero. Estas a su vez reciben generosamente dinero en efectivo barato, que sus amigos de los bancos centrales (entre los que destaca el antiguo hombre de Goldman Sachs, Mario Draghi, al timón del BCE) crean de la nada para ellos, un dinero que inmovilizan o invierten en deuda de los Gobiernos. El crecimiento sigue siendo anémico, como los mercados de trabajo; una enorme liquidez carente de precedentes no ha podido relanzar la economía; y la desigualdad está alcanzando cotas cada vez más sorprendentes, mientras que el 1 por 100 de los rentistas se ha apropiado del poco crecimiento que existe: la parte del león para la fracción más pequeña[4].

---

[4] Véase Emmanuel Saez, «Striking It Richer; The Evolution of Top Incomes in the United States», 2 de marzo de 2012, disponible por medio de la página web personal de Saez en UC Berkeley; y Facundo Alvaredo, Anthony Atkinson, Thomas Piketty y Emmanuel Saez, «The Top 1 per cent in International and Historical Perspective», *Journal of Economic Perspectives,* vol. 27, núm. 3, 2013, pp. 3-20.

Parecería que, desde luego, hay pocas razones para ser optimista. Durante bastante tiempo el capitalismo de los países de la OCDE ha seguido adelante gracias a generosas inyecciones de dinero fiduciario, siguiendo una política de expansión monetaria cuyos diseñadores saben mejor que nadie que no puede continuar indefinidamente. De hecho, en 2013 se hicieron varios intentos de romper con esa costumbre en Japón y en Estados Unidos, pero cuando, como consecuencia de ellos, las cotizaciones bursátiles se derrumbaron, las «reducciones» (*tapering*), como se las vino a llamar, se pospusieron. A mediados de junio el Bank for International Settlements (BIS) de Basilea (la madre de todos los bancos centrales) declaró que la *quantitive easing* [flexibilización cuantitativa] debía terminarse. En su informe anual, el Banco señalaba que los bancos centrales, como reacción a la crisis y a la lenta recuperación, habían expandido sus balances, «que se encuentran ahora colectivamente a un nivel aproximadamente tres veces superior al que tenían antes de la crisis: y subiendo»[5]. Aunque esto había sido necesario para «evitar el colapso financiero», ahora el objetivo tenía que ser «reconducir a unas economías muy debilitadas a un crecimiento fuerte y sostenible». Sin embargo, esto estaba por encima de la capacidad de los bancos centrales, que:

> No pueden aprobar las reformas estructurales económicas y financieras necesarias para que las economías recuperen la senda del crecimiento auténtico que tanto las autoridades como los ciudadanos quieren y esperan. Lo que los acuerdos de los bancos centrales han conseguido durante la recuperación es ganar tiempo [...]. Pero ese tiempo no se ha aprovechado bien, ya que los tipos bajos de interés persistentes y las políticas poco convencionales aplicadas han facilitado que el sector privado posponga la reducción de su endeudamiento, que los gobiernos financien los déficits y las autoridades retrasen las reformas necesarias en la economía real y en el sistema financiero. Al fin y al cabo, el dinero barato hace que sea más fácil beneficiarse de un préstamo que ahorrar, gastar que introducir impuestos, permanecer igual que cambiar.

Aparentemente este punto de vista era compartido incluso por la Reserva Federal con Bernanke al mando. A finales de verano de 2013, parecía intuirse una vez más que la época del dinero fácil se estaba acabando. Sin embargo, en septiembre, la esperada vuelta a tipos de interés más altos fue de nuevo pospuesta. El motivo aducido fue que «la economía» parecía menos «fuerte» de lo que se esperaba. Las cotizaciones bursátiles globales subieron inmediatamente. Por supuesto, una institución internacional como el BIS tiene más libertad que un banco central nacional, que (por ahora) está más expuesto políticamente, para desvelar la verdadera razón por la que una vuelta a políticas monetarias más convencionales es tan

---

[5] *BIS*, *83rd Annual Report, 1 April 2012-31 March 2013,* Basilea, 2013, p. 5.

difícil: tal como están las cosas, la única alternativa al mantenimiento del capitalismo mediante el incremento ilimitado de la oferta monetaria es intentar reanimarlo por medio de reformas económicas neoliberales, como se desprende con toda precisión del segundo subtítulo del informe anual del BIS de 2012-2013: «Mejorar la flexibilidad: la clave para el crecimiento». En otras palabras, remedios amargos para la mayoría, combinados con mayores incentivos para unos pocos[6].

Un problema con la democracia

Al llegar a este punto, el análisis de la crisis y del futuro del capitalismo moderno debe recurrir a la política democrática. El capitalismo y la democracia se han considerado adversarios durante mucho tiempo, hasta que el acuerdo de la posguerra pareció lograr su reconciliación. Bien entrado el siglo XX, los propietarios capitalistas habían temido que las mayorías democráticas abolieran la propiedad privada, mientras que los trabajadores y sus organizaciones temían que los capitalistas financiaran la vuelta a un régimen autoritario que defendiera sus privilegios. Solo durante la Guerra Fría parecieron alinearse juntos el capitalismo y la democracia, cuando el progreso económico hizo posible que la mayoría de la clase trabajadora aceptara un régimen de libre mercado y propiedad privada, resaltando a su vez que la libertad democrática era inseparable, y de hecho dependiente, de la libertad de los mercados y la búsqueda de beneficios. Sin embargo, hoy en día, han vuelto con fuerza las dudas sobre la compatibilidad de una economía capitalista con un sistema de gobierno democrático. Entre la gente corriente existe ahora una sensación omnipresente de que la política no puede ya cambiar sus vidas, tal como se refleja en las percepciones comunes de estancamiento, incompetencia y corrupción entre una clase política que parece crecientemente egoísta y autosuficiente, unida en su proclama de que «no hay alternativa» para ellos y sus políticas. El resultado es el descenso en la participación electoral combinado con una volatilidad mayor del voto, que tiene como consecuencia una fragmentación electoral mayor, debido a la subida de partidos de protesta «populistas», y una inestabilidad general del gobierno[7].

La legitimidad de la democracia de posguerra se basaba en la premisa de que los Estados tenían capacidad para intervenir en los mercados y corregir sus resultados en beneficio de los ciudadanos. Décadas de desigualdad creciente han sembrado dudas sobre esta capacidad, como también lo ha hecho la impotencia de los Gobiernos antes, durante y después de la crisis de 2008. Como respuesta a su creciente irrelevancia en una economía de

---

[6] Puede ser aún menos prometedor en países como Estados Unidos y Reino Unido, donde es difícil señalar qué «reformas» neoliberales pueden quedar todavía por aplicarse.
[7] Véase A. Schäfer y W. Streeck (eds.), *Politics in the Age of Austerity*, cit.

mercado global, los Gobiernos y los partidos políticos en las democracias de los países de la OCDE se dedicaron a observar con mayor o menor complacencia cómo la «lucha de clases democrática» se convertía en entretenimiento político posdemocrático[8]. Mientras tanto, la transformación de la economía política capitalista del keynesianismo de la posguerra al hayekianismo neoliberal progresaba con fluidez: de una fórmula política para el crecimiento económico por medio de la redistribución desde arriba hacia abajo, a una que esperaba que se produjera crecimiento por medio de una redistribución desde abajo hacia arriba. La democracia igualitaria, considerada por el keynesianismo como productiva económicamente, se convierte en una carga para la eficacia según el hayekianismo contemporáneo, en el que el crecimiento proviene del aislamiento de los mercados (y de la ventaja acumulativa que supone) frente a las distorsiones políticas redistributivas.

Un tema fundamental de la retórica antidemocrática actual es la crisis fiscal del Estado contemporáneo, tal como queda reflejada en el extraordinario aumento de la deuda pública desde la década de 1970 (gráfica 1.4). El creciente endeudamiento público se achaca a la mayoría del electorado que vive por encima de sus posibilidades a base de aprovecharse del «fondo común» de la sociedad, y a los políticos oportunistas que compran el apoyo de los votantes miopes con dinero que no tienen[9]. Sin embargo, puede constatarse que es improbable que la crisis fiscal haya sido causada por un exceso de democracia redistributiva, ya que la acumulación de la deuda pública coincidió con un descenso de la participación electoral, especialmente en los extremos inferiores de la escala de renta, y progresó al hilo del debilitamiento del sindicalismo, la desaparición de las huelgas, los recortes del Estado del bienestar y la explosión de la desigualdad de los ingresos. El deterioro de las finanzas públicas *estaba* relacionado con las bajadas generales de los niveles de tributación (gráfica 1.5) y las características cada vez más regresivas de los sistemas tributarios, como resultado de las «reformas» de los tipos impositivos aplicados a las rentas más altas y a las empresas (gráfica 1.6). Además, al reemplazar los ingresos tributarios por la deuda, los gobiernos contribuyeron todavía más a la desigualdad, al ofrecer oportunidades de inversión seguras a aquellos cuyo dinero no querían o podían ya confiscar, a los que, en cambio, tenían que pedir prestado. Al contrario que los contribuyentes, los compradores de bonos públicos siguen siendo propietarios de lo que pagan al Estado, y de hecho reciben intereses sobre ello, generalmente provenientes de una imposición cada vez menos progresiva; también pueden legárselos a sus hijos. Además, el aumento de la deuda pública puede ser, y de hecho está

---

[8] Walter Korpi, *The Democratic Class Struggle*, Londres, 1983; y C. Crouch, *Post-Democracy*, cit.
[9] Esta es la teoría de *public choice* [elección pública] de la crisis fiscal, tal como la presentan con fuerza James Buchanan y su escuela; véase, por ejemplo, James Buchanan y Gordon Tullock, *The Calculus of Consent. Logical Foundations of Constitutional Democracy*, Ann Arbor, 1962 [ed. cast.: *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de la democracia constitucional*, Madrid, Espasa, 1980].

siendo, utilizada políticamente para justificar los recortes en el gasto estatal y la privatización de los servicios públicos, constriñendo aún más la intervención democrática redistributiva en la economía capitalista.

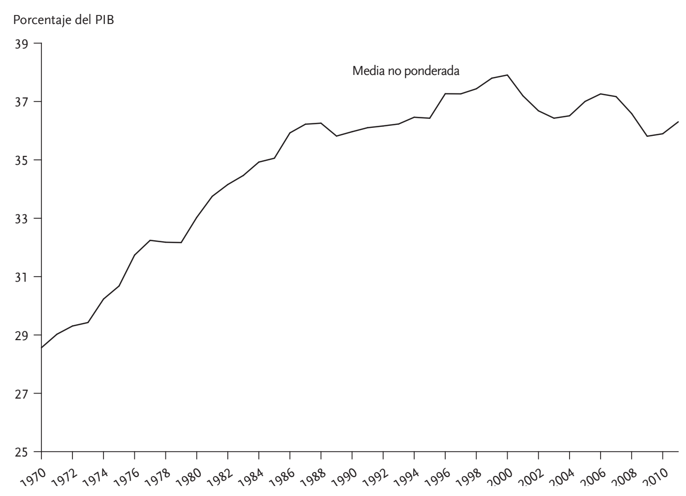
Gráfica 1.4: Deuda pública como porcentaje del pib, 1970-2013

Porcentaje del PIB
110
100
90
80
70
60
50
40
30
Media no ponderada
1970 1972 1974 1976 1978 1980 1982 1984 1986 1988 1990 1992 1994 1996 1998 2002 2000 2004 2006 2010 2008 2012

Países incluidos: Alemania, Austria, Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Reino Unido, Suecia.

Fuente: OCDE, Economic Outlook núm. 95.

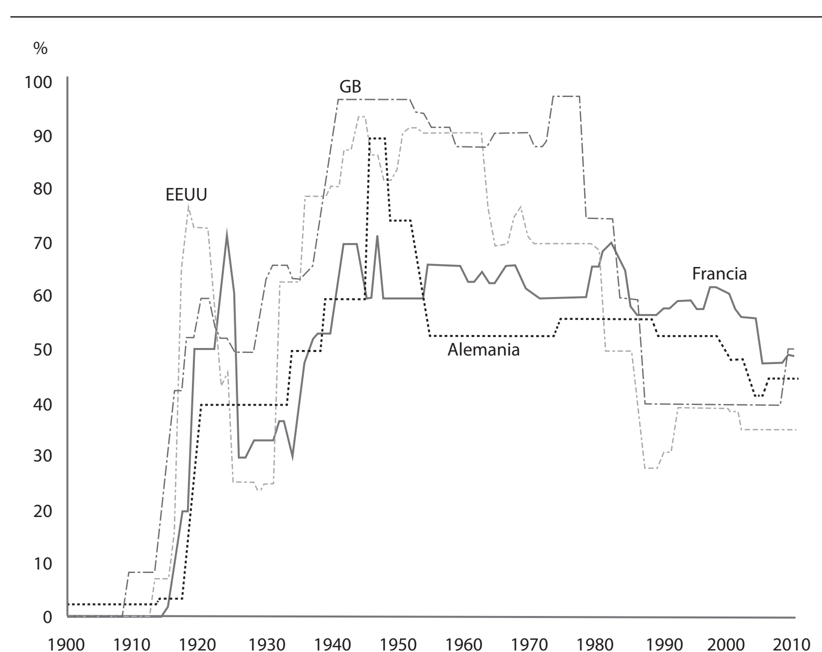

Gráfica 1.5: Ingresos fiscales totales en porcentaje del pib, 1970-2011



Países incluidos: Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Suecia, Suiza.

Fuente: OCDE, Revenue Statistics.

Gráfica 1.6: Tipos impositivos marginales máximos sobre la renta, 1900-2011



Fuente: Facundo Alvaredo *et al.*, «The Top 1 per cent in International and Historical Perspective», cit.

La protección institucional de la economía de mercado frente a las interferencias democráticas ha avanzado mucho en las últimas décadas. Los sindicatos están de capa caída en todas partes y en muchos países prácticamente han desaparecido, especialmente en Estados Unidos. La política económica se ha entregado en muchos Estados a bancos centrales independientes (es decir, sin responsabilidad democrática) preocupados sobre todo por la buena salud y el fondo de comercio de los mercados financieros[10]. En Europa, las políticas económicas nacionales, incluso el establecimiento de los salarios y la elaboración del presupuesto, están cada vez más gobernadas por agencias supranacionales, como la Comisión Europea y el Banco Central Europeo, que están por encima del alcance de la democracia popular. Esto supone la des-democratización del capitalismo europeo, sin, por supuesto, despolitizarlo.

[10] A menudo se olvida que la mayoría de los bancos centrales, incluyendo el BIS, han pertenecido durante mucho tiempo o todavía pertenecen parcialmente al sector privado. Por ejemplo, el Banco de Inglaterra y el Banco de Francia fueron nacionalizados después de 1945. La «independencia» de los bancos centrales, tal como se formalizó en muchos países en la década de 1990, puede ser considerada como una forma de reprivatización.

Aun así, las clases que viven de la obtención de beneficios no están seguras de que la democracia (incluso en su versión castrada contemporánea) permita las «reformas estructurales» neoliberales necesarias para que su régimen se recupere. Como los ciudadanos corrientes, aunque por motivos opuestos, las elites están perdiendo la fe en los gobiernos democráticos y su idoneidad para reestructurar la sociedad de acuerdo con los imperativos del mercado. La desdeñosa concepción de la *public choice* de la política democrática como una corrupción de la justicia del mercado, al servicio de políticos oportunistas y su clientela, ha sido completamente adoptada por las elites: igual que la creencia de que el capitalismo de mercado, liberado de políticas democráticas, no solo será más eficiente, sino que también será virtuoso y responsable[11]. Países como China reciben parabienes porque sus sistemas políticos autoritarios están mucho mejor equipados para lidiar con lo que se supone que son los desafíos de la «globalización» que la democracia mayoritaria, con su tendencia igualitaria: una retórica que comienza a parecerse manifiestamente a los elogios de las elites capitalistas, durante los años de entreguerras, a los fascismos italiano y alemán (incluso al comunismo estalinista) por su gestión económica aparentemente superior[12].

Hasta ahora, la utopía política predominante en el neoliberalismo es una «democracia adaptada al mercado», desprovista de poder de corrección del mismo y que apoye la redistribución «compatible con los incentivos» desde abajo hacia arriba[13]. Aunque ese proyecto está ya muy avanzado tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos, sus promotores siguen preocupándose de que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, en un intento de última hora de bloquear el avance hacia una solución neoliberal de la crisis. Por consiguiente, no han disminuido en lo más mínimo las presiones de las elites a favor de

---

[11] Por supuesto, tal como Colin Crouch ha señalado, el neoliberalismo en su forma realmente existente es una oligarquía, muy afianzada políticamente, de empresas multinacionales gigantes; véase C. Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, cit.

[12] Véase Daniel A. Bell, *Beyond Liberal Democracy. Political Thinking for an East Asian Context*, Princeton, (NJ) 2006; y Nicolas Berggruen y Nathan Gardels (eds.), *Intelligent Governance for the 21st Century. A Middle Way between West and East*, Londres, 2012 [ed. cast.: *Gobernanza inteligente para el siglo XXI. Una vía intermedia entre Occidente y Oriente*, Madrid, Taurus, 2012].

[13] La expresión «democracia adaptada al mercado» es de Angela Merkel. La retórica pública de la canciller parece diseñada deliberadamente para confundir y embaucar. Cito su declaración de septiembre de 2011 sobre el tema en la lengua materna de Merkel: «*Wir leben ja in einer Demokratie und sind auch froh darüber. Dast is eine parlamentarische Demokratie. Deshalb ist das Budgetrecht ein Kernrecht des Parlaments. Insofern werden wir Wege finden, die parlamentarische Mitbestimmung so zu gestalten, daß sie trotzdem auch marktkonform ist, also das sich auf den Märkten die entsprechenden Signale ergeben*». Una traducción aproximada sería: «Desde luego, vivimos en democracia y también estamos contentos de ello. Es una democracia parlamentaria. Por consiguiente, el derecho al presupuesto es un derecho fundamental del Parlamento. En este sentido encontraremos formas de modular la codecisión parlamentaria de tal manera que esté, sin embargo, también adaptada al mercado, para que las señales respectivas emerjan en el mercado».

la neutralización económica de la democracia igualitaria; en Europa, esto se lleva a cabo por medio de una reubicación permanente de la toma de decisiones político-económicas en las instituciones supranacionales como el Banco Central Europeo y las cumbres de los líderes gubernamentales.

¿El capitalismo al borde del precipicio?

¿Ha llegado el final del capitalismo? En la década de 1980 se abandonó la idea de que el «capitalismo moderno» podía ser gestionado como una «economía mixta», dirigida tecnocráticamente y controlada democráticamente. Más tarde, con la revolución neoliberal, el orden económico y social fue concebido de nuevo como algo que surge benevolentemente del «libre juego de las fuerzas del mercado». Pero con el crac de 2008 la promesa de que los mercados autorregulados alcanzaran el equilibrio por su cuenta quedó en evidencia también, sin que apareciera en el horizonte una fórmula nueva verosímil de gobierno político-económico. Puede considerarse como el síntoma de una crisis que se ha hecho sistémica, y más cuanto más dure.

En vista de las décadas de caída del crecimiento, de aumento de la desigualdad y de endeudamiento creciente (así como de la agonía constante de la inflación, de la deuda pública y de la implosión financiera desde la década de 1970), considero que ya es hora de definir el capitalismo como un fenómeno histórico, que no solo tiene un comienzo, sino también un final. Para ello, necesitamos apartarnos de modelos engañosos de cambio social e institucional. Mientras sigamos imaginando que el final del capitalismo sea decretado, al estilo de Lenin, por un gobierno o comité central, no podemos más que considerarlo eterno. (El comunismo, por estar centralizado en Moscú, es el que de hecho podía ser y fue terminado por decreto). La cuestión es diferente si, en lugar de imaginar que el capitalismo es sustituido por medio de una decisión colectiva, por algún orden nuevo diseñado providencialmente al efecto, dejamos que el capitalismo se derrumbe solo.

Sugiero que nos acostumbremos a pensar en el final del capitalismo sin asumir la responsabilidad de contestar a la pregunta de qué proponemos poner en su lugar. Es un prejuicio marxista (o en realidad: moderno) que el capitalismo como época histórica solo terminará cuando una sociedad nueva y mejor esté lista, y un sujeto revolucionario preparado para ponerla en marcha en pro del progreso de la humanidad. Esta idea implica un grado de control político sobre nuestro destino común que no podemos ni siquiera soñar tras la destrucción, en la revolución neoliberal global, de la acción colectiva y, desde luego, de la esperanza de recuperarla. Para

validar la tesis de que el capitalismo se enfrenta a su *Götterdämmerung* [crepúsculo de los dioses] no debería ser necesario ni una visión utópica de un futuro alternativo ni una previsión sobrehumana. Estoy dispuesto a plantear exactamente esa tesis, aunque soy consciente de la cantidad de veces que el capitalismo ha sido dado por muerto en el pasado. De hecho, todos los principales teóricos del capitalismo han pronosticado su defunción inminente desde que el concepto se comenzó a utilizar a mediados del siglo XIX. No solo críticos radicales como Marx o Polanyi, sino también pensadores burgueses como Weber, Schumpeter, Sombart y Keynes[14].

Que algo no haya sucedido a pesar de previsiones razonables de que sucedería no quiere decir que no vaya a suceder nunca; no es una prueba inductiva. Creo que esta vez es diferente y síntoma de ello es que ni siquiera los tecnócratas máximos del capitalismo tienen la más remota idea hoy en día de cómo recomponer el sistema de nuevo: véase, por ejemplo, las actas recientemente publicadas de las deliberaciones de la junta de la Reserva Federal en 2008[15], o la búsqueda a la desesperada de los presidentes de los bancos centrales, mencionada anteriormente, para encontrar el momento adecuado de terminar con la *quantitative easing*. Sin embargo, esto solo representa la superficie del problema. Por debajo de ella está el tozudo hecho de que el avance capitalista ha destruido ya prácticamente todas las agencias que pudieran estabilizarlo a base de limitarlo; la clave está en que la estabilidad del capitalismo como sistema socio-económico depende de que se contenga su *Eigendynamik* [dinámica interna] por medio de fuerzas compensatorias: por intereses e instituciones colectivas que sometan la acumulación de capital a controles y equilibrios sociales. La idea es que el capitalismo puede autodebilitarse por un exceso de éxito. Presentaré esta cuestión con más profundidad a continuación.

La imagen que tengo del final del capitalismo (un final que creo que ya está de camino) es la de un sistema social con un fallo crónico, por sus propias causas y al margen de la ausencia de una alternativa viable. Aunque no podamos saber con exactitud cuándo y cómo desaparecerá el capitalismo y qué vendrá después, lo que importa es que no existe ninguna fuerza disponible de la que pueda esperarse que cambie las tres tendencias en caída libre: el crecimiento económico, la igualdad social y la estabilidad financiera, y termine con su mutuo reforzamiento. Al contrario que en la década de 1930, no existe hoy en día ninguna fórmula político-económica a la vista, de izquierda o derecha, que pudiera proporcionar a las sociedades capitalistas un régimen nuevo de regulación

[14] Así que, si la historia demuestra que me equivoqué, por lo menos estaré en buena compañía.
[15] Comentadas por Gretchen Morgenson, «A New Light on Regulators in the Dark», *The New York Times*, 23 de abril de 2014. El artículo describe «una imagen alarmante de un banco central que estaba en la inopia de cada uno de los desastres que se avecinaban a lo largo de 2008».

coherente, o *régulation*. La integración social así como la integración sistémica parecen dañadas sin remisión y propicias a deteriorarse aún más[16]. Con el paso del tiempo lo más probable es que se produzca una acumulación continua de disfunciones pequeñas y no tan pequeñas; ninguna de ellas necesariamente mortal por sí sola, pero la mayoría sin solución, especialmente cuando lleguen a ser demasiadas para su consideración individual. En el proceso, las partes del todo se engarzarán cada vez peor; se multiplicarán todo tipo de fricciones; las consecuencias inesperadas se extenderán por causas cada vez más difíciles de explicar. Proliferará la incertidumbre; las crisis de todo tipo (de legitimidad, de productividad o ambas) se sucederán rápidamente a la vez que la previsibilidad y la gobernabilidad disminuirán aún más (tal como llevan décadas haciendo). Al final, la miríada de parches provisionales diseñados para la gestión a corto plazo de la crisis reventarán bajo la presión de los desastres cotidianos producidos por un orden social en una situación de total desorganización anómica.

Concebir el final del capitalismo como proceso en lugar de como acontecimiento plantea la cuestión de cómo definir el capitalismo. Las sociedades son entidades complejas que no mueren de la misma manera que los organismos: salvo las raras excepciones de extinción total, la discontinuidad siempre arraiga en algún tipo de continuidad. Si decimos que una sociedad ha terminado, queremos decir que ciertas características de su organización que consideramos consustanciales a ella han desaparecido; otras pueden haber sobrevivido. Propongo que para determinar si el capitalismo está vivo, moribundo o muerto, lo definamos como una sociedad moderna[17] que asegura su reproducción colectiva como un efecto colateral no intencionado de la optimización racional individualizada de los beneficios competitivos en busca de la acumulación de capital, por medio de un «proceso de trabajo» que combina capital de propiedad privada con fuerza de trabajo mercantilizada, cumpliendo la promesa de Mandeville de convertir los vicios privados en beneficios públicos[18]. Sostengo que esta

---

[16] Sobre estos términos, véase David Lockwood, «Social Integration and System Integration», en George Zollschan y Walter Hirsch (eds.), *Explorations in Social Change*, Londres, 1964, pp. 244-257.

[17] O, tal como postula Adam Smith, una sociedad «progresiva», cuyo objetivo es en principio el crecimiento sin límites de la productividad y la prosperidad, según la medición del tamaño de su economía monetaria.

[18] Otras definiciones del capitalismo destacan, por ejemplo, la naturaleza pacífica del intercambio mercantil y comercial capitalista: véase Albert Hirschman, «Rival Interpretations of Market Society: Civilizing, Destructive or Feble?», *Journal of Economic Literature*, vol. 20, núm. 4, 1982, pp. 1463-1484. Esta definición olvida el hecho de que el «libre mercado» no violento está generalmente limitado al núcleo del sistema capitalista, mientras que en su periferia histórica y espacial la violencia es rampante. Por ejemplo, mercados ilegales (drogas, prostitución, armas, etcétera) regidos por la violencia privada recolectan enormes cantidades de

es la promesa que el capitalismo contemporáneo ya no puede cumplir: la de terminar su existencia histórica como un orden social que se autoreproduce, sostenible, previsible y legítimo.

Es poco probable que la desaparición del capitalismo así definido siga el camino marcado por alguien. Cuanto más avanza el declive, más provocará protestas políticas e intentos múltiples de intervención colectiva. Pero durante mucho tiempo es probable que sean de tipo ludita: locales, dispersas, descoordinadas, «primitivas», que incrementen el desorden sin ser capaces de crear un orden nuevo, ayudando en el mejor de los casos de manera no intencionada a que llegue. Se podría pensar que una crisis duradera de este tipo abriría no pocas puertas a la posibilidad de acciones reformistas o revolucionarias. Parece, sin embargo, que la desorganización del capitalismo no solo le está afectando a él mismo, sino también a sus opositores, privándoles de la capacidad de derrotarlo o de rescatarlo. Entonces, para que el capitalismo termine debe procurar su propia destrucción: que es, diría yo, exactamente lo que estamos observando hoy en día.

Una victoria pírrica

Pero, por muchas que sean sus deficiencias, ¿por qué tiene que estar en crisis el capitalismo si ya no tiene ninguna oposición digna de ese nombre? Cuando se produjo la implosión del comunismo en 1989, se consideró el triunfo final del capitalismo, el «fin de la historia». Incluso ahora, después de 2008, la Vieja Izquierda sigue al borde de la extinción en todas partes, y una nueva Nueva Izquierda sigue sin aparecer. Las masas, tanto las pobres y sin poder como las que son relativamente pudientes, parecen estar firmemente atrapadas por el consumismo; y los bienes colectivos, la acción colectiva y la organización colectiva, completamente pasadas de moda. Puesto que el capitalismo es el único superviviente, ¿por qué no va a continuar aunque solo sea por defecto? A primera vista existen muchas razones para no declarar muerto al capitalismo, a pesar de todas las señales históricas de mal agüero. Respecto a la desigualdad, la gente puede acostumbrarse a ella, especialmente con la ayuda de diversiones públicas y represión política. Además, abundan los ejemplos de gobiernos que son reelegidos tras recortar el gasto social y privatizar los servicios públicos con el objetivo de aplicar una política monetaria ortodoxa beneficiosa para los propietarios

dinero para inversiones legales: una versión de la acumulación primitiva. Además, la violencia pública legítima y la violencia privada ilegal a menudo se funden entre sí, no solo dentro de los límites del capitalismo, sino también en el apoyo proporcionado por los países del centro a sus colaboradores en la periferia. También es necesario incluir en un lugar primordial la violencia pública contra los disidentes y contra los sindicatos, cuando todavía existían y tenían relevancia.

del dinero. Respecto al deterioro medioambiental, tiene lugar con lentitud en comparación con la duración de la vida humana individual, así que se puede negar mientras se aprende a convivir con el mismo. Los avances tecnológicos con los que se compra tiempo, como el *fracking*, nunca pueden ser descartados, y si la capacidad pacificadora del consumismo tiene límites, está claro que estamos lejos de alcanzarlos. Además, la adaptación a regímenes de trabajo que ocupan más tiempo y consumen más vida puede ser interpretada como un desafío competitivo, una oportunidad para el desarrollo personal. Las definiciones culturales de la vida buena han sido siempre muy maleables y pueden perfectamente estirarse aún más para estar a la altura del progreso de la mercantilización, por lo menos mientras los desafíos radicales o religiosos a la reeducación procapitalista puedan ser suprimidos, ridiculizados o marginados de alguna forma. Para terminar, la mayoría de las teorías del estancamiento actual se aplican solo a Occidente, o solo a Estados Unidos, no a China, Rusia, India o Brasil: países a los que puede estar a punto de migrar la frontera del crecimiento económico, con extensas tierras vírgenes esperando a convertirse en los receptores del progreso capitalista[19].

Mi respuesta es que para el capitalismo el hecho de no tener oposición puede constituir más un pasivo que un activo. Los sistemas sociales progresan gracias a la heterogeneidad interna, al pluralismo de los principios organizativos que los protegen de la dedicación exclusiva a un objetivo único, excluyendo otros que también deben ser perseguidos para que el sistema sea sostenible. El capitalismo tal como lo conocemos se ha beneficiado enormemente del ascenso de los movimientos contrarios al dominio del beneficio y el mercado. El socialismo y el sindicalismo, al poner un freno a la mercantilización, evitaron que el capitalismo destruyera sus fundamentos no capitalistas: la confianza, la buena fe, el altruismo, la solidaridad dentro de las familias y las comunidades y otras cosas similares. Con el keynesianismo y el fordismo, la oposición más o menos leal al capitalismo aseguró y ayudó a estabilizar la demanda agregada, especialmente durante las recesiones. Cuando las circunstancias eran favorables, las organizaciones de la clase obrera servían incluso como un «acicate a la productividad» al forzar al capital a embarcarse en conceptos de producción más avanzados. En esta misma línea, Geoffrey Hodgson ya ha defendido

---

[19] Aunque las últimas evaluaciones de su funcionamiento y perspectivas económicas son mucho menos entusiastas que hace dos o tres años. Últimamente, el análisis eufórico de los «BRIC» ha sido sustituido por el cuestionamiento angustioso de las perspectivas económicas de los «cinco frágiles» (Turquía, Brasil, India, Sudáfrica e Indonesia; *The New York Times*, 28 de enero de 2014). También se han hecho más frecuentes los informes sobre los problemas que se acumulan en el capitalismo chino, que señalan, entre otras cosas, el endeudamiento generalizado de los gobiernos locales y regionales. Desde la crisis de Crimea, también hemos empezado a enterarnos de la debilidad estructural de la economía rusa.

que el capitalismo solo puede sobrevivir mientras no sea completamente capitalista; ya que ni el capitalismo ni la sociedad que lo alberga se han desprendido de las «impurezas necesarias»[20]. Desde este punto de vista, la derrota de la oposición al capitalismo puede que haya sido una victoria pírrica, que le libra de fuerzas de contrapeso que, aunque sean molestas a veces, lo habían apoyado en la práctica. ¿Podría ser que el capitalismo triunfante se haya convertido en su propio peor enemigo?

Fronteras de la mercantilización

Al explorar esta posibilidad, podríamos desear volver a la idea de los límites sociales contra la expansión del mercado de Karl Polanyi, subyacente a su concepto de las tres «mercancías ficticias»: el trabajo, la tierra (o la naturaleza) y el dinero[21]. Una mercancía ficticia se define como un recurso al que las leyes de la oferta y la demanda se le aplican solo de manera parcial y difícilmente, si es que se le aplican; por lo tanto solo, puede ser tratado como una mercancía de una manera regulada cuidadosa y limitadamente, ya que una mercantilización total la destruiría o la haría inutilizable. Sin embargo, los mercados tienen una tendencia inherente a expandirse más allá de su dominio original –el comercio con bienes materiales– a todas las otras esferas de la vida sin tener en cuenta si son apropiadas para la mercantilización: o dicho en términos marxistas, la subsunción bajo la lógica de la acumulación de capital. La expansión del mercado, si no es retenida por las instituciones restrictivas, está así en riesgo permanente de autodebilitarse, y poner en peligro la viabilidad del sistema capitalista económico y social.

De hecho, las señales indican que la expansión del mercado ha alcanzado ya un umbral crítico respecto a las tres mercancías ficticias de Polanyi, al haber sido erosionadas en una variedad de frentes las salvaguardas institucionales que servían para protegerlas de la mercantilización total. Es la justificación de la búsqueda actual de un nuevo régimen en todas las sociedades capitalistas avanzadas con respecto al trabajo, especialmente

---

[20] «Cada sistema socioeconómico debe basarse en por lo menos un subsistema estructuralmente distinto para funcionar. Debe existir siempre una pluralidad coexistente de modos de producción para que la formación social en su conjunto tenga la variedad estructural necesaria para enfrentarse al cambio»: Geoffrey Hodgson, «The Evolution of Capitalism from the Perspective of Institutional and Evolutionary Economics», en Geoffrey Hodgson *et al.* (eds.), *Capitalism in Evolution: Global Contentions, East and West*, Cheltenham, 2001, pp. 71ss. Para una formulación menos funcionalista de la misma idea, véase mi concepto de «restricción beneficiosa»: «Beneficial Constraints on the Economic Limits of Rational Voluntarism», en Rogers Hollingsworth y Robert Boyer (eds.), *Contemporary Capitalism: The Embeddedness of Institutions*, Cambridge, 1997, pp. 197-219.

[21] Karl Polanyi, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time* [1944], cit., pp. 68-76.

una nueva distribución del tiempo entre las relaciones e intereses sociales y económicos; la búsqueda de un régimen energético sostenible en relación con la naturaleza; y la búsqueda de un régimen financiero estable para la producción y distribución del dinero. En las tres áreas, las sociedades tantean hoy en día unas limitaciones más eficaces a la lógica de la expansión[22], institucionalizada como lógica del enriquecimiento privado, fundamental para el orden social capitalista. Estas limitaciones se centran en las exigencias cada vez más duras que el sistema de empleo impone al trabajo humano, que los sistemas de producción y consumo capitalista imponen sobre los recursos naturales finitos, y que el sistema financiero y bancario impone a la confianza de las personas en pirámides de dinero, crédito y deuda cada vez más complejas.

Analizando cada una de las tres áreas de crisis de Polanyi, podemos observar que fue la excesiva mercantilización del dinero lo que derrumbó la economía global en 2008: la transformación de una provisión ilimitada de crédito barato en «productos» financieros cada vez más sofisticados dio lugar a una burbuja inmobiliaria de un tamaño inimaginable en aquel momento. Desde la década de 1980, la desregulación de los mercados financieros de Estados Unidos había eliminado las restricciones a la producción y la comercialización privada de dinero diseñadas tras la Gran Depresión. La «financiarización», que es como se denominó el proceso, parecía la única forma disponible para que la economía de la desbordada potencia hegemónica del capitalismo global recuperase el crecimiento y la rentabilidad. Sin embargo, una vez desregulada, la industria de hacer dinero invirtió buena parte de sus enormes recursos en presionar para conseguir todavía una mayor desregulación, por no mencionar la inversión efectuada para burlar las pocas normas que quedaban. A posteriori, es fácil ver los enormes riesgos implícitos en el paso del antiguo régimen de D-M-D' al nuevo de D-D', así como la tendencia hacia una desigualdad siempre en aumento asociada con el crecimiento desproporcionado del sector bancario[23].

Respecto a la naturaleza, hay un malestar creciente por la tensión, percibida ahora con claridad, entre el principio capitalista de expansión infinita y la provisión finita de recursos naturales. El neomaltusianismo de varios tipos se hizo popular en la década de 1970. Al margen de lo que se piense de ellos, y aunque algunos estén considerados ahora prematuramente alarmistas, nadie puede negar que los modelos de consumo energético de las sociedades capitalistas ricas no pueden ampliarse al resto del mundo sin

---

[22] O incluso «transgresión», si nos atenemos al alemán: *Steigerungslogik* [lógica del incremento].
[23] Donald Tomaskovic-Debey y Ken-Hou Lin, «Income Dynamics, Economic Rents and the Financialization of the us economy», *American Sociological Review*, vol. 76, núm. 4, 2011, pp. 538-559.

destruir condiciones esenciales para la vida humana. Lo que parece que se está produciendo es una carrera entre el agotamiento progresivo de la naturaleza, por una parte, y la innovación tecnológica, por otra: sustituyendo con materiales artificiales los naturales, previniendo o arreglando los daños medioambientales, diseñando refugios contra la inevitable degradación de la biosfera. Una pregunta que nadie parece ser capaz de responder es cómo se logran los enormes recursos colectivos teóricamente necesarios para todo esto, en sociedades gobernadas por lo que C. B. Macpherson denominó «individualismo posesivo»[24]. ¿Qué agentes e instituciones van a asegurar el bien colectivo de un medio ambiente habitable en un mundo de producción y consumo competitivo?

En tercer lugar, la mercantilización del trabajo humano puede haber alcanzado un punto crítico. La desregulación de los mercados de trabajo por la competencia internacional ha anulado cualquier posibilidad que pudiera haber existido nunca de una limitación general de las horas de trabajo[25]. También ha precarizado el empleo de una parte creciente de la población[26]. Con el aumento de la participación de las mujeres en el mercado laboral, debido en parte a la desaparición del «complemento familiar», las horas al mes vendidas por las familias a los empresarios han aumentado, mientras que los salarios han caído respecto a la productividad, y de manera más radical en el corazón del capitalismo, Estados Unidos (véase la gráfica 1.7). Al mismo tiempo, a pesar de la desregulación y de la destrucción de los sindicatos, los mercados de trabajo no consiguieron mejorar y el desempleo residual del orden del 7 al 8 por 100 se ha convertido en la nueva normalidad, incluso en un país como Suecia. Los centros de trabajo esclavo se han extendido por muchos sectores industriales, incluyendo a los servicios, pero principalmente en la periferia global, lejos del alcance de las autoridades y de lo que queda de los sindicatos en el centro capitalista, y fuera de la vista de los consumidores. Como el trabajo esclavo compite con los trabajadores de países con protecciones laborales históricamente fuertes, las condiciones de trabajo para los primeros se deterioran mientras que para los segundos el desempleo se hace endémico. Al mismo tiempo, se multiplican las quejas sobre la invasión del trabajo en la vida familiar, en línea con las presiones de los mercados de trabajo para alinearse con una competición interminable

---

[24] C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, 1962 [ed. cast.: *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*, Madrid, Trotta, 2005].

[25] Considérese el ataque a lo que quedaba de la semana de 35 horas en Francia, bajo los auspicios de un presidente socialista y su partido.

[26] Desde la frontera capitalista se informa de que los principales bancos de inversiones han comenzado a sugerir a sus empleados de los niveles más bajos que «deben intentar pasar cuatro días laborables al mes fuera de la oficina, como parte de un proyecto más amplio de mejorar las condiciones de trabajo»: «Wall St Shock: Take a Day Off, Even A Sunday», *The New York Times*, 10 de enero de 2014.

para mejorar el «capital humano» de cada uno. Además, la movilidad global permite a los empresarios reemplazar trabajadores locales poco dispuestos a la flexibilidad por trabajadores migrantes dispuestos a todo. También compensa una tasa de natalidad negativa para reemplazar trabajadores, debida en parte al cambio en el equilibrio entre trabajo retribuido y no retribuido y entre el consumo mercantil y no mercantil. El resultado es el debilitamiento secular de los movimientos de protesta social, provocado por la pérdida de la solidaridad de clase y social y acompañado de conflictos políticos catastróficos debidos a la diversidad étnica, incluso en países tradicionalmente liberales como los Países Bajos, Suecia o Noruega.

Gráfica 1.7: El contrato social roto, Estados Unidos, 1947-presente

Fuente: Thomas Kochan, «The American Jobs Crisis and the Implications for the Future of Employment Policy», *International Labor Relations Review*, vol. 66, núm. 2, 2013.

La cuestión de cómo y dónde debe restringirse la acumulación de capital para proteger las tres mercancías ficticias de la mercantilización total ha sido debatida a lo largo de toda la historia del capitalismo. Pero el actual desorden mundial en las tres áreas al mismo tiempo es algo diferente: es la consecuencia de una arremetida de los mercados espectacularmente exitosa, que se expanden más rápidamente que nunca, contra una amplia variedad de instituciones y agentes que, bien heredados del pasado o establecidos por medio de prolongadas luchas políticas, habían mantenido el avance del capitalismo socialmente arraigado hasta cierto punto. El trabajo, la tierra y el dinero se han convertido simultáneamente en áreas de crisis después de que la «globalización» haya dotado a las relaciones y a las cadenas de producción del mercado de una capacidad sin precedentes para traspasar los límites de las jurisdicciones políticas y jurídicas de las

naciones. El resultado es una desorganización fundamental de los agentes que, en la época moderna, han domesticado más o menos exitosamente los «espíritus animales» del capitalismo, en beneficio de la sociedad en general, así como del propio capitalismo.

La acumulación de capital podría estar llegando a su límite no solo con respecto a las mercancías ficticias. En apariencia, el consumo de bienes y servicios continúa creciendo y la premisa implícita de la economía moderna (que el deseo y la capacidad humana de consumo son ilimitadas) parecería confirmarse con facilidad con una simple visita a cualquier gran centro comercial. Sin embargo, los temores de que los mercados para los bienes de consumo lleguen a saturarse en algún momento (quizá en el curso de un desenganche posmaterialista de las aspiraciones humanas con respecto a la adquisición de mercancías) son endémicos entre los productores que dependen de los beneficios. Esto refleja por sí mismo el hecho de que el consumo en las sociedades capitalistas avanzadas hace mucho tiempo que se ha disociado de las necesidades materiales[27]. La mayor parte del gasto en consumo hoy en día, que sigue creciendo con rapidez, no se gasta en el valor de uso de los bienes, sino en su valor simbólico, su aura o halo. Es la causa de que los productores tengan que pagar más que nunca por el *marketing*, que incluye no solo la promoción, sino también el diseño del producto y la innovación. Sin embargo, a pesar de la sofisticación creciente de las campañas de ventas, los aspectos intangibles de la cultura hacen que el éxito comercial sea difícil de pronosticar: desde luego, mucho más que en la época en la que se podía conseguir el crecimiento a base de proporcionar gradualmente una lavadora a todos los hogares de un país[28].

Cinco problemas

El capitalismo, cuando no tiene oposición, campa a sus anchas, sin autorrestricciones. La búsqueda del beneficio capitalista no tiene límites, ni los puede tener. La idea de que menos pueda ser más no es un principio

---

[27] Consideremos el gigantesco festín que montan cada año antes de Navidad las industrias de los bienes de consumo y al por menor; o el día después del día de Acción de Gracias, denominado de manera inquietante en Estados Unidos «viernes negro» por las rebajas de precios omnipresentes y la histeria colectiva de compras que promueve. ¡Imaginen la desesperación si no se presentara nadie!

[28] No se puede subestimar la importancia vital de la cultura del consumismo para la reproducción del capitalismo contemporáneo. Los consumidores son los auténticos aliados del capital en su conflicto de distribución con los productores, incluso a pesar de que los productores y los consumidores suelen ser las mismas personas. En la caza de la mejor ganga, los consumidores se derrotan a sí mismos como productores, empujando al extranjero sus propios empleos; al apuntarse al crédito al consumo para aumentar su reducida capacidad de compra, complementan los incentivos consumistas con una obligación legal de trabajar, en la que entran como deudores, y que los prestamistas les hacen cumplir. Véase Lendol Calder, *Financing the American Dream: A Cultural History of Consumer Credit*, Princeton, (NJ) 1999.

que pueda adoptar una sociedad capitalista; hay que imponérsela o, si no, no habrá límite para su progreso, aunque a la larga sea autodestructivo. Considero que actualmente ya hemos llegado a una situación en la que podemos observar al capitalismo a punto de fallecer por haber eliminado a su oposición: muriendo, como si dijéramos, de una sobredosis de sí mismo. Para ilustrar esta afirmación señalaré cinco problemas sistémicos del capitalismo avanzado de nuestros días; todos ellos consecuencia de la debilitación de las tradicionales restricciones institucionales y políticas al avance capitalista. Los llamo: estancamiento, redistribución oligárquica, saqueo del dominio público, corrupción y anarquía global.

Seis años después de Lehman, las predicciones de un estancamiento económico duradero están *en vogue*. Un ejemplo destacado es un ensayo muy discutido de Robert Gordon, que defiende que las innovaciones principales que han impulsado la productividad y el crecimiento económico desde el siglo XIX solo podían tener lugar una vez, como el aumento de la velocidad del transporte o la instalación de agua corriente en las ciudades[29]. Comparado con ellas, el reciente desarrollo de la tecnología de la información solo ha producido efectos menores en la productividad, si es que ha producido alguno. Aunque el análisis de Gordon pueda parecer determinista desde el punto de vista tecnológico, es lógico pensar que el capitalismo solo puede aspirar a alcanzar el nivel de crecimiento necesario para compensar a una clase trabajadora no capitalista que ayuda a que otros acumulen capital si la tecnología descubre nuevas posibilidades de aumentar la productividad indefinidamente. En cualquier caso, en lo que parece una idea de última hora, Gordon apoya su predicción sobre el crecimiento reducido o nulo, enumerando seis factores no tecnológicos (los llama «vientos en contra») que producirían un estancamiento duradero «incluso si la innovación continuara [...] al ritmo de las dos décadas anteriores a 2007»[30]. Incluye dos factores que en mi opinión hace tiempo que se hallan relacionados con el bajo crecimiento: la desigualdad y «el exceso de la deuda del consumidor y del gobierno»[31].

---

[29] Robert Gordon, «Is us Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», *NBER Working Paper*, núm. 18.315, agosto de 2012.

[30] En opinión de Gordon, ese ritmo suponía el 1,8 por 100 anual. El impacto de las seis fuerzas adversas le haría caer hasta el 0,2 por 100 anual para el 99 por 100 inferior de la población estadounidense: *Ibid.*, pp. 18 y ss. (El crecimiento para el 1 por 100 es una cuestión distinta, por supuesto). Obsérvese que Gordon cree que, en la práctica, la tasa de crecimiento básico será inferior al 1,8 por 100.

[31] Las predicciones de Gordon han sido y siguen siendo ampliamente debatidas. En especial se han puesto en duda en relación al progreso tecnológico futuro en inteligencia artificial y robótica. Aunque el progreso en este campo parece posible es, sin embargo, poco probable que sus frutos sean compartidos equitativamente. Sin protección social, los avances tecnológicos en estos campos destruirán empleo y aumentarán aún más la polarización social. Lo que el progreso tecnológico pueda aportar al crecimiento será probablemente anulado por lo que puede añadir a la desigualdad.

Lo más sorprendente es lo cercanas que están las teorías actuales sobre el estancamiento de las teorías marxistas del bajo consumo de las décadas de 1970 y 1980[32]. Recientemente, nada menos que Lawrence Larry Summers (amigo de Wall Street, principal diseñador de la desregulación financiera con Clinton, y primer candidato de Obama para presidir la Reserva Federal, hasta que tuvo que ceder ante la oposición del Congreso)[33] se ha sumado a los teóricos del estancamiento. El 8 de noviembre de 2013, en el Foro Económico del FMI, Summers confesó haber perdido la esperanza de que los tipos de interés cercanos a cero fueran a producir crecimiento económico significativo en el futuro inmediato, en un mundo que en su opinión padecía un exceso de capital[34]. La predicción de Summers de que el «estancamiento secular» será la «nueva normalidad» encontró una aprobación sorprendentemente amplia entre sus colegas economistas, incluyendo a Paul Krugman[35]. Lo que Summers mencionó solo de pasada fue que el evidente fracaso de los tipos de interés, que en realidad eran incluso negativos, para reavivar la inversión, coincidió con un aumento duradero de la desigualdad, en Estados Unidos y en otros lugares. Como Keynes habría explicado, la concentración de los ingresos en lo más alto menoscaba la demanda efectiva y hace que los propietarios del capital busquen oportunidades de ganancias especulativas al margen de la «economía real». De hecho, esta puede haber sido una de las causas de la «financiarización» del capitalismo que comenzó en la década de 1980.

Las elites de poder del capitalismo global parecerían resignarse al crecimiento bajo o nulo total en el futuro inmediato, lo que no excluye ganancias altas en el sector financiero, básicamente por medio del comercio especulativo con dinero barato proporcionado por los bancos centrales.

---

[32] Véase, entre muchos otros, Harry Magdoff y Paul Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, Nueva York, 1987 [ed. cast.: *Estancamiento y explosión financiera*, Madrid, Siglo XXI, 1988]. Para una evaluación interesante de la aplicabilidad de la teoría del bajo consumo al capitalismo posterior a 2008, véase John Bellamy Foster y Fred Magdoff, *The Great Financial Crisis. Causes and Consequences*, Nueva York, 2009 [ed. cast.: *La gran crisis financiera. Causas y consecuencias*, Madrid, FCE, 2009].

[33] Presumiblemente también porque habría tenido que declarar los sustanciosos ingresos que recibió de empresas de Wall Street tras su dimisión del gobierno de Obama a finales de 2010. Véase «The Fed, Lawrence Summers and Money», *The New York Times*, 11 de agosto de 2013.

[34] La misma idea había sido expuesta en 2005 cuando Ben Bernanke, que iba a suceder muy pronto a Alan Greenspan en la Reserva Federal, invocó un «exceso de ahorro» para justificar el fracaso de la estrategia de la Reserva Federal de «inundar los mercados de liquidez» para estimular la inversión. Casualmente, Summers suscribe ahora el punto de vista de los teóricos del estancamiento de izquierdas de que el «*boom*» de la década de 1990 y primeros años de la de 2000 era una quimera: «Demasiado dinero fácil, demasiados créditos, demasiada riqueza. ¿Hubo un gran *boom*? La utilización de la capacidad no sufría una gran presión, el desempleo no estaba destacadamente por debajo de ningún nivel. La inflación estaba absolutamente inactiva. Así que ni siquiera una gran burbuja era suficiente para producir algún exceso en la demanda agregada». Un video del discurso de Summers está disponible en la página *web* del FMI.

[35] Paul Krugman, «A Permanent Slump?», *The New York Times*, 18 de noviembre de 2013.

Pocos parecen temer que el dinero generado para prevenir que el estancamiento se convierta en deflación llegue a causar inflación, ya que los sindicatos que podrían reivindicar que se compartiese ya no existen[36]. De hecho, ahora la preocupación se centra en que la inflación sea demasiado baja en lugar de demasiado alta, ya que la supuesta sabiduría emergente es que una economía sana necesita una tasa de inflación anual de, por lo menos, el 2 por 100, o quizá más. La única inflación en el horizonte, sin embargo, es la de las burbujas del precio de los activos, y Summers se esforzó en preparar a su público para unas cuantas de ellas.

Para los capitalistas y sus lacayos, el futuro parece deparar un itinerario con muchos baches. El crecimiento bajo les denegará recursos adicionales con los que solucionar los conflictos de distribución y apaciguar el descontento. Las burbujas están esperando a explotar, sin previo aviso, y no está claro que los Estados recuperen la capacidad de ocuparse de las víctimas a tiempo. La economía estancada que se está formando estará lejos de ser una economía estacionaria o estable; al descender el crecimiento y aumentar los riesgos, la lucha por la supervivencia será más intensa. En lugar de restaurar los límites protectores de la mercantilización que la globalización dejó obsoletos, se buscarán nuevas maneras de explotar la naturaleza, se ampliará e intensificará el horario laboral, y se apoyará lo que la jerga llama finanzas creativas, en un intento desesperado de mantener altos los beneficios y que continúe la acumulación de capital. El pronóstico de «estancamiento con posibilidad de burbujas» puede ser recreado muy probablemente como una batalla de todos contra todos, aderezado con situaciones ocasionales de pánico y con la interpretación de finales de partida convertida en un pasatiempo popular.

Plutócratas y saqueo

Pasando al segundo problema, no hay ninguna señal de que la tendencia duradera hacia una mayor desigualdad económica sea modificada en el futuro cercano, o, en realidad, nunca. La desigualdad deprime el crecimiento, por causas keynesianas y otras. Pero el dinero fácil que proporcionan actualmente los bancos centrales para recuperar el crecimiento (fácil para el capital, pero no, por supuesto, para los trabajadores) aumenta aún más la desigualdad, al inflar el sector financiero e invitar a la inversión especulativa en lugar de a la productiva. Así, la redistribución hacia arriba se hace oligárquica: en lugar de servir a un interés colectivo de progreso económico, como prometía la economía neoclásica, se centra en la

[36] Por supuesto, su ausencia fue una de las causas de que, en primer lugar, se diera el exceso de beneficios que deprimió la demanda.

extracción de los recursos de unas sociedades cada vez más empobrecidas y en declive. Los países que vienen a la mente en este caso son Rusia y Ucrania, pero también Grecia y España, y cada vez más Estados Unidos. Bajo la redistribución oligárquica, se rompe el lazo keynesiano que unía los beneficios de los ricos con los salarios de los pobres, separando el destino de las elites económicas del destino de las masas[37]. Esto ya se anticipó en los infames memorándums de la «plutonomía» distribuidos por Citibank en 2005 y 2006 a un selecto círculo de sus clientes más ricos, para asegurarles que su prosperidad ya no dependía de la de los asalariados[38].

La redistribución oligárquica y la tendencia hacia la plutonomía, incluso en países que todavía se consideran democracias, invocan la pesadilla de las elites convencidas de que sobrevivirán al sistema social que les está haciendo ricos. Los capitalistas plutonómicos puede que ya no tengan que preocuparse por el crecimiento económico nacional, porque sus fortunas transnacionales crecen sin el mismo; de ahí la salida de los multimillonarios de países como Rusia o Grecia, que cogen su dinero (o el de sus conciudadanos) y corren, preferiblemente a Suiza, Gran Bretaña o Estados Unidos. La posibilidad de rescatarte a ti mismo y a tu familia escapando junto con tus posesiones, proporcionada por el mercado global de capital, ofrece la tentación más fuerte para el rico de apuntarse al estilo de vida de final de partida: sacar el dinero, quemar los puentes y no dejar nada detrás salvo la tierra quemada.

El saqueo del dominio público por medio de la infrafinanciación y la privatización, es decir, el tercer problema, está muy relacionado con lo anterior. En otro lugar he rastreado su origen en la transición en dos fases desde la década de 1970: del Estado fiscal al Estado endeudado y de este finalmente al Estado de consolidación o de austeridad. Entre las causas de este cambio, se encuentra en primer lugar la nueva posibilidad ofrecida por los mercados globales de capital desde la década de 1980 para la evasión fiscal, la huida fiscal, los impuestos diseñados a medida y la extorsión de recortes fiscales a los gobiernos realizada por las empresas y los individuos que reciben grandes ingresos. Los intentos de disminuir los déficits

---

[37] En Estados Unidos y en otros lugares, los ricos se movilizan contra los sindicatos y las normas del salario mínimo, aunque los salarios bajos debilitan la demanda agregada. Aparentemente, pueden hacerlo porque la provisión abundante de dinero fresco sustituye a la capacidad de compra de las masas, al permitir a los que tienen acceso al mismo obtener su ganancia en el sector financiero. La demanda desde abajo haría atractiva para los «ahorros» de los ricos la inversión en servicios y productos manufacturados. Véase, en este contexto, la petición a finales del año pasado del director general de la Confederación de la Industria Británica, que representa a las empresas de productos manufacturados, para que sus socios pagaran mejor a sus trabajadores, puesto que demasiada gente está atascada en el empleo mal pagado. Véase «Companies urged to spread benefits widely», *Financial Times*, 30 de diciembre de 2013.

[38] Citigroup Research, «Plutonomy: Buying Luxury, Explaining Global Imbalances», 16 de octubre de 2005; «Revisiting Plutonomy: The Rich Getting Richer», 5 de marzo de 2006.

públicos se basaron casi exclusivamente en recortes del gasto gubernamental: tanto en la seguridad social como en la inversión en infraestructuras físicas y en capital humano. Al mismo tiempo que los aumentos de los ingresos se acumulan cada vez más en el 1 por 100 de la población, el dominio público de las economías capitalistas se encoge, a menudo de forma radical, brutalmente reducido en beneficio de la riqueza oligárquica internacionalmente móvil. Parte del proceso ha sido la privatización, llevada a cabo sin tener en cuenta la contribución que la inversión pública en productividad y cohesión social podría haber supuesto para el crecimiento económico y la equidad social.

Incluso antes de 2008 se asumía de manera general que la crisis fiscal del Estado de posguerra tenía que ser solucionada a base de disminuir el gasto en lugar de subir los impuestos, especialmente a los ricos. La consolidación de las finanzas públicas por medio de la austeridad ha sido y sigue siendo impuesta a las sociedades incluso aunque sea probable que vaya a deprimir el crecimiento. Esto parecería ser otra indicación de que la economía de los oligarcas ha sido desligada de la economía de la gente corriente, ya que los ricos ya no piensan pagar un precio por maximizar sus ingresos a costa de los no ricos o por perseguir sus intereses a costa de la economía en general. Lo que podría estar saliendo aquí a la luz es la tensión fundamental descrita por Marx entre, por una parte, la naturaleza cada vez más social de la producción en una sociedad y una economía avanzadas y, por otra parte, la propiedad privada de los medios de producción. Puesto que el crecimiento de la productividad precisa más provisión pública, tiende a hacerse incompatible con la acumulación privada de beneficios, forzando a las elites capitalistas a elegir entre las dos. La consecuencia es lo que ya observamos hoy en día: estancamiento económico combinado con redistribución oligárquica[39].

La corrosión de la jaula de hierro

Junto con el declive del crecimiento económico, la desigualdad creciente y la transferencia del dominio público a la propiedad privada, la corrupción es el cuarto problema del capitalismo contemporáneo. En su intento de rehabilitarlo recordando sus fundamentos éticos, Max Weber trazó una

[39] *Nota bene* que el capitalismo se basa en el beneficio, no en la productividad. Aunque ambos puedan ir juntos a veces, es probable que se separen cuando el crecimiento económico comienza a necesitar una expansión desproporcionada del dominio público, tal como se anticipó con gran antelación en la «Ley de Wagner»: Adolph Wagner, *Grundlegung der politischen Oekonomie*, 3ª ed., Leipzig, 1892. Las preferencias capitalistas por el beneficio en vez de por la productividad, y con ellas el régimen de la propiedad privada capitalista en su conjunto, pueden entonces obstaculizar el progreso económico y social.

línea nítida entre capitalismo y codicia, señalando lo que pensaba que eran sus orígenes en la tradición religiosa del protestantismo. En opinión de Weber, la codicia había existido en todas partes siempre; no solo no era distintiva del capitalismo, sino que era capaz de pervertirlo. El capitalismo no se basaba en un deseo de hacerse rico, sino en la autodisciplina, el trabajo metódico, la dirección responsable, la dedicación serena a una tarea y una organización racional de la vida. Weber preveía que los valores culturales del capitalismo se difuminarían a medida que este madurase y se convirtiera en una «jaula de hierro» en la que la regulación burocrática y las restricciones de la competencia ocuparan el lugar de las ideas culturales que habían servido originalmente para desligar la acumulación de capital tanto del consumo materialista-hedonista como de los instintos primitivos de acaparamiento. Lo que no pudo prever, sin embargo, fue la revolución neoliberal del último tercio del siglo XX y las oportunidades sin precedentes que proporcionó para hacerse muy rico.

Pace Weber, el fraude y la corrupción han acompañado siempre al capitalismo. Pero hay buenas razones para creer que con el ascenso del sector financiero a los puestos de mando se han vuelto tan dominantes que la reivindicación ética del capitalismo de Weber parece ahora referirse a un mundo totalmente distinto. La finanzas son una «industria» donde la innovación es difícil de distinguir del retorcimiento o el infringimiento de las normas; donde los beneficios por actividades semilegales e ilegales son especialmente altos; donde el gradiente en conocimiento experto y pago entre las empresas y las autoridades reguladoras es extremo; donde las puertas giratorias entre ambos ofrecen oportunidades sin fin para la corrupción sutil y no tan sutil[40]; donde las empresas más grandes no solo son demasiado grandes para caer, sino también demasiado grandes para ser encarceladas, dada su importancia para la política económica nacional y la recaudación tributaria; y donde la línea roja entre las compañías privadas y el Estado está más borrosa que en ningún otro sector, tal como lo demuestra el rescate de 2008 o el gran número de empleados antiguos y futuros de las empresas financieras en el gobierno estadounidense. Después de Enron y de WorldCom, se señaló que el fraude y la corrupción habían alcanzado los niveles más altos de la historia de la economía de Estados Unidos. Pero lo que salió a la luz después de 2008 lo superó todo: agencias de evaluación que recibían pagos de los productores de bonos tóxicos para que les concedieran las notas más altas; operaciones bancarias opacas en el extranjero, blanqueo de dinero y asesoría para la evasión de impuestos a

[40] Incluso al más alto nivel: tanto Blair como Sarkozy trabajan actualmente para fondos de inversión, y su periodo de líderes nacionales elegidos es considerado aparentemente por ellos y por sus nuevos patronos como una especie de aprendizaje hacia un puesto mucho mejor retribuido en el sector financiero.

gran escala como actividades normales de los bancos más grandes emplazados en los mejores lugares; la venta a clientes incautos de valores elaborados de tal forma que otros clientes podrían apostar contra ellos; los bancos más importantes del mundo entero fijando de manera fraudulenta los tipos de interés y el precio del oro, y así sucesivamente. En los últimos años, varios grandes bancos han tenido que pagar miles de millones de dólares de multa por actividades de este tipo, y otros procesos similares parecen estar a punto de aparecer. Sin embargo, lo que a primera vista pueden parecer sanciones bastante significativas, son minúsculas cuando se las compara con los balances de los bancos: para no mencionar el hecho de que todas ellas han sido acuerdos al margen de los tribunales sobre casos que los gobiernos no querían o no se atrevían a encausar[41].

El deterioro moral del capitalismo puede tener relación con su declive económico y así la lucha por las últimas oportunidades de beneficios que quedan está haciéndose más sucia cada día y convirtiéndose en un pillaje de activos realizado a una escala verdaderamente gigantesca. Sea como sea, la percepción pública del capitalismo es ahora profundamente cínica, ya que todo el sistema se percibe generalmente como un mundo de trucos sucios para asegurar el enriquecimiento extraordinario de los que ya son ricos. Ya nadie cree en un renacimiento moral del capitalismo. El intento de Weber de evitar que se confundiera con la codicia ha fracasado finalmente, puesto que más que nunca se ha convertido en sinónimo de corrupción.

Un mundo fuera de quicio

Para terminar, llegamos al quinto problema. El capitalismo global necesita un centro para asegurar su periferia y proporcionarle un régimen monetario creíble. Hasta la década de 1920, este papel lo asumía Gran Bretaña y desde 1945 hasta la década de 1970, Estados Unidos; los años intermedios, cuando no existió un centro y diferentes potencias aspiraban a jugar ese papel, fueron una época de caos, tanto económica como políticamente. Las relaciones estables entre las divisas de los países que participan en la economía del mundo capitalista son esenciales para el comercio y para los trasvases de capital entre las fronteras nacionales, que a su vez son esenciales para la acumulación de capital; tienen que ser respaldadas por un banquero global de último recurso. Un centro eficaz se necesita también para apoyar regímenes en la periferia dispuestos a aprobar el bajo precio de

[41] Informes sobre las multas que tienen que pagar los bancos por malas prácticas de diversos tipos aparecen casi a diario en la prensa de calidad. El 23 de marzo de 2014, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* señaló que, desde el comienzo de la crisis financiera, los bancos estadounidenses por sí solos han sido multados con aproximadamente cien mil millones de dólares.

extracción de las materias primas. Además, se necesita la colaboración local para someter a la oposición tradicionalista al *Landnahme* [acaparamiento de tierras] capitalista fuera del mundo desarrollado.

El capitalismo contemporáneo padece cada vez más la anarquía global, al no ser ya capaz Estados Unidos de cumplir con su papel de posguerra, y no aparecer en el horizonte un orden mundial multipolar. Aunque (¿todavía?) no hay enfrentamientos entre las grandes potencias, la función del dólar como divisa de referencia internacional se cuestiona: y no puede ser de otro modo, dados los resultados declinantes de la economía estadounidense, sus crecientes niveles de deuda pública y privada y la reciente experiencia de varias crisis financieras altamente destructivas. La búsqueda de una alternativa internacional, quizá bajo la fórmula de una cesta de monedas, no está dando resultado, ya que Estados Unidos no puede renunciar al privilegio de endeudarse en su propia moneda. Además, las medidas estabilizadoras tomadas por las organizaciones internacionales a instancias de Washington han tendido cada vez más a tener efectos desestabilizadores en la periferia del sistema, como en el caso de las burbujas inflacionistas provocadas en países como Brasil y Turquía por la *quantitative easing* en el centro.

Desde el punto de vista militar, Estados Unidos ha sido ya derrotado o neutralizado en tres importantes guerras en tierra desde la década de 1970, y en el futuro será probablemente más reacio a intervenir en conflictos locales con «las botas sobre el terreno». Nuevos y sofisticados medios de violencia se están desplegando para reasegurar a los gobiernos colaboradores e inspirar confianza en Estados Unidos como protector global de los derechos de propiedad de la oligarquía y como un refugio seguro para las familias oligárquicas y sus tesoros. Incluyen el uso de «fuerzas especiales» altamente secretas que descubran a enemigos potenciales para su destrucción individualizada; los aviones no tripulados capaces de matar a cualquiera en casi cualquier lugar del globo; el encarcelamiento y la tortura de un número desconocido de personas en un sistema mundial de campos de confinamiento secretos; y la vigilancia completa de la oposición potencial en todas partes con la ayuda de la tecnología de *big data*. Sin embargo, cabe dudar si todo esto será suficiente para restaurar el orden global, especialmente en vista del ascenso de China como rival económico real y, en menor grado, como rival militar de Estados Unidos.

En resumen, el capitalismo, como orden social sostenido por la promesa del progreso colectivo sin límite, está en una situación crítica. El crecimiento está dando paso al estancamiento secular; el progreso económico que pueda quedar es menor y menos compartido; y la confianza en la economía monetaria capitalista se apoya en una montaña creciente de promesas que cada vez es menos probable que se cumplan. Desde la década de 1970, el centro capitalista ha sufrido tres crisis sucesivas, una

inflacionaria, otra de sus finanzas públicas y otra más del endeudamiento privado. Actualmente, en una complicada fase de transición, su supervivencia depende de que los bancos centrales le proporcionen liquidez sintética ilimitada. Paso a paso, el matrimonio a la fuerza del capitalismo con la democracia vigente desde 1945 se está rompiendo. En las tres fronteras de la mercantilización (el trabajo, la naturaleza y el dinero) las instituciones reguladoras que restringen el avance del capitalismo para su propio bien se han derrumbado, y tras la victoria final del capitalismo sobre sus enemigos no se vislumbra ninguna agencia política capaz de reconstruirlas. El sistema capitalista está actualmente afectado, por lo menos, por cinco problemas que empeoran y de los que no existe una cura inmediata: descenso del crecimiento, oligarquía, liquidación de la esfera pública, corrupción y anarquía internacional. Lo que se puede esperar, si nos atenemos al historial reciente del capitalismo, es un periodo largo y doloroso de decadencia acumulativa: de fricciones cada vez más intensas, de fragilidad e incertidumbre y de una sucesión regular de «accidentes normales», no necesariamente, pero con bastante probabilidad, a escala del desmoronamiento global de la década de 1930.

2
LA CRISIS DEL CAPITALISMO DEMOCRÁTICO

El colapso del sistema financiero estadounidense en 2008 se ha ido convirtiendo desde entonces en una crisis económica y política de dimensiones globales[1]. ¿Cómo debería conceptualizarse este acontecimiento que está sacudiendo el mundo? La teoría económica predominante tiende a suponer que la sociedad está gobernada por una tendencia general al equilibrio y que las crisis y mutaciones que en ella acontecen no son más que desviaciones coyunturales del estado uniforme de un sistema normalmente bien integrado; pero un sociólogo no está sometido a tales restricciones. En lugar de imaginar nuestros actuales padecimientos como una perturbación pasajera de una situación fundamentalmente estable, consideraré la «Gran Recesión»[2] y el subsiguiente cuasi colapso de las finanzas públicas como manifestación de una tensión subyacente básica en la configuración político-económica de las sociedades capitalistas avanzadas; tensión que convierte en regla, más que excepción, el desequilibrio y la inestabilidad, y que viene expresándose en una sucesión histórica de perturbaciones del orden socio-económico. Más concretamente, argumentaré que la crisis actual solo se puede entender en el marco de la transformación intrínsecamente conflictiva que se está produciendo en la formación social que llamaré «capitalismo democrático».

El capitalismo democrático no se consolidó totalmente hasta después de la Segunda Guerra Mundial y aun entonces solo en parte del hemisferio «occidental»: Norteamérica y Europa occidental. Allí funcionó extraordinariamente bien durante dos décadas; tan bien, de hecho, que aquel periodo de crecimiento económico ininterrumpido sigue dominando todavía nuestras ideas y expectativas de lo que es, o podría y debería ser, el capitalismo moderno, pese a que, a la luz de las turbulencias que le siguieron, el cuarto de siglo inmediatamente posterior a la guerra debería verse como algo

[1] Ese artículo fue presentado en el European University Institute de Florencia como una de las «Lecciones Max Weber» de 2011. Agradezco a Daniel Mertens su ayuda. Publicado en *NLR* 71, septiembre-octubre de 2011, pp. 5-29; ed. cast., *NLR* 71, noviembre-diciembre de 2011.

[2] Para el término «Gran Recesión», véase Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff, *This Time Is Different: Eight Centuries of Financial Folly*, Princeton (NJ), 2009.

verdaderamente excepcional. De hecho, sugiero que la situación normal del capitalismo democrático no es la de *les trente glorieuses*[3], sino la serie de crisis posteriores, una situación gobernada por un conflicto endémico entre los mercados capitalistas y la política democrática, que se puso de manifiesto vigorosamente cuando el elevado crecimiento económico llegó a su fin en la década de 1970. En lo que sigue analizaré primero la naturaleza de ese conflicto y luego examinaré la sucesión de perturbaciones político-económicas a él asociadas, que precedieron y configuraron la crisis global actual.

¿Mercados *versus* votantes?

Las sospechas de que capitalismo y democracia no se acoplan fácilmente no son precisamente nuevas. Desde el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, la burguesía y la derecha política expresaron su temor de que el gobierno de la mayoría, que suponía inevitablemente el de los pobres sobre los ricos, acabaría suprimiendo la propiedad privada y el mercado libre. Por su parte, la clase obrera en ascenso y la izquierda política advirtieron que los capitalistas podían aliarse con las fuerzas de la reacción para abolir la democracia, a fin de evitar ser gobernados por una mayoría permanente entregada a la redistribución económica y social. No examinaré aquí los méritos respectivos de esas dos posiciones, aunque la historia sugiere que, al menos en el mundo industrializado, la izquierda tenía más razones para temer que la derecha liquidara la democracia a fin de salvar el capitalismo, que la derecha a temer que la izquierda aboliera el capitalismo por el bien de la democracia. En cualquier caso, en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial se asumió de forma generalizada que para que el capitalismo fuera compatible con la democracia debía estar sometido a un riguroso control político –por ejemplo, la nacionalización de las empresas y sectores clave, o la «codeterminación» [*Mitbestimmung*] de los trabajadores, como en Alemania–, a fin de evitar que la propia democracia se viera limitada en nombre del libre mercado. Mientras que Keynes y, en cierta medida, Kalecki y Polanyi parecían triunfar, Hayek se retiró a un exilio temporal en Chicago. Desde entonces, no obstante, la economía dominante se ha obsesionado con la «irresponsabilidad» de políticos oportunistas que tratan de satisfacer a un electorado económicamente ignorante, interfiriendo en mercados que de otro modo serían muy eficientes, en procura de objetivos –como el pleno empleo y la justicia social–, que el mercado libre acabaría ofreciendo a largo plazo de no ser por las distorsiones provocadas por las injerencias políticas.

[3] La expresión *trente glorieuses* hace referencia al periodo de gran crecimiento económico y pleno empleo que conoció el mundo occidental tras la Segunda Guerra Mundial y que se prolongó hasta la primera crisis del petróleo. Esta expresión fue popularizada por el economista francés Jean Fourastié, autor de *Les trente glorieuses ou la révolution invisible de 1946 à 1975*, París, 1979 [N. del T.]

Las crisis económicas, según la teoría estándar dominante de la «elección pública», se deben esencialmente a intromisiones políticas que distorsionan el mercado buscando objetivos sociales[4]. Según esa opinión, la intervención correcta es dejar a los mercados al margen de interferencias políticas; la intervención equivocada, que introduce distorsiones en el mercado, deriva de un exceso de democracia; más exactamente, de que políticos irresponsables pretendan llevar la democracia a la economía, donde no tiene nada que hacer. Pocos irían hoy día tan lejos como Hayek, que en sus últimos años propuso abolir la democracia tal como la conocemos en defensa de la libertad económica y las libertades civiles. Sin embargo, el *cantus firmus* de la actual teoría económica neoinstitucionalista es, en general, hayekiano. Para funcionar adecuadamente, el capitalismo requiere una política económica sometida a reglas, con protección de los mercados y derechos de propiedad constitucionalmente consagrados frente a injerencias políticas discrecionales; autoridades reguladoras independientes; bancos centrales firmemente protegidos frente a presiones electorales; e instituciones internacionales, como la Comisión Europea o el Tribunal de Justicia de la Unión Europea, que no tengan que preocuparse por la reelección popular. Tales teorías, sin embargo, evitan cuidadosamente la cuestión crucial de cómo llegar allí desde aquí; muy probablemente porque no tienen respuesta, o al menos ninguna que puedan hacer pública.

Hay varias formas de conceptualizar las causas subyacentes del antagonismo entre capitalismo y democracia. Para el análisis que nos ocupa, entenderé el capitalismo democrático como una economía política gobernada por dos principios o regímenes en conflicto de asignación de los recursos: uno que opera según la «productividad marginal», en función de los méritos manifestados en el «juego libre de las fuerzas de mercado»; y el otro basado en las necesidades o derechos sociales, expresados en las opciones colectivas de la política democrática. En el capitalismo democrático, los gobiernos deben supuestamente obedecer a ambos principios simultáneamente, aunque de hecho casi nunca coincidan del todo. En la práctica, suelen privilegiar durante un tiempo uno de ellos postergando el otro, hasta que se ven castigados por las consecuencias: los gobiernos que no atienden a las reivindicaciones democráticas de protección y redistribución corren el riesgo de perder el apoyo del electorado, mientras que los que desatienden las exigencias de compensación de los propietarios de los recursos productivos, tal como se expresa en el lenguaje de la productividad marginal, provocan disfunciones económicas cada vez más insostenibles, que socavan su apoyo político.

---

[4] La referencia clásica es J. Buchanan y G. Tullock, *The Calculus of Consent: Logical Foundations of Constitutional Democracy*, cit.

Según la utopía liberal de la teoría económica predominante, la tensión entre esos dos principios de asignación presentes en el capitalismo democrático se supera convirtiendo la teoría en lo que Marx habría llamado una fuerza material. Desde ese punto de vista, la economía, como «conocimiento científico», enseña a los ciudadanos y políticos que la verdadera justicia es la justicia del mercado, que recompensa a cada uno según su contribución y no de acuerdo a sus necesidades redefinidas como derechos. En la medida en que la teoría económica quedó aceptada como teoría social, «se hizo cierta» como conjunto de enunciados performativos, revelando así su naturaleza esencialmente retórica como instrumento persuasivo de construcción social. En el mundo real, sin embargo, no fue tan fácil apartar a la gente de sus creencias «irracionales» en los derechos sociales y políticos no sometidos a la ley del mercado y al derecho de propiedad. Hasta la fecha, las nociones no mercantilizadas de justicia social se han resistido a los esfuerzos de racionalización económica, por mucha contundencia que estos hayan cobrado en la edad de plomo del neoliberalismo triunfante. La gente se niega tozudamente a renunciar a la idea de una economía moral que los hace sujetos de derechos por encima de los resultados de los intercambios de mercado[5]. De hecho, siempre que tienen la posibilidad –como sucede más pronto o más tarde en una democracia viva– los ciudadanos tienden de una forma u otra a insistir en la primacía de lo social sobre lo económico y en que los compromisos y obligaciones sociales sean protegidos de las presiones del mercado en pro de la «flexibilidad»; y en que la sociedad satisfaga las expectativas humanas de vida sin someterse a la dictadura de las siempre fluctuantes «órdenes del mercado». Esto es posiblemente lo que Polanyi describía en *The Great Transformation* como «contramovimiento» opuesta a la mercantilización del trabajo.

Para la teoría económica dominante, desórdenes como la inflación, el déficit público y el endeudamiento excesivo, público o privado, son el resultado de un conocimiento insuficiente de las leyes que gobiernan la economía como máquina de creación de riqueza, o de desobedecer tales leyes en una búsqueda egoísta de poder político. Por el contrario, las teorías de la economía política –en la medida en que se toman en serio la política y no son únicamente teorías funcionalistas de la eficiencia– conciben la asignación de recursos determinada por el mercado solo como un tipo de régimen político-económico, regido por los intereses de los que poseen recursos productivos escasos y disponen así de una firme posición de mercado. Quienes disponen de escaso peso económico, pero podrían

---

[5] Véanse Edward P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past & Present* vol. 50, núm. 1, 1971; y James Scott, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, New Haven (CT), 1976. El alcance exacto de tales derechos varía obviamente según las diversas circunstancias sociales e históricas.

alcanzar un gran poder político, prefieren en cambio un régimen distinto, la asignación política de los recursos. Desde esta perspectiva, la economía dominante no es sino la exaltación teórica de un orden social político-económico al servicio de los que disponen de poder de mercado, pues equipara sus intereses al interés general; representa las reclamaciones distributivas de los propietarios de capital productivo como imperativos técnicos de la buena –esto es, científicamente sólida– gestión económica. Para la economía política, en cambio, la presentación que la economía dominante hace de las disfunciones económicas como consecuencia de una brecha entre los principios tradicionales de la economía moral y los principios modernos y racionales es tendenciosa y falsa, porque oculta el hecho de que la economía «económica» es *también* una economía moral, al servicio de quienes disponen de las palancas de mando en el mercado.

En el lenguaje de la teoría económica predominante, las crisis aparecen como un castigo ante el fracaso de los gobiernos que no respetan las leyes naturales, que son las que realmente gobiernan la economía. Pero una teoría de la economía política digna de ese nombre percibe en cambio las crisis como manifestaciones de las «reacciones kaleckianas» de los propietarios de recursos productivos ante la intrusión de la política democrática en sus dominios, tratando de impedirles que exploten plenamente su poder de mercado y violando así sus expectativas de una justa recompensa por su astuta asunción de riesgos[6]. La teoría económica estándar trata la estructura social y su distribución de intereses y poder como algo exógeno, supuestamente constante y, por lo tanto, invisible; para los propósitos de la «ciencia» económica, ambas vendrían dadas naturalmente. La única política que tal teoría puede considerar implica intentos oportunistas o, cuando menos, incompetentes, de sustraerse a las leyes económicas; la buena política económica sería, por definición, apolítica. El problema es que esa opinión no es compartida por muchos para quienes la política es un recurso muy necesario frente a los mercados, cuyas operaciones sin trabas interfieren con lo que ellos creen que

[6] En un ensayo pionero [«Political Aspects of Full Employment», *Political Quarterly* vol. 14, núm. 4 1943], Michał Kalecki señalaba la «confianza» de los inversores como factor crucial, que determina el comportamiento económico. En su opinión, ésta depende de que sus expectativas de beneficio en cada momento sean fiablemente sancionadas por la distribución del poder político y de las iniciativas a las que da lugar. Las disfunciones económicas –el desempleo en el caso de Kalecki– sobrevienen cuando los capitalistas ven amenazadas sus expectativas de beneficio por la interferencia política. Las políticas «equivocadas» en este sentido provocan una pérdida de confianza de los propietarios de capital, que a su vez puede ocasionar una huelga de inversiones. La perspectiva de Kalecki permite modelar una economía capitalista como un juego interactivo, a diferencia de un mecanismo natural o maquínico. Desde ese punto de vista, el momento en que los capitalistas reaccionan de forma adversa a la asignación no mercantil retirando sus inversiones no debe ser considerado fijo y matemáticamente predecible, sino que puede ser negociable, dependiendo, por ejemplo, de su nivel de aspiraciones, históricamente cambiante, o de cálculos estratégicos. Por eso fracasan tan a menudo las predicciones basadas en modelos económicos universalistas, esto es, histórica y culturalmente imperturbables, pues suponen parámetros fijos cuando en realidad están socialmente determinados.

es justo. A menos que se les persuada de algún modo de que la economía neoclásica es el modelo indiscutible para lo que es y debe ser la vida social, sus reivindicaciones políticas expresadas democráticamente diferirán de las prescripciones de la teoría económica estándar. La conclusión es que aunque una economía suficientemente descontextualizada puede modelarse como algo que tiende al equilibrio, no se puede hacer lo mismo con una economía política, a menos que sea privada de democracia y gobernada por una dictadura platónica de reyes economistas. La política capitalista ha hecho cuanto ha podido, como veremos, por sacarnos del desierto del oportunismo democrático corrupto para llevarnos a la tierra prometida de los mercados autorregulados; pero hasta ahora la resistencia democrática se mantiene, y con ella las distorsiones que origina continuamente en nuestras economías de mercado.

Los acuerdos de posguerra

El capitalismo democrático de posguerra sufrió su primera crisis durante la década de 1970, cuando la inflación comenzó a crecer rápidamente en todo el mundo occidental al tiempo que el declive del crecimiento económico dificultaba el mantenimiento de la tregua político-económica entre capital y trabajo que había puesto fin a los conflictos internos tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial. Esa tregua significaba esencialmente que la clase obrera organizada aceptaba el mercado capitalista y los derechos de propiedad a cambio de la democracia política, que le garantizaba seguridad social y un aumento permanente del nivel de vida. Más de dos décadas de crecimiento ininterrumpido dieron lugar a una convicción popular profundamente enraizada del progreso económico continuo como derecho derivado de la ciudadanía democrática, y esa convicción se tradujo en expectativas políticas que los gobiernos se sentían obligados a satisfacer; pero cuando el crecimiento comenzó a ralentizarse disminuyó igualmente su capacidad de hacerlo.

La estructura de los acuerdos de posguerra entre capital y trabajo era fundamentalmente la misma en todos los países donde se había institucionalizado el capitalismo democrático, por diferentes que éstos fueran en otros aspectos. Incluía una expansión del Estado de bienestar, el derecho de los trabajadores a la libre negociación colectiva y la garantía política de pleno empleo suscrita por gobiernos que recurrían con desenvoltura a diversas herramientas económicas keynesianas. Cuando el crecimiento comenzó a disminuir a finales de la década de 1960, sin embargo, esa combinación se hizo difícil de mantener. Aunque la libre negociación colectiva permitía a los trabajadores obtener mediante sus sindicatos incrementos salariales regulares sin ver defraudadas sus expectativas, firmemente arraigadas, el compromiso de los gobiernos con el pleno empleo y el cada vez más asentado Estado del bienestar protegían a

los sindicatos de potenciales caídas del empleo causadas por el desnivel entre el aumento de productividad y los salarios acordados. Las políticas de los gobiernos potenciaron así la capacidad de negociación de los sindicatos por encima de lo que habría permitido un mercado laboral «libre». A finales de la década de 1960 se produjo de hecho una oleada mundial de militancia obrera, alentada por la arraigada convicción de que el nivel de vida creciente era un derecho político y por la pérdida del miedo al desempleo.

En los años subsiguientes, los gobiernos de todo el mundo occidental afrontaron el problema de cómo lograr que los sindicatos moderaran las reivindicaciones salariales de sus miembros sin tener que rescindir la promesa keynesiana del pleno empleo. En los países donde la estructura institucional del sistema de negociación colectiva no propiciaba la negociación de «pactos sociales» tripartitos, la mayoría de los gobiernos siguieron convencidos durante la década de 1970 de que permitir un aumento del desempleo a fin de contener las reivindicaciones de aumento del salario real era una opción demasiado arriesgada para su supervivencia e, incluso, para la estabilidad de la propia democracia capitalista. La única salida posible fue una política monetaria flexible que, aun permitiendo la coexistencia de la negociación colectiva libre y el pleno empleo, dio lugar a un aumento generalizado de la tasa de inflación, que se aceleró cada vez más con el paso del tiempo.

En sus primeras fases, la inflación no fue un gran problema para los trabajadores, representados por sindicatos fuertes y lo bastante poderosos políticamente como para conseguir mantener los salarios reales mediante la indexación de los salarios nominales. La inflación afecta principalmente a los acreedores y poseedores de activos financieros, entre los que no se hallan en general los trabajadores o, al menos, no se hallaban en las décadas de 1960 y 1970. Por eso la inflación se puede describir como un reflejo monetario del conflicto distributivo entre una clase obrera que exige seguridad en el empleo y una mayor participación en la renta del país y una clase capitalista que se esfuerza por maximizar el rendimiento de su capital. Dado que ambos bandos se basan en ideas mutuamente incompatibles sobre lo que es suyo por derecho, uno insistiendo en los derechos asociados a la ciudadanía y el otro en los de la propiedad y el poder de mercado, la inflación se puede considerar también como una expresión de anomia en una sociedad que, por razones estructurales, no puede alcanzar criterios comunes de justicia social. En este sentido, el sociólogo británico John Goldthorpe sugirió a finales de la década de 1970 que la elevada inflación no era erradicable en una economía de mercado democrático-capitalista, que permite a los trabajadores y a los ciudadanos corregir la influencia del mercado mediante la acción política colectiva[7].

---

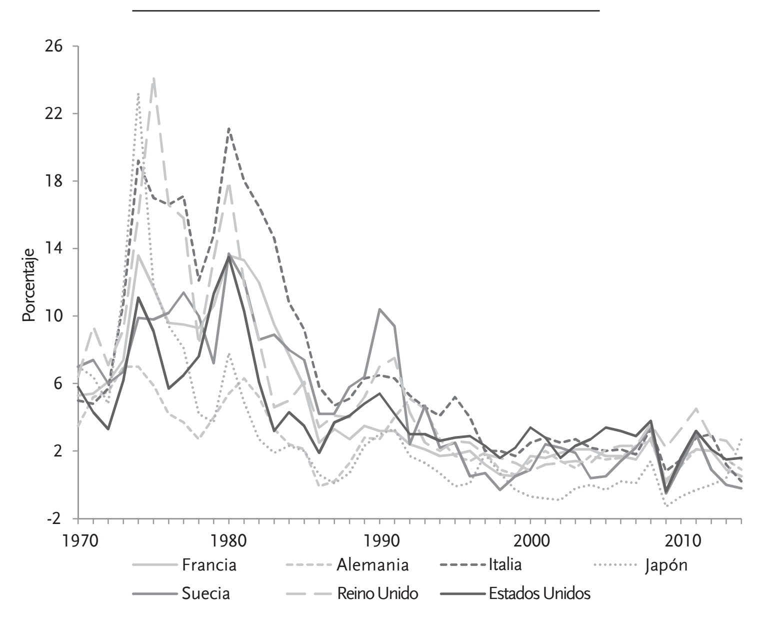
[7] John Goldthorpe, «The Current Inflation: Towards a Sociological Account», en Fred Hirsch y John Goldthorpe (eds.), *The Political Economy of Inflation*, Cambridge (MA), 1978.

Para los gobiernos que afrontaban las demandas encontradas de trabajadores y capitalistas en un contexto de declive de la tasa de crecimiento, una política monetaria laxa era la manera más fácil de evitar un conflicto social de suma cero. En los años de la inmediata posguerra, el crecimiento económico había proporcionado a los gobiernos que se debatían con conceptos incompatibles de la justicia económica, bienes y servicios adicionales con los que difuminar los antagonismos de clase. Ahora, esos mismos gobiernos tenían que hacerlo con dinero adicional, no respaldado por la economía real, como forma de adelantar recursos futuros que se ponían a disposición de la distribución y el consumo actuales. Esta forma de pacificación del conflicto, por eficaz que fuera al principio, no podía prolongarse indefinidamente. Como Hayek nunca se cansó de señalar, la aceleración de la inflación provocaría inevitablemente distorsiones económicas irresolubles en los precios relativos, en la relación entre ingresos contingentes y fijos, y en lo que los economistas llaman «incentivos económicos». En definitiva, al suscitar reacciones kaleckianas en los propietarios de capital, cada vez más suspicaces, la inflación generará desempleo, castigando a los mismos trabajadores cuyos intereses parecía servir en un primer momento. A partir de ese instante ineluctable, los gobiernos del capitalismo democrático se verán obligados a restringir los acuerdos salariales redistributivos y a restaurar la disciplina monetaria.

Baja inflación, mayor desempleo

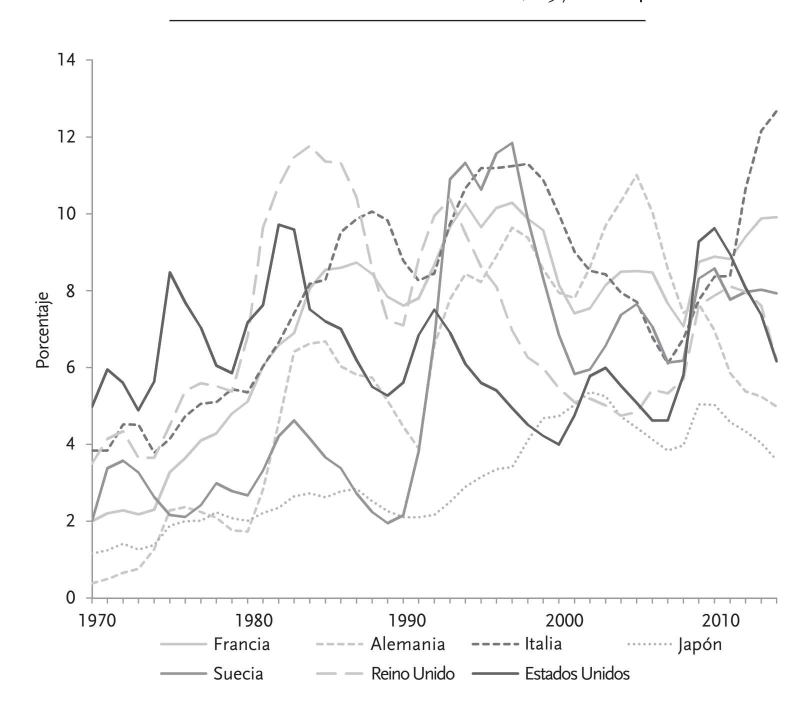
La inflación se contuvo a partir de 1979 (gráfico 2.1), cuando Paul Volcker, recién nombrado presidente de la Reserva Federal estadounidense por el presidente Carter, elevó los tipos de interés a alturas sin precedentes, provocando que el desempleo alcanzara niveles nunca vistos desde la Gran Depresión. El *putsch* de Volcker quedó sellado cuando el presidente Reagan, que al parecer temía inicialmente las consecuencias políticas de unas medidas deflacionistas tan agresivas, fue reelegido en 1984. Margaret Thatcher, que había seguido el ejemplo estadounidense, obtuvo un segundo mandato en 1983, también a pesar del elevado desempleo y la rápida desindustrialización provocada, entre otras cosas, por una política monetaria restrictiva. Tanto en Estados Unidos como en Reino Unido la deflación se vio acompañada por ataques decididos de los gobiernos y empresarios contra los sindicatos, ejemplificados por la victoria de Reagan sobre los controladores del tráfico aéreo y de Margaret Thatcher sobre el Sindicato Nacional de Mineros. En los años subsiguientes, las tasas de inflación permanecieron bajas en todo el mundo capitalista, mientras que el desempleo fue creciendo más o menos continuamente (gráfico 2.2); la sindicalización disminuyó simultaneamente casi en todas partes y las huelgas se hicieron tan poco frecuentes que en algunos países dejaron de registrarse en las estadísticas (gráfico 2.3).

Gráfico 2.1: Tasas de inflación, 1970-2014



Fuente: OCDE, Main Economic Indicators.

Gráfico 2.2: Tasas de desempleo, 1970-2014



Fuente: OCDE, Economic Outlook Database núm. 92 y 98.

Gráfico 2.3: Días de huelga por cada mil empleados, 1971-2007

Fuente: Cálculos del autor de las medias trianuales móviles a partir de la Labour Statistics Database de la OIT y de las Labour Forces Statistics de la OCDE.

La era neoliberal comenzó cuando los gobiernos angloestadounidenses dejaron de lado la tesis tradicional del capitalismo democrático de posguerra, que mantenía que el desempleo socavaría el apoyo político, no solo del gobierno del momento, sino también del propio capitalismo democrático. Los experimentos llevados a cabo por Reagan y Thatcher sobre sus electorados fueron observados con gran atención por los responsables políticos de todo el mudo capitalista. Quienes parecían esperar que el fin de la inflación significara también el del desorden económico, se vieron bien pronto desilusionados. Aunque la inflación disminuía, la deuda pública comenzó a aumentar, lo que no constituyó una gran sorpresa[8]. El aumento de la deuda pública durante la década de 1980 tenía muchas causas: el estancamiento del crecimiento había incrementado la aversión de los contribuyentes a los impuestos; y la supresión de la inflación también había puesto fin al incremento automático de la presión tributaria mediante el reajuste de los «tramos». Lo mismo se puede decir de la continua depreciación de la deuda pública mediante la devaluación

[8] Ya durante la década de 1950 Anthony Downs había observado que en una democracia las demandas de servicios públicos de los ciudadanos tendían a superar la oferta de recursos a disposición del gobierno; véase, por ejemplo, «Why the Government Budget Is Too Small in a Democracy», *World Politics,* vol. 12, núm. 4 (1960), y también James O'Connor, «The Fiscal Crisis of the State», *Socialist Revolution,* vol. 1, núm. 1 y 2, 1970.

de las monedas nacionales, proceso que al principio había acompañado al crecimiento económico y luego lo había sustituido paulatinamente, reduciendo la deuda acumulada de un país con respecto a su renta nominal. Por el lado del gasto, el creciente desempleo ocasionado por la estabilización monetaria requirió un aumento de los recursos dedicados a la asistencia social; por otro lado, comenzaron a reclamarse las diversas «deudas» sociales contraídas durante la década de 1970 a cambio de la moderación salarial de los sindicatos –los salarios diferidos, por decirlo así, procedentes de la era neocorporativista anterior–, lo cual cargó cada vez más las finanzas públicas.

Al esfumarse la inflación como instrumento para cerrar la brecha entre las reivindicaciones de los ciudadanos y las de «los mercados», la carga de asegurar la paz social recayó sobre el Estado. La deuda pública resultó, durante un tiempo, un equivalente funcional apropiado de la inflación. Como ésta, la deuda pública permitía a los gobiernos introducir en los conflictos distributivos de la época recursos futuros que, de hecho, todavía no se habían producido, como complemento de los realmente disponibles. A medida que la pugna entre el mercado y la distribución social se desplazaba del mercado laboral a la arena política, la presión electoral reemplazó a las demandas sindicales. En lugar de permitir que la inflación erosionase la moneda, los gobiernos comenzaron a endeudarse a una escala cada vez mayor para satisfacer las demandas de prestaciones y servicios reclamadas como su derecho por los ciudadanos y las exigencias de ingresos por parte de inversores y empresarios, que reflejaran el juicio del mercado y maximizaran el uso rentable de los recursos productivos. Los gobiernos se vieron ayudados por la baja inflación, que aseguraba a los acreedores que los títulos de deuda mantendrían su valor a largo plazo, así como por los bajos tipos de interés consolidados una vez que se contuvo la inflación.

Pero al igual que sucedió con la inflación, la acumulación de deuda pública no podía proseguir indefinidamente. Los economistas venían advirtiendo desde hacía tiempo que el gasto público deficitario «expulsaba» a la inversión privada, provocando altos tipos de interés y bajo crecimiento; pero nunca fueron capaces de concretar dónde se situaba exactamente el umbral crítico. En la práctica resultó posible, al menos durante un tiempo, mantener bajos los tipos de interés desregulando los mercados financieros, mientras se contenía la inflación quebrando a los sindicatos[9]. Pero pronto los títulos de la deuda soberana, en particular la de Estados Unidos –donde la tasa de ahorro nacional es excepcionalmente baja–, se vendían, no solo a los ciudadanos del propio país, sino también a inversores extranjeros,

---

[9] Greta Krippner, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance*, Cambridge (MA), 2011.

incluidos diversos fondos soberanos de inversión[10]. Además, a medida que aumentaba el endeudamiento había que dedicar una proporción creciente del gasto público al servicio de la deuda, aunque los tipos de interés se mantuvieran bajos. Fundamentalmente, tenía que llegar el momento, aparentemente incognoscible de antemano, en que los acreedores, tanto extranjeros como autóctonos, comenzaran a preocuparse por la devolución de su dinero y, entonces, finalmente subiría la presión de los «mercados financieros» que exigirían la consolidación de los presupuestos públicos y una mayor disciplina fiscal.

Desregulación y deuda privada

La campaña de las elecciones presidenciales de 1992 en Estados Unidos giró en torno a dos déficits: el del gobierno federal y el del país en su conjunto en el comercio exterior. La victoria de Bill Clinton, cuya campaña se había centrado en la idea del «doble déficit», desencadenó intentos de consolidación fiscal en todo el mundo, enérgicamente promovidos por organizaciones internacionales bajo el liderazgo estadounidense, como la OCDE y el FMI. En un principio, parece que el gobierno de Clinton consideró la posibilidad de cerrar el déficit público mediante el crecimiento económico acelerado promovido por reformas sociales como el aumento de la inversión pública en educación[11]. Pero una vez que los demócratas perdieron la mayoría en el Congreso en las elecciones de medio mandato de 1994, Clinton volvió a una política de austeridad, que suponía profundos recortes en el gasto público y cambios en la política social que, en palabras del propio presidente, pondrían fin al «bienestar tal como lo conocemos». Entre 1998 y 2000 el gobierno federal estadounidense obtuvo un superávit presupuestario por primera vez en décadas.

Esto no quiere decir, sin embargo, que el gobierno de Clinton hubiera hallado un modo de pacificar la economía política democrático-capitalista sin echar mano de recursos económicos adicionales todavía no producidos. La estrategia clintoniana de gestión del conflicto social dependía en gran medida de la desregulación del sector financiero iniciada ya con Reagan y que en ese momento cobraba mayor ímpetu que nunca[12]. El rápido aumento de la desigualdad de los ingresos debido a la continua desindicalización y a grandes recortes en el gasto social, así como la reducción de

---

[10] David Spiro, *The Hidden Hand of American Hegemony: Petrodollar Recycling and International Markets*, Ithaca (NY), 1999.
[11] Robert Reich, *Locked in the Cabinet*, Nueva York, 1997.
[12] Joseph Stiglitz, *The Roaring Nineties: A New History of the World's Most Prosperous Decade*, Nueva York, 2003.

la demanda agregada originada por la consolidación fiscal, se vieron contrarrestados por nuevas oportunidades sin precedentes de endeudamiento para los ciudadanos y las empresas. Se acuñó una expresión afortunada, «keynesianismo privatizado», para describir lo que era de hecho la sustitución de la deuda pública por la privada[13]. En lugar de que el gobierno se endeudara para financiar un acceso igualitario a una vivienda decente o una formación profesional valorada en el mercado, ahora eran los ciudadanos individuales los que, con un régimen de crédito extremadamente generoso, podían o debían endeudarse corriendo sus propios riesgos para pagar su educación o su traslado a un entorno urbano más acomodado.

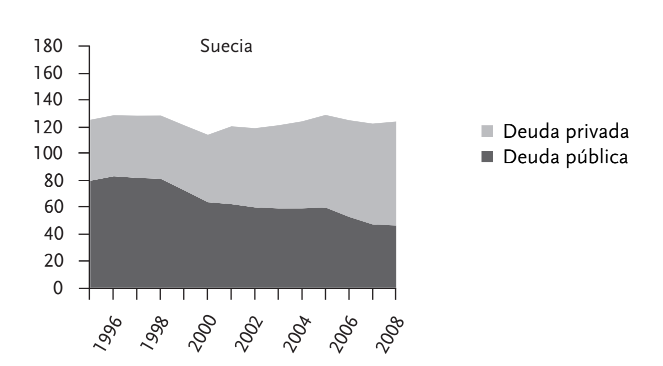
La política de consolidación fiscal de Clinton y la revitalización económica mediante la desregulación financiera tuvieron muchos beneficiarios. A los ricos se les redujeron los impuestos y los mejor informados obtuvieron enormes beneficios invirtiendo en «servicios financieros» cada vez más complejos, que podían negociar prácticamente sin limitaciones; pero los pobres también prosperaron, al menos algunos de ellos durante algún tiempo. Las hipotecas *subprime*, por ilusorias que acabaran resultando, encubrieron durante unos años el desmantelamiento simultáneo de la política social y la ausencia de incrementos salariales en el escalón más bajo de un mercado laboral «flexibilizado». Para los afroamericanos en particular, la posesión de una vivienda no era solo el «sueño americano» hecho realidad, sino también un sustituto muy necesario de las pensiones de vejez, que muchos no podían obtener en el mercado laboral y que no tenían razones para esperar de un gobierno comprometido a una austeridad permanente.

Durante un tiempo, el mercado de la vivienda ofreció a la clase media, e incluso a algunos pobres, una oportunidad atractiva de participar en la locura especulativa que estaba haciendo a los ricos mucho más ricos durante la década de 1990 y principios de la siguiente, por traicionera que se demostrara más tarde. Al subir los precios de la vivienda, bajo una creciente demanda por parte de gente que en circunstancias normales nunca habría podido comprar una casa, se convirtió en una práctica común emplear los nuevos instrumentos financieros para extraer parte o todo el valor de la vivienda propia para financiar los costes –rápidamente crecientes– de la enseñanza superior de la siguiente generación o simplemente para el consumo personal, compensando así el estancamiento o la caída de los salarios. También era frecuente que los propietarios de una vivienda utilizaran el crédito hipotecario para comprar una segunda o una tercera, con la esperanza de embolsarse la diferencia en lo que parecía una escalada sin fin

[13] Colin Crouch, «Privatised Keynesianism: An Unacknowledged Policy Regime», *British Journal of Politics and International Relations*, vol. 11, núm 3, 2009.

del valor e los bienes inmuebles. De esta forma, a diferencia de la época de la deuda pública, en la que el gobierno utilizaba los recursos futuros para su uso presente endeudándose, ahora tales recursos provenían de una miríada de individuos que vendían, en los mercados financieros liberalizados, compromisos de pago de una parte significativa de sus futuras ganancias a instituciones de crédito, que a su vez les proporcionaban la capacidad inmediata de comprar lo que quisieran.

Gráfico 2.4: Consolidación fiscal y deuda privada como porcentajes del pib, 1995-2008



Fuente: OCDE, Economic Outlook Database núm. 87, National Accounts Database.

La liberalización financiera compensaba así la nueva era de consolidación fiscal y austeridad presupuestaria. La deuda individual sustituía a la pública y la demanda individual, potenciada a cambio de altos honorarios por un sector financiero rápidamente creciente, ocupó el lugar de la demanda colectiva regida por el Estado en cuanto al mantenimiento del empleo y los beneficios en la construcción y otros sectores (gráfico 2.4). Estas dinámicas se aceleraron a partir de 2001, cuando la Reserva Federal estadounidense optó por tipos de interés muy bajos para prevenir

una eventual depresión económica y el regreso del alto desempleo que esta implicaría. Además de los beneficios sin precedentes del sector financiero, el keynesianismo privatizado sostenía una expansión económica envidiada por muchos, entre otros por los movimientos obreros europeos. De hecho, la política de Alan Greenspan de dinero fácil, que promovía el endeudamiento rápidamente creciente de la sociedad estadounidense, era considerada un modelo a seguir por los líderes sindicales europeos, quienes observaban con gran excitación que, a diferencia del Banco Central Europeo, la actuación de la Reserva Federal no solo proporcionaba estabilidad monetaria, sino también altos niveles de empleo. Todo esto se vino abajo como es sabido en 2008, cuando inesperadamente se derrumbó la pirámide de Ponzi del crédito internacional sobre la que había descansado la prosperidad de finales de la década de 1990 y principios de la siguiente.

La deuda soberana

Con el *crash* del keynesianismo privado en 2008, la crisis del capitalismo democrático de posguerra entró en su cuarta y última etapa, tras las fases sucesivas de la inflación, el déficit público y el endeudamiento privatizado (gráfico 2.5)[14]. Mientras el sistema financiero global parecía desintegrarse, los Estados-nación trataron de restaurar la confianza económica socializando los créditos dudosos otorgados como compensación de la consolidación fiscal. Junto con la expansión fiscal necesaria para evitar el colapso de la «economía real», esto dio lugar a un nuevo incremento espectacular del déficit y deuda públicos, un acontecimiento que, como cabe observar, no se debió en absoluto al frívolo gasto excesivo de políticos oportunistas o de instituciones públicas extraviadas, como pretendían la teoría de la «elección pública» y la enorme cantidad de literatura institucional-económica producida durante la década de 1990 bajo los auspicios, entre otros, del Banco Mundial y el FMI[15].

[14] El diagrama muestra la evolución del principal país capitalista, Estados Unidos, en cuatro fases que siguen la forma típica. Para otros países serían necesarios ajustes en función de sus circunstancias particulares, incluida su posición en la economía política global. En Alemania, por ejemplo, la deuda pública comenzó a aumentar notablemente durante la década de 1970, lo que se explica por el hecho de que la inflación alemana fuera baja mucho antes de Volcker, debido a la independencia del Bundesbank y a las políticas monetaristas adoptadas ya en 1974; véase, Fritz Scharpf, *Crisis and Choice in European Social Democracy*, Ithaca (NY), 1991.

[15] Para una colección representativa, véase James Poterba y Jürgen von Hagen (eds.), *Institutions, Politics and Fiscal Policy*, Nueva York, 2000.

Gráfico 2.5: Cuatro crisis del capitalismo democrático en Estados Unidos, 1970-2014

Fuente: OCDE, Economic Outlook Database núm. 98; OCDE, National Accounts Database; OCDE, Main Economic Indicators Dataset.

El punto de inflexión en el endeudamiento público desde 2008, que desbarató totalmente cualquier consolidación fiscal que pudiera haberse logrado durante la década precedente, reflejaba el hecho de que ningún Estado democrático se atrevería a imponer a su sociedad otra crisis económica de las dimensiones de la Gran Depresión de la década de 1930, como castigo por los excesos de un sector financiero desregulado. Una vez más, el poder político empleó sus armas para disponer en el presente de recursos futuros con los que asegurar la paz social y los Estados asumieron más o menos voluntariamente una parte significativa de la nueva deuda originalmente creada en el sector privado para tranquilizar a sus acreedores del sector privado. Pero, aunque así apuntalaron las fábricas de dinero del sector financiero, restaurando rápidamente sus extraordinarios beneficios, sueldos y bonos, no pudieron disipar las crecientes sospechas de esos mismos «mercados financieros» de que, al rescatarlos, los gobiernos nacionales podrían haberse excedido. A pesar de que la crisis económica global estaba todavía lejos de haber sido superada, los acreedores comenzaron a exigir ruidosamente el regreso al dinero sólido mediante la austeridad fiscal y garantías de que sus inversiones en deuda soberana no se perderían.

Durante los tres años transcurridos desde 2008, el conflicto distributivo bajo el capitalismo democrático se ha convertido en un complicado tira-y-afloja entre inversores financieros globales y Estados-nación soberanos. Mientras que en el pasado los trabajadores luchaban contra los patronos,

los contribuyentes contra los ministros de Hacienda y los deudores privados contra los bancos privados, ahora son las instituciones financieras las que se enfrentan a los propios Estados a los que han chantajeado muy recientemente para que las salvaran. Pero la configuración subyacente de poder e intereses es mucho más compleja y todavía espera una exploración sistemática. Desde la crisis, por ejemplo, los mercados financieros han vuelto a exigir a los distintos Estados tipos de interés muy variados, diferenciando así la presión que aplican sobre los gobiernos para hacer que sus ciudadanos accedan a recortes de gastos sin precedentes, por más que sigan, una vez más, una lógica distributiva de mercado básicamente inalterada. Dada la cantidad de deuda que arrastra la mayoría de los Estados hoy día, hasta el menor aumento del tipo de interés sobre los títulos de la deuda puede provocar un desastre fiscal[16]. Por otra parte, los mercados deben evitar empujar a los Estados a declararse en quiebra, lo que siempre es una opción abierta para un gobierno que sufre presiones intolerables del mercado. Por eso algunos Estados se encuentran con que tienen que rescatar a los que sufren mayor riesgo, a fin de protegerse a sí mismos de un aumento general de los tipos de interés sobre los títulos de su deuda que la primera quiebra podría provocar. Un tipo similar de «solidaridad» entre los Estados en interés de los inversores se ve fomentada por el peligro de que una quiebra soberana golpee a bancos ajenos al país que quiebra, lo que podría obligar a ciertos Estados a nacionalizar cantidades enormes de deuda dudosa para estabilizar sus economías.

Hoy día la tensión en el capitalismo democrático entre las reivindicaciones de derechos sociales y los efectos del libre mercado se expresa también de otras formas. Algunos gobiernos, incluido el de Obama en Estados Unidos, han intentado impulsar el crecimiento económico aumentando el endeudamiento, con la esperanza de que futuros planes de consolidación cuenten con la ayuda de los beneficios del crecimiento. Otros pueden estar esperando en secreto un regreso de la inflación, que devalúe la deuda acumulada expropiando suavemente a los acreedores, lo que, al igual que el crecimiento económico, mitigaría las tensiones políticas que cabe esperar de la austeridad. Por otra parte, los mercados financieros pueden estar a la espera de un enfrentamiento prometedor contra las interferencias políticas, que restaure de una vez y para siempre la disciplina del mercado y ponga fin a todos los intentos políticos de subvertirlo.

Otras complicaciones surgen del hecho de que los mercados financieros necesitan la deuda pública como inversión segura; presionar demasiado

---

[16] Para un Estado con una deuda pública equivalente al 100 por 100 del PIB, un incremento de dos puntos porcentuales en la tasa promedio de interés que tiene que pagar a sus acreedores aumentaría su déficit anual en la misma cantidad, de forma que un déficit presupuestario corriente del 4 por 100 del PIB se incrementaría hasta el 6 por 100.

por un presupuesto equilibrado puede privarles de oportunidades de inversión muy deseables. La clase media de los países capitalistas avanzados ha invertido buena parte de sus ahorros en títulos de deuda pública, mientras que muchos trabajadores lo han hecho contundentemente en planes de pensiones complementarios. Equilibrar el presupuesto probablemente supondría que los Estados tendrían que sustraer a sus clases medias, en forma de impuestos más altos, lo que esas clases ahora ahorran e invierten, entre otras cosas, en deuda pública. Los ciudadanos no solo no cobrarían intereses, sino que tampoco podrían transmitir sus ahorros a sus hijos. Sin embargo, aunque esto podría llevarles a requerir que los Estados, si no libres de deuda, al menos fueran capaces de garantizar el cumplimiento de sus obligaciones con sus acreedores, también podría significar que se vieran obligados a pagar por la liquidez de su gobierno en forma de grandes reducciones en las ayudas públicas y en servicios de los que también ellos se benefician en parte.

Por complicados que sean los intereses entrecruzados en la política internacional emergente de la deuda pública, es probable que el precio de la estabilización financiera no corra a cargo de los principales poseedores de dinero o, al menos, del dinero real. Por poner un ejemplo, la reforma de las pensiones públicas se acelerará debido a las presiones recaudatorias; y en la medida en que quiebren gobiernos en cualquier lugar del mundo, las pensiones privadas se verán igualmente afectadas. El ciudadano medio pagará –por la consolidación de la deuda pública, la eventual bancarrota de otros países, los crecientes tipos de interés sobre la deuda pública, y si es necesario, por otro rescate de los bancos nacionales e internacionales– con sus ahorros privados, con los recortes y deterioro de los servicios públicos, y con impuestos más altos.

Desplazamientos sucesivos

Durante las cuatro décadas transcurridas desde el final del crecimiento de posguerra, el epicentro de la tensión tectónica en el seno del capitalismo democrático se ha trasladado de un emplazamiento institucional a otro, dando lugar a una sucesión de perturbaciones económicas diferentes, pero relacionadas sistemáticamente. Durante la década de 1970, el conflicto entre las reivindicaciones democráticas de justicia social y las exigencias capitalistas de que la distribución se base en la productividad marginal, la llamada «justicia económica», se circunscribió en la práctica a los mercados laborales nacionales, donde la presión salarial de los sindicatos en condiciones de pleno empleo políticamente garantizado causó una aceleración de la inflación. Cuando lo que era de hecho una redistribución mediante

la devaluación de la moneda se hizo económicamente insostenible, obligando a los gobiernos a ponerle fin pese al riesgo político, el conflicto resurgió en la arena electoral, donde dio lugar a una creciente disparidad entre los gastos y los ingresos públicos y, como consecuencia, a un rápido aumento de la deuda pública a fin de satisfacer las reivindicaciones de prestaciones y servicios de los votantes por encima de lo que una economía democrático-capitalista podía transferir a su «Estado fiscal»[17].

Pero cuando los esfuerzos por poner freno al endeudamiento público se hicieron inevitables, hubo que acompañarlos, para mantener la paz social, con la desregulación financiera y el fácil acceso al crédito privado como vía alternativa para integrar normativa y políticamente las enérgicas demandas de seguridad y prosperidad de los ciudadanos. Tampoco esto duró mucho más de una década, hasta que la economía global estuvo a punto de hundirse bajo el peso de promesas irreales de pago futuro por el consumo e inversión presente, admitidas por los gobiernos como compensación por la austeridad fiscal. Desde entonces, el choque entre las ideas populares de justicia social y la insistencia de los privilegiados en la justicia del mercado ha vuelto a cambiar de lugar, resurgiendo esta vez en los mercados internacionales de capital y en las complejas contiendas que tienen lugar actualmente entre las instituciones financieras y los electorados, los gobiernos, los Estados y las organizaciones internacionales. La cuestión que se plantea ahora es hasta dónde pueden llegar los Estados para imponer a sus ciudadanos los derechos de propiedad y las expectativas de beneficio de los mercados, eludiendo la declaración de bancarrota y protegiendo lo que todavía les pueda quedar de legitimidad democrática.

La tolerancia hacia la inflación, la aceptación del endeudamiento público y la desregulación del crédito privado no fueron más que apaños provisionales para unos gobiernos enfrentados a un conflicto aparentemente inevitable entre los dos principios contradictorios de asignación bajo el capitalismo democrático: derechos sociales, por un lado, y productividad marginal, tal como la evalúa el mercado. Las tres funcionaron durante un tiempo, pero luego comenzaron a originar más problemas de los que resolvían, indicando que una reconciliación duradera entre la estabilidad social y la económica en las democracias capitalistas es un proyecto utópico. Todo lo que los gobiernos pudieron conseguir en esos forcejeos con las crisis que les tocaba lidiar fue desplazarlas a otro terreno, donde reaparecieron bajo nuevas formas. No hay razón para creer que este proceso –la sucesiva manifestación de las contradicciones del capitalismo democrático en nuevas variedades del desorden económico– pueda haber terminado.

---

[17] J. A. Schumpeter, «The Crisis of the Tax State» [1918], en Richard Swedberg (ed.), *The Economics and Sociology of Capitalism*, cit.

Desorden político

En estos momentos parece claro que la posibilidad de gestionar políticamente el capitalismo democrático en el sistema político-económico emergente global ha disminuido notablemente en los últimos años, más en unos países que en otros pero también en general. Como consecuencia, parecen crecer los riesgos tanto para la democracia como para la economía. Desde la Gran Depresión, los responsables políticos rara vez se han enfrentado, si lo han hecho alguna, a tanta incertidumbre como hoy. Un ejemplo entre muchos es que los mercados esperan, no solo la consolidación fiscal, sino también, y al mismo tiempo, una perspectiva razonable de crecimiento económico futuro. Lo que no está nada claro es cómo se pueden combinar ambas. Aunque la prima de riesgo de la deuda pública irlandesa cayó cuando el país se comprometió a una reducción radical del déficit, pocas semanas después ésta volvió a aumentar, seguramente porque el programa de consolidación del país parecía tan estricto que haría imposible la recuperación económica[18]. Además, existe una convicción ampliamente compartida de que está a punto de inflarse en algún lugar una nueva burbuja, en un mundo más inundado que nunca de dinero barato. Las hipotecas basura no pueden suponer ya una oferta para la inversión, al menos por el momento; pero ahí están el mercado de materias primas o la nueva economía de Internet. Nada impide que las instituciones financieras utilicen el excedente de dinero proporcionado por los bancos centrales para entrar en cualquiera que parezca ser el nuevo sector en crecimiento por cuenta de sus clientes favoritos y, por supuesto, de ellas mismas. Después de todo, al fracasar la reforma reguladora del sector financiero en casi todos los aspectos, los requerimientos del capital son apenas más estrictos que antes y los bancos, que eran demasiado grandes para caer en 2008, pueden contar con seguir siéndolo en 2012 o 2013, lo que deja intacta su capacidad de chantaje sobre los Estados, que ejercieron tan hábilmente hace tres años. Pero ahora puede ser imposible repetir el rescate público del capitalismo privado, siguiendo el modelo de 2008, aunque solo sea porque las finanzas públicas están ya exhaustas.

Pero la democracia corre tanto peligro como la economía en la actual crisis, si no más. No solo se ha precarizado la «integración sistémica» de las sociedades contemporáneas –esto es, el funcionamiento eficiente de su economía capitalista–, sino que también lo ha hecho su «integración social»[19].

---

[18] En otras palabras, ni siquiera «los mercados» están dispuestos a poner su dinero en el lado de la oferta obedeciendo al mantra según el cual el crecimiento se ve estimulado por los recortes en el gasto público. Por otro lado, ¿quién puede decir cuánto nuevo endeudamiento es suficiente y cuánto es demasiado para que un país crezca por encima de su vieja deuda?

[19] Estos conceptos fueron presentados por David Lockwood en «Social Integration and System Integration», en G. Zollschan y W. Hirsch (eds.), *Explorations in Social Change*, Londres, 1964.

Con la llegada de una nueva era de austeridad, la capacidad de los Estados-nación de mediar entre los derechos de los ciudadanos y las exigencias de la acumulación de capital se ha visto seriamente afectada. Los gobiernos afrontan en todas partes una resistencia mayor al incremento de impuestos, en particular en países muy endeudados en los que el dinero fresco tendrá que gastarse durante muchos años en pagar bienes consumidos y servicios realizados hace tiempo. Además, la interdependencia global, cada vez más estrecha, hace imposible fingir que las tensiones entre economía y sociedad, entre capitalismo y democracia, se puedan resolver dentro de los marcos políticos nacionales. Hoy día ningún gobierno puede desatender las constricciones y obligaciones internacionales, incluidas las de los mercados financieros que obligan a los Estados a imponer sacrificios a su población. Las crisis y contradicciones del capitalismo democrático se han internacionalizado claramente, afectando no solo a los Estados sino también a las relaciones existentes entre ellos, en combinaciones y permutaciones todavía ignotas.

Como leemos casi cada día en los periódicos, «los mercados» han comenzado a dictar intransigentemente lo que los Estados, supuestamente soberanos y democráticos, pueden hacer por sus ciudadanos y lo que deben negarles. Las mismas agencias de calificación con sede en Manhattan que tanto contribuyeron al desastre financiero de 2008 amenazan ahora con rebajar la calificación de los títulos de deuda de los Estados, que aceptaron un nivel de endeudamiento antes inimaginable para rescatar a ese sector y al conjunto de la economía capitalista. La política todavía condiciona y distorsiona los mercados, pero solo, al parecer, a un nivel muy alejado de la experiencia cotidiana y la capacidad organizativa de la gente corriente: Estados Unidos, armado hasta los dientes no solo con portaaviones, sino también con una cantidad ilimitada de tarjetas de crédito, todavía consigue que China le compre su creciente deuda. Todos los demás tienen que atender a lo que «los mercados» les dictan, lo que hace que los ciudadanos perciban cada vez más a sus gobiernos no como agentes *propios*, sino de otros Estados u organizaciones internacionales como el FMI o la Unión Europea, mucho más inmunes frente a la presión electoral que el Estado-nación tradicional. En países como Grecia e Irlanda, cualquier parecido con la democracia quedará de hecho suspendido durante muchos años; a fin de comportarse «responsablemente», tal como preceptúan los mercados e instituciones internacionales, los gobiernos nacionales tendrán que imponer una austeridad estricta, desoyendo lo que puedan querer sus ciudadanos[20].

Pero la democracia no está vaciándose de contenido únicamente en los países que se ven actualmente bajo el ataque de «los mercados». Alemania,

[20] Peter Mair, «Representative versus Responsible Government», Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung 09/8, Colonia, 2009.

que todavía funciona relativamente bien económicamente, se ha comprometido a décadas de reducción en el gasto público. Su gobierno, además, tendrá que lograr de nuevo que sus ciudadanos proporcionen liquidez a otros países bajo amenaza de quiebra, no solo para salvar a los bancos alemanes, sino también para estabilizar el euro y evitar un aumento general del tipo de interés sobre la deuda pública, como probablemente ocurriría en cuanto algún país colapsara. El alto coste político que esto conlleva puede constatarse observando la pérdida progresiva de capital electoral del gobierno de Merkel y la serie de derrotas que ha sufrido en las principales elecciones regionales durante el último año. La retórica populista con la que la canciller afirmaba a principios de 2010, que quizá los acreedores deberían pagar también una parte de los costes, fue rápidamente abandonada en cuanto «los mercados» reaccionaron elevando ligeramente el tipo de interés sobre la deuda pública alemana. De lo que habla ahora, por ejemplo, el ministro federal de Hacienda, Wolfgang Schäuble, es de la necesidad de pasar del anticuado estilo de «gobierno», que ya no está a la altura de los nuevos desafíos de la globalización, a la moderna «gobernanza», lo cual significa, ni más ni menos, que la perdurable reducción de la autoridad presupuestaria del Bundestag[21].

Las expectativas políticas que sus nuevos patronos exigen a los Estados democráticos podrían resultar imposibles de satisfacer. Los mercados e instituciones internacionales exigen que no solo los gobiernos sino también los ciudadanos se comprometan creíblemente a perseguir la consolidación fiscal. Los partidos políticos que se oponen a la austeridad deben ser aplastados inapelablemente en las elecciones nacionales y tanto el gobierno como la oposición deben comprometerse públicamente a mantener unas «finanzas sólidas» si no quieren que aumente el coste del servicio de la deuda. Sin embargo, unas elecciones en las que los votantes no tienen ninguna alternativa real pueden ser percibidas como fraudulentas, lo cual puede causar todo tipo de desórdenes políticos, desde una gran abstención hasta un ascenso de los partidos populistas o disturbios callejeros.

Un factor que debe considerarse a este respecto es que el campo del conflicto distributivo se ha alejado cada vez más de la política popular. Los mercados laborales nacionales de la década de 1970 y las variadas oportunidades que ofrecían para la movilización política corporativa y la formación de coaliciones interclasistas o la política del gasto público

[21] Según Wolfgang Schäuble: «Necesitamos nuevas formas de gobernanza internacional, gobernanza global y gobernanza europea», *Financial Times*, 5 de diciembre de 2010. Schäuble reconocía que si se le pidiera al Parlamento alemán que cediera inmediatamente su jurisdicción sobre el presupuesto, «no se obtendría una votación afirmativa [… pero] si dispusiéramos de unos meses para trabajar sobre ello y contáramos con la esperanza de que otros Estados miembros también lo hicieran, habría alguna posibilidad». Cabe recordar que Schäuble hablaba como ganador del concurso del *Financial Times* sobre el ministro europeo de Finanzas del año.

durante la década de 1980, no estaban necesariamente fuera del alcance estratégico del «hombre de la calle». Desde entonces, el campo de batalla en el que se dirimen las contradicciones del capitalismo democrático se ha hecho mucho más complejo, dificultando enormemente a cualquiera que no pertenezca a la elite política y financiera reconocer los intereses subyacentes en cada programa e identificar los propios[22]. Aunque esto puede generar apatía entre las masas y hacer así más fácil la vida de las elites, no se puede confiar en ello en un mundo en el que se propone la confianza ciega en los inversores financieros como único comportamiento racional y responsable. A quienes se niegan a abandonar otras racionalidades y responsabilidades sociales, ese mundo les puede parecer simplemente absurdo, hasta el punto de que la única conducta racional y responsable sería arrojar tantas piedras como fuera posible en los engranajes de las altas finanzas. Allí donde la democracia tal como la conocemos queda de hecho suspendida, como ya sucede en países como Grecia, Irlanda y Portugal, los disturbios callejeros y la insurrección popular pueden ser la última forma posible de expresión política para los que carecen de poder de mercado. ¿Deberíamos confiar en nombre de la democracia en que pronto tengamos la oportunidad de observar unos cuantos ejemplos más?

Las ciencias sociales pueden hacer muy poco, o quizá nada, para resolver las tensiones y contradicciones estructurales que subyacen bajo el desorden económico y social actual. Lo que sí pueden hacer, no obstante, es exponerlas a la luz del día y discernir las continuidades históricas que permiten entenderlas plenamente. También pueden –y deben– denunciar el drama de que los Estados democráticos se estén convirtiendo en agencias para el cobro de deudas por cuenta de una oligarquía global de inversores, comparada con la cual la «elite del poder» de C. Wright Mills casi parece un paradigma del pluralismo liberal[23]. Hoy más que nunca, el poder económico parece haberse convertido en poder político, mientras que los ciudadanos se ven casi totalmente privados de sus defensas democráticas

---

[22] Por ejemplo, las organizaciones internacionales dirigen ahora llamamientos políticos en favor de una «solidaridad» redistributiva a ciertos países, como Eslovenia, a los que piden apoyar a otros como Irlanda, Grecia y Portugal; pero se oculta el hecho de que quien recibe ese tipo de «solidaridad internacional» no es la gente de la calle, sino los bancos, propios y extranjeros, que de otra forma tendrían que aceptar pérdidas o menores beneficios. También se olvidan las diferencias en la renta nacional: mientras que los alemanes son en promedio más ricos que los griegos (aunque algunos griegos sean mucho más ricos que casi todos los alemanes), los eslovenos son en general mucho más pobres que los irlandeses, cuya renta *per cápita* media es mayor que la de casi todos los países del euro, incluida Alemania. El nuevo paradigma traduce esencialmente conflictos de clase en conflictos internacionales, enfrentando entre sí a diversas naciones, todas ellas sometidas a las mismas presiones del mercado financiero en favor de la austeridad pública. Se le dice a la gente corriente de ciertos países que pida «sacrificios» a la gente corriente de otros países, y no a quienes han reanudado hace tiempo el cobro de sus «bonos».

[23] C. Wright Mills, *The Power Elite*, Oxford, 1956; ed. cast.: *La elite del poder*, México DF, 1987.

y de su capacidad de exigir a la economía política intereses y demandas incompatibles con las de los propietarios del capital. De hecho, observando retrospectivamente la sucesión de crisis del capitalismo democrático acaecidas desde la década de 1970, parece dibujarse una posibilidad real de una resolución de los conflictos sociales del capitalismo avanzado, por temporal que sea, totalmente favorable a las clases propietarias, ahora firmemente atrincheradas en su fortaleza políticamente inexpugnable de las finanzas internacionales.

3
LOS CIUDADANOS COMO CLIENTES:
CONSIDERACIONES SOBRE LA NUEVA POLÍTICA DE CONSUMO*

Hace cuatro décadas, en un artículo que marcó un hito publicado en *Public Interest* con el título «Public Goods and Private Status», Joseph Monsen y Anthony Downs examinaron por qué la sociedad estadounidense era, según la frase acuñada por John Kenneth Galbraith, «privadamente rica pero públicamente pobre»[1], cuestionando la explicación tradicional en aquella época: las «ingeniosas y perversas técnicas de publicidad» empleadas por las grandes empresas para manipular a los consumidores de forma que «compraran bienes y servicios privados que apenas necesitaban o deseaban». Monsen y Downs sugerían en cambio la existencia de «un factor más fundamental», que explicaba la diferente distribución de bienes entre los sectores público y privado: un «deseo de emulación y diferenciación» de los consumidores, que llevaba a «crear distinciones visibles entre los grandes grupos y clases, y distinciones individuales más sutiles en su seno». Recurriendo a la noción de consumo ostentoso empleada por Veblen en su *Teoría de la clase ociosa*, así como a explicaciones de la década de 1960 sobre el comportamiento del consumidor estadounidense en busca de estatus, describían ese deseo como «una parte intrínseca del carácter humano, evidente en mayor o menor grado en todas las sociedades pasadas y presentes [...] tan fundamental que se puede considerar una "ley" de la naturaleza humana».

¿Por qué debía afectar esa «ley de diferenciación del consumidor», concebida casi como una constante antropológica, a la distribución relativa de recursos entre las esferas privada y pública de una economía nacional moderna? El argumento central de Monsen y Downs era que lo que llamaban «bienes públicos» [*government goods*] –los producidos o distribuidos por las autoridades públicas– estaban «diseñados con una pretensión de uniformidad». La estandarización de los fusiles del ejército era el caso más evidente al respecto:

---

* Este capítulo apareció originalmente en la *NLR* 76, julio-agosto, 2012, pp. 27-47; ed. cast.: *NLR* 76, septiembre-octubre, 2012, pp. 23-41.

[1] R. J. Monsen y A. Downs, «Public Goods and Private Status», *The Public Interest,* núm. 23, primavera de 1971, pp. 64-77.

> Tales bienes son más fáciles de producir y administrar por la burocracia y acordes con el ideal de igualdad que subyace a la distribución de bienes públicos; pero por su propia naturaleza no pueden emplearse fácilmente para la diferenciación de estatus, importante función de la mayoría de los productos en las sociedades industriales avanzadas.

En lo que sigue haré uso de la fecunda distinción de Monsen y Downs entre esos dos modos de provisión, con capacidades intrínsecas que favorecen a distintos tipos de bienes: uno de ellos público y colectivo, administrado por las autoridades; el otro privado e individual, mediado por los mercados comerciales; sin embargo, en lugar de compararlos sincrónicamente o de examinarlos en el marco espacial de la propiedad eterna propio de la antropología económica, presentaré una visión transversal del desarrollo de su relación mutua. Además, en lugar de anclar la diversificación de los productos en una disposición humana intemporal tendente a la búsqueda de estatus, la relacionaré con una forma particular de maximización de la utilidad promovida durante la transición de una economía de satisfacción de necesidades a otra de satisfacción de apetitos, de los mercados de vendedores a los de compradores, y de las sociedades pobres a las saturadas y a las opulentas, tendencias todas ellas que se estaban materializando aproximadamente en el momento (1971) en que se publicó el artículo de Monsen y Downs. En ese sentido, frente a la teoría de la naturaleza humana de Monsen y Downs, sugeriré un retorno a la explicación «institucionalista» de la consunción de la esfera pública.

Mercancías a gusto del consumidor

A finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 se produjo, como sabemos, un punto de inflexión en la historia del capitalismo democrático de posguerra. Nos hemos habituado a hablar de la crisis y del colapso final de un régimen internacional de producción y consumo más o menos coherente que mantuvo un crecimiento económico sin precedentes durante *les trente glorieuses* y que se conoce sucintamente como fordismo. Pero lo que quizá se recuerda con mayor frecuencia hoy día sobre su declive es la oleada mundial de militancia obrera a finales de la década de 1960 y con ella el rechazo de sectores crecientes de la clase obrera a someterse a la disciplina fabril taylorista, junto con la reivindicación de jornadas de trabajo más cortas, salarios más altos y derechos ciudadanos en el empleo políticamente garantizados.

Pero no fueron solo los mercados de trabajo los que se convirtieron en un cuello de botella para el progreso de la acumulación capitalista. Acontecimientos muy similares tuvieron lugar en los mercados de productos

y, de hecho, los cambios acaecidos en ambos estaban estrechamente relacionados. El fordismo había instituido la producción en masa de artículos estandarizados para sociedades que atravesaban una larga transición del modo de vida rural al urbano e industrial, durante la cual la gente gastaba sus crecientes ingresos en bienes de consumo duraderos, como automóviles y frigoríficos, que podían adquirir por primera vez en su vida y la de sus mayores. Las carencias eran todavía obvias, la escasez era un hecho, y lo que la gente reivindicaba y se podía permitir eran productos que fueran a la vez baratos y fiables, con una tecnología robusta y madura ofrecida a bajo precio, posibilitada por grandes economías de escala. Los mercados de productos estaban regidos, en consecuencia, por grandes empresas oligopolísticas que se beneficiaban de un aumento continuo de la demanda, a menudo con un ritmo difícil de seguir por la propia producción. De hecho, para los productores en masa fordistas, vender era un problema mucho menor que producir; los clientes estaban acostumbrados a largos plazos de entrega y esperaban pacientemente a que las empresas les suministraran los artículos encargados cuando les llegara su turno.

Entrevistando a gerentes alemanes con experiencia de primera mano en aquellos años cruciales de cambio, a veces les he oído hablar nostálgicamente de la *Zuteilungswirtschaft* o «economía de asignación de recursos» de las décadas de 1950 y 1960: todo lo que tenían que hacer era fabricar un producto estándar y luego distribuirlo entre una clientela profundamente deferente, feliz de recibirlo cuando le conviniera al plan de producción de la empresa (otro término alemán de la época era *Versorgungswirtschaft*, lo que se puede traducir como «economía de abastecimiento»). Dada la estructura de la competencia y el afán por mantener los precios bajos, los clientes no contaban con muchas posibilidades de elección; la famosa frase de Henry Ford sobre su modelo T2, de que «sus compradores podían pedirlo del color que prefirieran, siempre que fuera negro», todavía se aplicaba *grosso modo* a las relaciones entre productores y consumidores en el mercado de vendedores del fordismo de posguerra. He oído a algunos directivos sugerir incluso que la diferencia entre el capitalismo organizado de los años de posguerra en Occidente y el socialismo estatal en el Este no era tan espectacular como uno podía creer en aquella época; sólo que en el Este los plazos de entrega eran aún más largos. Tampoco había mucha diferencia entre el sector privado y el estatal: solicitar un teléfono en el Servicio de Correos alemán era muy similar a solicitar un nuevo automóvil a la Volkswagen; en ambos casos el periodo de espera era de medio año como mínimo. En Europa occidental, la primera oleada de motorización fue de hecho abastecida por empresas estatales o con gran apoyo estatal: Volkswagen en Alemania, Renault en Francia, British Leyland en Gran Bretaña o Fiat en Italia.

En 1971 había señales claras de que el mundo –retrospectivamente idílico– del fordismo de posguerra estaba llegando a su fin. Cuando los trabajadores comenzaron a rebelarse, reivindicando una participación mayor en los beneficios tras dos décadas de crecimiento ininterrumpido y pleno empleo, los clientes comenzaban también a ser más difíciles de satisfacer. En todo Occidente, los mercados de bienes de consumo duraderos estandarizados y producidos en masa mostraban signos de saturación. Las necesidades básicas habían quedado en buena medida cubiertas; si la lavadora todavía funcionaba, ¿por qué comprar una nueva? Ahora bien, las compras de sustitución no podían mantener tasas de crecimiento semejantes. La crisis emergente se manifestó, sobre todo, entre los productores más típicos de la era fordista, los de la industria del automóvil, cuya capacidad fabril había aumentado de forma espectacular, pero que ahora se veían atrapados entre la creciente resistencia obrera al régimen taylorista y la creciente indiferencia del consumidor a su línea de productos para un mercado de masas. A principios de la década de 1970, las ventas del «escarabajo» Volkswagen cayeron en picado y la propia empresa pasó por una crisis tan profunda que muchos pensaron que se aproximaba su fin[2]. Los «límites al crecimiento» se convirtieron en un tema central del discurso público y las empresas capitalistas y los gobiernos democráticos emprendieron una búsqueda desesperada de una nueva fórmula para superar lo que amenazaba convertirse en una crisis irremediable de la economía política capitalista.

Hoy día podemos ver que aquella crisis dio lugar a una oleada de profundas reestructuraciones, tanto de los procesos productivos como de las líneas de productos. La militancia obrera fue vencida, en particular mediante una enorme expansión de la oferta de trabajo disponible, primero, por la entrada en masa de las mujeres en el empleo asalariado y, luego, mediante la internacionalización de los sistemas de producción. Más importantes en nuestro contexto fueron las estrategias aplicadas por las empresas en el intento de superar la crisis de ventas de sus productos. Mientras parte de la izquierda creía que se había iniciado el fin del «trabajo alienado» y de la «tiranía del consumo», las empresas capitalistas se dedicaban con ahínco a remodelar sus productos y procesos con la ayuda de nuevas tecnologías microelectrónicas capaces de acortar espectacularmente los ciclos de producción, disminuyendo la dedicación de la maquinaria fabril a fin de reducir el umbral de rentabilidad para sus productos y prescindiendo de buena parte del trabajo manual o reubicándose en otros lugares del mundo donde la mano de obra era más barata y dócil.

---

[2] Véase W. Streeck, *Industrial Relations in West Germany: The Case of the Car Industry*, Nueva York, 1984.

En resumen, la respuesta del capital al largo estancamiento de los mercados para productos estandarizados al final de la era fordista se basó, en parte, en la producción de bienes menos estandarizados. La remodelación de la gama de productos iba ahora mucho más allá de los habituales cambios anuales en los tapacubos y las aletas con los que los fabricantes estadounidenses de automóviles pretendían acelerar la obsolescencia de sus productos (y que a finales de la década de 1960 proporcionaron a Monsen y Downs las pruebas para su «ley de diferenciación de los consumidores»). Durante la década de 1980, la aceleración de los cambios en el diseño industrial y la flexibilización de los equipos de producción y de la mano de obra permitieron ajustar mucho más a los gustos del cliente los productos de la era fordista, subdividiendo las grandes series uniformes de la producción industrial en cantidades cada vez más pequeñas de una variedad mayor de subproductos diferenciados, en un esfuerzo por aproximarse a las preferencias particulares de grupos cada vez más pequeños de clientes potenciales[3]. Cuando la producción en masa dio paso a algo así como la producción diversificada a gran escala, los clientes pudieron prescindir en buena medida de los compromisos a los que se veían obligados anteriormente al comprar los viejos bienes estandarizados, colmándose la brecha que siempre había existido entre lo que los diversos compradores podrían haber preferido idealmente y la oferta de productos de «talla única para todos» que los productores lanzaban al mercado. La diversificación del producto acercaba cada vez más los bienes manufacturados –y poco a poco también los servicios– a las funciones de utilidad particulares de los consumidores, al tiempo que permitía y alentaba a estos a refinar esa función, desarrollando o dedicando mayor atención a sus deseos individuales por encima de las necesidades comunes satisfechas por los productos estandarizados.

Lo que hizo económicamente atractiva la personalización del producto y ayudó finalmente a las economías capitalistas a salir del estancamiento de la década de 1970 fue el gran aumento que propició del valor añadido de la producción industrial: cuanto más se acercaban los productos a las preferencias específicas de los consumidores, más dispuestos parecían estos a pagar precios más altos y a trabajar y endeudarse para adquirir la capacidad de compra que les permitiera participar en el nuevo paradigma del crecimiento económico, iniciándose así la transición de los mercados saturados a los opulentos. Con el avance de la revolución microelectrónica, la variedad de modelos de automóvil disponibles se multiplicó hasta el punto de que se podía invitar a los clientes a diseñarlo ellos mismos especificando sus

---

[3] Esto se presentó en aquella época como una transición de la producción en masa a la «especialización flexible» (véase M. Piore y C. Sabel, *The Second Industrial Divide: Possibilities for Prosperity*, Nueva York, 1984) o «producción de calidad diversificada»: véase W. Streeck, «On the Institutional Conditions of Diversified Quality Production», en E. Matzner y W. Streeck (eds.), *Beyond Keynesianism: The Socio-Economics of Production and Employment*, Londres, 1991, pp. 21-61.

preferencias individuales. Durante la década de 1980 no se producían en la planta de Volkswagen de Wolfsburgo dos automóviles idénticos el mismo día. Aquel proceso dio lugar, y no por casualidad, a que los automóviles resultaran cada vez más complejos y más caros y a la recuperación de los beneficios industriales allí donde se había puesto en práctica con éxito la nueva estrategia de producción.

La adaptación del producto a los gustos del consumidor con el fin de superar el estancamiento de la acumulación de capital al final del periodo fordista formaba parte de una poderosa oleada de comercialización en las sociedades capitalistas de la época. La diversificación del producto atendía apetitos del consumidor que bajo la producción en masa habían permanecido insatisfechos y que ahora podían ser activados, explotados y rentabilizados comercialmente. No entraré en la importante cuestión de si ese proceso estaba impulsado por el consumidor o el productor, cuestión sobre la que Monsen y Downs, que optaban por la primacía de la demanda sobre la oferta, se situaban en el campo opuesto al de críticos de la economía privada como John Kenneth Galbraith. Un examen de la mercadotecnia moderna, innovación crucial del periodo, sugiere que ambos podían llevar parte de razón: el mercado descubre, pero también desarrolla las preferencias del consumidor; pregunta a los consumidores qué prefieren, pero también les propone cosas que podrían gustarles, incluso algunas que nunca podrían haber imaginado que existieran. La buena mercadotecnia, en ese sentido, integra a los consumidores como codiseñadores en un esfuerzo por incorporar a las relaciones de mercado nuevos apetitos, reales o potenciales, todavía no explotados comercialmente. No cabe negar que esto convirtió los mercados de vendedores del fordismo en mercados de compradores, dando a los consumidores poderes inconcebibles pocos años antes y haciéndoles la vida mucho más difícil a los productores; pero también suponía un paso de gigante en la invasión de la vida social por las «fuerzas de mercado» bajo el capitalismo, proceso que Rosa Luxemburg caracterizó metafóricamente en *La acumulación del capital* como *Landnahme* o apropiación de tierras. En cualquier caso, la mayor atención prestada a los clientes se presentaba a las empresas necesitadas de beneficios como una salida del estancamiento provocado por la saturación de los mercados en un momento en que los incentivos materiales ofrecidos a los trabajadores a cambio de un mayor esfuerzo para promover el crecimiento económico parecían encontrarse al borde de un debilitamiento crítico[4].

[4] Así les pareció, al menos, a muchos «teóricos críticos» de la década de 1970. Una temprana formulación fue la tesis de Claus Offe de 1967, publicada con el título *Leistungsprinzip und industrielle Arbeit* [*Principio de rendimiento y trabajo industrial*], Fráncfort del Meno, Europäische Ver Anst, 1970, que presagiaba un debilitamiento de la motivación para el trabajo asalariado, provocada empero no por la saturación de la demanda, sino por los cambios en la organización de la

La socialización mediante el consumo

Es importante tener presente la gran magnitud de la comercialización de la vida social que pretendía salvar al capitalismo del espectro de la saturación del mercado tras los años de crisis. De hecho, lo que las empresas aprendieron en la década de 1970 fue a poner la individualización de los clientes y los productos al servicio de la expansión comercial. La diversificación del consumo traía consigo oportunidades desconocidas para la expresión individualizada de las identidades sociales. Las décadas de 1970 y 1980 fueron también una época en que las familias y comunidades tradicionales iban perdiendo rápidamente autoridad, ofreciendo a los mercados la oportunidad de llenar un vacío social rápidamente creciente, que los teóricos de la liberación de aquella época tomaron equivocadamente por el inicio de una nueva era de autonomía y emancipación. Las posibilidades de consumo diversificado y el ascenso de mercados especializados, con la acelerada obsolescencia que infligieron a los bienes de consumo duraderos de la primera generación, contribuyeron también a motivar una renovada disciplina en el trabajo, tanto entre los obreros tradicionales como entre los recién llegados al empleo asalariado, en particular las mujeres.

La diversificación comercializada –el desplazamiento de los mercados y las relaciones comerciales, de la satisfacción de necesidades a la de deseos– se extendió mucho más allá de los automóviles. Los sectores en expansión tras el final del fordismo incluían los artículos de lujo como perfumes, relojes o ropa de moda, siguiendo todos ellos la misma pauta de diferenciación y acelerada rotación de los productos, promovida por una mercadotecnia cada vez más focalizada. Como ejemplo típico se puede mencionar el de los relojes Swatch, creación mercadotécnica *par excellence* surgida en 1983 como respuesta analógica a la inundación del mercado por los fabricantes japoneses de relojes digitales basados en osciladores de cuarzo. La producción en masa no desapareció, pero se hizo mucho más sofisticada, desarrollando nichos de mercado propios y convirtiéndose así en otro ejemplo de la producción para un nicho determinado. Al mismo tiempo que se producía la expansión de McDonald's, que más tarde optó también por cierta diversificación del producto, se redescubrieron las cocinas locales y regionales y la *haute cuisine* vivió su momento de mayor auge. La evolución de la producción de vinos siguió a la automovilística casi paso por paso durante la década de 1980, cuando las grandes bodegas

producción. Offe anticipaba una creciente presión en favor de que las oportunidades de mejora se distribuyeran sobre la base de derechos sociales más que según el «rendimiento individual demostrado competitivamente» (p. 166). Puede que la irresistible atracción de una variedad rediseñada de artículos muy diversificados contribuyera a mantener, e incluso a extender, el individualismo competitivo-posesivo y la legitimidad de las recompensas diferenciales en función del rendimiento.

abandonaron las mezclas genéricas de diferentes tipos de uva de distinta procedencia y volvieron a producir una variedad de productos diversos, cada uno de ellos con un origen y tipo característico.

La magnitud del giro general hacia la comercialización queda perfectamente ilustrada en el mundo del deporte. Hasta bien entrada la década de 1970 los Juegos Olímpicos eran dominio casi exclusivo de los llamados deportistas aficionados, que supuestamente no cobraban nada en absoluto por una actividad a la que oficialmente no les llevaba más que su obsesión personal o, en ciertos casos, su deber patriótico. Pero en muy poco tiempo lo que se solía llamar «movimiento olímpico» se convirtió en una gigantesca máquina de hacer dinero, tanto para los atletas como para numerosos patrocinadores empresariales, el sector publicitario, los medios y un vasto complejo de empresas diversas, que producían diversos bienes de consumo relacionados con el ejercicio físico o el cuerpo en general. Además, considerando cómo se transformó el deporte en esa transición a la abundancia, uno no puede sino sorprenderse por la gran diferencia entre la austera ética de estricta disciplina y autocontrol, recompensada únicamente por el derecho a participar, y la atmósfera de entretenimiento hedonista con fuerte olor a dinero que rodea hoy día los acontecimientos deportivos. Los cuasi campos de batalla del pasado se han convertido ahora en fiestas al aire libre profesionalmente organizadas, que ofrecen a los atletas y a sus seguidores grandes oportunidades para la autoexaltación y para demostrar una capacidad de entretenimiento sin límites. La moda se ha convertido en una parte esencial de todo esto, tanto para los atletas como para los espectadores. La transformación del deporte como institución social –de una ética ascética a otra de narcisismo consumista, en menos de tres décadas– puede verse simbolizada por el ascenso simultáneo de las empresas alemanas Adidas y Puma, de productores locales de dos o tres tipos de botas de fútbol y zapatillas de carreras, a empresas globales milmillonarias que obtienen sus principales ingresos de la venta de artículos de moda, que van desde cientos de modelos perpetuamente cambiantes de calzado deportivo hasta perfumes, tanto masculinos como femeninos[5].

Yo estaría por decir que la comercialización ha creado oportunidades, al parecer muy atractivas, para un nuevo tipo de lo que Georg Simmel llamaba *Vergesellschaftung* o socialización, esto es, una vía para que los individuos establezcan vínculos mutuos entre sí que definen su lugar en

[5] Los análisis críticos del deporte han insistido desde hace mucho tiempo en su función como modelo para el mundo del trabajo, caracterizado por la competencia, las recompensas diferenciadas y el cómputo del tiempo. Los cambios de las últimas décadas han incluido una participación femenina mucho más amplia e incansables esfuerzos de los diseñadores de competiciones para convencer a los espectadores de que el esfuerzo extenuante no tiene por qué perjudicar un aspecto sexy o el disfrute del entretenimiento.

el mundo. La amplia variedad de posibilidades de consumo alternativas presentes en los mercados posfordistas opulentos proporciona un mecanismo que permite a la gente concebir un acto de compra –con el que concluye a menudo un largo periodo de exploración introspectiva de las preferencias personales de cada uno– como un acto de autoidentificación y autopresentación, que aleja al individuo de determinados grupos sociales al tiempo que lo acerca a otros. Comparada con formas de integración social más tradicionales, la socialización por la opción de consumo parece más voluntaria y generadora de lazos e identidades sociales menos restrictivas: de hecho, totalmente libres de obligaciones aparte de las que Marx y Engels llamaban *bare Zahlung* [pago desnudo]. Esto se debe a que, en un mercado opulento maduro, comprar algo sólo supone elegir lo que a uno más le gusta (y se puede permitir) entre lo que es en principio un menú infinito de alternativas que esperan su decisión, sin necesidad de negociar o adquirir un compromiso como había que hacer en las relaciones sociales tradicionales. De hecho, los únicos agentes que uno encuentra operando en una estructura social de consumo avanzado son empresas, cuyos departamentos de márketing se especializan en adivinar cada deseo que uno pueda tener y en satisfacerlo, independientemente de lo peculiar que pueda ser. Tales firmas nunca discuten con los clientes; escuchan y cumplen y, de hecho, se esfuerzan por saber lo que desean sus clientes mucho antes de que ellos mismos lo sepan.

La socialización por el consumo es, por lo tanto, de naturaleza monológica más que dialógica, voluntaria más que obligatoria, individual más que colectiva. Desde esta perspectiva parece sugerente hablar de una política particular del consumo, asociada con las sociedades opulentas de hoy día. En los mercados posfordistas maduros, donde hay una oferta casi infinita de alternativas, resulta fácil el abandono de identidades colectivas establecidas mediante la compra, sin necesidad de certificación por ningún «otro significante». Obviamente, esta situación suele ser experimentada como una liberación si se compara no sólo con tener que comprar productos estandarizados, sino también con la naturaleza restrictiva de las comunidades tradicionales, como las familias, vecindarios o naciones, y las identidades colectivas que proporcionan. La moda, por ejemplo, es hoy mucho menos vinculante –casi se podría decir que menos opresiva– que lo que solía ser bajo el régimen de producción uniforme. Ahora coexisten a un tiempo numerosas submodas, por decirlo así, tanto en la música como en la ropa, y la mayoría de ellas duran sólo unos meses antes de desaparecer en rápida sucesión.

Dado que las comunidades de consumo son mucho más fáciles de abandonar que las comunidades «reales» tradicionales, las identidades sociales quedan estructuradas por lazos más débiles y laxos, lo que permite

a los individuos saltar de una identidad a otra, libres de cualquier obligación de explicarse. Los mercados diversificados ofrecen algo a cada uno, mientras que la internacionalización incrementa la variedad de artículos disponibles y agudiza el contraste entre las comunidades locales del pasado y las asociaciones sin límites de consumidores temporales, a las que uno se incorpora mediante una compra –o simplemente apretando un botón de «me gusta»– y que abandona cuando quiere. La interacción social promovida por las redes sociales –Twitter, Facebook y otras parecidas– representa una prolongación de esa tendencia, y no sólo porque ofrece a esas empresas un muevo conjunto de instrumentos para una mercantilización muy individualizada. Empresas, políticos y celebridades de todo tipo han aprendido rápidamente a emplear las redes sociales para crear comunidades imaginarias de «seguidores» dispuestos a recibir mensajes seudopersonales en cualquier momento del día. En la esfera de la política, se cuenta con las nuevas tecnologías para compensar la creciente atrofia de las organizaciones partidarias tradicionales, y para promover su personalización; no está lejos el día en que Angela Merkel informará inmediatamente a sus «seguidores» de lo mucho que ha disfrutado la ópera a la que acaba de asistir.

La esfera pública mercantilizada

La comercialización sin precedentes de la vida social que pretendía rescatar al capitalismo de su estancamiento a finales de la era fordista ha afectado profundamente a las relaciones existentes entre la provisión colectiva por el Estado y la provisión individual por el mercado en las que solían ser las «economías mixtas» de la era de posguerra. Sin embargo, sus consecuencias van mucho más allá, al transformar la relación entre ciudadanos y Estados en lo que queda de la esfera pública y, con ello, como argumentaré, la naturaleza de la política como tal. Una consecuencia de que los Estados tuvieran que convivir cerca de estos nuevos mercados dinámicos para bienes de consumo avanzados fue el aumento de la presión del capital inversor en pro de la privatización de varios servicios hasta entonces públicos, entre ellos las telecomunicaciones y las emisoras de radio y de televisión, que en su formato tradicional iban siendo percibidas cada vez más como pasadas de moda, utilitarias, aburridas y poco adecuadas a la conversión de los usuarios en consumidores. Cuando el progreso tecnológico hizo posible en esos sectores la misma multiplicación y diversificación de productos que se había dado en la industria manufacturera, los gobiernos de todo el mundo aceptaron y promovieron la idea de que sólo las empresas privadas podían satisfacer las crecientes expectativas de consumidores más exigentes de una mayor atención a sus apetitos emergentes, en particular de productos más individualizados.

A partir de entonces fue en los sectores recientemente privatizados de las telecomunicaciones y la televisión donde más progresó la comercialización. No por casualidad, fue ahí donde se hicieron algunas de las mayores fortunas de finales del siglo XX, en particular las de empresarios del entretenimiento de masas como Murdoch y Berlusconi. Hasta bien entrada la década de 1970 sólo había en Alemania dos canales nacionales de televisión, ambos públicos, con informaciones de interés público y una misión educativa legalmente establecida, lo que daba lugar a frecuentes emisiones de obras de Goethe, Shakespeare y Brecht, así como transmisiones en directo de los debates en el Bundestag. Hoy día, en cambio, hay ciudades en Alemania en las que se pueden recibir más de un centenar de canales de televisión, muchos de ellos desde el extranjero, mientras que los dos canales públicos sólo son seguidos por una audiencia minoritaria y envejecida, dejando a un lado el hecho de que han cambiado radicalmente su programación para emular a los canales privados más entretenidos y con mayor éxito. La misma evolución tuvo lugar, de forma parecida, en todos los demás países europeos, donde la comercialización dio lugar al desplazamiento de los programas de mayor audiencia a la televisión de pago, como en Gran Bretaña. Algo similar se puede observar en Estados Unidos, donde las redes nacionales han quedado relegadas a un pequeño nicho en un mercado mediático muy fragmentado, destinado casi enteramente al entretenimiento.

Las telecomunicaciones evolucionaron en un sentido muy parecido. En el caso alemán, el sistema telefónico nacional estuvo a cargo del Servicio de Correos hasta finales de la década de 1980 y sus beneficios se utilizaban en realidad para subvencionar el servicio postal. El espíritu con el que funcionaba el sistema se puede ilustrar por el hecho de que en las cabinas públicas se podía leer una recomendación que decía *Fasse Dich kurz* [No te entretengas mucho], urgiendo a los ciudadanos a no abusar del acceso privilegiado a las preciosas líneas telefónicas estatales para charlar ociosamente. Hace pocos años, en cambio, una de las muchas compañías telefónicas privadas, con sus innumerables ofertas de servicios personalizados para adecuarse a cualquier grupo concebible de consumidores, lanzaba anuncios mostrando a jóvenes conversando por sus teléfonos móviles con el eslogan, que quizás era una alusión consciente a su precursor de la edad de piedra comercial, *Quatsch Dich leer*, lo que se podría traducir aproximadamente como: «Casca hasta que se te seque la lengua».

Un tercer ejemplo de la forma en que las nuevas pautas de consumo en el sector privado alentaron la privatización de los servicios públicos existentes es el de las piscinas. En el periodo de posguerra casi todas las comunidades locales tenían una piscina pública. Eran simples, incluso austeras, pero muy usadas debido a la creencia general de que eran buenas para la salud de la gente y de que los niños tenían que aprender a

nadar, tanto para fortalecer su carácter como para poder salvar a otros de ahogarse. Durante la década de 1970, no obstante, la asistencia declinó y las *Stadtbäder* [piscinas públicas] sufrieron una crisis financiera. Al mismo tiempo comenzaron a florecer las piscinas privadas llamadas a menudo *Spaßbäder*, esto es, «baños divertidos»; tenían hidromasaje, saunas, restaurantes, playas artificiales y hasta centros comerciales. Las entradas eran mucho más altas que en las declinantes piscinas públicas pero en ellas la gente se divertía mucho más. Con el tiempo cada vez más comunidades cerraron las piscinas públicas, o se las vendieron a empresas privadas, que prometían reconstruirlas y gestionarlas como *Spaßbäder*. Allí donde las piscinas seguían siendo públicas y los ayuntamientos disponían de suficiente dinero para pagar la inversión, se rediseñaron con el espíritu de la competencia privada y a menudo lograron recuperarse. Generalmente, sin embargo, en ese sector como en otros comenzó a prevalecer la opinión, y no sólo entre los líderes políticos, de que sólo el sector privado podía atender adecuadamente a las nuevas necesidades de una clientela más rica y más exigente, y de que lo mejor que podía hacer el Estado en esas circunstancias era acelerar el proceso, cerrando sus instalaciones primitivo-utilitarias y facilitando a las empresas privadas el suministro de color, diversión y, sobre todo, libertad de elección.

Así pues, durante las décadas de 1980 y 1990 arraigó la convicción de que la diferencia entre lo público y lo privado era que el Estado dicta a la gente lo que se supone que necesita –que siempre sería lo mismo para todos–, mientras que los mercados privados ofrecen lo que cada uno desea realmente. Pero esta fuerte motivación para la privatización se extendía también a áreas centrales de la actividad del gobierno que por la razón que fuera no se podían entregar al mercado. En cierto momento, los gobiernos comenzaron a reconocer la supuesta superioridad intrínseca del sector privado sobre el público alentando a los ciudadanos a concebirse a sí mismos como clientes en sus relaciones con la burocracia estatal. En el mismo sentido, se enseñó a actuar a los funcionarios del Estado en contacto con el público, ya no como representantes de la ley y el derecho, de la autoridad pública legitima o de la voluntad general, sino a partir del supuesto de que eran suministradores de servicios en un mercado competitivo, impulsado tanto por los deseos de sus clientes como por las presiones de la competencia. En Alemania, de acuerdo con ese espíritu, una de las reformas de Schröder consistió en rebautizar el antiguo *Arbeitsamt*, u Oficina de Trabajo, como *Arbeitsagentur* [Agencia de Trabajo], una «agencia» que tenía que aprender a considerar a los desempleados como sus clientes. El modelo seguido era, por supuesto, la «Tercera Vía» del Nuevo Laborismo británico, que tenía mucho que decir sobre las ineficiencias supuestas o reales de los servicios proporcionados por el Estado, palmarias entre otras cosas en la

supuesta falta de atención a las «necesidades reales» de los clientes. La clave de esta evolución fue la introducción del paradigma de la «nueva gestión pública», en la que montañas de indicadores cuantitativos de rendimiento, minuciosamente especificados, sustituyen a la retroalimentación correctiva de un mercado comercial desgraciadamente aún inexistente.

Mínimos colectivos

Los efectos colaterales, por decirlo así, de la nueva «política de consumo» sobre lo que se podría llamar antigua «política de lo político» han tenido más consecuencias aún que la privatización de las funciones estatales. A medida que las antiguas funciones públicas se desplazaban al sector privado y que la esfera pública se iba encogiendo y desacreditando con el beneplácito de los gobiernos reformistas, el equilibrio entre los canales privado y público de provisión se desplazó en favor del primero. Inevitablemente, la base material para la legitimidad de los Estados como tales comenzó a contraerse. El declive de legitimidad política no se detuvo, sin embargo, en el área de la provisión de servicios, sino que se extendió progresivamente al propio núcleo de la ciudadanía, donde la relación tradicional entre los ciudadanos y el Estado se vio sometida a una comparación cada vez más desfavorable con la relación existente entre clientes y productores en los mercados posfordistas renovados de bienes de consumo.

Para ser más explícitos: a mi parecer la reestructuración del consumo destinada a restaurar la dinámica de acumulación capitalista tras la crisis de la década de 1970 posibilitó –de hecho, propició y fomentó– actitudes y expectativas por parte de los clientes-ciudadanos, que comenzaron a extenderse inexorablemente a lo que quedaba de la esfera pública. Comparados con el nuevo régimen de consumo, los Estados y los bienes de los que estos se encargaban todavía parecían cada vez más raídos y apagados, tal como les sucedía a los mercados de uniformes productos de la era fordista al ir quedando saturados. Era exactamente ese contraste el que invocaban Monsen y Downs en su clarividente artículo de 1971 para explicar la disparidad entre pobreza pública y riqueza privada. Podemos señalar de paso que Monsen y Downs no se sentían nada felices al constatar esa situación y que lejos de celebrar la superioridad de los mercados sobre los Estados, ofrecían una serie de sugerencias para mejorar el equilibrio entre la riqueza pública y la privada en una macroeconomía capitalista. La estrategia que proponían a los gobiernos no era combatir «el inherente anhelo de diferenciación de estatus social entre los consumidores», sino acomodarse a él e incluso «aprovechar el deseo de diferenciación de los consumidores para promover otros objetivos públicos». De hecho, algunos de los remedios

que sugerían parecían notablemente similares a las posteriores reformas del sector público acometidas durante la década de 1990: menor uniformidad y más diferenciación de los «bienes públicos»; privatización de la provisión de «bienes que no tienen por qué ser distribuidos por el Estado»; uso de «productores privados de bienes y servicios» como «proveedores de bienes públicos»; una combinación más diversificada de las actividades del gobierno, «tales como menos defensa y más educación y alojamiento subvencionados», y más descentralización de las actividades gubernamentales, cediéndolas a las comunidades locales[6].

Si estas propuestas para restaurar la legitimidad de la política en competencia con el atractivo de los mercados privados parecen muy notables –y no sólo por lo lejos que están del antiestatismo neoliberal predominante durante la década de 1990 y principios de la de 2000–, sólo pueden servir a su propósito en una variedad limitada de actividades públicas, mientras que en otras su aplicación sería contraproducente, ya que si bien la satisfacción de las expectativas de diversidad, individualidad y elección puede incrementar la legitimidad de la provisión de ciertos bienes y servicios por los gobiernos más que por empresas comerciales, puede ser muy perturbadora en cuanto a la producción de tales bienes, en particular cuando atañe a deberes de ciudadanía como la deliberación colectiva de la valoración de derechos y los deberes. Monsen y Downs identifican los «bienes públicos» con «bienes gubernamentales»; su uso de esos términos implica que los primeros no sólo son divisibles, sino que en principio pueden ser producidos por agencias especializadas segregadas de los individuos que los consumen. Pero hay bienes colectivos que son indivisibles y deben ser producidos o, al menos, estar sometidos a la decisión de quienes se benefician de ellos y su colectividad: solidaridad social, justicia distributiva y los derechos y deberes generales que constituyen la ciudadanía. Yo los llamo bienes políticos, y creo que no sólo deben hacerse atractivos por otros medios distintos de la diversificación del producto, sino que permitir que sean juzgados por las mismas normas que las mercancías corrientes daría lugar, en último término, a una situación de penuria en cuanto a su disponibilidad general.

Más concretamente, sostengo que la ciudadanía es de por sí menos confortable que la relación clientelar y que si se evalúa con los mismos criterios está inevitablemente condenada a perder. Considerada en términos de derechos de los clientes, la ciudadanía no puede sino parecerse estructuralmente a los decaídos mercados de masas, en los que los individuos sólo veían atendidas algunas de sus preferencias particulares, mientras que en otras tenían que llegar a un compromiso. Además, en una democracia que funcione realmente, los ciudadanos no sólo consumen decisiones políticas, sino que

---

[6] R. J. Monsen y A. Downs, «Public Goods and Private Status», cit., pp. 73-75.

pueden y deben de hecho participar en su producción, para lo que deben someter sus deseos «crudos» a un examen crítico colectivo en una especie de diálogo público. Para salirse con la suya deben recurrir a una acción colectiva más que individual, lo que a su vez requiere una inversión considerable y supone elevados costes de transacción sin garantía de que los resultados sean del gusto de nadie en particular. De hecho, el papel de ciudadano requiere una disposición disciplinada a aceptar decisiones a las que uno se había opuesto antes, o que son contrarias a los intereses propios. Los resultados son así raramente óptimos desde una perspectiva individual, de forma que la falta de adecuación a lo que uno habría preferido debe verse compensada por la satisfacción cívica de que esos resultados se hayan alcanzado mediante un procedimiento democrático legítimo. La participación política en una democracia exige, en particular, la disposición a justificar y a recalibrar las opciones de cada uno a la luz de principios generales, desarrollando preferencias, no en el sentido de la diversificación, sino más bien de su conjunción y unificación. Además, a diferencia de la relación clientelar, la ciudadanía exige un apoyo generalizado a la comunidad como conjunto, en particular pagando impuestos que un gobierno legalmente constituido puede invertir en usos todavía no decididos, a diferencia de las compras de bienes y servicios específicos pagados de uno en uno a precios de mercado.

Las comunidades políticas son repúblicas que por su propia naturaleza no pueden convertirse en mercados, al menos sin privarlas de algunas de sus principales cualidades. A diferencia de las comunidades de elección altamente flexibles que surgen en sociedades regidas por pautas de consumo avanzadas, las comunidades políticas son básicamente comunidades de destino, que por principio exigen a sus miembros no insistir en su propia individualidad, sino aceptar una identidad colectivamente compartida, integrando la primera en la segunda. Comparadas con las relaciones de mercado, las relaciones políticas son, por lo tanto, necesariamente rígidas y persistentes; enfatizan, y así deben hacerlo, fuertes lazos de deber más que débiles lazos de opción. Son obligatorias más que voluntarias, dialógicas más que monológicas, y exigen sacrificios en preferencias y esfuerzos; e insisten en la lealtad, proporcionando, en palabras de Albert Hirschman, oportunidades de «expresarse», mientras que repudian la «salida»[7].

La política, por lo tanto, no puede someterse a la misma remodelación que experimentaron tras la era fordista las empresas capitalistas y las variedades de productos. No puede servir simplemente a los deseos particulares de los individuos, sino que debe someterlos a un examen público con el objetivo de agruparlos en una voluntad general, que reúna y supere

[7] A. O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Cambridge, 1970; ed. cast.: *Salida, voz y lealtad*, México DF, FCE, 1977.

las diversas voluntades individuales. Existe un sentido profundo en el que la política se parecerá siempre más, estructuralmente, a la producción en masa y, como consecuencia, se verá desfavorecida si se compara con la facilidad y libertad de elección en los mercados de consumo actuales. La diversificación e innovación del producto político nunca podrá mantenerse a la par con la diversificación e innovación en los mercados de consumo. Dado que la política se ocupa principalmente de la creación y regulación del orden social, sus resultados no se pueden descomponer en distintos productos individuales adaptados a los gustos de cada uno, del mismo modo que su consumo y la participación de los consumidores en su producción no puede en último término ser sólo voluntaria. Esto implica que si los mercados de bienes de consumo se convierten en modelo general para la satisfacción óptima de las necesidades sociales y los ciudadanos comienzan a esperar de las autoridades públicas el mismo tipo de respuesta individualizada que se han acostumbrado a recibir de las empresas privadas, se sentirán inevitablemente desilusionados, incluso en aquellas áreas en que los líderes políticos tratan de ganarse su confianza manteniéndose en silencio sobre la diferencia entre bienes públicos y privados. El resultado será que la motivación para contribuir a la producción conjunta de bienes cívicos se extenuará, lo que a su vez socavará la capacidad de los estados para producir los bienes cívicos de los que depende la legitimidad de la política como tal. A medida que el nuevo modelo de mercado penetra lateralmente en la esfera pública mediante la generalización de expectativas cultivadas en el consumismo de la opulencia posfordista, se evapora la capacidad de los Estados para imponer el orden público en una sociedad de mercado cada vez más despolitizada[8].

¿La política como consumo?

¿Cuáles son las consecuencias del mayor atractivo de los mercados sobre la provisión política de servicios en las sociedades opulentas? Para empezar, parece que las clases medias, que disponen de suficiente capacidad de compra para valerse de medios comerciales, más que de los políticos, para obtener lo que quieren, perderán interés en las complejidades del ajuste de las preferencias y la toma de decisiones a escala colectiva y juzgarán

---

[8] Gran parte de mi argumentación sobre política y mercado coincide con la del fecundo análisis de C. Crouch en *Post-Democracy*, cit. Sin embargo, mientras que Crouch insiste en el «empuje» de lo público hacia la esfera comercial, yo trato de llamar la atención sobre la «atracción» ejercida sobre un modelo de organización política debilitado por un modelo de consumo posfordista vigorizado. En ambos casos, la reorganización de la participación política como consumo y la remodelación de los ciudadanos como consumidores refleja el declive en un mundo mercantilizado de las comunidades de destino nacionalmente constituidas.

demasiado gravosos los sacrificios de las ventajas individuales requeridos por la participación en la política tradicional. Aunque a esto se le podría llamar apatía política, no significa necesariamente que la gente deje de informarse sobre lo que está sucediendo y de seguir las noticias, por ejemplo. Cierto es, evidentemente, que algunos lo han hecho en los últimos años y que grandes sectores de la generación que llegó a la edad adulta en el mundo comercializado de las décadas de 1980 y 1990 no adoptaron nunca ese hábito. En Alemania apenas nadie por debajo de la cincuentena conecta nunca ninguno de los dos canales públicos de televisión todavía notorios por su información de interés público relativamente convencional. Aunque sus audiencias envejecidas todavía votan de forma desproporcionadamente alta, también para ellas la política se puede estar convirtiendo en una especie de entretenimiento, un deporte para espectadores, cuyos protagonistas son vistos con cierto desdén. Desde la Segunda Guerra Mundial nunca habían despreciado tanto los ciudadanos a los partidos y los políticos.

La migración a gran escala de la política a los mercados no significa que la gente deje de hacerse oír a través de los modos de participación política no tradicionales o no convencionales. De hecho, tanto entre los jóvenes como entre las clases medias ricas estos últimos se han multiplicado siempre que algo les afecta o les preocupa especialmente. Parece, no obstante, que la mayoría de tales movilizaciones no se dan en favor sino en contra de algo, con mucha frecuencia contra alguna iniciativa del gobierno que supuestamente favorecería el interés colectivo de la comunidad como un todo, apasionadamente rechazada por parte de esa comunidad que, sin embargo, no se responsabiliza de las eventuales consecuencias generales de su potencial éxito. Evidentemente, las sospechas por parte de los ciudadanos de que los proyectos del gobierno están mal concebidos o incluso responden a intereses corruptos están a menudo justificadas; pero eso no cambia el hecho de que este tipo de participación política suele estar tan descontextualizada como las decisiones individuales sobre el consumo o no consumo. Lo que está en cuestión para los participantes no es si una política específica se adecua o no a un proyecto colectivo general, sino si tienen que «comprar» o no determinado bien público, producido por dirigentes políticos e impuesto a la ciudadanía por la autoridad pública. La participación de este tipo es abrumadoramente negativa, lo que sugiere que los ciudadanos esperan en general muy poco de las prestaciones político-colectivas y que los gobiernos tienen muy poco que ofrecer que pudiera inclinar a la gente a someterse a decisiones mayoritarias, que no se adecuan enteramente a sus preferencias.

A medida que las decisiones individuales de mercado triunfan sobre las opciones políticas colectivas, la propia política se descontextualiza inevitablemente. Las decisiones políticas individuales, en lugar de relacionarse con una visión potencialmente coherente de cómo se debe o se quiere

organizar la sociedad en su conjunto, son compradas o rechazadas por los ciudadanos de una en una. En cierto sentido, esto se parece a lo que se llamaba hace décadas «el fin de las ideologías»; pero en la década de 1960, en una sociedad mucho más organizada y deferente, las elites «pragmáticas» podían afrontar «los problemas» según su «prioridad». En las fragmentadas sociedades de hoy en día, en cambio, la ausencia de un contexto «ideológico» coherente y aplicable para las decisiones políticas favorece la omnipresencia de resistencias sectoriales a cualesquiera decisiones en consideración. Existe una conexión obvia con la pérdida generalizada de estatus de los partidos políticos, que solían ser las organizaciones intermedias privilegiadas encargadas de reunir las diversas demandas de diferentes sectores de la sociedad en programas más o menos coherentes. En muchos países tales programas han perdido peso tanto para los partidos como para los votantes o se han convertido, como en Estados Unidos, en listas oportunistamente elaboradas de temas y promesas, guiadas por las encuestas más que por los miembros del partido y presentadas poco antes de las elecciones para ser olvidadas inmediatamente después.

La incoherencia de la política contemporánea, sorprendentemente semejante a la aleatoriedad e irresponsabilidad colectiva del consumo privado, tiene como correlato el hecho de que los jóvenes en particular se sienten menos atraídos que nunca a incorporarse a un partido político identificándose con todo su programa, incluidos capítulos que no les gustan particularmente y que tendrían que aceptar en nombre de la coherencia programática y la unidad del mismo. Tampoco quiere esto decir que los partidos no puedan ganarse en absoluto a los jóvenes; pero la experiencia en un país como Alemania, con una tradición razonablemente sólida de afiliación a estos sugiere, no obstante, que tienen más éxito allí donde la participación se produce únicamente en relación con una cuestión particular y no requiere una aceptación formal de deberes generales, por no hablar de la disciplina interna (esto no se aplica, por supuesto, a quienes se incorporan a un partido para hacer carrera política). La puerta con la señal de salida debe estar siempre visible y abierta.

Los compromisos individuales limitados y fáciles de cancelar propios de la política de cuestiones puntuales no son estructuralmente muy diferentes de la compra de determinado automóvil o teléfono móvil; si dejan de interesarle a uno se pueden abandonar sin remordimientos y cambiarlos por un modelo diferente o por alguna otra cosa. Los actos de participación política se convierten en algo así como actos de consumo o maximización hedonista de las preferencias individuales. No se pide una lealtad generalizada, que por otra parte nadie estaría dispuesto a prometer; la participación política como deber ciudadano da paso, en las culturas consumistas opulentas, a la participación política como diversión: una preferencia personal como

cualquier otra, más que una obligación colectiva. Y no es que los sistemas políticos no hayan tratado de emular a los mercados; los gastos en investigación de mercado y publicidad parecen haber aumentado vertiginosamente al crecer la volubilidad de los votantes en paralelo a la de los consumidores. La innovación del producto, no obstante, es todavía rara en política, y su diferenciación es difícil. Obsérvese, sin embargo, el creciente número de partidos de «nicho» como el Partido Pirata, presente en muchos países, y el simultáneo declive general de los antiguos *Volksparteien* [partidos del pueblo], los productores «fordistas» en masa de un consenso político transversal e indiferenciado, que parece ir de la mano de la fragmentación incontenible de los mercados comerciales.

Otra consecuencia de la penetración de los hábitos de consumo recientes en la esfera pública es que la percepción pública de la política se ve cada vez más reducida a los juegos de poder entre sus profesionales, escándalos y bufonadas egotistas del personal remanente. Evidentemente, al ser percibida como muy inferior a los mercados comerciales en lo que se refiere a su atención a los intereses de la gente, la política puede aparecer ante los ojos de los ciudadanos como cada vez más autorreferencial, viéndose incluso obligada a evolucionar en esa dirección, dada la fijación de la audiencia en el resto que queda cuando las cuestiones serias se dejan en manos de las fuerzas de mercado, esto es, las personalidades políticas, su estilo y su apariencia. Al cabo de un tiempo resulta ya imposible detener la podredumbre: la expectativas de la utilidad de la política pueden haberse erosionado demasiado y las habilidades cívicas y las estructuras organizativas necesarias para desarrollar una demanda pública eficaz pueden haberse atrofiado sin remedio, mientras que el propio personal político puede haberse adaptado completamente a la especialización en la gestión de apariencias más que en la representación de alguna versión, por sesgada que sea, del interés público.

A medida que las clases medias y las generaciones posfordistas desplazan del consumo público al privado sus expectativas de vida buena, quienes se ven más afectados son aquellos que, por falta de capacidad de compra, siguen dependiendo de la provisión pública. El desgaste de la esfera pública les priva de su único medio efectivo de hacerse oír, devaluando la moneda política con la que podrían de otro modo compensar su penuria de moneda comercial. Quienes se hallan en el escalón más bajo de la sociedad, aun careciendo de lugar en los mercados comerciales y en su régimen de asignación de recursos, podrían beneficiarse del apoyo de eventuales aliados más vigorosos que ellos mismos, necesitados de forjar coaliciones políticas. Además, la mejora de su vida podría ocupar un lugar importante en perspectivas políticas colectivas de una mejor sociedad, mientras que los mercados siempre pueden prescindir de ellos. De hecho, los pobres sufren

de diversas formas la despolitización de la satisfacción de los deseos en las sociedades opulentas. No sólo las clases medias potencialmente reformistas dejan de interesarse por proyectos colectivos o de concederles alguna confianza: al aprovisionarse individualmente en el mercado, se hacen más reacios a pagar impuestos. En realidad, con el declive de la relevancia social y del respeto por la política, esa resistencia se ha incrementado en casi todas partes, incluso en Escandinavia, y los niveles de tributación han caído en casi todas las democracias ricas.

Las clases más bajas, abandonadas a su propia suerte, enfrentadas a un sistema político desprovisto de legitimidad y de recursos materiales, y reducido, por lo tanto, a lo que se ha dado en llamar «politenimiento», siguen el camino de la generación joven y se abstienen cada vez más de votar, negándose a participar ni siquiera simbólicamente en lo que podría ser por principio su último recurso en procura de una vida mejor. El panorama en Europa occidental está comenzando a parecerse cada vez más al de Estados Unidos. La transformación de la democracia bajo el neoliberalismo puede también recordar una observación de Albert Hirschman sobre el sistema ferroviario nigeriano: a medida que los ricos pierden el interés por el sostenimiento público y en su lugar buscan alternativas más caras pero que ellos se pueden permitir, su abandono de los servicios públicos en favor de los privados acelera el deterioro de los primeros y desalienta su uso incluso entre los que dependen de ellos, porque no pueden permitirse las alternativas privadas[9].

[9] A. O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty*, cit., pp. 44 y ss.

4
EL ASCENSO DEL ESTADO CONSOLIDADOR EUROPEO

El ascenso del *Estado consolidador* europeo se produce tras el desplazamiento del clásico *Estado fiscal* o *Steuerstaat*[1] por lo que he llamado el *Estado deudor*[2], un proceso que empezó en la década de 1980 en todas las democracias capitalistas ricas. La consolidación es la respuesta contemporánea a la «crisis fiscal del Estado», anticipada ya a finales de la década de 1960, cuando había finalizado el crecimiento de la posguerra[3]. Tanto el aumento de la deuda pública a largo plazo, como los actuales intentos globales para controlarla, estaban entrelazados con la «financiarización» del capitalismo avanzado y sus complejas funciones y disfunciones[4]. Como mostraré, el actual cambio hacia un Estado consolidador supone una profunda reconstrucción de las instituciones políticas del capitalismo democrático de posguerra y de su orden internacional, especialmente en Europa donde la consolidación coincide con un aumento sin precedentes del dominio político bajo la unión monetaria europea y la transformación de esta última en un asimétrico régimen de estabilización fiscal.

En este capítulo comienzo por exponer brevemente la evolución que desembocó en los actuales esfuerzos de consolidación, considerando la crisis financiera de 2008 como un punto de inflexión decisivo. A continuación, esbozo las políticas nacionales e internacionales de consolidación fiscal en un momento caracterizado por un bajo crecimiento (o incluso de estancamiento secular), el constante aumento de la desigualdad económica y un endeudamiento general que ha alcanzado niveles de récord. Después paso a analizar la dimensión específicamente europea de la consolidación, en especial la aparición durante la crisis de un integrado *Estado consolidador europeo*, que representa una configuración única de Estados nacionales,

---

[1] J. A. Schumpeter, «The Crisis of the Tax State», cit.
[2] W. Streeck, *Buying Time*, cit.
[3] James O'Connor, *The Fiscal Crisis of the State*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973.
[4] H. Magdoff y P. M. Sweezy, *Stagnation and the Financial Explosion*, cit.; Susan Strange, *Mad Money: When Markets Outgrow Government*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1998; Greta R. Krippner, «The Financialization of the American Economy», *Socio-Economic Review*, vol. 3, núm. 2, 2005, pp. 173-208; Natascha van der Zwaan, «Making Sense of Financialization», *Socio-Economic Review*, vol. 12, núm. 1, 2014, pp. 99-129.

relaciones internacionales y organismos supranacionales dotada de profundas consecuencias tanto para la democracia en cada país como para el orden internacional. Por último, planteo algunas de las consecuencias político-económicas de la consolidación, especialmente en lo que atañe a la relación existente entre Estados, sociedades y mercados, y a lo que en el futuro los ciudadanos tendrán derecho a esperar de un gobierno democrático y de la participación democrática.

Desde la crisis fiscal del Estado a la Gran Recesión

A mediados de la década de 1970, la deuda acumulada por los Estados miembros de la OCDE empezó a aumentar vertiginosa e ininterrumpidamente (véase el gráfico 1.4). Por lo general, el endeudamiento creció simultáneamente con independencia del país, del comportamiento económico nacional o del cariz político del gobierno del momento. El petróleo del Mar del Norte marcó la diferencia para Gran Bretaña, la reunificación para Alemania, el aumento y la caída del gasto de defensa para Estados Unidos, pero siempre solo temporalmente. El endeudamiento aumentó durante dos décadas hasta mediados de la de 1990, cuando los niveles de deuda parecieron estabilizarse. Sin embargo, a partir de 2008 regresaron rápidamente a la tendencia anterior.

El creciente nivel de deuda pública es el resultado acumulado de déficits no keynesianos[5] de los presupuestos públicos: de una prolongada insuficiencia de los ingresos públicos comparados con el gasto público. Una explicación habitual de este desequilibrio la ofrece la teoría de la «elección pública» de la economía institucional, que concibe las finanzas públicas como un «fondo común» mal administrado, que sirve para que mayorías democráticamente elegidas y políticos en busca de un cargo, puedan satisfacer las más extravagantes demandas colectivas sin tener que asumir las correspondientes responsabilidades derivadas de sus costes[6]. Sin embargo, como he mostrado en otros

[5] No keynesianos, porque la deuda keynesiana se supone que se liquida cuando la economía regresa a un adecuado nivel de crecimiento y los presupuestos públicos generan un excedente de ingresos sobre el gasto. Los economistas antikeynesianos, especialmente en Estados Unidos, trataron pronto de difuminar esta diferencia acusando a Keynes de haber facilitado a gobiernos despilfarradores una buena conciencia cuando dejaban en descubierto las cuentas públicas. James M. Buchanan y Richard E. Wagner, *Democracy in Deficit: The Political Legacy of Lord Keynes*, Nueva York, Academic Press, 1977; James M. Buchanan y Richard E. Wagner, «The Political Biases of Keynesian Economics», en J. M. Buchanan, y R. E. Wagner (eds.), *Fiscal Responsibility in Constitutional Democracy*, Leiden, Martinus Nijhoff Social Sciences Division, 1978, pp. 79-100

[6] J. M. Buchanan y G. Tullock, *The Calculus of Consent: Logical Foundations of Constitutional Democracy*, cit.

trabajos[7], el prolongado aumento de la deuda pública en los países de la OCDE coincidió con un declive general, igualmente prolongado, del poder político de las organizaciones sindicales y de la política socialdemócrata, como se ponía de manifiesto con el hundimiento de los índices de sindicalización, la caída de la participación en las elecciones nacionales, una casi completa desaparición de las huelgas, las elevadas y constantes tasas de desempleo, el estancamiento de los salarios y el crecimiento de la desigualdad económica[8].

Si la democracia redistributiva no fue la causa, ¿cuál fue? Como he mencionado anteriormente, el teórico marxista James O'Connor, escribiendo en la tradición de autores como Schumpeter y Goldscheid[9], ya pronosticó a finales de la década de 1960 una creciente disparidad entre los medios fiscales que podían movilizar los gobiernos bajo relaciones de producción y propiedad capitalistas, y las demandas de apoyo del Estado hechas por una economía capitalista avanzada. Según O'Connor, bajo el capitalismo, los Estados tenían que proporcionar tanto la legitimidad como la eficiencia de la acumulación de capital, la primera mediante toda clase de consumo social y la segunda mediante la inversión en infraestructuras públicas. O'Connor también anticipaba una creciente presión sobre las finanzas públicas por parte de los sindicatos del sector público, que reclamarían los mismos salarios y beneficios que los trabajadores del sector privado, exponiendo así al Estado a la «enfermedad de los costes» del sector servicios[10]. Resulta interesante que Daniel Bell, prácticamente en el extremo opuesto del espectro político, compartiera muchas de las conclusiones presentes en el análisis de O'Connor, aunque él parece prestar especial atención, de alguna manera en línea con la teoría de la elección pública, no tanto a las necesidades funcionales y las condiciones estructurales, como al cambio cultural registrado desde los valores protestantes al consumismo materialista o «hedonismo burgués»[11].

Retrospectivamente, el camino desde el Estado fiscal al Estado deudor parece menos directo de lo que uno podría haber imaginado en su comienzo. Empíricamente, los déficits se volvieron endémicos y la deuda empezó a acumularse después del fin de la inflación a principios de la

---

[7] W. Streeck, «The Politics of Public Debt: Neoliberalism, Capitalist Development, and the Restructuring of the State», *German Economic Review*, vol. 15, núm. 1, 2014, pp. 143-165.

[8] A. Schäfer y W. Streeck, «Introduction», *Politics in the Age of Austerity*, cit., pp. 1-25.

[9] Rudolf Goldscheid, «Staat, öffentlicher Haushalt und Gesellschaft», en Wilhelm Gerloff y Fritz Neumark (eds.), *Handbuch der Finanzwissenschaft*, Tübingen, Mohr, 1926; Rudolf Goldscheid, «Finanzwissenschaft und Soziologie», en Rudolf Hickel (ed.), *Die Finanzkrise des Steuerstaats: Beiträge zur politischen Ökonomie der Staatsfinanzen* [1917], Fráncfort del Meno, Campus, 1976, pp. 317-328.

[10] William J. Baumol, «Macroeconomics of Unbalanced Growth: The Anatomy of Urban Crisis», *American Economic Review*, vol. 57, núm. 3, 1967, pp. 415-426.

[11] Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, cit., p. 250.

década de 1980. Anteriormente, la elevada inflación había sustituido al crecimiento real eliminando partes de la deuda pública y ralentizando así su acumulación. Por un tiempo también mantuvo el empleo[12]. Con la estabilización monetaria, el desempleo se elevó y se volvió crónico, haciendo que el gasto social aumentara hasta que, con un retraso de una década más o menos, de nuevo se le puso freno con las «reformas» neoliberales. Hasta ese momento, la deuda pública era básicamente una cuestión de la inercia de los sistemas de seguridad social, que funcionaban como «estabilizadores automáticos»[13]. Además, por otra parte, el final de la inflación acabó con lo que en Estados Unidos se llama el «deslizamiento de los tramos impositivos»: el deslizamiento de los contribuyentes hacia tipos de gravámenes más elevados causado por el aumento de los ingresos nominales. Por otro lado, fortaleció la resistencia fiscal especialmente entre la clase media y propició llamamientos por una «reforma tributaria», que implicaba recortes fiscales, que normalmente beneficiaban, sobre todo, a quienes pagaban impuestos elevados, como sucedió con los recortes fiscales de Reagan de principios de la década de 1980.

En resumen, la «crisis fiscal del Estado» estuvo ocasionada no tanto por un aumento de los derechos ciudadanos como por un declive general de la fiscalidad de las sociedades democrático-capitalistas (véase el gráfico 1.5). Aunque por lo general los ingresos fiscales habían mantenido el ritmo del gasto público hasta mediados de la década de 1970, a mediados de la siguiente empezaron a estancarse hasta que, después de una breve recuperación, empezaron a descender a finales del siglo pasado. En 2007, los niveles fiscales estaban de nuevo donde habían estado doce años antes y continuaron disminuyendo en el transcurso de la crisis financiera. Un factor que contribuyó a ese descenso fue la «globalización» de la economía capitalista, que produjo un aumento de la competencia fiscal entre los países que dio lugar a recortes fiscales para las empresas y personas físicas con ingresos elevados[14]. También amplió las oportunidades para que los propietarios de capital evadieran impuestos moviendo sus activos entre países o colocándolos en paraísos fiscales internacionales[15]. En otras palabras, si los crecientes problemas fiscales de las democracias capitalistas

---

[12] Sobre las funciones políticas de la inflación y la manera en que fueron asumidas en parte por la deuda pública en la década de 1980, véase el capítulo 2 de este libro y W. Streeck, *Buying Time, cit.*

[13] Es decir, no era cuestión de las crecientes demandas de donativos públicos por parte de ciudadanos arruinados. Sin embargo, el seguro de desempleo ha sido sin duda esencial para la legitimación del sistema económico capitalista, y los derechos de los ciudadanos a recibir apoyo en tiempos de tensiones económicas pueden restringirse solamente con un elevado riesgo político, al menos fuera de Estados Unidos.

[14] Philipp Genschel y Peter Schwarz, «Tax Competition and Fiscal Democracy», en A. Schäfer y W. Streeck (eds.), *Politics in the Age of Austerity*, cit.

[15] OECD, *Addressing Base Erosion and Profit Shifting*, París, OECD, 2013.

ricas a partir de la década de 1970 se debían a una revolución provocada por un aumento de las demandas, esa revolución no se produjo entre los ciudadanos corrientes, sino entre el capital y aquellos que lo controlaban.

Otra cuestión que las primeras teorías de la crisis fiscal no habían sabido anticipar fue que subestimaron las posibilidades de los Estados capitalistas para financiar sus déficits durante un periodo prolongado por medio del endeudamiento. Realmente, el crecimiento de la deuda pública en el último tercio del siglo XX y durante los años posteriores estuvo vinculado a la financiarización de la economía capitalista, que en parte consistía en un explosivo crecimiento de su sector financiero y de la cantidad de dinero-crédito que produce. Bajo el capitalismo, el crédito permite a los Estados convivir con una creciente distancia entre las demandas de los ciudadanos y las necesidades capitalistas de apoyo infraestructural, por una parte, y la resistencia cada vez más poderosa de los contribuyentes –tanto individuales como corporativos– a pagar la factura, por otra. La financiarización hizo posible que los gobiernos retrasaran el momento de abordar la creciente falta de adecuación de sus recursos fiscales. Los bajos tipos de interés nominales, hechos posibles por el regreso a una moneda sólida, fueron de ayuda, ya que hicieron que los crecientes niveles de deuda fueran más manejables; de hecho, pronto hicieron que los gobiernos consideraran atractivo sustituir los impuestos por el crédito a medida que los primeros resultaban más difíciles de recaudar. También había una dimensión internacional en el Estado deudor. Estados Unidos empezó a vender su deuda pública a inversores soberanos, especialmente a los gobiernos de los países productores de petróleo, que buscaban oportunidades para «reciclar» sus superávits y a cambio obtener protección militar contra adversarios regionales y contra sus propios pueblos.

En los años posteriores, los «servicios financieros» se convirtieron con diferencia en el sector de mayor crecimiento tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña[16]. Después del fin del régimen monetario de Bretton Woods, con el dólar continuando como la principal moneda global de reserva, Estados Unidos disfrutaba del «exorbitante privilegio» (Giscard d'Estaign) de poder endeudarse internacionalmente en su propia moneda y devolver su deuda, si hacía falta, emitiendo ilimitadas cantidades de ella. La abundante oferta de dólares fiduciarios producto de este comportamiento alimentó una creciente industria financiera, que se convertiría en el sector financiero del capitalismo mundial. La agresiva desregulación de instituciones financieras permitió el surgimiento de «innovaciones financieras» sin precedentes, que atrajeron capital de todo el mundo y que se convirtieron en un importante instrumento para gobiernos que no

[16] G. R. Krippner, *Capitalizing on Crisis*, cit.

solo buscaban un nuevo modelo de crecimiento económico, sino que también perseguían desesperadamente tener acceso al crédito. Realmente, a medida que aumentó la oferta global de crédito no fueron solamente los Estados los que optaron por un «apalancamiento» cada vez mayor, sino también las empresas y, más tarde, las economías domésticas. Así, el ascenso del Estado deudor quedó integrado en un movimiento conjunto del capitalismo avanzado hacia un endeudamiento generalizado cada vez mayor, en el que la deuda pública representaba, de hecho, nada más que una pequeña proporción del endeudamiento global (véase el gráfico 4.1 para seis países seleccionados)[17].

Cuando en la década de 1990 se hicieron los primeros intentos de consolidación fiscal quedó particularmente clara la estrecha relación existente entre la gestión del Estado deudor y el apalancamiento del capitalismo en general. En Estados Unidos, Clinton había obtenido la presidencia en 1992 prometiendo hacer algo sobre el «doble déficit» del presupuesto federal y de la balanza comercial. El «dividendo de la paz» de 1989 pareció abrir una oportunidad para recortar gastos, y el que un país como Suecia sufriera dos crisis fiscales seguidas (en 1977 y 1991 y en los respectivos años posteriores) se consideró como una advertencia general. Las democracias capitalistas, orquestadas por Estados Unidos por medio de organizaciones internacionales como la OCDE y el FMI, hicieron un esfuerzo para romper la tendencia al alza de su endeudamiento, regresando a los presupuestos equilibrados mediante recortes del gasto y reformas de las instituciones vinculadas con la elaboración y el control de los presupuestos[18]. Realmente, durante la década de 1990 los países consiguieron reducir el gasto público a niveles que se acercaban al de sus estancados ingresos (véase el gráfico 1.5).

En Estados Unidos, esto llegó incluso a producir un superávit presupuestario al final del segundo mandato de Clinton. Habría que señalar, sin embargo, que ese superávit se debió en gran medida a los bajos tipos de interés hechos posibles por la expansión monetaria, a los ahorros en los gastos de defensa posteriores a 1989 (que pronto se mostrarían efímeros), al crecimiento económico (especialmente en el sector financiero), que hinchó el denominador de la ecuación de la deuda, y a los ahorros en la seguridad social (como resultado tanto del bajo desempleo como de los recortes de derechos)[19].

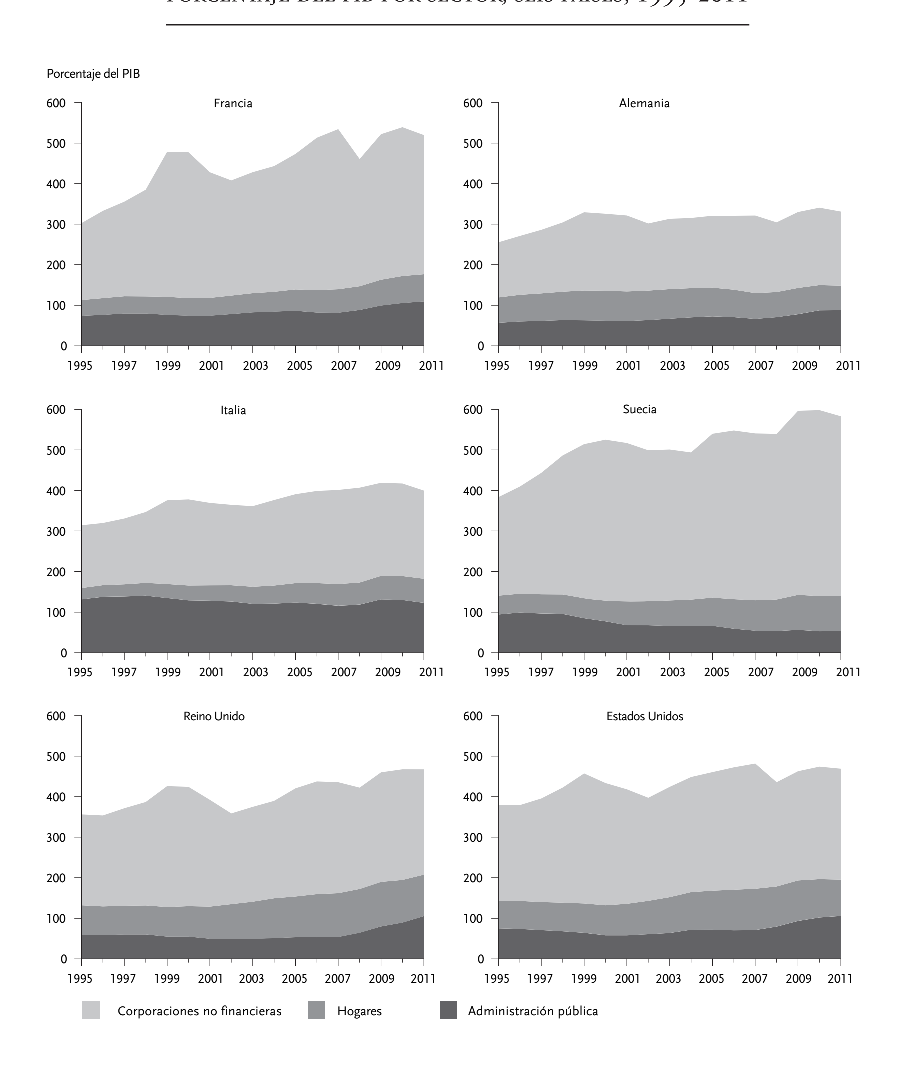
---

[17] Las cifras se vuelven incluso más impresionantes si se añaden los pasivos del sector financiero. En Estados Unidos actualmente son tan elevados como los pasivos de los otros tres sectores en su conjunto. Los pasivos totales, incluyendo a todos los sectores, aumentaron desde aproximadamente el 400 por 100 del PIB en 1974 hasta más del 800 por 100 en 2010.

[18] James M. Poterba y Jürgen von Hagen (eds.), *Fiscal Institution and Fiscal Performance*, Chicago, University of Chicago Press, 1999.

[19] Entre 1993 y 2000, el gasto público en Estados Unidos descendió el 4 por 100 del PIB, mientras que los ingresos fiscales aumentaron el 2 por 100. El déficit federal del 4 por 100 del PIB en 1993 se convirtió en un superávit del 2 por 100 en 2000.

Gráfico 4.1: Pasivos (excluyendo a las corporaciones financieras) como porcentaje del PIB por sector, seis países, 1995-2011



Fuente: OCDE National Accounts, datos no consolidados.

Los intentos de consolidación de la década de 1990 respondieron a las preocupaciones de los votantes estadounidenses, quizá faltas de fundamento, sobre la elevada deuda pública. Pero también se puede suponer que los acreedores estaban preocupados por la solvencia a largo plazo de deudores soberanos. En cualquier caso, en una época de desregulación y expansión financiera, las presiones a favor de la consolidación fiscal representaban una oportunidad para reducir el alcance del Estado a favor del sector privado, remitiendo a los ciudadanos al crédito privado como sustituto de servicios públicos anteriormente gratuitos. Así, la financiarización no solo *exigía*

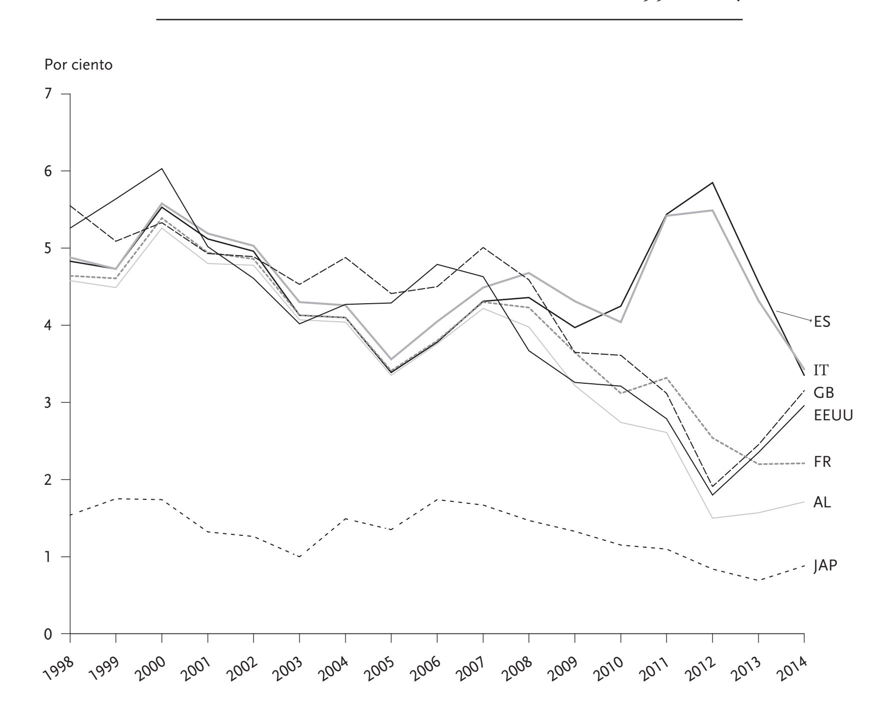
el saneamiento fiscal –para asegurar la solvencia de los deudores soberanos–, sino que también lo hacía posible, y con él el redimensionamiento del Estado. A medida que los hogares se endeudaban para compensar los recortes de las prestaciones públicas, ayudados por los bajos tipos de interés ofrecidos por los serviciales bancos centrales, abrieron la puerta para que el sector privado entrara en campos que anteriormente habían sido terreno del Estado. También rellenaron la brecha de la demanda agregada ocasionada por los recortes del gasto público, un efecto al que se denominaría «keynesianismo privatizado»[20].

Lejos de fracasar, la primera ola de consolidación consiguió reducir la deuda pública durante la década transcurrida desde mediados de la década de 1990 hasta la víspera de la Gran Recesión (véase el gráfico 1.4), ayudada en Europa por las limitaciones al endeudamiento establecidas en el Tratado de Maastricht sobre la Unión Monetaria Europea, si bien obstaculizada en Estados Unidos en 2001 por los recortes fiscales de Bush y el rápido crecimiento de los gastos de defensa. Sin embargo, todo esto resultó inútil cuando estalló la crisis financiera de 2008, debido al desplome de la pirámide de la deuda privada que había crecido junto a la deuda pública, especialmente después de que el crecimiento de esta última se hubiera detenido temporalmente. De nuevo, se hizo evidente la estrecha interconexión entre el Estado deudor y la financiarización del capitalismo moderno, ya que los Estados se encontraron obligados a absorber la deuda incobrable creada por el sector privado durante la desregulación financiera. De hecho tuvieron que asumir deuda adicional para estimular el gasto y evitar un completo colapso de sus economías nacionales. Paradójicamente, fue la deuda contraída por los Estados para proteger a las sociedades de las consecuencias de la actividad crediticia y del endeudamiento especulativo –alentado por las políticas gubernamentales de desregulación y dinero barato– la que hizo que los «mercados financieros» sospecharan de la capacidad de estos para cumplir sus obligaciones como deudores. Cuando el declive de la confianza de los acreedores se puso de manifiesto elevando las primas de riesgo de los bonos públicos de un cierto número de países (gráfico 4.2), llegó el momento de que el *Estado deudor* se reconstruyera como *Estado consolidador*[21].

[20] Colin Crouch, «Privatised Keynesianism: An Unacknowledged Policy Regime», cit.; C. Crouch, *The Strange Non-Death of Neoliberalism*, Cambridge, Polity Press 2011. Véanse además, y entre otros, Monica Prasad, *The Land of Too Much: American Abundance and the Paradox of Poverty*, Cambridge, Harvard University Press, 2012; Raghuram J. Rajan, *Fault Lines: How Hidden Fractures Still Threaten the World Economy*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2010; Gunnar Trumbull, «Credit Access and Social Welfare: The Rise of Consumer Lending in the United States and France», *Politics and Society*, vol. 40, núm. 1, 2012, pp. 9-34.

[21] El gráfico 4.2 documenta que no hay ninguna relación de correspondencia entre el nivel de endeudamiento de un país y la prima de riesgo que tiene que pagar en los mercados de capitales. Japón, por ejemplo, refinancia su enorme deuda nacional con unos tipos de interés tan bajos que

Gráfico 4.2: Tipos de interés a largo plazo de determinados bonos públicos, selección de países de la OCDE*, 1998-2014



* Incluir a Grecia hubiera distorsionado la escala y los cambios en los tipos de interés en otros países hubieran resultado invisibles.

Fuente: OCDE Economic Outlook núm. 95.

La consolidación en tiempos difíciles

Entender la política del Estado consolidador requiere una mirada a la economía política del Estado deudor. El ascenso del Estado deudor se produjo al mismo tiempo que el aumento general de la desigualdad económica y ha estado estrechamente vinculado con ella. La decreciente fiscalidad de las economías capitalistas en el transcurso de la «globalización» produjo una creciente demanda de crédito por parte de los gobiernos, mientras que los recortes fiscales para quienes se hacían cada vez más ricos aumentaron la correspondiente oferta. Como resultado, el Estado deudor encontró conveniente sustituir con el crédito unos impuestos cada vez más difíciles de

suponen un record. El gráfico también muestra que los repentinos saltos de los tipos de interés para unos cuantos países (se podría añadir a Grecia, Irlanda, Portugal y otros en el periodo posterior a 2009) son capaces de poner en marcha un esfuerzo generalizado para recuperar la confianza de los mercados por medio de la «reforma», como en la Unión Europea. Véase la siguiente sección.

recaudar, en la medida en que los ciudadanos se mantenían dispuestos a considerar a los bonos públicos como una inversión segura. Los Estados que se endeudaban permitían a los ciudadanos con ingresos altos mantener su dinero en vez de confiscarlo, invertirlo con seguridad, recoger los intereses que producía y trasmitirlo a sus hijos. A diferencia de lo que algunas veces sugieren los estudios[22], los ricos en las democracias ricas no se oponen necesariamente a la deuda pública, ya que la alternativa puede ser la subida de impuestos, especialmente para ellos. Sin embargo, lo que sí les preocupa es una deuda demasiado grande que comprometa la capacidad del gobierno de amortizarla.

Sin embargo, dónde se encuentra el límite del endeudamiento es algo que no puede responderse de manera generalizada. Los Estados incumplen sus pagos cuando no pueden devolver la deuda vieja asumiendo deuda nueva. El nivel de endeudamiento en que los mercados financieros dejarán de proporcionar crédito a los Estados es variable, no solo depende de la magnitud de la deuda existente, sino de la confianza que tengan los mercados en que sea devuelta. Por ello, a medida que los niveles de deuda aumentan, los Estados endeudados deben intensificar sus esfuerzos para asegurar esa confianza a fin de evitar que suban las primas de riesgo y que en algún momento pierdan su capacidad para endeudarse. Normalmente, los Estados harán todo lo posible para *no* incumplir sus pagos, ya que esto les puede excluir durante largo tiempo de su capacidad de endeudamiento. En este sentido, disfrutan de la ventaja de que pueden utilizar la fuerza –sobre sus ciudadanos– para recaudar los fondos que necesitan para pagar a sus acreedores[23]. Los gobiernos también pueden obligar a algunos de sus súbditos, especialmente a entidades financieras bajo supervisión prudencial, a invertir parte de su capital en bonos públicos, aduciendo que son especialmente seguros. Por otra parte, un gobierno soberano no puede ser obligado a devolver su deuda, ya que la única manera de que los acreedores tomen posesión de los activos del Estado es declarando la guerra. Los gobiernos soberanos son libres en principio para repudiar sus deudas o

---

[22] Uwe Wagschal, *Staatsverschuldung: Ursachen im internationalen Vergleich,* Opladen, Leske + Budrich, 1996.

[23] Como se ha señalado a menudo, el ascenso del constitucionalismo democrático, al hacer que «el pueblo» sea el soberano, convierte la deuda soberana en deuda del pueblo. A diferencia de un rey, un pueblo nunca muere y en una democracia la deuda pública puede interpretarse como una deuda en la que ha incurrido el propio pueblo, que por ello puede ser considerado moralmente responsable de ella, Marion Fourcade, Philippe Steiner, Wolfgang Streeck y Cornelia Woll, «Moral Categories in the Financial Crisis», *Socio-Economic Review*, vol. 11, núm. 4, 2013, pp. 601-627. La probabilidad de que la deuda pública fuera escrupulosamente pagada fue más elevada después de la primera ola de democratización, cuando el Parlamento ocupó el lugar del rey y estaba básicamente formado por quienes detentaban derechos de propiedad, que incluían los pagarés del Estado. Sin embargo, una democracia popular redistributiva puede potencialmente ser tan depredadora en relación a sus acreedores como un dirigente personal.

reembolsarlas solo en parte. Los intentos de establecer un régimen internacional de quiebra para los Estados, que regulara los derechos y obligaciones de deudores y acreedores y estableciera alguna forma de jurisdicción internacional, han fracasado hasta el momento.

La consolidación fiscal es esencialmente, por lo tanto, una medida para fomentar la confianza. Su objetivo es hacer que el Estado resulte atractivo para la inversión financiera dejando claro ante los mercados que está en posición de poder hacer frente a sus deudas. La consolidación rara vez trata de Estados que dejan por completo de endeudarse. Incluso después de que la deuda acumulada de un Estado haya empezado a disminuir, durante mucho tiempo habrá vieja deuda que tiene que ser refinanciada sobre una base renovada. Al margen de que la deuda esté creciendo o disminuyendo, los Estados siguen teniendo un interés vital en obtener primas de riesgo bajas sobre sus bonos públicos, ya que incluso un pequeño aumento en el tipo de interés medio que tienen que pagar puede hacer estragos en sus finanzas[24].

El emergente Estado consolidador actual es una respuesta político-institucional a las demandas de los mercados financieros, que piden una ruptura de la tendencia hacia un endeudamiento público cada vez mayor, en un momento en que los niveles de deuda estaban subiendo drásticamente, aniquilando todas las ganancias de la primera ola de consolidación que empezó en la década de 1990. Para continuar prestando, los mercados financieros quieren que se les asegure que la deuda pública está sometida a un control político, certificado por una demostrada capacidad de los gobiernos para detener y desde luego revertir su crecimiento a largo plazo. Los llamamientos de los acreedores a favor de la consolidación reflejan la experiencia de las cuatro últimas décadas durante las que la promesa keynesiana de unos gobiernos que se desapalancaban en los tiempos buenos para poder endeudarse en los malos no se había mantenido. Esa reflación fiscal tuvo un efecto de acumulativo, que produjo niveles de deuda cada vez mayores, aumentando continuamente el gasto público. La consolidación trata de revertir lo que cada vez más parecía una vía de un solo sentido hacia la insolvencia y de hacer que los gobiernos regresen de una vez por todas a la solidez y sostenibilidad fiscales.

La contención o reducción de la deuda puede alcanzarse si no se reemplaza la deuda devuelta o, a falta de ello, por medio de la «represión fiscal»: una combinación de tipos de interés bajos con elevadas tasas de inflación, o crecimiento nominal, durante un periodo más largo de

---

[24] Un aumento de los tipos de interés medios de dos puntos porcentuales de la deuda acumulada de un Estado significaría un aumento del gasto público en cinco puntos porcentuales para un país con una deuda total del 100 por 100 del PIB y una participación pública del 40 por 100 en el PIB. El gasto total de defensa para la mayoría de los países de la OTAN está muy por debajo del 2 por 100 del PIB.

tiempo, por medio de la cual la deuda existente se devalúa lentamente. La reducción o, por lo menos, la estabilización de la deuda pública mediante la represión fiscal puede ser una manera aceptable de restaurar la credibilidad financiera siempre que el «corte de pelo»[25] resultante sea moderado y los grandes inversores sean advertidos con suficiente antelación. En la práctica, la consolidación como medida para fomentar la confianza actúa, casi por norma, *no aumentando los ingresos sino recortando los gastos*. Las excepciones pueden ser el incremento de los impuestos sobre el consumo, la imposición de mayores tasas a los usuarios y el aumento de las contribuciones a la seguridad social, medidas todas ellas que incrementan la regresividad de los regímenes fiscales. Los muy publicitados esfuerzos para cerrar lagunas fiscales y evitar los cambios de base internacionales, recientemente a escala del G-20, todavía tienen que producir resultados; en cualquier caso, como mucho podrían ralentizar el declive de los ingresos fiscales, no ponerle fin o revertirlo. Un superávit presupuestario, incluyendo el debido a menores tipos de interés o a inesperados aumentos de los ingresos fiscales, se utiliza preferentemente para saldar la deuda o recortar los impuestos, para suprimir tentaciones políticas de regresar a anteriores niveles de gasto.

Un Estado consolidado ya establecido es el que ha conseguido institucionalizar un compromiso político y ha construido una capacidad política para no incurrir en impagos de su deuda, proyectando una inflexible determinación de situar sus obligaciones para con los acreedores por encima de todas las demás. Este Estado presenta una configuración general de las fuerzas políticas que hace que el gasto aumente con dificultad, mientras que con facilidad realiza recortes en todo excepto en el servicio de la deuda. Los países con un Estado pequeño, como Estados Unidos y Japón, es más probable que sean reconocidos como Estados consolidados ya que una baja participación pública en la economía puede tomarse como indicador tanto de una arraigada aversión al gasto público como de la posibilidad de aumentos fiscales como *ultima ratio* en caso de emergencias financieras[26].

Un país que se acerca al ideal es Estados Unidos, que combina poderosas políticas antirecaudatorias con un sacrosanto compromiso constitucional para no poner en peligro su «prestigio y solvencia»[27]. De

---

[25] Una expresión coloquial para un deudor soberano que cambia unilateralmente los términos de un préstamo en una crisis fiscal a expensas de sus acreedores.

[26] Así, Japón podría, en principio, resolver el problema de su enorme deuda pública introduciendo un impuesto sobre las ventas más elevado, y Estados Unidos podría hacer lo mismo introduciendo una tasa federal sobre la gasolina, que incluso permanecería claramente por debajo de los niveles europeos.

[27] Artículo IV, Sección 1 de la Constitución de Estados Unidos, que ha llegado a interpretarse como aplicable a los bonos del tesoro de Estados Unidos y a similares compromisos financieros.

hecho, en Estados Unidos, como en ningún otro país, todo el abanico político da por supuesto que el servicio de la deuda debe tener precedencia sobre cualquier otra cosa, incluyendo a las pensiones públicas. Incluso el movimiento alrededor del Tea Party contribuyó –involuntariamente– a la percepción de Estados Unidos como un sólido deudor cuando fue derrotado en 2011 y 2013 sobre el techo a la deuda nacional por una coalición entre el presidente y la dirección republicana, que en aquél momento solo podían coincidir en que Estados Unidos debe en todas las circunstancias cumplir con los pagos de su deuda, si es necesario incurriendo en nuevas deudas.

En otros lugares he descrito como el Estado deudor tiene dos grupos políticos de referencia[28], los ciudadanos y los acreedores, o dos pueblos, un *Staatsvolk* [ciudadanía] y un *Marktvolk* [comunidad del mercado]. Los Estados deudores tienen que ser leales con ambos, mientras luchan para ver quién va a ser el socio principal y quién, en una crisis fiscal, tiene que ceder. El Estado consolidador resuelve esa lucha a favor de su segundo grupo político de referencia, su *Marktvolk*, internalizando firmemente la primacía de los compromisos comerciales-contractuales del Estado con sus acreedores frente a sus compromisos público-políticos con su ciudadanía. En un Estado consolidador los ciudadanos salen perdiendo frente a los inversores, los derechos de ciudadanía quedan ahogados por las demandas de contratos comerciales, los votantes están por debajo de los acreedores, los resultados de las elecciones son menos importantes que los de las subastas de bonos, la opinión pública importa menos que los tipos de interés, las lealtades de los ciudadanos menos que la confianza de los inversores y el servicio de la deuda desplaza a los servicios públicos. (Una típica representación ideal de las relaciones entre los Estados deudores y sus dos grupos políticos de referencia se encuentra en el cuadro 4.1). También se podría hablar de dos clases de deuda pública: *explícita* en relación a «los mercados» e *implícita* en relación a los ciudadanos, la segunda devaluada en relación a la primera; o de dos clases de derechos de propiedad o titularidades: *capitalista* y *cívica*, la primera elevándose por encima de la segunda. En resumen, un Estado consolidador puede describirse como aquél cuyas *obligaciones con el mercado* comercial tienen precedencia sobre sus *obligaciones políticas con sus ciudadanos*, un Estado donde esos ciudadanos carecen de recursos políticos o ideológicos para impugnar esta situación.

[28] W. Streeck, *Buying Time*, cit.

Cuadro 4.1. El Estado deudor democrático y sus dos pueblos

Staatsvolk	*Marktvolk*
nacional	internacional
ciudadanos	inversores
derechos civiles	reclamaciones contractuales
votantes	acreedores
elecciones (periódicas)	subastas (continuas)
opinión pública	tipos de interés
lealtad	«confianza»
servicios públicos	servicio de la deuda

Convertir una democracia popular en un Estado consolidador lleva tiempo, ya que exige desempoderar las políticas democrático-igualitarias en favor de una sólida posición como cliente en los mercados financieros. El objetivo es resolver la *ambivalencia básica de la democracia*: por un lado, como un deudor despersonalizado, menos caprichoso, más duradero y fiable y, por otro, como un agente soberano de asignación y distribución de la riqueza. Esto implica atar las manos del Estado redefiniendo su soberanía dentro de la garantía de su capacidad para devolver su deuda, haciendo que la elaboración de unos presupuestos equilibrados, por ejemplo, sea un requerimiento constitucional de obligado cumplimiento. Aunque los gobiernos pueden presentar a los ciudadanos un presupuesto equilibrado o con superávit como un paso en el camino hacia la independencia gubernamental frente a los inversores financieros[29], el propósito inmediato es asegurar a los prestamistas que su inversión es segura y que en cualquier momento pueden ser pagados y reembolsados. Las primas de riesgo bajas también se pueden alcanzar mediante otras reformas institucionales, siempre que resulte creíble que evitarán que futuros gobiernos atenúen de nuevo los conflictos distributivos capitalistas utilizando el gasto público y de esa manera pongan en peligro la fiabilidad del Estado como deudor.

Evitar que el Estado deudor actúe como depredador de sus prestamistas también puede lograrse mediante mecanismos internacionales. Los Estados tienen un interés colectivo en asegurar que la reputación de los deudores soberanos no la pongan en peligro gobiernos díscolos, que utilicen su soberanía para expropiar a sus prestamistas. Instituciones internacionales como el FMI, el Banco Mundial y la Unión Europea ayudan con préstamos a los Estados potencialmente insolventes con

---

[29] Véase, por ejemplo, las variadas afirmaciones del anterior primer ministro sueco, Göran Persson, recogidas por Philip Mehrtens, *Staatsschuldung und Staatstätigkeit: Zur Transformation der politischen Ökonomie Schwedens*, Fráncfort del Meno, Campus, 2014

la condición de que se reformen de manera que puedan prometer de manera creíble que no volverán a dejar sus cuentas en descubierto. La disciplina también la pueden imponer Estados hegemónicos, como Estados Unidos, alineados con los mercados financieros globales. El último ejemplo de ello es Argentina. Después de haber pedido préstamos en Nueva York, el país se encontró inesperadamente bajo la jurisdicción de un tribunal estadounidense, que declaró ilegal la reestructuración en 2002 de parte de su deuda[30]. Habida cuenta de que por necesidad todos los principales bancos tienen filiales en Estados Unidos, cualquier gobierno que utilice el sistema bancario para manejar sus transacciones financieras se expone a acciones legales estadounidenses en defensa de los derechos de propiedad de inversores en deuda pública, mientras sigan en vigor las normas actuales.

Convertir al Estado deudor de finales el siglo XX en un Estado consolidador no es una empresa fácil, especialmente cuando sucede en tiempos económicamente difíciles. Con la desigualdad económica creciendo en todas partes, el gasto social financiado por la deuda ayudaba a que los Estados mantuvieran una apariencia de igualitaria ecuanimidad. Equilibrar los presupuestos recortando beneficios y servicios sociales corre el riesgo de provocar una violenta reacción democrática a no ser que se reconstruyan las instituciones políticas para aislar la política económica de las presiones populares-electorales, de una manera hayekiana[31] o posdemocrática[32]. Caminar hacia un Estado consolidador también se ve dificultado por el hecho de que esta transformación se produce en un momento de lento crecimiento, si no de estancamiento secular[33], donde es probable que la austeridad ocasione una nueva contracción económica[34]. (También se vuelve más urgente por la deuda adicional acumulada como resultado de la crisis financiera de 2008). Para los inversores en las finanzas públicas, que buscan la garantía de la seguridad de su inversión, el crecimiento económico es tan importante como los presupuestos

[30] Esto se produjo después de años de inventivos intentos de los «fondos buitre» estadounidenses para movilizar las leyes civiles de diversos países para hacer que el Estado argentino cumpliera con las condiciones originales del préstamo. Esencialmente se trataba de sustituir la ley comercial nacional por la todavía inexistente ley internacional de quiebra soberana. Pola Oloixarac, «Argentina vs. The Vultures», 18 de septiembre de 2014, topics.nytimes.com, acceso 24 de septiembre de 2014.

[31] W. Streeck, *Buying Time*, cit.

[32] C. Crouch, *Post-Democracy*, cit.

[33] Como sugería ni más ni menos que Lawrence («Larry») Summers en la que ahora es una legendaria presentación en el Foro Económico del FMI el 8 de noviembre de 2013. Véase también su ensayo «Why Stagnation Might Prove to be the New Normal» en el *Financial Times* del 15 de diciembre del mismo año, donde observa que incluso antes de la crisis de 2008, «las burbujas y el crédito flexible solamente permitieron impulsar un crecimiento moderado».

[34] Mark Blyth, *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, Oxford, Oxford University Press, 2013 [ed. cast.: *Austeridad. Historia de una idea peligrosa*, Barcelona, Crítica, 2014].

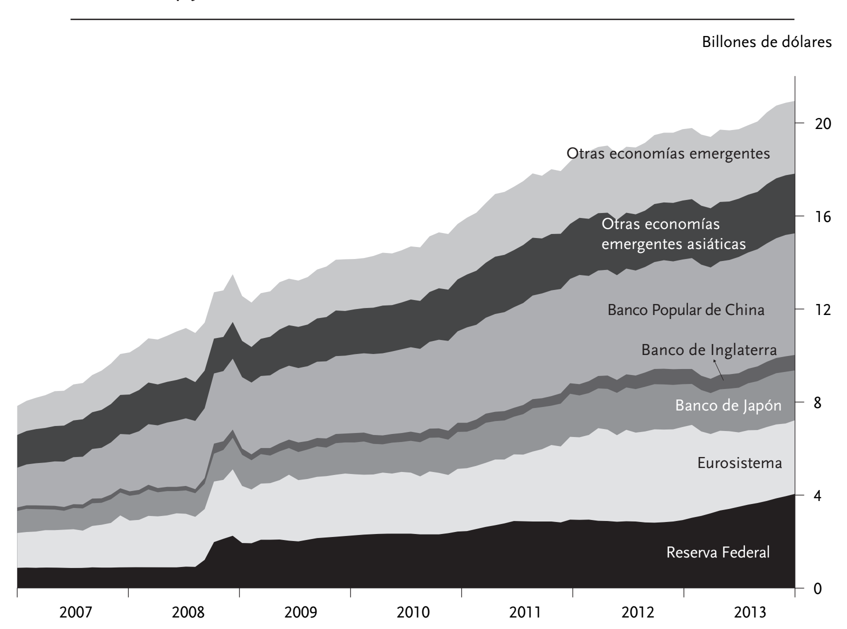
equilibrados; sin embargo, resulta difícil, si no imposible, que se produzcan ambos a la vez. Desde un punto de vista político, en una situación de lento crecimiento y creciente desigualdad, las reformas institucionales y la austeridad fiscal son difíciles de imponer sobre una sociedad que todavía tiene el recurso de participar en elecciones democráticas, mientras que económicamente pueden afectar a la demanda agregada y producir una espiral deflacionaria. Aunque la doctrina neoliberal dominante promete el crecimiento como futura recompensa por la presente austeridad, para los inversores que esperan cobrar esa promesa puede ser demasiado incierta y el futuro antojarse demasiado lejano como para hacer que se sientan mejor.

La transformación del Estado deudor en un Estado consolidador está en marcha, pero en absoluto es fluida. Aunque interrelacionadas a través de los mercados financieros globales, sus manifestaciones locales difieren entre sí, aunque la lógica sea la misma. Algunas reformas institucionales ya se han implementado, pero muchas otras todavía son procesos en marcha. Especialmente en Europa, la consolidación está políticamente cuestionada, particularmente en países como Francia e Italia. Mientras los acreedores se preocupan por la consolidación que trastorna el crecimiento económico y los gobiernos por la austeridad que debilita la estabilidad política, la deuda pública ha seguido aumentando en la mayoría de los países y lo seguirá haciendo en 2014, aunque nadie crea que los niveles actuales sean sostenibles. Actualmente, gran parte de la refinanciación de los Estados deudores la proporcionan los bancos centrales: en Estados Unidos y Japón, directamente; en Europa, indirectamente por medio de los préstamos que el Banco Central Europeo hace a los sistemas bancarios nacionales que, a su vez, prestan a sus Estados nacionales[35]. Pero aunque los balances de los principales bancos centrales hayan crecido rápidamente desde 2008 (gráfico 4.3), los tipos de interés históricamente bajos y las inyecciones de liquidez sin precedentes en la economía mundial no han conseguido hasta ahora estimular el crecimiento económico, lo cual haría que las reformas pro-mercado fueran más aceptables y ayudaría, así mismo, a que los Estados paguen a sus acreedores. Al igual que con respecto a la deuda pública, entre las elites económicas reina el acuerdo de que la política de dinero barato no puede continuar indefinidamente. El objeto del debate es durante cuánto tiempo más es posible apoyarse en ella y cómo se puede concluirla sin causar una nueva megacrisis político-económica.

---

[35] Bajo el Tratado de Maastricht, el Banco Central Europeo no está autorizado a prestar a los países miembros, por lo que tuvo que idear maneras de sortear el Tratado.

Gráfico 4.3: Activos totales de determinados bancos centrales



Fuente: Bank of International Settlements, *84th Annual Report* (2013/14), datos estadísticos.

El Estado consolidador europeo

En Europa, el emergente Estado consolidador se diferencia en varios aspectos del modelo estadounidense. Los países de Europa Occidental no cuentan con una moneda hegemónica y la democracia redistributiva todavía no ha perdido su apoyo popular. Tampoco está establecida la primacía de la deuda explícita de los Estados con los mercados de capitales sobre la deuda implícita con sus ciudadanos, como sucede en Estados Unidos, y lo mismo se aplica a la austeridad como principio de la actividad interna del Estado, exceptuando quizá a Gran Bretaña y a los países poscomunistas del este de Europa, los cuales, sin embargo, no han tenido suficiente tiempo para acumular cantidades de deuda pública potencialmente críticas. También, en la Europa de la Unión Monetaria la consolidación adopta una forma peculiar, ya que avanza bajo un régimen internacional que rige las políticas fiscales y financieras de una colección de Estados-nación formalmente soberanos, para asegurar de ese modo su compatibilidad con una política monetaria supranacional común. A no ser que se indique otra cosa, el análisis que realizo a continuación se centra solamente en la eurozona, o *Eurolandia*, y en sus Estados miembros.

La construcción del régimen monetario del euro traiciona sus orígenes en la primera ola de consolidación global acaecida en la década de 1990. Los Estados miembros no estaban autorizados a tener déficits presupuestarios por encima del 3 por 100 del PIB, y la deuda acumulada no debía superar el 60 por 100 del mismo. La única misión del Banco Central Europeo era defender la estabilidad monetaria y la concesión de créditos a los Estados miembros estaba explícitamente prohibida. Igual que el Bundesbank alemán, el BCE es independiente de los gobiernos elegidos y está aislado de las presiones políticas; de hecho, su independencia es todavía mayor, ya que no tiene un gobierno supranacional unificado como contrapartida política y solamente hace frente a un consejo de jefes de gobierno nacionales. Otra autoridad supranacional no política, la Comisión Europea, es la encargada de velar por el cumplimiento por parte de los Estados miembros de las reglas de la eurozona. Este régimen, inspirado en el modelo alemán, pronto se demostró incapaz de imponer la disciplina fiscal ni siquiera a Alemania. También fracasó en impedir la eurocrisis posterior a 2008, cuando deudores públicos y privados en varios países miembros de la unión monetaria europea aparecieron súbitamente sobreendeudados y perdieron la confianza de sus acreedores, especialmente cuando sus respectivas economías nacionales empezaron a estancarse con la posibilidad de entrar en un escenario de deflación provocado por los niveles de endeudamiento. Como consecuencia, las primas de riesgo de la deuda pública de varios países miembros de la unión monetaria europea empezaron a subir; en países como Italia, Grecia, España e Irlanda alcanzaron un nivel incontrolable.

Como he indicado, no existe un límite económico general para la deuda pública y dilucidar este requiere una valoración de riesgo estrictamente individualizada, caso por caso, por parte de los acreedores. En la unión monetaria europea, los mercados financieros habían prestado libremente a los países miembros más débiles a unos tipos de interés históricamente bajos, aparentemente partiendo de la premisa de que, al margen de lo dispuesto en el tratado, su deuda sería de alguna manera mutualizada si se declarasen insolventes. Después de 2008, esto resultó una ilusión, probablemente inspirada por fuerzas integracionistas en la Comisión, y el hecho de prestar a los países mediterráneos se convirtió en el equivalente internacional de los prestamos hipotecarios *subprime* del mercado de la vivienda estadounidense. Dado que el servicio de la deuda acumulada era una responsabilidad nacional, pronto se constató que la desvinculación de la política fiscal y financiera de la democracia nacional, tal y como exigían los mercados financieros, no había ido lo suficientemente lejos. La resistencia democrática a la austeridad en el Sur y a una «unión de transferencias» en el Norte impedía restaurar la confianza de los inversores en los Estados miembros meridionales. Las esperanzas de que se recuperara el crecimiento

como resultado de la «reforma» neoliberal –de las políticas e instituciones fiscales, así como de los mercados de trabajo y los sistemas de seguridad social– quedaron defraudadas o no se intentaron, ya que la reforma se atascó en la política doméstica. En la resultante paralización, el BCE ganó tiempo para el euro inundando los mercados con dinero, como sucedáneo de la mutualización de la deuda, para mantener bajos los tipos de interés y la solvencia de los Estados miembros. Al mismo tiempo el BCE insiste en que esto no puede continuar indefinidamente y que los gobiernos nacionales tienen a su vez que impulsar las reformas institucionales y económicas para hacer que el capitalismo europeo, como está organizado en la unión monetaria europea, se «ajuste más al mercado» (Angela Merkel).

La remodelación del sistema estatal de la unión monetaria europea en un *Estado consolidador europeo* avanza lenta e irregularmente, jalonada por las elecciones nacionales y europeas, que obligan a los gobiernos a dar una imagen de sí mismos receptiva de las preocupaciones de los ciudadanos, incluyendo a aquellas que de otro modo se desacreditan como «populistas». Aunque el emergente Estado consolidador europeo supone una novedosa clase de régimen político-económico, su desarrollo se produce fuera de la unión monetaria europea en un proceso gradual de reforma institucional condicionado por el camino que se tome. Su característica sobresaliente es una amalgama única de normas e instituciones nacionales, internacionales y supranacionales, de constituciones y tratados, y de políticas nacionales y relaciones internacionales. El resultado es *un Estado formado por Estados*, con una política interior que combina diversas políticas nacionales, con relaciones exteriores entre Estados-nación y con una autoridad supranacional ejercida en nombre de la colectividad por organismos burocráticos. Como régimen de consolidación fiscal, la unión monetaria europea en la forma que evoluciona como un Estado consolidador internacional puede caracterizarse del siguiente modo:

1. En una primera aproximación, el emergente Estado consolidador europeo es un acuerdo de vigilancia y control mutuo entre los que todavía son formalmente Estados-nación soberanos. Se fundamenta en un interés compartido por la reputación colectiva de los Estados en los mercados financieros y en el reconocimiento de que el incumplimiento de los pagos de un Estado pueden tener consecuencias negativas para todos los demás, por ejemplo en forma de tipos de interés más elevados o de repercusiones sobre los sistemas bancarios nacionales. La transformación de la unión monetaria europea en un Estado consolidado internacional por encima de un conjunto de Estados del bienestar nacionales es asegurar una conexión más estrecha de sus comportamientos económicos por medio de la observación, supervisión y disciplina mutuos. El desarrollo institucional

parte de la estructura original de la unión monetaria europea, como quedó establecida en la década de 1990, que se expande y fortalece gradualmente en el transcurso y durante el periodo posterior a la crisis fiscal de 2008, entre otras cosas a través de nuevas regulaciones, especialmente el llamado «Paquete de Seis» aprobado a finales de 2011 y nuevos tratados, como el Convenio Fiscal aprobado a principios de 2012[36].

2. Como un régimen internacional que no está directamente expuesto a las tradicionales políticas de clase y a la democracia popular, el Estado consolidador europeo está en mejor posición que el Estado-nación para imponer sobre electorados poco fiables una política fiscal que se adecúe al mercado, una política de austeridad y la primacía del servicio a la deuda sobre la prestación de los servicios públicos. Desempoderar al *Staatsvolk* a favor del *Marktvolk* (cuadro 4.1), desvinculando institucionalmente la democracia popular de la gestión de la economía[37] se hace más fácilmente por medio de una política internacional que por una nacional. A medida que la comunidad de Estados gana poder sobre sus miembros, otorgado tanto en acuerdos internacionales horizontales como en instituciones supranacionales verticales, puede llegar a sustituir a gobiernos nacionales elegidos en las urnas para instalar a representantes del sector financiero internacional como jefes de gobierno, como hizo el Consejo Europeo en Grecia e Italia en noviembre de 2011[38]. El objetivo es acabar con

---

[36] Los detalles de las normas y procedimientos son, como siempre en la Unión Europea, extremadamente complejos y su plena comprensión solo está al alcance de los expertos. Esencialmente, el régimen macroeconómico actualizado de la unión monetaria europea implica obligaciones vinculantes de los Estados miembros para comprometerse constitucionalmente con unos presupuestos equilibrados. También instituye la completa vigilancia de la política fiscal de los Estados miembros por parte de la Comisión Europea. Bajo el llamado Procedimiento de Déficit Excesivo, los Estados pueden verse sometidos a duras multas automáticas, si no mantienen sus déficits públicos por debajo de determinados límites. Además, bajo el Procedimiento de Desequilibrio Excesivo, la Comisión puede pedir a los países que revisen su política macroeconómica y que cambien instituciones importantes, como sus regímenes de negociación colectiva y sus políticas sociales, para hacerlas compatibles con la coordinación supranacional. Las directivas políticas individuales pueden abarcar un amplio abanico de temas, que hasta ahora no están bajo la jurisdicción de la Unión Europea. Para profundizar en el tema véanse, Martin Höpner y Florian Rödl, «Illegitim und rechtswidrig: Das neue makroökonomische Regime im Euroraum», *Wirtschaftsdienst – Zeitschrift für Wirtschaftspolitik*, vol. 92, núm. 4, 2012, pp. 219-222; Fritz W. Scharpf, «Monetary Union, Fiscal Crisis, and the Disabling of Democratic Accountability», en A. Schäfer y W. Streeck (eds.), *Politics in the Age of Austerity*, cit., pp. 134-136; W. Streeck, *Buying Time*, cit., pp. 107-109.

[37] He descrito esto como la imposición de un régimen hayekiano sobre la economía política europea, W. Streeck, *Buying Time*, cit.

[38] Como sucedió cuando el primer ministro griego, Andreas Papandreou, fue sustituido por el ex presidente del banco central griego Lukas Papademos, y el primer ministro italiano Silvio Berlusconi tuvo que dimitir en favor del antiguo comisario europeo y funcionario de Goldman Sachs, Mario Monti.

lo que queda de soberanía nacional sobre la política económica, en manos de los notoriamente difíciles electorados nacionales, a través de una agresiva reforma institucional efectuada tanto a escala internacional como nacional.

3. Más que en cualquier Estado-nación, el banco central de la unión monetaria europea, el BCE, puede actuar como una fuerza externa en relación a los gobiernos democráticos. Administrar la política monetaria de dieciocho Estados-nación está suficientemente lejos de la política interior de cada uno de ellos como para hacer que el apoyo a la política monetaria de los gobiernos nacionales dependa de su colaboración con la política fiscal y la reforma institucional. Junto a otras instituciones internacionales, especialmente el Fondo Monetario Internacional y la Comisión Europea, el BCE ha intervenido en profundidad en la política nacional de Estados miembros formalmente soberanos, entre otras cosas dictando al gobierno griego cuántos funcionarios públicos tenía que despedir y cuándo debía hacerlo. Dado que el BCE debe preocuparse por encima de todo por la confianza de los mercados financieros en la moneda que él administra, las reformas que exige a los Estados miembros solamente pueden ser reformas de adaptación al mercado. En particular, el BCE no puede apoyar cualquier ambición igualitaria-redistributiva de los gobiernos nacionales. La independencia política sin precedentes del BCE se traduce en una capacidad sin precedentes para satisfacer los intereses de los mercados financieros y en una dependencia sin precedentes de esos mercados.

4. Las relaciones internacionales que van incorporadas al Estado consolidador de la unión monetaria europea son marcadamente asimétricas. Los países económicamente débiles, aunque sean mayoría, se enfrentan a un pequeño número de países económicamente fuertes, que están en posición de imponer su voluntad amenazando con retirar el apoyo financiero. Alemania, gracias a la recuperación de su poder económico en 2008 y como principal beneficiario de la unión monetaria europea debido a su fortaleza exportadora y a los actuales bajos tipos de interés europeos[39], gobierna *de facto* la unión monetaria europea como un imperio económico alemán. Por medio del euro impone sobre el resto de Europa una moneda fuerte a la que se ha acostumbrado desde la guerra, una imposición que alcanza a países como Francia e Italia, que durante mucho tiempo se han apoyado en

[39] Esto era diferente a principios de la década de 2000, cuando los tipos de interés del euro, establecidos para combatir la inflación en el Sur, eran demasiado elevados para la baja inflación de Alemania, F. W. Scharpf, «Monetary Union, Fiscal Crisis, and the Disabling of Democratic Accountability», cit.

una moneda débil como medio de gestionar el conflicto distributivo nacional, mientras intermitentemente se apoyaban en la devaluación para restaurar temporalmente su competitividad internacional[40]. No hay ninguna disposición en los tratados dirigida a convertir la unión monetaria europea en un acuerdo para la redistribución internacional, también conocida como «unión de transferencias», al margen del hecho de que incluso Alemania y Francia en su conjunto son demasiado pequeñas para proporcionar a los países más débiles algo más que una simbólica asistencia económica[41]. En la medida en que para mantener solventes a Estados sobreendeudados y mantener la propia unión monetaria es necesaria cierta redistribución desde los fuertes a los débiles, ello se hace mediante canales encubiertos, también debido a cierta resistencia de los votantes del norte de Europa. Servir como un conducto invisible para las transfusiones monetarias es otra de las funciones que actualmente realiza el BCE.

5. De llevarse hasta el final, las reformas institucionales impuestas por la unión monetaria europea sobre los Estados miembros sobreendeudados acabarán en una profunda reestructuración de las economías políticas nacionales, especialmente en los países del Mediterráneo. Estas reformas, basadas en el «modelo alemán» como se entiende actualmente[42], acabarían con el histórico compromiso de clases de países como Italia y Francia, que aceptaban elevados índices de inflación y de gasto público, incluyendo frecuentes déficits públicos, como precio de la paz social[43]. La elevada inflación hacía que el déficit público fuera soportable, porque devaluaba la deuda sobre una base actualizada; los tipos de interés bajos y las elevadas subvenciones públicas proporcionaban empleo estable, y los efectos negativos

[40] Ahora hay una gran bibliografía sobre las fricciones causadas por unas políticas económicas nacionales forzadas a actuar bajo un régimen monetario común. Véase, por ejemplo, Klaus Armingeon y Lucio Baccaro, «Political Economy of the Sovereign Debt Crisis: The Limits of Internal Devaluation», *Industrial Law Journal*, vol. 41, núm. 3, 2012, pp. 254-275; Charles B. Blankart, «Oil and Vinegar: A Positive Fiscal Theory of the Euro Crisis», *Kyklos*, vol. 66, núm. 3, 2013, pp. 497-528; Peter Hall, «The Economics and Politics of the Euro Crisis», *German Politics*, vol. 21, núm. 4, 2012, pp. 355-371; Alison Johnston y Aidan Regan, *European Integration and the Incompatibility of Different Varieties of Capitalism: Problems with Institutional Divergence in a Monetary Union*, MPIfG Discussion Paper 14/15, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2014; Martin S. Feldstein, *The Euro and European Economic Conditions*, Working Paper 17617, Cambridge, National Bureau of Economic Research, 2011.

[41] W. Streeck y Lea Elsässer, *Monetary Disunión: The Domestic Politics of Euroland*, MPIfG Discussion Paper 14/17, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2014.

[42] Hace alrededor de dos décadas, el «modelo alemán» se conocía por su desigualdad relativamente baja y su elevada protección social bajo un acuerdo social negociado entre el capital y el trabajo. Actualmente, Alemania se identifica con la contención salarial, la inflación cero, el superávit exportador, los presupuestos equilibrados y la «reforma de las políticas sociales».

[43] P. Hall, «The Economics and Politics of the Euro Crisis», cit.; C. B. Blankart, «Oil and Vinegar», cit.

> sobre la competitividad en el exterior se compensaban periódicamente con la devaluación. En la medida en que este sistema apoyaba mercados de trabajo «rígidos», jornadas laborales reducidas, costosos servicios públicos, pensiones elevadas y tempranas y aumentos salariales elevados y regulares, era una espina clavada a los ojos de una creciente clase media, así como de unas elites tecnocrático-nacionalistas empeñadas en «modernizar» sus países. Para ellos, la unión monetaria europea prometía romper una resistencia institucionalmente arraigada a la modernización capitalista, deshaciendo diversos arreglos económicos de los que dependían sus compromisos nacionales de clase. Al imponerse en sus países desde el exterior la amarga medicina de la austeridad y la flexibilidad, esperaban que finalmente podrían «valerse por sí mismos», prepararse para la «globalización» y competir con éxito con Alemania.

La unión monetaria europea y el Estado consolidador internacional que crece en ella representan una oportunidad única para la racionalización capitalista de economías, Estados y sociedades «atrasados». No obstante, debido al peligro de obstrucción democrática, el cambio hacia una democracia adecuada al mercado solamente puede realizarse lentamente. Tanto la política nacional como la internacional en torno a la consolidación fiscal son complejas y enrevesadas; se pueden ver las agonías del gobierno de Hollande en Francia, inicialmente elegido para reemplazar a «Merkozy», ante las presiones alemanas para adherirse a las políticas de consolidación internacional germano-europeas. También se puede observar el ascenso en Alemania del partido antieuro, Alternative für Deutschland, que expresa y sin duda fortalece la resistencia alemana a una «unión de transferencias», o las crecientes tensiones internacionales entre Francia e Italia, por un lado, y Alemania, por otro. A finales de 2014, la discusión giraba en torno a la devaluación administrada de la moneda común como sustituto de una devaluación nacional; al adelanto de los plazos para la consolidación del Pacto Fiscal, y a los «programas de crecimiento» para los países meridionales y Francia, financiados mediante la emisión de nueva deuda, aunque esta conozca máximos históricos y su aumento no haya producido un crecimiento, que se prolongara más de un lustro[44]. Habida cuenta de la insostenibilidad de la acumulación indefinida de deuda, estas son las batallas libradas en la retaguardia de la marcha colectiva hacia el equilibrio

[44] De hecho, con un nivel elevado de endeudamiento unas condiciones que de otro modo serían favorables pueden hacer que los deudores no incurran en nuevas deudas por miedo a la bancarrota. La retórica europea del crecimiento es pacificar a los votantes, a los partidos socialdemócratas y a los Estados miembros del Sur. También juega con la ambivalencia de los acreedores que quieren la consolidación y el crecimiento al mismo tiempo. Sin embargo, la experiencia les dice que nuevas cantidades de deuda, si se permiten, simplemente se sumarán a las existentes en vez de utilizarse para avanzar en la consolidación.

presupuestario impuesto por los mercados financieros, por un lado, y por la hegemonía alemana, por otro.

Un nuevo régimen

Reconstruir un Estado deudor en la forma de un Estado consolidador –un Estado en el que los mercados financieros puedan depositar una confianza que sea algo más que momentánea– es un proceso largo. Una vez finalizado, nos encontramos con un nuevo régimen fiscal en el que la austeridad pública es el principio fundamental, que gobierna las relaciones entre el Estado y la sociedad: una «configuración [reformada] de intereses políticos, instituciones y acuerdos sobre las políticas públicas, que estructuran los conflictos sobre los impuestos y los gastos [...] un contexto político particular de instituciones, poderosas organizaciones, políticas públicas e ideas dominantes»[45].

Poner fin a la prolongada acumulación de deuda pública y recuperar la confianza de los mercados financieros exige profundos cambios en las instituciones políticas y en las estructuras sociales. El recorte gradual del nuevo endeudamiento a fin de garantizar un presupuesto equilibrado, que tiende a llevar varios años, sería en sí mismo insostenible si no estuviera acompañado por la redefinición de las responsabilidades del gobierno y de los objetivos de la política pública en pos de un Estado más pequeño y de un mercado ampliado; si no pretendiera contar con menos provisiones públicas y con más privadas; si no pugnara por la privatización de los activos y actividades del Estado y por la sustitución de la solidaridad colectiva por el esfuerzo individual. En última instancia, la construcción de un Estado consolidado incrustado en un régimen de consolidación implica una racionalización de largo alcance, o «economización», de la política y la sociedad. En el proceso, el Estado pasa a parecerse menos a las entidades soberanas y más a las empresas: en vez de estar por encima de los mercados tiene que responder ante ellos. Mientras que la política del capitalismo democrático consiste en proteger a la sociedad de los «caprichos del mercado» (Polanyi), la política del Estado consolidador protege a los mercados financieros de lo que para ellos son los caprichos de la política democrática.

La consolidación es convertir al Estado activista-intervencionista del capitalismo democrático de la posguerra en un Estado demediado receptivo a las presiones del mercado. Para que la disciplina fiscal sea creíble y efectiva tiene que estar anclada en las instituciones políticas que controlan la producción social de demandas colectivas. En el análisis final, la

---

[45] Paul Pierson, «From Expansion to Austerity: The New Politics of Taxing and Spending», en Martin A. Levin *et al.* (eds.), *Seeking the Center: Politics and Policymaking at the New Century*, Washington DC, Georgetown University Press, 2001, pp. 56-57.

transformación del Estado deudor en un Estado consolidado pone fin a la tendencia –prevista tanto por la «Ley de Wagner» como por la suposición marxiana de una creciente socialización de la producción– hacia una sociedad capitalista industrial madura, que requiere niveles de apoyo público en constante aumento –de inversiones en infraestructuras y en todo tipo de trabajo colectivo de reparación y compensación– hasta el punto en que el industrialismo capitalista sería incompatible con la propiedad privada de los medios de producción. Imponer la austeridad pública sobre el Estado deudor de finales del siglo XX puede interpretarse como un esfuerzo para escapar de esta tendencia, en respuesta a la creciente resistencia de la sociedad capitalista contra la tributación para atender las prestaciones públicas. El resultado es un experimento político a gran escala que entrega a la empresa privada las tareas de proteger contra los riesgos sociales, de proporcionar asistencia, educación y sanidad, de construir y mantener las infraestructuras públicas e incluso de gestionar áreas de la propia actividad de gobierno (la guerra, los servicios de inteligencia). De esta manera, el establecimiento del Estado consolidado representaría la etapa final del proceso de (neo)liberalización que empezó a finales de la «tumultuosa» década de 1970[46].

Como ya se ha señalado, el Estado consolidador toma su modelo de Estados Unidos después de que instaurara domésticamente un régimen de austeridad en la década de 1990[47]. Un paso importante de ese proceso fue «el fin de las prestaciones sociales tal y como las hemos conocido» durante la presidencia de Clinton[48]. El hecho de que la reforma fuera aprobada por un presidente del Partido Demócrata reforzaba su efecto de construcción de confianza. Un elemento que también contribuyó a esta reforma fue que el proceso gradual hacia un presupuesto equilibrado –y posteriormente a un superávit presupuestario al final del segundo mandato de Clinton– se alcanzó mediante recortes de gastos y no mediante el aumento de los ingresos. De hecho, la reducción del déficit gracias a la reducción del gasto público fue acompañada por sustanciosos recortes de los impuestos que, aunque repetidamente renovando el déficit, crearon presiones para introducir nuevos recortes de gastos una vez que «la lucha contra el déficit» se había establecido como el principio supremo del nuevo régimen[49].

El sucesor de Clinton desperdició inmediatamente el superávit que heredó en recortes fiscales, publicitados por George W. Bush durante la

---

[46] W. Streeck, *Buying Time*, cit.
[47] Paul Pierson, «The Deficit and the Politics of Domestic Reform», en Margaret Weir (ed.), *The Social Divide: Political Parties and the Future of Activist Government*, Washington DC, Brookings Institution Press and Russell Sage Foundation, 1998, pp. 126-178.
[48] Se refiere a la aprobación de la *Personal Responsibility and Work Opportunity Act [*Ley de Responsabilidad Personal y Oportunidades de Trabajo] en 1996.
[49] P. Pierson, «From Expansion to Austerity», cit.

campaña presidencial de 2000 como «una devolución a los ciudadanos de lo que por derecho les corresponde». Sin embargo, ni esto ni las guerras en Afganistán e Iraq debilitaron la confianza de los mercados financieros. Estados Unidos tiene más de una manera de tranquilizar a sus acreedores, incluyendo su capacidad para producir de la nada cantidades ilimitadas de la moneda de reserva global. No obstante, el hecho que durante la década de 1990 el gobierno estadounidense administrara la amarga medicina de la austeridad a su ya anémico Estado del bienestar fortalecía la confianza de los mercados financieros en su «total credibilidad», lo que se añadía a la primacía culturalmente establecida de las obligaciones del mercado financiero sobre los derechos de los ciudadanos. Además, en la medida en que Estados Unidos registra un déficit para financiar sus gastos militares y sus guerras, puede pedir a sus aliados ricos en recursos que compren bonos del Tesoro a cambio de protección, haciendo innecesario que estos últimos mantengan fuerzas militares propias. También, el gasto en la guerra es discrecional y temporal y, como los recortes de impuestos y los gastos fiscales, también puede utilizarse para justificar recortes en otras áreas. Incluso un enorme crecimiento del déficit público, que haría el crédito inaccesible para otros países, no puede debilitar la posición de Estados Unidos en los mercados financieros.

Los países europeos, menos privilegiados que Estados Unidos, empezaron una década más tarde a reinventarse a sí mismos como Estados consolidadores. Sus esfuerzos para instalar un régimen de austeridad, como muestra de un compromiso creíble con la adecuación al mercado, tenían que ir más allá de los estadounidenses, habida cuenta de sus desventajas competitivas en los mercados de capitales: ausencia de moneda global, ninguna capacidad militar por la que mereciera la pena pagar, participaciones por lo general más elevadas del Estado en sus economías y ciudadanos más insistentes en sus derechos y prerrogativas sociales. Una iniciativa que contribuyó a dar credibilidad a estos esfuerzos fue anclar en el derecho internacional los compromisos nacionales con la austeridad fiscal –como el Pacto Fiscal–, al igual que la ascendente hegemonía de un país como Alemania, que históricamente ha prosperado sobre la base de un crecimiento impulsado por las exportaciones y un régimen de moneda fuerte[50]. El crecimiento de las cargas de la deuda a partir de 2008 aumentó la presión para una segunda ronda, más determinada, de esfuerzos de consolidación dirigidos a reducir las participaciones del Estado y a liberar recursos para dar servicio a la deuda pública restante. Como en otras partes, la consolidación en Europa no se ha producido de la noche a

---

[50] O en términos de Mertens, un régimen de exportación y ahorro. D. Mertens, *Privatverschuldung in Deutschland: Institutionalistische und vergleichende Perspektiven auf die Finanzialisierung privater Haushalte*, Tesis doctoral, Colonia, Universidad de Colonia, 2014.

la mañana; parece preferible introducir progresivamente los recortes de gastos, ya que permite que el establecimiento gradual de un régimen de austeridad se convierta en una característica permanente de la economía política.

Cómo la austeridad puede volverse permanente a medida que un país pasa de déficits presupuestarios a un superávit estable lo ha mostrado recientemente Lukas Haffert[51]. Haffert analiza lo que él llama la «hipótesis de la simetría», según la cual una vez que un Estado ha superado un déficit crónico, puede utilizar su recuperada capacidad fiscal para regresar al activismo político y restaurar programas que había recortado temporalmente. De hecho, como muestra Haffert, esta es a menudo la promesa que hacen los gobiernos socialdemócratas cuando se embarcan en la austeridad pública. Sin embargo, en la realidad los modelos de gasto después de la consolidación siguen centrados en la austeridad, que se convierte en la virtud fundamental que distingue un Estado consolidador neoliberal de su predecesor Estado deudor. Haffert explica esto por el hecho de que la transición desde niveles de deuda en crecimiento a niveles en disminución está asociada, y solamente se puede alcanzar, introduciendo profundos cambios en las rutinas políticas e institucionales, en la configuración de los intereses creados y en las ideologías y relaciones de poder, cambios que son imposibles de revertir en poco tiempo.

¿Cuáles son las consecuencias político-económicas duraderas de unos Estados que se dedican a la consolidación fiscal para asegurar a los mercados financieros que considerarán sacrosantas las obligaciones de su deuda y que harán lo que sea necesario para cumplir su servicio? La investigación reciente ha establecido cuatro de estas consecuencias:

1. Si el equilibrio presupuestario se alcanza mediante recortes de gastos en vez de aumentos de impuestos, y todavía más si va acompañado de recortes fiscales, se produce a expensas del gasto discrecional, que se diferencia del gasto obligatorio[52]. A medida que los presupuestos públicos se aproximan a un equilibrio, una parte creciente del gasto público va a cubrir gastos comparativamente rígidos, legalmente establecidos, como salarios para los trabajadores del sector público, pensiones y, por supuesto, el servicio de la deuda. Como en un Estado consolidador esta última es sacrosanta, la que tiene que reducirse es la inversión pública, tanto en infraestructuras físicas como en la educación, las

---

[51] Lukas Haffert, *Freiheit von Schulden – Freiheit zur Gestaltung? Die politische Ökonomie von Haushaltsüberschüssen*, Tesis doctoral, Colonia, Universidad de Colonia, 2014.

[52] W. Streeck y D. Mertens, «Politik im Defizit: Austerität als fiskalpolitisches Regime», *Der moderne Staat*, vol. 3, núm. 1, 2010, pp. 7-29; W. Streeck y D. Mertens, *Fiscal Austerity and Public Investment: Is the Possible the Enemy of the Necessary?*, MPIfG Discussion Paper 11/12, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2011.

familias, las políticas activas de empleo y políticas publicas similares, todas ellas denominadas inversión «suave»[53] o «social»[54]. A largo plazo, esto producirá presiones también sobre los «derechos», como la seguridad social, haciendo que sean políticamente más vulnerables y menos obligatorios de hecho. Las quejas sobre los viejos compromisos, que ahogan el gasto en el futuro y estrangulan la «democracia fiscal» al denegar a los gobiernos la libertad de decisión[55], también pueden acabar en beneficios menos generosos para las generaciones posteriores, mientras que los beneficios de los solicitantes existentes quedan congelados bajo las llamadas «cláusulas del abuelo». Esto es probable que deslegitime más las políticas sociales.

2. El equilibrio presupuestario no permite nuevas deudas y esto es especialmente cierto cuando se trata de la reducción de la deuda mediante el superávit fiscal. Por ello, la inversión pública tendrá que costearse a partir de los que muy probablemente serán unos ingresos en retroceso, lo cual significa que recuperar y retener la confianza de los mercados financieros puede exigir que los gobiernos recorten la inversión pública, incluso aunque los tipos de interés reales sobre la deuda se aproximan a cero. Las deficiencias resultantes en las infraestructuras físicas y sociales deben ser atendidas por inversores privados, que asuman lo que antes eran responsabilidades públicas. Una de las consecuencias probables es el aumento de diversas clases de asociaciones público-privadas, donde la inversión privada está respaldada por la pública y los gobiernos o los ciudadanos individuales pagan tarifas de usuario a las empresas privadas. Las señales muestran que los Estados y los ciudadanos tenderán a pagar más con esta clase de acuerdos de lo que hubieran hecho si la inversión hubiera permanecido en manos públicas. Esto parece especialmente cierto para comunidades locales, que a menudo carecen de la capacidad para negociar en plano de igualdad con los departamentos legales de inversores internacionales.

3. Recortar el gasto discrecional supone inevitablemente recortes en los servicios sociales, como educación y, especialmente, en los servicios universales, que benefician a todos los ciudadanos. A medida que el abanico y la calidad de los servicios que proporciona el Estado se va deteriorando, la clase media buscará provisiones privadas complementarias o alternativas y los gobiernos se verán presionados para permitir a

---

[53] W. Streeck y D. Mertens, *Fiscal Austerity and Public Investment*, cit.

[54] Nathalie Morel, Bruno Palier y Joakim Palme (eds.), *Towards a Social Investment Welfare State?* Bristol, Policy, 2012.

[55] Richard Rose, «Inheritance Before Choice in Public Policy», *Journal of Theoretical Politics*, vol. 2, núm. 3, 1990, pp. 263-291.

las empresas privadas competir con las autoridades públicas. En el proceso, los mejor situados se habituarán a provisiones más personalizadas, lo que les llevará a exigir (nuevos) recortes fiscales, de modo que puedan pagar aquellas, al tiempo que estos conducirán a mayores recortes de gastos. A medida que el Estado del bienestar va perdiendo crecientes segmentos de su base en la clase media, los programas públicos se convertirán en programas para los pobres lo que, según reza un aforismo estadounidense, hará que sean programas pobres.

4. La privatización de la inversión en infraestructuras físicas y sociales da lugar a un creciente sector privado, que opera en lo que solía ser el sector público. Aunque habitualmente están sometidos a regulaciones, los suministradores privados probablemente se conviertan pronto en poderosos actores del escenario político donde se unirán al sector en ascenso de la clase media y a sus partidos políticos liberal-conservadores. La evolución de las conexiones de las nuevas empresas con el gobierno –a menudo intercambiando personal mediante las «puertas giratorias»– y sus contribuciones a las campañas electorales consolidarán más el cambio desde el Estado redistributivo al Estado neoliberal, que entrega a la sociedad civil y al mercado su responsabilidad de proporcionar igualdad y cohesión social.

El ejemplo más avanzado de un Estado consolidador dotado de un régimen de austeridad firmemente establecido es, sorprendentemente, el que fuera modelo de país socialdemócrata, Suecia[56]. Aquí el abandono del Estado deudor posterior a la década de 1970 fue mucho más completo y llegó mucho más lejos que en Estados Unidos, donde la consolidación era y es menos imperativa debido a las ventajas competitivas de las que disfruta el país en los mercados globales de capitales. También es interesante señalar que Suecia no es miembro de la unión monetaria europea y todavía mantiene su moneda nacional, lo que significa que no había tratados internacionales que la obligaran a seguir la ruta de la consolidación. Sin embargo, Suecia está profundamente traumatizada por la experiencia de sus dos crisis fiscales y financieras de 1977 y 1991, unas crisis que fueron mucho más severas que en la mayoría de los países europeos en 2008[57]. La

---

[56] Lukas Haffert y Philip Mehrtens, *From Austerity to Expansion? Consolidation, Budget Surpluses, and the Decline of Fiscal Capacity*, MPIfG Discussion Paper 13/16, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2013; P. Mertens, *Privatverschuldung in Deutschland*, cit.

[57] Entre 1977 y 1983 la deuda pública sueca total aumentó en más del doble, desde el 30 por 100 al 70 por 100 del PIB, con un déficit máximo del 7 por 100 del mismo en 1982. Después de cuatro años de un superávit presupuestario de alrededor del 4 por 100, la deuda pública aumentó de nuevo, desde el 48 al 84 por 100 entre 1990 y 1995, con un déficit máximo del 11 por 100 en 1993. Comenzando en 1998, se redujo gradualmente al 50 por 100 en 2007, el año anterior a la crisis financiera global (P. Mehrtens, *Staatsschuldung und Staatstätigkeit*, cit., p. 70). Desde 1998 a 2008, el Estado sueco tuvo superávit presupuestario; con ajustes cíclicos, el superávit ha continuado hasta la actualidad, L. Haffert y P. Mehrtens, *From Austerity to Expansion?*, cit., p. 24.

lección que aprendió en aquél momento todo el espectro político sueco fue que los mercados financieros internacionales no dudarían en castigar al país sin misericordia si perdieran la confianza en él, y que restaurar y conservar esa confianza tenía que ser el objetivo principal de la política económica nacional.

El Estado consolidador sueco dirige un régimen de austeridad basado en dos principios fundamentales: un compromiso inflexible con un superávit fiscal generado y continuamente renovado por recortes de gastos, para reducir la deuda acumulada; y recortes regulares de impuestos para renovar la presión mediante los recortes del gasto y así permitir que las clases medias sustituyan los beneficios y servicios públicos por el autoabastecimiento en los mercados libres. Combinar una política de superávits con impuestos más bajos contribuye a reducir la participación del Estado en la economía nacional, dando lugar a un Estado más mermado, cada vez más en consonancia con las prescripciones neoliberales de una política pública no activista. Evidentemente, la reforma neoliberal sueca estuvo y está facilitada por el hecho de que empezó desde un nivel muy alto de actividad gubernamental, de manera que el régimen de austeridad nacional tiene un montón de actividad estatal de la que ocuparse durante bastante tiempo. Aunque la pista de aterrizaje sueca puede ser por ello especialmente larga, el régimen de consolidación del país ha arraigado, sin embargo, tan profundamente con el paso del tiempo que resulta difícil imaginar cómo podría ser desplazado en un futuro próximo.

A finales de 2014, dos décadas aproximadas de reforma neoliberal habían cambiado, gradual pero eficazmente, la economía política sueca de manera que resultaba irreconocible[58]. Desde el momento álgido de la segunda crisis en 1993, el gasto público total se redujo desde el 70 al 50 por 100 del PIB, y los ingresos totales desde el 60 al 50 por 100 (2012). Se espera que este proceso continúe, ayudado por profundos cambios en las instituciones político-económicas que, por ejemplo, impiden que el banco central se adapte a una política fiscal expansiva:

> La previsión a medio plazo del gobierno sueco para los años 2013-2015 proyectaba superávits de hasta el 3 por 100 del PIB [...]. El superávit anual estimado está por encima del 3 por 100 del PIB. La mejora del equilibrio presupuestario se alcanzaría solamente por recortes de gastos y no mediante el aumento de los ingresos[59].

La recesión económica de 2011 no provocó un replanteamiento de las prioridades fiscales. La transición desde un nivel alto de impuestos y

[58] *Ibid.*; P. Mehrtens, *Staatsschulden und Staatstätigkeit*, cit.
[59] L. Haffert y P. Mehrtens, *From Austerity to Expansion?*, cit., p. 21.

gastos a un nivel bajo fue acompañada, entre otras cosas, por una reforma de las pensiones (1994/1998), que ha hecho que el sistema de pensiones sea «desde el punto de vista financiero, completamente independiente del presupuesto. Ya no hay ninguna clase de subvenciones cruzadas desde el erario público a los fondos de pensiones»[60]. A pesar del superávit fiscal, las pensiones se recortaron en 2010 y se recortarán más en el futuro, en línea con las esperadas disminuciones de los ingresos debidas al cambio demográfico. También en 1990 y 1991 se produjo lo que se llamó la «reforma fiscal del siglo», que contribuyó a la crisis fiscal de principios de la década de 1990 y ayudó a justificar los posteriores recortes del gasto público. Los impuestos bajaron de nuevo en 2006 y 2008, así como en varios años posteriores. La reforma hizo que el sistema fiscal fuera más regresivo, ya que los ingresos de capital estaban gravados mucho menos que los ingresos del trabajo; los impuestos sobre la propiedad fueron abolidos; y el impuesto del valor añadido siguió siendo uno de los más elevados de todo el mundo.

La consolidación fiscal, en Suecia no menos que en otras partes, estuvo asociada con el marcado declive de la inversión pública tanto «suave» como «dura»[61]. Entre otras cosas, el gasto en una política activa en el mercado laboral se redujo a más de la mitad. Simultáneamente, el desempleo se estabilizó alrededor del 8 por 100, una normalidad radicalmente nueva en el mercado de trabajo sueco, que hubiera sido completamente inimaginable antes de la primera crisis fiscal y del giro monetarista del gobierno socialdemócrata de Carlsson. La consolidación también fue acompañada de marcados aumentos en la desigualdad de ingresos, más acusada que en prácticamente todas las sociedades capitalistas avanzadas. Además, desde 1998 a 2010, el ratio de estudiantes en escuelas privadas no universitarias aumentó desde el 2 al 12 por 100, superando al registrado en Estados Unidos[62]. La privatización está avanzando rápidamente en los amplios sectores suecos de la sanidad y la atención infantil. En resumen, parece asegurada la adhesión a la política de combinar recortes de impuestos con la amortización de la deuda, reduciendo así el papel del Estado, ya que el nuevo régimen de consolidación ha quedado firmemente arraigado en la economía política sueca durante las dos décadas pasadas.

---

[60] *Ibid*, p. 17.

[61] W. Streeck y P. Mertens, *Fiscal Austerity and Public Investment*, cit.

[62] P. Mehrtens, *Staatsschuldung und Staatstätigkeit*, cit., p. 220. En la escuela secundaria, la proporción ya estaba en el 50 por 100 en 2010, con aproximadamente el 90 por 100 de los operadores de las escuelas privadas pertenecientes a empresas con ánimo de lucro, *ibid.*, p. 223.

El Estado consolidador y la democracia

El régimen del Estado consolidador implica una profunda transformación de la democracia tal y como la conocemos, que deja de lado tradicionales instituciones de participación popular en la política, proyectadas para defender la igualdad social contra las leyes del mercado[63]. Allí donde hay menos bienes públicos debido a la privatización, hay menos que decidir políticamente, y la democracia económica del capitalismo –un dólar, un voto– empieza a reemplazar a la democracia política. Con los mercados convirtiéndose en el principal mecanismo de toma de decisiones colectivas –por agregación en vez de por deliberación– queda incluso menos «democracia fiscal» que en el antiguo y osificado Estado deudor. Esto también se debe a que las finanzas públicas están cada vez más condicionadas macroeconómicamente por normas constitucionales, que rigen los límites impuestos al endeudamiento y al equilibrio presupuestario. En el caso europeo, también existen acuerdos internacionales sobre la austeridad fiscal, que los países solamente pueden eludir con un elevado coste político y económico.

Igualmente, la reestructuración institucional en pos de un Estado consolidador abandona principios democráticos en otros varios aspectos. Las asociaciones público-privadas están basadas a menudo en complejos contratos comerciales, que en gran parte permanecen confidenciales para proteger secretos comerciales. A medida que los bancos centrales pasan a convertirse en los principales agentes de la política económica, las decisiones políticas que tienen consecuencias sociales de largo alcance abandonan el ámbito de parlamentos y gobiernos democráticos. Los bancos centrales están dirigidos por pequeños órganos, cuyas deliberaciones son secretas y, habida cuenta de la importancia de sus decisiones para las expectativas racionales de los agentes económicos, ello no puede ser de otro modo. También, el hecho de que las políticas económicas se ajusten o no a las necesidades de los mercados es algo que no puede decidirse mediante un debate político, siendo los propios mercados quienes lo deciden, y si las políticas económicas son «correctas», son los tecnócratas los que determinan quiénes quedan encargados de aplicar las reglas que concretarán esas políticas. Todo esto propone y adelanta una desvinculación de la gestión de la economía respecto a la política democrática, respaldada ideológicamente por novedosas teorías elitistas que afirman que la democracia es irracional, incapaz de ocuparse de problemas complejos, demasiado lenta en responder a los cambios de la economía global y demasiado vulnerable frente a presiones populares, que llevan a una intervención ineficaz en los mercados libres[64].

---

[63] W. Streeck, *Buying Time*, cit., pp. 58 y ss.

[64] Daniel A. Bell, *Beyond Liberal Democracy: Political Thinking for an East Asian Context*, cit.

Convertir la economía en una combinación de tecnocracia y mercados libres hace que la participación política desaparezca[65]. Allí donde las instituciones democráticas nacionales están neutralizadas por la «gobernanza» internacional, como bajo la Unión Monetaria Europea, sus despolitizados espacios vacíos probablemente se llenen de nuevos contenidos, que bien pueden ser el espectáculo público de tipo «posdemocrático»[66] o alguna clase de nacionalismo políticamente regresivo. Bajo los auspicios del emergente Estado consolidador, la politización está trasladándose hacia la derecha del espectro político donde los partidos antisistema están organizando cada vez mejor a ciudadanos descontentos dependientes de los servicios públicos e insistiendo en la protección política frente a los mercados internacionales.

[65] A. Schäfer y W. Streeck, *Politics in the Age of Austerity*, cit.
[66] C. Crouch, *Post-Democracy*, cit.

5
MERCADOS Y PUEBLOS
CAPITALISMO DEMOCRÁTICO E INTEGRACIÓN EUROPEA

Las esperanzas de que las resoluciones de los jefes de Estado y de gobierno europeos estabilizaran los mercados financieros y resolvieran la crisis de la deuda de la eurozona de una vez para siempre han ido aumentando con cada nueva cumbre durante los dos últimos años, para desvanecerse de nuevo una vez que se hacía pública la letra pequeña[1]. ¿Se avendrían realmente los inversores al «recorte voluntario»? ¿No era el bazuca, después de todo, nada más que una pistola de agua? Nadie podría decir con certidumbre qué se debe hacer para reparar el cuarteado sistema financiero global. Unos piden austeridad estricta, otros, estímulo al crecimiento; todos saben que ambos son necesarios, pero que no se pueden tener al mismo tiempo. Los paquetes de rescate de los tecnócratas fluctúan entre los dilemas provocados por una situación siempre cambiante; se ofrecen por docenas ingeniosas recetas patentadas, pero su periodo de validez es cada vez más corto. Si, a pesar del veto británico, los dirigentes europeos pudieron dormir sin pesadillas después del acuerdo alcanzado en la cumbre de diciembre de 2011 sobre un tratado para veintiséis países, y de los créditos a largo plazo del Banco Central Europeo de medio billón de euros a los bancos al 1 por 100, poco después todo volvía a estar de nuevo como antes. Sólo están seguros de que los «mercados» se calmarán, cuando se calmen; pero nadie insinúa siquiera cuándo sucederá esto o qué es lo que pedirán a continuación. ¿Arremeterán contra Francia? Si les conviene, por supuesto. Sólo se sentirán satisfechos una vez que se les garantice que se les devolverá su dinero mediante paquetes de austeridad nacionales, acuerdos internacionales de protección de los depósitos, o idealmente unos y otros.

Como he sostenido en el capítulo dos de este libro, el «capitalismo democrático» de posguerra albergaba una contradicción fundamental entre los intereses de los mercados de capital y los de los votantes; una tensión que se había visto sucesivamente desplazada mediante un proceso insostenible de «pedir prestado al futuro» década tras década: desde la inflación de

[1] Este capítulo fue publicado en *NLR* 73, enero-febrero, 2012, pp. 63-71; ed. cast.: *NLR* 73, marzo-abril, 2012.

la década de 1970, pasando por la deuda pública en la de 1980 y la deuda privada en la de 1990 y principios de la siguiente, hasta la explosión final en la crisis financiera de 2008. Desde entonces la dialéctica entre democracia y capitalismo se ha venido desplegando a una velocidad vertiginosa. Hace pocos meses las bromas en los pasillos de Bruselas sobre lo bien que podría venir un golpe militar en Grecia tras la sugerencia de Papandreu de realizar un referendo fueron seguidas por la sustitución, entre suspiros colectivos de alivio, primero del gobierno griego y a continuación del italiano por equipos de economistas tecnócratas de gran consideración, de los que ahora se espera que pongan en vigor, por fin, la lógica de «los mercados», y esa confianza, no es, nominalmente del todo injustificada. Mario Monti, el nuevo primer ministro italiano, fue el comisario para la Competencia de la Unión Europea que impuso la división del sistema bancario estatal alemán (tras lo cual intentó un ejercicio infructuoso de reestructuración mediante la compra de bonos basura estadounidenses). Cuando dejó de formar parte de la Comisión Europea en 2004, siguió ganándose la vida como asesor, entre otros, de Goldman Sachs, el mayor productor de bonos-basura del mundo. En cuanto a Lukas Papademos, ahora primer ministro de Grecia, era presidente del Banco Central griego cuando el país se aseguró, mediante estadísticas falsificadas, su acceso a la unión monetaria y, con él, a un crédito ilimitado con tipos de interés alemanes. En la elaboración de la contabilidad creativa del balance nacional griego fue de mucha ayuda la división europea de Goldman Sachs, presidida poco después por Mario Draghi, ahora presidente del Banco Central Europeo. Seguramente los tres se entenderán bien entre sí.

Desequilibrios continentales

Así ha quedado finalmente muy claro que los Estados democráticos del mundo capitalista no tienen un soberano, sino dos: abajo, el pueblo y, por encima, los «mercados» internacionales. La globalización, la financiarización y la integración europea han debilitado al primero y han reforzado al segundo. El equilibrio de poder se está desplazando rápidamente hacia arriba. Antes se requerían dirigentes que entendieran y hablaran la lengua del pueblo; ahora es la lengua del dinero la que tienen que dominar. Los que «susurraban al pueblo» se han visto sustituidos por quienes entienden los «susurros del capital», de los que se espera que conozcan los trucos secretos necesarios para asegurar que los inversores sean retribuidos con el debido interés compuesto. Dado que la confianza de los inversores es más importante ahora que la de los votantes, tanto el centro izquierda como la derecha ven la toma del poder por los confidentes del capital no como un problema, sino como la solución. En la Europa septentrional, los exóticos

relatos anecdóticos sobre el clientelismo endémico en Grecia e Italia facilitan la reiteración de banalidades que insisten en que la democracia no puede conllevar el derecho a vivir por encima de los propios medios o a no pagar las deudas, tanto más cuando se trata de «nuestro» dinero.

Pero las cosas no son tan simples. No es «nuestro» dinero, sino el de los bancos el que está en cuestión y no es la solidaridad con los griegos, sino con «los mercados». Como sabemos, estos últimos han vertido prácticamente su dinero sobre los primeros, en espera de una jugosa retribución a cargo, si no de ellos, de otros estados de la eurozona, si fuera necesario mediante el chantaje de los «demasiado grandes para dejarlos caer» de 2008. Los gobiernos no han contradicho esas expectativas, aunque los gigantescos aparatos de supervisión de los grandes Estados-nación y las organizaciones internacionales no pueden haber dejado de apreciar que países como Grecia se habían empapado de crédito barato tras su acceso a la eurozona. De hecho, parece retrospectivamente que ese resultado –el apuntalamiento de la oferta de dinero de los Estados del sur con créditos privados como sustituto de las subvenciones cada vez más escasas de los exhaustos fondos regionales y estructurales de la UE en una era de consolidación presupuestaria mundial– era una de las principales razones para permitir que los recién llegados del Mediterráneo al capitalismo democrático se integraran en la Unión Monetaria Europea. De esa forma no sólo los bancos hacían negocios rentables aparentemente seguros, sino que las industrias exportadoras de los países del norte podían aprovechar la capacidad de compra continuamente renovada de sus clientes del sur, sin temor a que países como Portugal, España, Italia y Grecia se protegieran frente a la mayor productividad de las economías del norte mediante devaluaciones periódicas de sus monedas.

El fingido asombro de las elites políticas del norte ante el uso por sus vecinos del Mediterráneo de los créditos y subvenciones para alimentar la especulación y la corrupción –en lugar del «honesto» crecimiento anglosajón– es probablemente una de las proezas más descaradas de la historia política de las relaciones públicas. Cualquiera medianamente informado conocía la inverosimilitud de las colosales cosechas olivareras griegas, subvencionadas dos veces por la UE (primero para su producción y, a continuación, para su transformación igualmente virtual en aceite industrial), del mismo modo que las íntimas conexiones de posguerra entre la democracia cristiana italiana y la mafia –con una figura como Giulio Andreotti actuando como médula espinal de una poderosa red que conectaba el aparato estatal, los partidos políticos, las fuerzas armadas, el crimen organizado y los servicios de inteligencia– no eran desde luego un secreto de Estado. En cuanto a Grecia, los políticos europeos eran muy conscientes de las enormes facturas históricas que se habían ido acumulando desde el

final de la dictadura militar: una distribución de riqueza que recuerda la de América Latina; una clase alta prácticamente exenta de impuestos; y un Estado democrático al que no le quedaba otra posibilidad que endeudarse pidiendo prestados los recursos que sus ciudadanos ricos habían desviado a «los mercados» del exterior o a otros Estados, de manera que el «viejo dinero» pudiera seguir siéndolo tranquilamente, mientras se empleaba el nuevo para comprar el apoyo de una creciente clase media con hábitos de consumo cada vez más influidos por los gustos del norte.

Que nadie levantara la voz en su momento pudo deberse al hecho de que la única alternativa, tras el final de la dictadura militar en 1974, habría sido una remodelación radical de la sociedad griega, quizá siguiendo la línea de la Emilia-Romaña, entonces con un gobierno regional eurocomunista. Sin embargo, nadie en el norte de Europa ni en Estados Unidos estaba dispuesto a aceptarlo, lo mismo que en Portugal tras la Revolución de los Claveles, en España después de Franco y, por último y sobre todo, en la Italia de la década de 1970, donde el Partido Comunista de Enrico Berlinguer se abstenía de participar en el gobierno para no provocar un golpe militar como el de Chile. Y, así, la UE admitía cualquier cosa que se pareciera a una democracia posfascista, con la esperanza de que el crecimiento económico fuera eliminando la arcaica estructura social y de clase, responsable tanto de las dictaduras militares como del estancamiento de la modernización capitalista.

¿Convergencia al estilo italiano?

En lo que respecta a la Unión Europea, hoy dividida entre el norte y el sur, puede que nos veamos pronto ante otra ronda de integración. Esto puede parecer asombroso, dado el deterioro comúnmente diagnosticado de la «conciencia europea», pero el nuevo impulso operará una vez más mediante el probado modelo neofuncionalista, sin la participación del pueblo y posiblemente incluso contra su voluntad. La integración neofuncionalista se basa en un «desborde» de campos ya integrados a otras áreas funcionalmente asociadas, desencadenado por conexiones causales que se presentan políticamente como constricciones de hecho (*Sachzwänge*) que sólo requieren la ratificación. Así es como preveía Jean Monnet el proceso de integración europea y como lo interiorizó toda una generación de politólogos. En la década de 1990, no obstante, ese mecanismo parecía exhausto. A medida que la integración avanzaba hacia áreas fundamentales de los Estados-nación y su orden social, se iba «politizando» y se le puso freno. Se hicieron más difíciles nuevos pasos hacia la integración, que sólo se podían conseguir, a lo sumo, mediante el Tribunal de Justicia

de la Unión Europea. Un fantasma aterrorizaba a la Europa de Bruselas: ¿Tendría que depender de allí en adelante el desempoderamiento de los Estados-nación de la «conciencia europea» de sus pueblos, o incluso de la movilización de una conciencia *democrática* europea?

La crisis de la eurozona ha resuelto esta cuestión una vez más apartando el proceso de integración de la voluntad del pueblo. La unión monetaria, concebida inicialmente como un ejercicio tecnocrático –que excluía, por lo tanto, las cuestiones fundamentales de la soberanía nacional y de la democracia que la unión política supondría–, está transformando rápidamente la UE en una entidad federal, en la que la soberanía y, por consiguiente, la democracia de los Estados-nación, sobre todo de los ribereños del Mediterráneo, sólo existe sobre el papel. La integración «se desborda» ahora de la política monetaria a la fiscal. La *Sachzwänge* impuesta por los mercados internacionales –el empoderamiento de hecho, históricamente sin precedentes, de las necesidades de beneficio y seguridad de los propietarios de los activos financieros– está forjando una integración que nunca se ha autorizado por medios político-democráticos y que, probablemente, se desea menos que nunca. Las formas legales mediante las que esto tiene lugar son secundarias: suceda lo que suceda, el Banco Central Europeo comprará cantidades ingentes de bonos que los inversores privados ya no quieren; y Fráncfort, Bruselas, Berlín y quizá también París, «tomarán medidas drásticas» (Angela Merkel) sobre las propiedades de los países deudores durante décadas, con o sin cambios en el Tratado. A diferencia de la farsa sobre el «Tratado Constitucional» de 2005, esta vez no habrá referendo en ningún país. El Norte pagará al Sur de forma que el sur pueda pagar a los bancos y no *tenga* que hacerlo aquel. El poder de las instituciones europeas, invulnerables frente a la presión democrática, especialmente el BCE, está alcanzando niveles antes inimaginables, respaldados y apuntalados por un directorio de dos Estados-nación hegemónicos, que hace tiempo que se habría convertido en un directorio de sólo uno si el nuevo poder supremo no estuviera obligado, por razones históricas, a enmascarar tanto como sea posible la verdad de los hechos.

Cierto es que la «unión cada vez más estrecha» que esto implica no será precisamente un idilio; tendrá que celebrarse al estilo de una boda a punta de pistola empuñada por la autoridad paterna y forzada por un embarazo no planificado, lo que no suele ser una buena receta para la felicidad. La «unión de transferencias» que emerge actualmente puede compararse en todo caso con la unificación de Italia, cuyas ricas regiones septentrionales han subvencionado al Mezzogiorno atrasado durante todo el periodo de posguerra sin grandes resultados. Lo que comenzó como una forma de completar la unidad nacional se convirtió pronto en un sistema de corrupción institucionalizada. Las ayudas gestionadas por la Cassa del

Mezzogiorno no iban nunca a parar a empresarios locales dinámicos –que apenas existían y que, en cualquier caso, carecían de espacio para respirar–, sino a las muy atrincheradas clases altas posfeudales que, a su vez, entregaban a la Democracia Cristiana los votos de la población rural que controlaban; de ahí que el gobierno nacional se abstuviera de cualquier intento de perturbar su dominio. Y así, fieles al lema de Lampedusa en *Il Gattopardo*, las cosas podían seguir indefinidamente como estaban.

El nacionalismo –y los fondos regionales europeos– han contribuido a hacer soportable la carga del Mezzogiorno para el Estado italiano y de ese modo a mantenerlo unido. Pero desde la década de 1990, con el desarrollo capitalista del sur todavía lejano y teniendo que compartir el dinero de Bruselas con la Europa oriental, una fracción creciente del electorado de la Italia del norte se ha mostrado cada vez más secesionista. Durante un tiempo, como en Grecia, el crédito barato inmediatamente disponible tras la entrada en la unión monetaria ayudó al gobierno central a calmar al Mezzogiorno sin tener que elevar los impuestos en el norte. Pero esos préstamos ya no están disponibles. Nadie espera hoy un gran crecimiento económico en el sur de Italia, ya sea por propia iniciativa o gracias a algún remedio mágico de la UE. El malestar bajo Berlusconi no se debía únicamente a su peculiar uso de su tiempo libre, sino también al hecho de que nadie podía responder a la pregunta de cómo salvaguardaría Italia su unidad nacional frente a las crecientes desigualdades entre el norte rico y un sur estancado, que parecen insuperables sin una gran conmoción social.

Si Lombardía no ha conseguido generar la modernización capitalista del Mezzogiorno durante medio siglo, ¿qué esperanza hay de que las transferencias desde el norte de Europa al Mediterráneo sean nunca algo más que una cuota pagada por los contribuyentes del norte por la mayor productividad de las empresas de sus países? Los griegos y finlandeses no tienen una memoria común de una revolución nacional compartida; tampoco existe ninguna perspectiva de que un tercero ofrezca subvenciones para el desarrollo regional. ¿Por qué deberían entonces ser más pacientes los europeos del norte con los del sur que los italianos del norte con los del sur? Existe un paralelismo ominoso, sobre el que se suele pasar por encima, en la introducción del euro, que tanto en Europa como en Italia ha bloqueado la posibilidad de devaluación para las regiones económicamente débiles del sur. El resultado podría ser el mismo: retraso permanente, dependencia insuperable de los pagos de transferencia, y creciente desilusión tanto entre los receptores como entre los pagadores de la ayuda económica.

El permiso de la Europa del norte a Grecia para permanecer en la unión monetaria es algo así como un caballo de Troya, sólo que esta vez no son los griegos los que ofrecen el regalo envenenado, sino quienes lo reciben. El Estado griego y parte de la burguesía parecen creer todavía que más vale

pájaro en mano –en forma de subsidios europeos ocasionales– que ciento volando: desarrollo económico y social autodeterminado tras un regreso a la moneda nacional. El nexo de intereses en cuestión es extremadamente complejo y no se puede desarrollar aquí en detalle; pero vale la pena señalar que el sindicato alemán IG Metall justifica rotundamente su apoyo a la «solidaridad internacional» con Grecia en términos de asegurar a largo plazo las exportaciones alemanas al Mediterráneo[2]. Dado que la «solidaridad» no puede ser una «vía de sentido único», no obstante, la política fiscal y social de Grecia tendrá que ser sometida a una supervisión, y no sólo para hacer más aceptable a la opinión pública en general el precio que el Norte –que también sufre las consecuencias de la intensificación de la política de austeridad– tiene que pagar por la cohesión de la Unión. La unión monetaria se «desborda» así en forma de unión política, a expensas de la democracia en el Sur –donde el poder de los parlamentos para elaborar y aprobar el presupuesto se transfiere al aparato supervisor de la UE y el FMI– y también en el Norte, donde el pueblo y sus representantes parlamentarios pueden conocer casi cada día por los periódicos el nuevo fondo de rescate decidido de esa forma la noche anterior.

Entretanto, los gobiernos y la opinión pública del Norte de Europa imponen a los países deudores su utopía autojustificativa de una vida conforme al mercado, pese a que ellos mismos han interiorizado la adicción a lo que Ralf Dahrendorf llamaba *Pumpkapitalismus* –capitalismo al fiado– basado en el dinero barato proporcionado por los enloquecidos mercados financieros. Podría ser más productivo preguntar cómo podría o debería reescribirse el contrato social del capitalismo democrático, a fin de prescindir del hábito cada vez más peligroso de pacificar los conflictos mediante pagos adelantados. ¿Cómo deberíamos imaginar un capitalismo que no dependa, para mantener la cohesión social, de un sistema de crédito hipertrofiado, que promete subvencionar niveles de consumo ilimitados que todo el mundo sabe ya que no son generalizables? Un sistema de crédito, además, cuyas promesas parecen cada vez más difíciles de cumplir y en las

---

[2] Véase IG Metall, *10 Gründe für den Euro und die Währungsunion* [10 razones para el euro y la unión monetaria], 18 de noviembre de 2011: «La economía alemana vive, como ninguna otra economía nacional, de las exportaciones. Nuestros clientes en el extranjero suponen millones de empleos en Alemania. Los más importantes compradores de productos alemanes son los europeos [...] la moneda única ha contribuido enormemente a la competitividad de los productos alemanes. Si los países deudores son arrojados fuera de la moneda común, devaluarán sus monedas para incrementar su competitividad. El euro, que entonces será la moneda común sólo para los países económicamente más fuertes de la Unión Europea, se verá sometido a una enorme presión para revaluarse. Un regreso al marco alemán significaría una revaluación de no menos del 40 por 100 [...] los eurobonos, fondos de rescate y otros apoyos para los países deficitarios deberían estar vinculados a condiciones destinadas a reducir la deuda [...] el déficit y el superávit de los países individuales deberían ser controlados por un Fondo de la Moneda Europea. Un déficit o un superávit excesivos deberían dar lugar a procedimientos para la corrección de los desequilibrios.»

que creen cada vez menos acreedores. Esas preguntas han sido planteadas, en formas diversas, por conservadores como Meinhard Miegel o progresistas como Amartya Sen y Jean-Paul Fitoussi. Pero sabemos –o deberíamos saber– que una interrupción del autodestructivo consumismo de masas que tiene atenazado actualmente al mundo sólo será posible si se pueden obtener mayores sacrificios de los que más se han aprovechado de las recientes transformaciones de la economía capitalista, a diferencia de los que han visto declinar sus oportunidades de vida durante décadas de liberalización y globalización.

Una salida democrática de la peligrosa sedación proporcionada por el capitalismo del dinero fácil y barato requeriría nuevas soluciones a los problemas que este último no ha hecho más que empeorar. El crédito al consumo como compensación por el estancamiento de los salarios y una creciente distancia entre los de más arriba y los de más abajo podrían llegar a ser superfluos si todos ganaran un salario decente. Mejores condiciones de vida y de trabajo para la gran mayoría aliviarían la necesidad de más cachivaches de consumo para compensar la ansiedad por el estatus, la presión competitiva y la creciente inseguridad. Esto no será posible sin un movimiento sindical revitalizado, que ayude a poner fin a la explotación, cada vez más destructiva, de la capacidad humana de trabajar y de alimentar a la familia. Al mismo tiempo, la financiación del gasto público mediante la deuda tendría que ser sustituida por impuestos más eficaces sobre los ingresos y el patrimonio de los vencedores en la liberalización. Los Estados no deberían tener que realizar las tareas encomendadas por sus ciudadanos en beneficio de toda la sociedad con dinero prestado, que tiene que ser devuelto con intereses a los prestamistas, quienes a su vez legan a sus hijos lo que van convirtiendo en riqueza. Sólo invirtiendo la tendencia hacia una división social cada vez más profunda –característica del capitalismo de finales del siglo XX y principios del siglo XXI– sería concebible que la sociedad moderna pudiera liberarse de la compulsión de asegurar la paz social mediante la producción no controlada de activos tóxicos con el fin de estimular un crecimiento artificial.

El tema no es nada nuevo. Lo que debería preocuparnos no es que pudiera ocurrir –o que volviera a ocurrir– de repente, sino que su solución democrática parezca tan imposible hoy que evitamos incluso nombrarla, para no parecer pasados de moda. En su obra seminal sobre la división del trabajo, Émile Durkheim escribió: «Del mismo modo que los pueblos antiguos necesitaban como guía, ante todo, una fe común, nosotros tenemos necesidad de justicia»[3]. Desde que concluyó la era de la posguerra ha pasado mucha agua bajo los puentes, en particular la que el río Hudson

[3] É. Durkheim, *The Division of Labour in Society* [1893], cit.

lleva más allá del extremo sur de Manhattan, desde donde se gobierna el mundo estos días. Los sindicatos están desapareciendo, el capital sólo escucha a los presidentes de los bancos centrales y no a los partidos políticos; y el dinero de los ricos está en todas partes y en ninguna, desaparecido instantáneamente cuando los recaudadores de impuestos de Estados arruinados van por él. Solo cabe preguntarnos con qué tipo de opio del pueblo aparecerán los especuladores del capitalismo tardío una vez que la droga del crédito de la era de la globalización deje de funcionar y haya que establecer una dictadura estable de la «gente de dinero». ¿O podemos esperar que se les hayan agotado las ideas?

6
HELLER, SCHMITT Y EL EURO

El penetrante análisis[1] de Hermann Heller sobre el proyecto de Carl Schmitt de un «Estado autoritario»[2] nos ofrece una lección objetiva sobre la naturaleza del liberalismo y su relación con la democracia o, dicho de otro modo, sobre las profundas tensiones existentes entre democracia y capitalismo[3]. Lo que podemos aprender aquí no se limita en absoluto a la *Weltwirtschaftskrise* [crisis económica mundial] y los años finales de la república de Weimar. Heller entiende que Schmitt considera que el liberalismo existe en una relación extraña, paradójica, con el Estado y la autoridad pública. La libertad del mercado frente a interferencias del Estado, que define a una economía liberal y sin duda a una economía liberal-capitalista, no es un estado de naturaleza, sino que está y debe estar políticamente construida, públicamente instituida y ser impuesta por el poder del Estado. La despolitización de una economía liberal es en sí misma un resultado de la política, en el sentido que supone una utilización específica de la autoridad del Estado con un determinado propósito político; es una construcción política que debe ser políticamente defendida contra la posibilidad de que la autoridad política caiga en manos de fuerzas sociales que puedan utilizarla con objetivos no liberales e incompatibles con el mercado.

Aquí es donde entran el Estado y sus instituciones, como se refleja en la distinción que hace Schmitt entre un Estado «total» y un Estado «autoritario». En 1932, en vísperas del *Machtergreifung* [toma del poder] de Hitler, cuando Schmitt presentó su proyecto al *Langnamverein* [Asociación Langnam] de industriales de Renania, el «Estado total» todavía se identificaba con la «democracia pluralista» de Weimar, un Estado penetrado por una variedad de grupos sociales, incluyendo a la

---

[1] Hermann Heller, «Autoritärer Liberalismus?», *Die Neue Runfschau*, vol. 44, 1933, pp. 289-298.

[2] Carl Schmitt, «Gesunde Wirtschaft im starken Staat. Mitteilungen des Vereins zur Wahrung der gemeinsamen wirtschaftichen Interessen in Rheinland und Westfalen (Langnamverein)», *Neue Folge*, vol. 21, núm. 1, 1932, pp. 13-32.

[3] Este capítulo fue publicado por primera vez en *European Law Journal*, vol. 21, núm. 3, 2015, 361-370. Agradezco los útiles consejos de Martin Höpner.

clase obrera organizada, todos ellos tratando de utilizarlo para sus intereses particulares. Para Schmitt este Estado era un Estado débil, aunque pudiera haber parecido fuerte debido a su omnipresencia y a su profunda interpenetración con la sociedad y la economía. Desde la perspectiva de esta última, esa interpenetración supone un constante peligro de «distorsión» de los resultados del mercado, en nombre de unos conceptos democrático-populares –ahora se diría populistas– de la «justicia social», que no solo van en detrimento de la eficiencia, sino que restringen derechos básicos de propiedad. El «Estado total», en el diccionario de Schmitt de 1932, no es otra cosa que el Estado del bienestar democrático o, más exactamente, el Estado intervencionista socialdemócrata. Todavía no es el Behemoth[4], que entonces esperaba entre bastidores, el Estado total fascista, el *Führerstaat* con sus *Neuordnung der Wirtschaft*, con sus planes quinquenales y su economía de guerra; al menos por el momento no es el Estado total preparándose para la guerra total y tomando la economía en sus propias manos.

Evidentemente, cuando llegó el verdadero Estado total, la preocupación que tenía Schmitt en 1932 de que sus complejas ramificaciones en la economía y la sociedad pudieran ser utilizadas por las organizaciones democráticas de la clase obrera para corregir la distribución de riqueza y renta que producían los mercados capitalistas, había quedado desfasada. Antes de que Hitler mandara a los líderes de la izquierda a los campos de concentración, el Estado total todavía corría el riesgo de poder volverse democrático o, por lo menos, de ser ocasionalmente utilizado para objetivos democráticos. Esta era la razón por la que siempre que hubiera una izquierda potencialmente viable se prefería un Estado autoritario. Evidentemente, lo que Schmitt llamaba un Estado autoritario era un Estado liberal, pero llamarlo de esa forma podía confundir a su audiencia haciéndola creer que se refería a un Estado que también sería democrático. Esto no era en absoluto lo que estaban pensando los industriales alemanes. El Estado autoritario de Schmitt, como señala acertadamente Heller, era un Estado *liberal-autoritario*, un Estado que de la clásica manera liberal era fuerte y débil al mismo tiempo: fuerte en su papel como protector del «mercado» y de la «economía» frente a las reclamaciones redistributivas democráticas –hasta el punto de ser capaz de utilizar el poder público para suprimir esas reclamaciones– y débil en su relación con el mercado como el espacio designado para la autónoma búsqueda capitalista de beneficios, al que la política del gobierno debía proteger y si era necesario ampliar pero sin entrar en él.

---

[4] Franz Neumann, *Behemoth. The Structure and Practice of National Socialism*, segunda edición revisada, Nueva York, Oxford University Press, 1944.

Resulta interesante observar cómo el fuerte y débil Estado del liberalismo –guardián de la economía capitalista de mercado mientras se mantiene fuera de su funcionamiento diario– se parece a cómo imaginaba a Dios la versión leibniziana de la teología deísta: como un todopoderoso relojero que se limita a observar el funcionamiento del perfecto reloj que ha construido sin intervenir en él[5]. Después de todo, si tuviera que hacerlo sería porque el reloj no era perfecto. El Estado moderno, tras haber creado el espacio para mercados autoequilibrados de acuerdo con las reglas de la ciencia económica, no puede hacer nada mejor que dejarles que sigan su curso. La acción solo se requiere si personas ajenas, ignorantes o maliciosas, tratan de penetrar en la zona protegida de la libertad del mercado, amenazando con perturbar el beneficioso libre juego de las fuerzas mercantiles. En esos momentos críticos es cuando el Estado autoritario debe mostrar que merece su nombre y que tiene el poder y la determinación para asegurar que las reglas de una constitución económica liberal no solo existen en el papel.

Otra observación general que viene a la cabeza cuando se lee a Heller y a Schmitt se refiere a las similitudes entre el «liberalismo autoritario» de Schmitt y el «ordoliberalismo» de Alemania en la posguerra. Lo que Heller y Schmitt dejan claro, desde posiciones políticas opuestas, es el elemento estatista-autoritario en lo que se presentaba –y habitualmente se sigue presentando– como la antípoda liberal del Estado fuerte del nacionalsocialismo[6]. Tanto Schmitt como los ordoliberales[7] se diferencian del liberalismo angloestadounidense en que ellos nunca creyeron en una economía de mercado independiente de la autoridad del Estado[8]. Para ellos, el Leviatán era y tenía que ser lo primero. También tienen en común que consideran a la economía, al mercado y al capitalismo como una maquinaria

---

[5] Para un análisis más profundo de la dimensión teológica del liberalismo antiliberal alemán véase, Philip Manow, «Ordoliberalismus als ökonomische Ordnungstheologie», *Leviathan*, vol. 29, 2001, pp. 179-198.

[6] Sobre la compleja relación entre el ordoliberalismo y el nacionalsocialismo, desde la perspectiva de la ambivalente actitud del protestantismo alemán hacia el Tercer Reich, véase el magistral análisis de P. Manow citado anteriormente.

[7] Quienes por cierto históricamente estaban mucho más estrechamente conectados de lo que uno podría esperar. La conferencia de Schmitt en noviembre de 1932, «Starker Staat und gesunde Wirtschaft» (Un Estado fuerte y una economía saludable), que comentaba Heller, fue precedida por una conferencia del economista y sociólogo Alexander Rüstow titulada «Freie Wirtschaft, starker Staat» (Economía libre, Estado fuerte), que se celebró en septiembre del mismo año. Allí, Rüstow señalaba que Schmitt había caracterizado anteriormente al «Estado total» como un Estado débil: «[...] no un poder total, sino totalmente falto de poder [...] una debilidad que le hace incapaz de defenderse contra el asalto unido de intereses organizados (*Interessentenhaufen*). El Estado queda destrozado por codiciosos intereses [...]». Rüstow había comenzado en 1918 en la izquierda radical, pero luego se pasó a la derecha conservadora durante la República de Weimar. A diferencia de Schmitt, tuvo que emigrar en 1933 para escapar de la persecución nazi. En 1945 se convirtió en una de las principales figuras del ordoliberalismo alemán. Falleció en 1963.

[8] Un lúcido análisis de la relación entre el ordoliberalismo y el neoliberalismo se encuentra en M. Blyth, *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, cit.

autopropulsada y autoequilibrada, puesta en marcha por la actuación de la política y del Estado y abandonada después a su propio funcionamiento; una maquinaria necesitada de protección frente a desinformadas o corruptas interferencias exteriores y, quizá, de ser reparada de vez en cuando por su desgaste. La ventaja competitiva del ordoliberalismo en 1945 era que se podía vender como una lección duramente aprendida del estatista y dictatorial régimen nazi y de su economía de guerra: del fracaso político, moral y económico del Behemoth. El liberalismo autoritario, que para Schmitt todavía podría haber sido la segunda mejor solución, ya que el «Estado total» todavía estaba demasiado estrechamente asociado con la democracia pluralista, podía ahora, después del desastre del dictatorial Estado total, convertirse en la mejor elección desde la perspectiva del capitalismo y de su resurrección, habida cuenta de la deteriorada reputación del mismo después de los desastres de la primera mitad del siglo XX.

Como se ha señalado, el ordoliberalismo alemán, después de heredar de Schmitt una profunda conciencia del decisivo papel del Estado para diseñar y proteger una economía capitalista, así como de los riesgos asociados con la intervención del Estado en una democracia, desempeñó un papel especial en la economía política de la posguerra, tanto conceptual como prácticamente. El keynesianismo del *New Deal* y los residuos de la economía de guerra en Estados Unidos no se referían tanto a los «mercados libres» como el ordoliberalismo de Alemania Occidental, que había conseguido asumir el Ministerio de Economía durante las dos décadas de *Wirtschaftswunder* [milagro alemán]. En un mundo capitalista fascinado por la gestión y planificación de la demanda, el Ministerio de Economía alemán era el único lugar donde el liberalismo de mercado era algo más que un recuerdo sectario de un distante pasado aislado de la política. Esto convirtió a Alemania en una interesante referencia para los economistas «austriacos» que entonces hibernaban, como una exótica secta, en Estados Unidos y Gran Bretaña. El vínculo más importante entre ambos era, evidentemente, Friedrich von Hayek, que durante unos años ocupó una cátedra en Friburgo, el hogar académico de la escuela ordoliberal alemana[9]. El análisis que hace Michel Foucault sobre el ascenso del neoliberalismo se centra correctamente en Alemania en vez de en el mundo angloestadounidense[10]. Al anclar el ordoliberalismo en la tradición del Estado alemán y en las política de la posguerra y de la Alemania posterior al nazismo, Foucault podía haber retrocedido hasta llegar a Schmitt y a Heller, donde hubiera encontrado la figura básica del pensamiento, que

---

[9] Friedrich A. Hayek, «The Economic Conditions of Interstate Federalism», en F. A. Hayek (ed.), *Individualism and Economic Order* [1939], Chicago, Chicago University Press, 1980, pp. 255-272.

[10] Michel Foucault, *The Birth of Biopolitics: Lectures at the College de France, 1978-1979*, Londres, Palgrave Macmillan, 2008; ed. orig.: *La naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France (1978-1979)*, París, Seuil, 2004; ed. cast.: *El nacimiento de la biopolítica*, Madrid, 2009.

fundamentaba y fundamenta las ideas liberales sobre el papel económico de la autoridad del Estado en el capitalismo: la idea, en palabras del título de un libro de la década de 1980 sobre Margaret Thatcher, sobre la necesidad de una «economía libre» para un «Estado fuerte»[11].

La particular aptitud del ordoliberalismo para construir un puente desde el liberalismo autoritario de la Alemania de entreguerras, como lo concebía Schmitt y analizaba Heller, hasta el neoliberalismo, que empezó a desmantelar la economía política de la posguerra en la década de 1980, puede verse cuando se lo compara con el sentido común económico de las décadas de 1950 y 1960. La «Teoría crítica» de la Escuela de Frankfurt, por ejemplo, estaba convencida de que la economía capitalista había quedado inseparablemente fundida con el Estado, que en el proceso se había vuelto el complejo institucional dominante de la sociedad contemporánea[12]. Tras «el final del *laissez-faire*», se suponía que el espacio del capitalismo liberal lo habían tomado tres sistemas económicos en competencia, el comunismo, el fascismo y la democracia del *New Deal*. A todos ellos se les consideraba profundamente politizados, democráticamente o no, mientras que los mercados habían dado paso a grandes monopolios empresariales burocráticamente organizados y estrechamente asociados con las burocracias del Estado. Cada uno a su manera, los tres sistemas recordaban al Estado total de Schmitt, y la variante del *New Deal* corría el riesgo de una subversión democrática de la justicia del mercado bajo la influencia de la democracia pluralista. Desde sus opuestas perspectivas, Schmitt y Heller habrían reconocido esto y ambos podrían haber visto la posibilidad, y realmente la probabilidad, de que se produjeran presiones capitalistas para un regreso al mercado, es decir, para una nueva política que forjara un espacio para los mercados libres sostenidos y amparados por la autoridad del Estado al mismo tiempo que protegidos de las transgresiones igualitarias-democráticas. Como he señalado[13], estas presiones para una sucesión hayekiana del Estado del bienestar keynesiano –la sustitución del crecimiento mediante la redistribución igualitaria por el crecimiento a través de mayores incentivos para los ganadores y penalizaciones más severas para los perdedores– fueron fácilmente conceptualizadas en términos ordoliberales, ya que desde Schmitt a Hayek, el ordoliberalismo estaba fundamentado en la intrincada dialéctica de la fuerza y debilidad del Estado en un orden liberal: fuerte para rechazar reclamaciones políticas democráticas para la corrección del mercado, débil al dejar la gobernanza de la economía en manos del autorregulado mecanismo del mercado, establecido y conservado por la autoridad política.

---

[11] Andrew Gamble, *The Free Economy and the Strong State*, Basingstoke, Macmillan, 1988.

[12] Sobre esto véase, por ejemplo, Friedrich Pollock, *Stadien des Kapitalismus*, Munich, Beck, 1975; F. Pollock, «Staatskapitalismus», en Helmut Dubiel y Alfons Söllner (eds.), *Wirtschaft , Recht und Staat im Nationalsozialismus* [1941], Fráncfort del Meno, Europäische Verlagsanstalt, 1981, pp. 81-109.

[13] W. Streeck, *Buying Time*, cit.

Esta es la idea general. El actual capitalismo hayekiano posdemocrático, o quizá mejor, ademocrático, después de la victoria total o casi total del neoliberalismo, puede ser considerado como una versión históricamente actualizada del ordoliberalismo. Lo que tienen en común es el aislamiento de una economía de mercado políticamente instituida frente a las políticas democráticas, un aislamiento que hace que tanto el Estado neoliberal como el régimen económico neoliberal se consideren autoritarios en el sentido de Schmitt y Heller. He dicho «históricamente actualizada», ya que la configuración neoliberal puede prescindir de una memoria sobre los antecedentes de totalitarismo fascista y de las catástrofes asociadas con él; sus antecedentes son los *trente glorieuses* del Estado del bienestar capitalista. Tampoco depende, como hacía el proyecto del Estado autoritario de principios de la década de 1930, de un von Papen que impulsara un Estado de emergencia procapitalista, que era una potencial dictadura[14]. Actualmente, la neutralización de la democracia y el redimensionamiento del poder del Estado al servicio de una economía de mercado con una *autonomía política políticamente construida*, no se produce principalmente mediante la represión sino trasladando la gobernanza de la economía política a un nivel al que la democracia no puede acceder y a instituciones constitucionalmente diseñadas para quedar fuera del debate político, con misiones legalmente definidas cuya autoridad no procede de la fuerza de las armas, sino que se deriva de la teoría económica «científica». A medida que la política democrática queda vaciada de contenido político-económico en este proceso, el espacio público desocupado se dedica al consumo de la política como entretenimiento.

Entender cómo funciona la despolitización políticamente diseñada del capitalismo europeo contemporáneo requiere prestar detallada atención a su marco institucional. Uno de sus aspectos es la reubicación de las decisiones político-económicas desde el ámbito nacional a un nuevo ámbito internacional específicamente construido, que se halla en manos de organizaciones internacionales: a un contexto institucional, dicho con otras palabras, que a diferencia del Estado-nación estuvo conscientemente diseñado para no ser adecuado para su democratización[15]. Ideológicamente, la superación político-económica del Estado-nación –de instituciones nacionales democráticas a favor de instituciones tecnocráticas supranacionales– utiliza determinadas connotaciones normativas positivas del internacionalismo, especialmente de la izquierda, para desempeñar la función que en el Estado-nación autoritario de Schmitt desempeñaban los llamamientos a favor de la disciplina patriótica. Utilizar el internacionalismo de la izquierda para desempoderar a la izquierda es un método

[14] Como proclamaba el adulador de von Papen, Walther Schotte (*Der Neue Staat*, Berlín, Neufeld & Henius, 1932), a quien se refiere Heller.
[15] Peter Mair, *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*, Londres, Verso, 2013.

especialmente paradójico para desdemocratizar una economía política capitalista, especialmente si lo despliega la propia izquierda. Viene acompañado de una denuncia moral de las fronteras y del proteccionismo *tout court* en nombre de un cosmopolitismo mal entendido, identificando la «globalización» con la liberación, no solo del capital, sino de la vida en general. Para disipar preocupaciones sobre una posible hegemonía de los mercados globales sobre la participación democrática, y con ello de lo económico sobre lo social, se ofrecen quimeras de una futura democracia global o, como mínimo, continental que funcione como señuelos para idealistas de izquierda: promesas de un futuro mejor en el que la democracia internacional habrá recuperado el control sobre el capital internacional, si no mañana entonces pasado.

Al no estar de moda en la Europa actual el discurso sobre la autoridad, este debe reemplazarse por una mezcla de alegaciones tecnocráticas sobre el conocimiento superior y sobre el resignado sometimiento a las «realidades» de la «globalización». Ya que esto puede no ser siempre suficiente, los arquitectos del neoautoritario régimen político y económico encuentran necesario ofrecer al público un anticipo de la democracia internacional, un avance de lo que va a llegar, en la forma del llamado «Parlamento europeo» con sus «elecciones europeas». Desde luego, ese «Parlamento» no tiene ningún poder ejecutivo al que controlar; carece del derecho de iniciativa legislativa y no puede cambiar la Constitución de «Europa», aunque solo sea porque no existe tal cosa, ya que las reglas de funcionamiento europeas, unas reglas escritas por los ejecutivos de diferentes países en forma de unos tratados internacionales increíblemente complejos que, incluso para especialistas, son totalmente ilegibles[16]. Igual que en el Parlamento no hay una mayoría de gobierno, tampoco hay ninguna oposición: los votantes que son escépticos o no se preocupan por la construcción europea se abstienen de votar y, de hecho, cada vez son más quienes optan por esta vía. En la medida en que aquellos que votan eligen a los que el *establishment* europeo llama «antieuropeos», sus representantes quedan implacablemente marginados en el funcionamiento diario del «Parlamento», hasta el punto de que durante los cinco años que hay entre elecciones nadie oye hablar de ellos. Durante décadas, la actividad del «Parlamento europeo» ha estado manejada por una gran coalición centrista, que funciona como un poderoso grupo de presión para trasladar el poder de toma de decisiones desde las democracias nacionales a una «Europa» inmunizada contra las expectativas democráticas y desprovista de oportunidades para lo que, en términos

---

[16] La bibliografía sobre el «déficit democrático» europeo es inacabable. Los autores que han contribuido a ella se dividen entre los que piensan que deben ofrecer remedios institucionales y aquellos que no lo hacen porque consideran que la ausencia de democracia en «Europa» es funcionalmente necesaria, ya sea para hacer posible la unidad europea o para promover el capitalismo neoliberal, o una cosa persiguiendo a la otra.

de Schmitt, sería la interferencia «democrático-pluralista» en el funcionamiento de la maquinaria capitalista del mercado libre.

Actualmente la europeización es, en general, un proceso idéntico al que vacía sistemáticamente de contenido político-económico a las democracias nacionales y recorta los remanentes de una democracia «social» potencialmente redistributiva, todavía presentes en los Estados-nación, de una economía que desde tiempo atrás ha crecido más allá de las fronteras nacionales en un «mercado único» políticamente construido y establecido[17]. Allí donde todavía quedan instituciones democráticas en Europa, estas son excluidas de la gobernanza económica para que la gestión de la economía no sea invadida por intereses no capitalistas, que pretendan corregir el mercado. Y donde *sí* hay gobernanza económica, la democracia está en otra parte. Dado que esto podría ser un problema si se hiciera demasiado evidente, los paladines del no-Parlamento en Bruselas llevaron a las «elecciones europeas» del último año –las primeras desde que se sintieran las ramificaciones europeas de la «crisis financiera» global– algunas de las mismas estratagemas que desde hace mucho tiempo se utilizan en las democracias nacionales para hacer creer a los votantes que tienen oportunidad de elegir[18]. En vez de pedir un voto a favor o en contra de «Europa» o del euro, los dirigentes de los dos bloques centristas, centroderecha y centroizquierda –que nunca han sido capaces de descubrir la más mínima diferencia entre sus respectivos intereses e inclinaciones políticas– decidieron personalizar las elecciones y presentarse ellos mismos como *Spitzenkandidaten* compitiendo por la presidencia de la Comisión Europea (que por supuesto se cubre con personas nombradas por los gobiernos de los Estados miembros y *no* por el «Parlamento»), un ejercicio de *Fassadendemokratie* [apariencia de democracia] (Habermas) donde los haya. El que nunca supieran explicar sus puntos de desacuerdo, incluso menos que sus equivalentes socialdemócratas y cristianodemócratas en las políticas nacionales, evidentemente no les preocupaba, ni tampoco el hecho de que en varios países su rivalidad ni siquiera se percibió. En cualquier caso, la participación volvió a caer hasta el 43 por 100, y no menos del 15 por 100 de aquellos que se molestaron en votar lo hicieron por partidos clasificados como «antieuropeos» por los «verdaderos europeos». A pesar de ello, el *Spitzenkandidat* cuyo partido obtuvo el 30 por 100 de los escaños (es decir, el respaldo de aproximadamente el 13 por 100 del

---

[17] Sobre esto véase también Fritz W. Scharpf, «Monetary Union, Fiscal Crisis and the Pre-Emption of Democracy», *Zeitschrift für Staats- und Europawissenschaaften*, vol. 9, núm. 2, 2011, pp. 163-198; «Monetary Union, Fiscal Crisis, and the Disabling of Democratic Accountability», A. Schäffer y W. Streeck (eds.), *Politics in the Age of Austerity*, cit, pp. 108-142.

[18] Sobre las elecciones europeas de 2014 y el periodo posterior véase, Susan Watkins, «The Political State of the Union», *NLR* 90, noviembre-diciembre de 2014, pp. 5-25; ed. cast.: «El estado político de la Unión», *NLR* 90, enero-febrero de 2015.

electorado) proclamó su victoria mientras que su nominal oponente, con el 25 por 100 de los escaños, se apresuró en apoyar su demanda para el cargo de presidente de la Comisión, mientras reclamaba para sí mismo, finalmente en vano, la vicepresidencia.

Próximas al llamado «Parlamento europeo» hay cuatro instituciones más políticas que dirigen, mantienen y protegen el políticamente despolitizado mercado liberal-capitalista de una Europa unida por una moneda común. Al examinarlas brevemente, prestaré especial atención a cómo se ajustan al modelo del «Estado autoritario» de Schmitt, protegiendo a la economía capitalista del espectro del «pluralismo democrático».

(1) El *Consejo Europeo*. Está formado por los jefes de gobierno nacionales y está apoyado por varios consejos de ministros, especialmente de Finanzas y Asuntos Exteriores. El llamado Eurogrupo formado por los ministros de Finanzas de los Estados miembros de la Unión Monetaria Europea (UME) tiene una especial importancia. El Consejo reúne las funciones legislativas y ejecutivas del multinacional no-Estado europeo, una combinación que en sí misma es una característica definitoria de un régimen autoritario. El Consejo también sirve para mantener a raya a las instituciones democráticas nacionales, especialmente a los Parlamentos nacionales, ya que funciona mediante negociaciones, habitualmente secretas, entre los gobiernos de Estados soberanos. Una vez que se llega a una decisión es prácticamente imposible que los electorados nacionales y sus representantes puedan revocarla, una consecuencia que ha sido estudiada en varios contextos bajo la rúbrica de diplomacia multinivel[19]. No solo es poco probable que todos los países implicados se sientan igualmente afectados, sino que reabrir lo que habitualmente será un complejo conjunto de medidas puede suponer riesgos desconocidos con inciertos y asimétricos resultados. Los gobiernos traerán estos asuntos a los debates nacionales de ratificación y verán aumentado su poder con ello, también porque la no ratificación perjudicaría su imagen ante los otros gobiernos y debilitaría la posición del país en futuras negociaciones.

Otra consecuencia de la primacía del Consejo en la gobernanza económica europea es que redefine los conflictos de clase como conflictos internacionales, convirtiendo cuestiones distributivas entre clases en cuestiones internacionales[20]. Esto no solo fomenta coaliciones de clases a escala nacional, sino que también atenúa conflictos económicos incorporándolos a conjuntos más amplios de problemas que quedan en manos de los diplomáticos, mezclándolos con cuestiones de paz internacional. De este

[19] Peter B. Evans, Harold K. Jacobson y Robert D. Putnam (eds.), *Double-Edged Diplomacy: International Bargaining and Domestic Politics*, Berkeley, University of California Press, 1993.
[20] W. Streeck, *Buying Time*, cit., pp. 90 y ss.

modo, la diplomacia toma el lugar de la lucha de clases y la cooperación internacional prevalece frente a la justicia social, mientras se pueda evitar que conflictos de clase reprimidos regresen en forma de hostilidades internacionales. Sin embargo, incluso entonces, la economía capitalista de mercado probablemente permanecerá protegida frente a la corrección igualitaria, como sucede, por ejemplo, en el caso de naciones económicamente más fuertes que defienden sus intereses recurriendo a la caja de herramientas de la soberanía nacional.

Además, cuanto más diverso sea un régimen multinacional en términos de estructuras e intereses económicos nacionales, es menos probable que sus órganos de gobierno sean capaces de tomar medidas discrecionales para corregir los resultados de los mercados. Que las federaciones de Estados son más competentes a la hora de proceder a la liberación de sus economías de la intervención estatal –es decir, lo que la ciencia política contemporánea ha llamado la «integración negativa»[21]– ya lo había señalado Friedrich von Hayek en 1939[22]. En su opinión, en el futuro sería necesaria una federación internacional para restaurar y conservar la paz internacional; pero una federación que fracasa en integrar su economía no se mantendrá en pie y una integración económica entre países tanto diferentes como iguales solamente puede llevarse a cabo mediante la integración a través del mercado, es decir, con la institucionalización de un mercado único libre de la intervención estatal, *porque los Estados miembros no serán capaces de acordar nada más que eso*. El artículo de Hayek de 1939 construye un puente entre los economistas austriacos, el «liberalismo autoritario» de entreguerras de Schmitt, el ordoliberalismo alemán de posguerra y el neoliberalismo de la Unión Monetaria Europea desde la década de 1990.

(2) La *Comisión Europea*. Desde el principio, la Comisión ha aspirado a constituirse como la rama ejecutiva de un súper Estado supranacional europeo, similar al «Parlamento europeo», reclamando el estatus de órgano legislador europeo. Sin embargo, los acontecimientos desde la crisis de 2008 han confirmado y consolidado la primacía del Consejo, confinando a la Comisión en su papel de órgano burocrático encargado de poner en práctica las decisiones de aquel y de supervisar la adhesión de los países miembros a los tratados. Aunque supeditada al Consejo[23], la

---

[21] Fritz W. Scharpf, «Negative and Positive Integration in the Political Economy of European Welfare States», en Gary Marks *et al.* (eds.), *Governance in the European Union*, Londres, Sage, 1996, pp. 15-39.
[22] F. A. Hayek, «The Economic Conditions of Interstate Federalism», cit.
[23] Martin Höpner acepta un papel más independiente para la Comisión, en especial durante el tiempo anterior a la crisis, M. Höpner, *Wie der Europäische Gerichtshof und die Kommission Liberalisierung durchsetzen: Befunde aus der MPIfG-Forschungsgruppe zur Politischen* Ökonomie *der europäischen Integration*, MPIfG Discussion Paper 14/8, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2014.

Comisión puede utilizar y utiliza sus poderes administrativos para proteger el Mercado Único impidiendo que Estados miembros protejan tanto sus economías como sus instituciones nacionales, como el derecho laboral que proporciona a los trabajadores capacidad política colectiva. Básicamente, el interés institucional de la Comisión para salvaguardar y ampliar sus poderes y funciones se concreta en dedicarse a liberar a las economías nacionales de las distorsiones del mercado creadas por las políticas nacionales, por democráticas que sean, avanzando de ese modo en la integración de la economía europea en un mercado común políticamente construido y salvaguardado, libre de las trabas de la democracia pluralista nacional y en el que la democracia pluralista supranacional no interponga ningún obstáculo.

(3) El *Tribunal de Justicia de la Unión Europea* (TJE). Un tribunal es una institución con autoridad por excelencia y un tribunal constitucional *de facto* como el TJE, que representa la última instancia en la interpretación de la ley europea, puede incluso considerarse un tribunal autoritario. Un juicio que se refuerza por la ausencia de un verdadero Parlamento que pudiera desautorizarlo. De hecho, el verdadero legislador que hace frente al TJE, el Consejo, normalmente requiere unanimidad para corregir una decisión del tribunal, y algunas veces incluso la revisión unánime de un tratado internacional. Como es bien sabido, el capital normativo original del TJE fue la legislación sobre competencia desarrollada por la escuela ordoliberal alemana. El Tribunal ha ampliado continuamente ese capital utilizando su autoridad para instituir mercados competitivos allí donde surgía la oportunidad e identificándolos con las llamadas «cuatro libertades»: la libre circulación de bienes, servicios, capital y trabajo en la Unión. Como el Consejo y la Comisión, el Tribunal funciona sobre la premisa general de que la misión de «Europa» es ampliar el espacio institucional para los mercados libres y rechazar cualquier intento de contener o distorsionar estos, tanto a escala nacional como internacional. La inclinación neoliberal, promercado de la jurisdicción del TJE ha quedado clara desde hace mucho tiempo, igual que la sagacidad táctica con la que el TJE desarrolla su agenda[24]. Después de establecer pronto el principio de la «supremacía y del efecto directo» de la ley europea, incluyendo desde luego sus propias sentencias, el TJE controla poderosas herramientas para intervenir en las políticas económicas nacionales e imponer sobre ellas lo que es esencialmente una constitución económica liberal y, en realidad, neoliberal, protegida de la política democrática en parte por su diseño y en parte por defecto, y en cualquier caso exactamente como la concebían la doctrina ordoliberal alemana y el «liberalismo autoritario» de Schmitt.

[24] Benjamin Werner, *Der Streit um das VW-Gesetz: Wie Europäische Kommission und Europäischer Gerichtshof die Unternehmenskontrolle liberalisieren*, Fráncfort del Meno, Campus, 2013.

(4) El *Banco Central Europeo* (BCE). El BCE es la piedra angular de la Unión Monetaria Europea (UME), y sin duda también su soberano. Mientras que otros bancos centrales forman parte de un Estado con una jurisdicción coextensiva y tienen que enfrentarse a un gobierno y a una ciudadanía en el mismo ámbito territorial y político, la moneda y el mercado común que dirige el BCE carecen de Estado (esencialmente igual que el sistema legal gobernado por el TJE). Esto convierte al BCE en el banco central más independiente del mundo y a su régimen monetario en el más despolitizado. A diferencia del dinero keynesiano, el euro no es más que un medio de intercambio y una reserva de valor y resulta inapropiado para una corrección democrática del mercado, por ejemplo, mediante la consecución del pleno empleo. El dinero europeo, tal y como se concibió en los tratados que lo crearon, es un dinero austriaco, ordoliberal y neoliberal.

Realmente, resulta difícil encontrar una institución que se corresponda más estrechamente con el ideal del liberalismo autoritario que el BCE. La unión monetaria europea, con su «mercado único» y su minimalista mobiliario institucional, se asemeja de modo notable a la realización ideal, aproximadamente ochenta años después de su concepción, del «Estado autoritario» de Schmitt. La legitimidad de su institución central, el BCE, descansa exclusivamente en su supuesta competencia técnica respecto al tipo de políticas públicas, que requiere una economía de libre mercado si quiere seguir siéndolo. En teoría esto es muy poco, mientras que en la práctica se puede convertir fácilmente en demasiado. Aparentemente, el mandato del BCE es simplemente proporcionar una tasa de inflación deseable para la economía combinada de sus Estados miembros y asegurar la salud y viabilidad de sus sistemas financieros y de pago. Sin embargo, ya que las economías políticas nacionales que forman parte de la UME están históricamente gobernadas por diversas instituciones, tienden a responder diferentemente al régimen monetario y a la política monetaria del BCE. Si esto crea la posibilidad de una debilidad de la moneda común, como sucedió en la serie de crisis acaecidas desde 2008, el BCE, al ser la única institución al frente de la unión monetaria europea como conjunto, está obligado o se siente libre para hacer «lo que haga falta» para protegerla[25]. ¿Quién no recordará la definición de Carl Schmitt del estado de excepción, el *Ausnahmezustand*, que es *die Stunde der Exekutive*, la hora del ejecutivo cuando *Not kennt kein Gebot*, cuando el soberano tiene derecho y se demuestra capaz de suspender la ley y

[25] La frase que se hizo famosa fue utilizada por el presidente del BCE en una reunión con inversores financieros en Londres, el 27 de julio de 2012, cuando se le preguntó qué haría el BCE para mantener con vida al euro. Continuó diciendo, «y créame, será suficiente».

utilizar cualquier medio disponible, legal o extralegal, para asegurar la supervivencia de la comunidad?[26].

Desde hace varios años el BCE ha estado rutinariamente actuando *extra legem* para llenar el vacío político creado en el centro de la unión monetaria europea por sus fundadores, con la intención de convertir a la eurozona en la economía capitalista de mercado apolítica del neoliberalismo[27]. La intervención del BCE, aparentemente limitada a estabilizar el euro en una determinada tasa de inflación y a mantener funcionales los sistemas de pago –una actuación legítima solamente por lo que se refiere a este mandato concreto– ha penetrado profundamente en los acuerdos institucionales y políticos nacionales para «reformarlos», para ajustarlos al régimen monetario neoliberal común. De ese modo busca poner fin, en nombre de la solidez monetaria, a anteriores prácticas nacionales de ajustar el régimen monetario a los acuerdos políticos nacionales, especialmente a las ideas políticamente negociadas e institucionalizadas de una justicia social que corrija el mercado.

Junto al Consejo, la Comisión y el TJE, pero en caso de necesidad también por su cuenta, el Banco Central Europeo ha evolucionado como el gobierno *de facto* de la mayor economía del planeta, un gobierno totalmente protegido de la «democracia pluralista» que actúa, y solamente puede actuar, como el guardián y garante de una economía liberal de mercado. Desde la crisis de 2008, que desde luego está lejos de haber acabado si es que llega a hacerlo, el Banco ha adquirido facultades de gran alcance para imponer la disciplina sobre los Estados soberanos y las sociedades que están bajo su jurisdicción y para hacer que presten el debido respeto a las reglas de un régimen monetario y de mercado neoliberal. Actualmente, el BCE puede retirar a voluntad liquidez de los sistemas bancarios de los Estados que se nieguen a seguir sus preceptos sobre sus finanzas públicas, el tamaño y la composición de sus sectores públicos e incluso la estructura de sus sistemas de fijación de salarios. Los Estados y los gobiernos que no se «reforman» a sí mismos en consonancia con la rectitud capitalista y por ello no consiguen ganarse la confianza de las *haute finance* internacionales, pueden ser castigados de una amplia variedad de maneras. Por el contrario,

[26] Carl Schmitt, *Politische Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität*, Berlín, Duncker und Humblot, 1922; ed. cast.: *Teología política*, Madrid, Trotta, 2009. Sobre ello, véase también, Christian Joerges, *Europe's Economic Constitution in Crisis and the Emergence of a New Constitutional Constellation*, ZenTra Working Papers in Transnational Studies No. 06/2012, edición revisada en septiembre de 2013, Bremen, Center for Transnational Studies of the Universities of Bremen and Oldenburg, 2013.

[27] Esto precede a la crisis, lo mismo que la perspectiva de unos pocos observadores perspicaces de que el BCE, de la manera en que está instituido, es una continua carga para la democracia en Europa. Véase, por ejemplo, Sheri Berman y Kathleen R. McNamara, «Bank on Democracy», *Foreign Affairs*, vol. 78, núm. 2, 1999, pp. 2-8.

los Estados que realizan las reformas institucionales como las promueve el Banco, pueden ser recompensados, incluso emitiendo moneda para ellos, en lo que es una violación o elusión de los tratados de la unión monetaria europea [28]. Habida cuenta de la asimetría jurisdiccional entre el BCE y los países miembros de la unión monetaria europea , así como de la ausencia de una contrapartida política igualmente efectiva a nivel de la unión monetaria europea como conjunto, el BCE es el dictador ideal –el único agente capaz de una actuación decisiva– cuando se trata de gestionar una crisis, por ejemplo en el caso del incumplimiento de pagos de un Estado miembro. Lo mismo sucede a la hora de hacer que los países miembros converjan en el modelo de capitalismo financiarizado neoliberal y en su adaptación a los requerimientos de un régimen monetario común de talla única, que los alinee en buenos términos con los «mercados financieros». Ha llegado el «Estado autoritario» como creador y protector del «liberalismo autoritario».

[28] Por ejemplo, disfrazando el apoyo a los sistemas bancarios nacionales y la ampliación del crédito a gobiernos que registran déficits (con estrictas condiciones respecto a las «reformas» neoliberales que lo acompañan) como política monetaria.

7
¿POR QUÉ EL EURO DIVIDE A EUROPA?

Para entender los conflictos que han estallado dentro y en torno a la Eurozona a lo largo de los últimos cinco años, sería quizá útil empezar por revisar el concepto de dinero[1]. Se trata de un concepto que ocupa un lugar prominente en el capítulo segundo de la monumental obra de Max Weber *Economía y sociedad*, que lleva por título «Categorías sociológicas de la actividad económica». Weber pensaba que el dinero se convierte en dinero en virtud de una «organización regulada», de un «sistema monetario»[2]. Y al hilo de la obra de G. F. Knapp, *Staatliche Theorie des Geldes* [Teoría estatal del dinero], fechada en 1905, insistió en la idea de que, en las condiciones modernas, este sistema habría de estar necesariamente monopolizado por el Estado. El dinero es una institución político-económica insertada en, y posibilitada por, una «organización de gobierno» (he aquí otro crucial concepto weberiano). Al igual que todas las instituciones, el dinero privilegia ciertos intereses en detrimento de otros. Esto lo convierte en un objeto de «conflicto» social o, mejor, en un recurso más en el campo de lo que Weber denomina una «lucha de mercado»:

> El dinero no es un «mero cupón para utilidades sin especificar», que pueda alterarse a voluntad sin que ello tenga un efecto fundamental en el carácter del sistema de precios entendido como lucha del hombre contra el hombre. Más bien, el «dinero» es antes que nada un arma en esta lucha, y los precios son expresiones de esta lucha; son instrumentos de cálculo solo en tanto que cuantificaciones estimadas de las posibilidades relativas en este conflicto de intereses[3].

---

[1] Este ensayo tuvo como origen la conferencia pronunciada en el programa de Ciencias Sociales del Wissenschaftszentrum, Berlín, 21 de abril de 2015.
[2] Max Weber, *Economy and Society*, Guenther Roth y Claus Wittich (eds.), Nueva York, 1968, pp. 48, 166.
[3] *Ibid.*, [ed. cast.: *Economía y sociedad*, Madrid, FCE, 1993], p. 108.

En Weber, el concepto sociopolítico de dinero difiere fundamentalmente del de la economía liberal[4]. Los textos fundacionales de dicha tradición son los capítulos cuatro y cinco de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, donde el dinero viene explicado como un medio de intercambio que tiende a universalizarse, al servicio de una expansión (en último término, ilimitada) de las relaciones comerciales en «sociedades avanzadas», es decir, en sociedades basadas en la división del trabajo. El dinero reemplaza el intercambio directo por el intercambio indirecto, a través de la interpolación de una mercancía intermediaria universalmente disponible, fácilmente transportable, infinitamente indivisible y duradera (un proceso que Marx describió como de «circulación simple», M–D–M). En opinión de Smith, los sistemas monetarios se desarrollan desde abajo, a partir del deseo de los participantes del mercado de extender y simplificar sus relaciones comerciales, incrementando su eficiencia por la vía de reducir continuamente sus costes de transacción. Para Smith, el dinero es un símbolo neutro del valor de los objetos que se intercambian; como tal, debe adecuarse lo más posible a su propósito, incluso aunque por sí mismo posea un valor objetivo, derivado en teoría de sus costes de producción. El Estado hace su aparición solo en la medida en que pueda ser invitado por los participantes del mercado para que incremente la eficacia del dinero, «poniendo su sello» en él y haciéndolo más fiable. A diferencia de Weber, que distinguía entre diferentes sistemas monetarios en función de su afinidad con intereses distributivos compensatorios, para Smith el único interés del dinero es el interés universal, consistente en asegurar el buen funcionamiento de una economía de mercado lo más amplia posible.

De forma sorprendente, la tradición sociológica de posguerra prefirió seguir a Smith antes que a Weber. La desaparición de la escuela historicista de economía (y el hecho de que el funcionalismo estructural, sobre todo Talcott Parsons en Harvard, cediera la economía como objeto de estudio a las facultades de Económicas, cada vez más inclinadas hacia un espíritu neoclásico) permitió a la nueva sociología *poshistórica* posterior a 1945 prescindir de una teoría del dinero propia. En lugar de ello, optó por una vida tranquila, bien obviando la cuestión del dinero, bien adoptando la concepción smithiana del mismo, en tanto que medio de comunicación neutro y no interesado, en lugar de una institución social penetrada por el poder: el dinero como un valor numérico, *numéraire*, y no como relación social[5]. Esto condujo a una ruptura, tanto en el campo de la sociología como en el de la teoría económica, con los fieros debates de los años de entreguerras en torno a la naturaleza del dinero y a las implicaciones

---

[4] En lo que viene a continuación soy deudor del importante y estimulante análisis expuesto en *The Nature of Money*, de Geoffrey K. Ingham, Cambridge, 2004.
[5] *Ibid*.

políticas de los sistemas monetarios. Estos últimos, por otra parte, habían ocupado un lugar central en la teoría keynesiana: basta con ver las batallas, libradas por el propio Keynes, en torno a las implicaciones sociales y políticas del patrón oro o en torno al modelo bancario de reserva completa de Irving Fisher.

En este punto es fundamental la obra que Parsons y Smelser publicaron en 1956 con el título de *Economy and Society*, y el subtítulo de «A study in the integration of Economic and Social Theory». Según la teoría de sistemas de Parsons, el dinero aparece como una representación del poder adquisitivo, la capacidad de controlar el intercambio de bienes. También tiene la función social específica de conferir prestigio, y así actúa como un mediador entre «símbolos concretos y una simbolización más amplia»[6]. Históricamente, el dinero se desarrolla, como en el caso de Smith, a través del aumento de la división del trabajo, que exige una representación abstracta del valor económico para hacer posible la expansión del intercambio. En este proceso el dinero es como un «objeto cultural» que, junto con los instrumentos de crédito y los títulos de deuda, «constituye derechos o reclamaciones sobre objetos de valor económico» (o, en los términos de Weber, «un mero cupón para utilidades sin especificar»)[7].

Armas monetarias

Está claro que el dinero es mucho más que esto. Parsons, y la sociología norteamericana en general, podían haber encontrado muchos indicios de

[6] Talcott Parsons y Neil Smelser, *Economy and Society: A Study in the Integration of Economic and Social Theory* [1956], Londres, 1984, p. 71.

[7] *Ibid.*, pp. 140 y ss., 106. Véase también el ensayo de Parsons de 1964, «Evolutionary Universals in Society», en el que «el dinero y el mercado» aparecerán como uno de los cuatro logros históricos fundamentales de las sociedades modernas, junto con la organización burocrática, un sistema jurídico universalista y las formas democráticas de asociación. Parsons percibe los «universales evolutivos» como características estructurales de los sistemas sociales, sin los cuales los principales estadios del desarrollo quedarían bloqueados. Como instituciones interconectadas, el dinero y el mercado efectúan «una contribución fundamental a la capacidad de adaptación de las sociedades» en las que se han desarrollado, ya que facilitan la liberación de recursos de sus lazos asignados y permiten dedicarlos a nuevos fines. En este proceso, el dinero es indispensable como un «medio simbólico» que «representa» de forma «neutra», «abstracta», la «utilidad económica» de los bienes concretos por los que es intercambiable, contra las reclamaciones concurrentes en otros órdenes. El dinero se desarrolla de manera diferente en diferentes sociedades, ya que sus funciones pueden, en mayor o menor grado, ser asumidas por las organizaciones burocráticas. Pero la pregunta siempre es hasta qué punto los elementos institucionales de un sistema monetario concreto cumplen con la tarea de dotar a «las unidades operativas de la sociedad, incluyendo, por supuesto, su gobierno, con un conjunto de recursos disponibles que pueda aplicarse a cualquiera de una determinada gama de usos y, dentro de unos límites, pueda cambiarse de uso en uso»: T. Parsons, «Evolutionary Universals in Society», *American Sociological Review*, vol. 29, núm. 3, junio de 1964, p. 350.

ello en su propio país (y no solo en los años de entreguerras, que después de 1945 fueron de alguna forma declarados una era excepcional, sino también en su historia más temprana). El descubrimiento de esas evidencias, sin embargo, tuvo que esperar a que en la década de 1990 surgiera la «nueva sociología económica», que emprendió la rehabilitación de la visión weberiana del dinero como armamento en la «lucha de mercado». A este desarrollo, tan importante hoy como entonces, contribuyó «The color of money and the nature of value», un estudio a cargo de Bruce Carruthers y Sarah Babb sobre los conflictos políticos nacionales que surgieron en torno a la introducción de un nuevo sistema monetario en Estados Unidos tras la Guerra Civil[8]. Los autores adoptaron una distinción analítica propuesta por el politólogo Jack Knight: los sistemas monetarios, como las instituciones en general, no pueden ser evaluados únicamente conforme a «la noción de las instituciones sociales como agentes coordinadores de los beneficios colectivos» (o, en otras palabras, conforme a si eran o no capaces de proporcionar una simbolización comunicable de manera intersubjetiva de los valores y de las reclamaciones sobre los mismos). Un requisito no menos importante y hasta imprescindible, según Carruthers y Babb, era la perspectiva conflictual –que podríamos incluso llamar perspectiva política– que avanzaba Knight, según la cual un sistema monetario es el resultado de desacuerdos entre actores con intereses contradictorios[9]. Como tal, puede poseer más o menos efectos distributivos asimétricos e intereses en conflicto, que en la realidad social a menudo son más importantes que su eficacia[10].

«The color of money and the nature of value» reconstruye las divisiones políticas y económicas en torno al futuro régimen monetario de Estados Unidos y a la naturaleza del dinero en general durante el último tercio del siglo XIX. En aquel momento, el frente de batalla se situaba más o menos entre las concepciones smithiana y weberiana del dinero. La primera enfatizaba la fiabilidad del dinero como medio de comunicación simbólica, para la coordinación económica eficiente y la integración

[8] Bruce Carruthers y Sarah Babb, «The Color of Money and the Nature of Value: Greenbacks and Gold in Postbellum America», *American Journal of Sociology*, vol. 101, núm. 6, 1996, pp. 1558 y ss.

[9] Jack Knight, *Institutions and Social Conflict*, Cambridge, 1992.

[10] En este sentido, los sistemas monetarios pueden considerarse como análogos a los sistemas políticos, que normalmente tienen una tendencia inherente a distorsionar las decisiones en favor de los intereses privilegiados. Tienen una dinámica propia, que E. E. Schattschneider, refiriéndose a la democracia pluralista de Estados Unidos, ha caracterizado como una «movilización de sesgo»; «El problema en el cielo pluralista es que el coro celestial canta con un fuerte acento de clase alta»: *The Semi-Sovereign People*, Nueva York, 1960, p. 35. Le debo la referencia al reciente ensayo de Jacob Hacker y Paul Pierson, «After the "Master Theory": Downs, Schattschneider, and the Rebirth of Policy-Focused Analysis», *Perspectives on Politic*, vol. 12, núm. 3, 2014. En *The Nature of Money*, cit., Ingham describe el dinero como una «relación social», cuya forma concreta está determinada por el particular sistema monetario subyacente.

social, lo cual remitía a una teoría del valor naturalista y a la defensa de un regreso al patrón oro. La visión alternativa, que se basaba en una teoría social-constructivista notablemente bien desarrollada del valor del dinero, abogaba por la introducción de papel moneda libremente creado. Como era de esperar, los defensores del patrón oro hicieron hincapié en el interés público inherente a una simbolización del valor que pudiera inspirar confianza, mientras que los que abogaban por los *greenbacks* –los billetes de dólar impresos– pusieron el énfasis en los efectos distributivos divergentes de las dos concepciones de dinero, cada una de las cuales representaba intereses materiales diferentes. En efecto, estas dos formas rivales de entender el papel del dinero se asentaban en prácticas de acumulación y modos de vida bien distintos: de un lado, los promotores del patrón oro representaban «el viejo dinero» de la costa este, y más que nada les importaba la estabilidad; del otro, los que apoyaban el papel moneda se situaban en el sur y oeste del país, y lo que querían era acceso libre al crédito, ya fuera para lograr una devaluación de las deudas que habían contraído o bien para impulsar la expansión. Los intereses en conflicto en torno a qué sendero debía tomar la boyante economía capitalista en su camino hacia el desarrollo estaban, pues, relacionados con estructuras contrapuestas de privilegio y poder de clase: el mundo en el que vivía una clase urbana patricia, sobre todo en Nueva York, contra el de los agricultores endeudados y los grandes ganaderos del resto del país.

El dinero en efectivo y la acción comunicativa

Cuando alcanzó la mayoría de edad en la década de 1980, la sociología alemana tomó su concepción del dinero no de Weber, sino de Parsons (y, a través de este, de la tradición económica que se retrotraía hasta Smith). Esto es aplicable no solo a Niklas Luhmann y a su adaptación de la teoría de sistemas, sino también a Jürgen Habermas, a pesar de que –o tal vez, precisamente por ello– este desarrolló su «teoría de la acción comunicativa» en gran medida a través de una crítica inmanente de la obra de Luhmann. El problema, a mi modo de ver, radica en el hecho de que la crítica de Habermas al concepto de «instrumento rector», que tomó de Luhmann y Parsons, no afecta en nada a la validez de «los ámbitos funcionales de la reproducción material», pues estos últimos pueden, de manera excepcional, «diferenciarse del mundo de la vida»[11]. Aunque en términos habermasianos no hay nadie que realmente *hable* en los subsistemas económicos modernos (pues el habla sigue siendo la prerrogativa del mundo

[11] Jürgen Habermas, *The Theory of Communicative Action, vol. 2: Lifeworld and System*, Boston, 1985, p. 261 [ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Trotta, 2010].

de la vida), el «*lenguaje* especial del dinero» basta para que ese subsistema ejerza su función[12].

Aquí la presuposición consiste, por supuesto, en asumir que «la economía» *puede* pensarse como si fuera un subsistema técnico de las sociedades modernas, depurado de todas las conexiones con el mundo de la vida y capaz de funcionar sin ellas de una manera instrumentalmente racional, neutra. Dentro del ámbito competencial de la economía así concebida no hay compulsión alguna a actuar; es posible limitarse a «dejarse llevar». Por lo tanto, «la economía» puede ser vista como un mecanismo predecible de medios, exactamente a la manera de la teoría económica estándar, si bien insertada en un contexto más comprehensivo de comunicación y acción, y susceptible en principio de ser organizada sobre una base democrática. Con la ayuda del dinero, ese «medium rector» que no solo se adecua a la tarea, sino que está idealmente concebido para ella, este mecanismo se limita, si bien a un nivel reducido de comunicación, a coordinar a los actores y a centrar los esfuerzos de los mismos en la utilización eficiente de recursos escasos[13].

En el plano teórico las implicaciones son de gran alcance. La incorporación parcial que hace Habermas de la teoría de sistemas –el reconocimiento de una pretensión tecnocrática de dominio sobre ciertos sectores de la sociedad, análoga a la manera en que la teoría de la relatividad concede una aplicabilidad limitada a la mecánica clásica– despolitiza lo económico, reduciéndolo a un énfasis unidimensional en la eficiencia, como si este fuera el precio a pagar por introducir de contrabando un espacio para la politización en una teoría posmaterialista de la «modernidad». La clave para comprender en qué consiste la economía política queda olvidada: el hecho de que las leyes naturales de la economía, que parecen existir en virtud de su propia eficiencia, no sean en realidad más que proyecciones de relaciones de poder social que se presentan ideológicamente como necesidades técnicas. La consecuencia es que deja de ser entendida como una economía capitalista y pasa a ser, pura y simplemente, *la economía*, al tiempo que la lucha social contra el capitalismo es reemplazada por una lucha política y jurídica por la democracia. La idea de que el dinero funciona como un sistema de comunicación reemplaza la noción de un sistema monetario en el sentido weberiano; con ella se desvanece también cualquier idea del papel político que juega el dinero, como faceta distintiva de su función técnica. Y se esfuma también la noción de que los sistemas monetarios, en tanto que instituciones políticas y económicas, primero se adecuan al poder y solo después, al mercado. Como regla, por lo tanto, están sesgados a favor

---

[12] *Ibid.*, p. 259.
[13] Para el tratamiento del dinero en Habermas, véase también Nigel Dodd, *The Sociology of Money: Economics, Reason and Contemporary Society*, Nueva York, 1994.

de uno u otro interés dominante. Podemos decir, con Schattschneider, que, como ocurre con el «coro celestial» de una democracia pluralista, el lenguaje del dinero habla siempre con un acento, que normalmente es el mismo acento de clase alta que el del coro[14].

Lucha de mercado en la eurozona

Si el dinero no fuera más que un medio neutro de comunicación (un lenguaje simbólico para facilitar la coordinación productiva de ciertos tipos de acción humana), entonces deberíamos esperar que, después de una década, el euro hubiera unido a sus usuarios en una identidad común. Al igual que el marco alemán se dice que creó «un nacionalismo del marco»[15], el euro debería haber propiciado un patriotismo europeo, tal y como sus inventores esperaban. En 1999, Jean-Claude Juncker –que, como primer ministro de Luxemburgo, era un notorio asesor fiscal de las multinacionales– declaró que, una vez que los ciudadanos tuvieran los nuevos billetes y monedas en sus manos a principios del 2002, «brotaría un nuevo sentimiento del nosotros: nosotros, los europeos»[16]. Ese mismo año Helmut Kohl, por entonces ya excanciller de Alemania, predijo que el euro crearía una «identidad europea», y que «en cinco años como máximo Gran Bretaña también se sumaría a la unión monetaria, seguida directamente por Suiza»[17]. A un nivel un poco más bajo, los anuncios de los *media* pedían apoyo a la moneda única con fotos de viajeros jóvenes de ambos sexos mirándose a los ojos, de esa manera que une naciones. Sus sonrisas radiantes expresaban su júbilo mientras calculaban el dinero que se estaban ahorrando en pagos de comisiones y en pérdidas por los cambios de divisa, mientras viajaban a sus *rendez-vous*: ¡teoría de la identidad y eficiencia, todo en uno!

---

[14] Se podría añadir que el dinero mundial habla con acento estadounidense; aunque siempre se nos dice que, como el metro o la yarda, «el dinero no tiene color», el dólar es innegablemente verde, no dorado, así como el euro es de color negro, rojo y amarillo.

[15] Jürgen Habermas, *Die Zeit*, 30 de marzo de 1990.

[16] Dirk Koch, «Die Brüsseler Republik», *Der Spiegel*, 27 de diciembre de 1999. La teoría de la identidad de Juncker encaja fácilmente con una teoría cognitiva que informa la política de ingeniería social que está llevando a cabo. Como ejemplo de «consentimiento permisivo», está espléndidamente resumida en la siguiente descripción de sus prácticas: «Nosotros decidimos algo, lo ponemos en el mundo y esperamos un poco a ver qué sucede. Si no hay grandes protestas ni alboroto, *pues la mayoría de la gente no entiende realmente lo que hemos decidido*, entonces simplemente pasamos a la siguiente etapa, paso a paso, hasta que ya no hay vuelta atrás» (*ibid*., las cursivas son mías). Con respecto a la práctica ética subyacente, recogemos la máxima que el propio Juncker proclamó cuando presidía el rescate bancario de la Eurozona: «Cuando las cosas se ponen serias, tenemos que contar mentiras». En 2014, entre la aclamación general de todos los europeos biempensantes, Juncker fue elegido presidente de la Comisión Europea; según Jürgen Habermas, «Cualquier otra decisión habría sido un golpe en el corazón de Europa»: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 29 de mayo de 2015.

[17] Rainer Hank, «Europa der Heuchler», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 15 de marzo de 2015.

No obstante, la «idea europea», o mejor, la ideología, ha partido Europa en dos. En tanto que motor de una unión cada vez más estrecha, el balance de la moneda única ha sido desastroso. Noruega y Suiza no se incorporarán a la Unión Europea en un futuro próximo, mientras que Gran Bretaña está considerando activamente abandonarla. Se suponía que Suecia y Dinamarca iban a adoptar el euro en algún momento, lo cual está ahora fuera de la agenda. Por su parte, la Eurozona ha quedado dividida entre países con superávit y países con déficit, el norte y el sur, Alemania y el resto. En ningún otro momento desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se habían confrontado los Estados-nación de Europa con tanta hostilidad; los logros históricos de la unificación europea nunca han estado tan amenazados. Ningún gobernante hoy en día se atrevería a convocar un referéndum en Francia, Holanda o Dinamarca sobre cualquier paso nuevo, por ínfimo que fuera, hacia una mayor integración. Gracias a la moneda única, las esperanzas puestas en una Alemania europea –en la integración como solución a los problemas tanto de la identidad alemana como de la hegemonía europea– han sido reemplazadas por el temor a una Europa alemana, también en la propia RFA. En consecuencia, las campañas electorales en el sur de Europa se dirimen y se ganan contra Alemania y su canciller; han empezado a aparecer retratos de Merkel y Schäuble ataviados con esvásticas, no solo en Grecia e Italia, sino hasta en Francia. El hecho de que Alemania esté enfrentando cada vez más demandas de reparaciones –no solo por parte de Grecia, sino también de Italia– da una idea de hasta qué punto su política de posguerra para europeizarse se ha ido a pique desde su transición a la moneda única[18].

Cualquiera que tenga interés en entender cómo una institución como la de la moneda única puede causar tantos estragos necesita echar mano de un concepto de dinero que vaya más allá del de la tradición económica liberal y de la teoría sociológica por ella inspirada. Los conflictos en la eurozona solo pueden decodificarse con la ayuda de una teoría económica que sea capaz de concebir el dinero no solo como un sistema de signos que simbolizan reclamaciones y obligaciones contractuales, sino también,

---

[18] En el camino quedan algunas tragedias personales. Schäuble, precisamente él –el viejo defensor de un «núcleo duro europeo», con Francia y Alemania como centro indisolublemente unido–, fue acusado en abril de 2015 de una «intolerable e inaceptable hostilidad hacia Francia», a raíz de su supuesto deseo de poner la economía de dicho país «bajo supervisión». Estos ataques vinieron en respuesta a unos comentarios que Schäuble había hecho en Washington, en el sentido de que «sería mejor para Francia que fuera obligada a introducir reformas [...], pero no es un tema fácil, pues tal es la naturaleza de la democracia» (he aquí el sentido común de todo ministro de Economía alemán, de cualquier partido). Según se dice, el presidente de los socialistas franceses llamó a la «confrontación con la derecha europea, y especialmente con la CDU-CSU». El Parti de Gauche exigió que Schäuble «se disculpara ante el pueblo francés»; sus comentarios, se decía, ejemplificaban «la nueva arrogancia alemana», que Alemania estaba en marcha para dominar Europa, etcétera. Véase *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18 de abril de 2015.

conforme a la visión de Weber, como el producto de una organización del poder y, por lo tanto, como una institución contenciosa y contestada, con consecuencias distributivas repletas de potencial para el conflicto.

Peculiaridades regionales

La literatura sobre las «variantes de capitalismo» nos aporta algunas indicaciones preliminares que nos ayudan a comprender por qué la moneda única está dividiendo Europa en lugar de unirla (al menos en la medida en que esta tarea es de carácter histórico-institucional, y no teórico-eficiente)[19]. A lo largo de su senda de desarrollo, cada país de la eurozona ha configurado a su manera la interfaz crítica entre su sociedad y su economía capitalista; los diferentes sistemas monetarios jugaron un papel clave en las economías nacionales resultantes[20]. La moneda única puede ser entendida como el intento, por las razones que fueran, de reemplazar los sistemas monetarios nacionales, que estaban adaptados a sus respectivos contextos institucionales y políticos, por un sistema monetario supranacional que fuera igualmente válido para todas las sociedades participantes. Estaba diseñado para inyectar una forma nueva –neoliberal– de dinero en las economías nacionales, que forzara el desarrollo de un contexto institucional apropiado a sus propios fines.

Los sistemas y las prácticas monetarias modernas están insertos en los Estados-nación y pueden diferir de manera fundamental de un país a otro[21]. En el caso de la moneda única, bastará con distinguir entre los tipos-ideales de los países mediterráneos de los del norte de Europa, Alemania en particular[22]. El sur europeo produjo un tipo de capitalismo

---

[19] En esta distinción, véase mi «E Pluribus Unum? Varieties and Commonalities of Capitalism», en Mark Granovetter y Richard Swedberg (eds.), *The Sociology of Economic Life*, Boulder (CO), 2011.

[20] Tal y como Fritz Scharpf subraya en su análisis críticos de la teoría de la integración de Habermas, las instituciones de la economía política –y no solo las garantías liberales de libertad e igualdad– forman parte de los logros históricos por los que se luchó a través de los Estados-nación; esas instituciones no pueden ser simplemente estandarizadas a un nivel supranacional, ni abolidas en favor de panaceas supranacionales. Cualquiera que haya presenciado los debates interminables entre los sindicatos europeos en torno a las formas correctas de cogestión en empresas grandes y pequeñas estará muy al tanto de esto. Véanse F. Scharpf, «Das Dilemma der Supranationalen Demokratie in Europa», *Leviathan*, vol. 43, núm. 1, 2015, y J. Habermas, «Warum der Ausbau der Europäischen Union zu einer supranationalen Demokratie nötig und wie er möglich ist», *Leviathan*, vol. 42, núm. 4, 2014.

[21] Véase Georg Friedrich Knapp, *Staatliche Theorie des Geldes*, Múnich y Leipzig, 1905; publicado en inglés en una edición abreviada denominada *The State Theory of Money*, Londres, 1924.

[22] Para lo que viene a continuación, véanse, entre otros, Klaus Armingeon y Lucio Baccaro, «Political Economy of the Sovereign Debt Crisis: The Limits of Internal Devaluation», *Industrial Law Journal*, vol. 41, núm. 3, 2012; Lucio Baccaro y Chiara Benassi, «Softening Industrial Relations Institutions, Hardening Growth Model: The Transformation of the German Political Economy», *Stato e mercato*, vol. 102, 2014; Charles Blankart, «Oil and Vinegar: A Positive Fiscal Theory of the Euro Crisis», *Kyklos*, vol. 66, núm. 3, 2013; Peter Hall, «The Economics and

en el que el crecimiento era generado sobre todo por la demanda interna, con el apoyo, cuando fuera necesario, de la inflación. A su vez, la demanda venía impulsada por déficits presupuestarios, o bien por sindicatos fortalecidos por altos niveles de seguridad en el empleo y un sector público de gran tamaño. Además, la inflación hacía más fácil que los gobiernos pudieran endeudarse, en la medida en que devaluaba de manera regular la deuda pública. El sistema era mantenido por un sector bancario altamente regulado, que en parte o en su totalidad era de titularidad estatal. Todos estos factores, unidos, hicieron posible armonizar de forma más o menos satisfactoria los intereses de trabajadores y empresarios, que normalmente operaban en el mercado interno y a una escala pequeña. El precio de la paz social así generada era una pérdida de competitividad internacional, en contraste con los países con moneda fuerte; pero al contar con sus propias monedas, esa pérdida podía compensarse con devaluaciones periódicas, a costa de las importaciones del exterior.

Las economías septentrionales funcionaban de forma distinta. Su crecimiento procedía de las exportaciones y, en consecuencia, tenían aversión a la inflación. Esto valía también para los trabajadores y sus sindicatos, a pesar del uso ocasional de retórica «keynesiana», y mucho más en la era de la globalización, cuando el incremento de los costes podía tan fácilmente llevar a que la producción fuera reubicada en zonas más baratas. Estos países no necesitan necesariamente acudir a la opción de la devaluación. A pesar de las repetidas apreciaciones de su moneda, y debido en parte a la revalorización de sus productos, la economía alemana ha venido creciendo desde la década de 1970, entre otras cosas, gracias a haber pasado de los mercados que compiten en el precio a aquellos que compiten en calidad. A diferencia de lo que sucede en los Estados mediterráneos, los países con moneda fuerte recelan tanto de la inflación como de la deuda, incluso aunque sus tipos de interés sean relativamente bajos. Su capacidad para sobrevivir en ausencia de una política monetaria relajada beneficia a sus numerosos ahorradores, cuyos votos tienen un peso político significativo; esto también significa que no necesitan asumir el riesgo de burbujas financieras[23].

Politics of the Euro Crisis», *German Politics*, vol. 21, núm. 4, 2012; Bob Hancke, *Unions, Central Banks, and EMU: Labour Market Institutions and Monetary Integration in Europe*, Oxford, 2013; Martin Höpner y Mark Lutter, «One Currency and Many Modes of Wage Formation: Why the Eurozone is too Heterogeneous for the Euro», documento de trabajo del Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung (MPIfG), 14/14, Colonia, 2014; Alison Johnston y Aidan Regan, «European Integration and the Incompatibility of Different Varieties of Capitalism: Problems with Institutional Divergence in a Monetary Union», documento de trabajo del MPIfG, 14/15, Colonia, 2014; Torben Iverson y David Soskice, «A structural-institutional explanation of the Eurozone crisis», artículo presentado en la London School of Economics el 3 de junio de 2013.

[23] «Primero ahorrar, después comprar» es la divisa del comportamiento económico y cultural tradicional alemán, sustentado en una complicada madeja de instituciones políticas y económicas mutuamente complementarias. Véase, recientemente, Daniel Mertens, «Privatverschuldung in Deutschland: Institutionalistische und vergleichende Perspektiven auf die Finanzialisierung privater Haushalte», Tesis doctoral, Colonia, MPIfG, 2014.

Desigualdad a partir de la diversidad

Es importante subrayar que, desde un punto de vista moral, ninguna versión de la interfaz entre capitalismo y sociedad es intrínsecamente superior al resto. Cualquiera de los encajes del capitalismo en la sociedad, cualquier intento de circunscribir su lógica en la de un orden social, se hará de forma necesariamente «tosca pero funcional», improvisada, con concesiones y nunca del todo satisfactoria para ninguna de las partes. Lo cual no impide a los partidarios de los diferentes modelos nacionales denostar las alternativas y promover los suyos como los más correctos y racionales. La razón para ello es que lo que está en juego en el conflicto sobre los modelos económicos no es solo el nivel de vida de la gente, sino también la economía moral que se ha consolidado en cada caso.

En el norte de Europa, ese chovinismo cultural produce el cliché de los «griegos vagos», mientras que en el sur da lugar a la noción de los «alemanes fríos» que «viven para trabajar en lugar de trabajar para vivir», con llamamientos a ambos lados para que reconozcan sus errores y corrijan sus conductas. Por culpa de esas distorsiones, no se les suele ocurrir a los alemanes, que reclaman a los griegos que reformen su economía y su sociedad para poner fin al derroche y la corrupción, que lo que realmente les están pidiendo es que reemplacen sus anticuadas formas locales de corrupción por otras más modernas y globales, à la Goldman Sachs[24].

Sistemas monetarios diseñados para modelos de distribución social diferentes pueden coexistir, siempre y cuando los Estados retengan la soberanía y puedan ajustar sus monedas para compensar las fluctuaciones en materia de competitividad. En cambio, un régimen monetario integrado para economías tan dispares como son un norte de Europa basado en la oferta y un sur basado en la demanda no puede funcionar igual de bien para ambas partes. El resultado de ello es que una diversidad cualitativa horizontal es transformada en una desigualdad cuantitativa vertical. Cuando economías nacionales políticamente diferenciadas son forzadas a compartir una unión monetaria, aquellas que salen perdiendo en el

---

[24] Dejo abierta la cuestión sobre lo deseable que sería para sociedades como la griega o la española «modernizarse», en el sentido de despojarse de sus «grilletes feudales» (véase Albert O. Hirschman, «Rival Interpretations of Market Society: Civilizing, Destructive, or Feeble?», *Journal of Economic Literature*, vol. 20, núm. 4, 1982), y ello por dos razones: en primer lugar, intervenir en otro país de esta manera no es una opción. Y en segundo lugar, hay más de una forma de armonizar (temporalmente) capitalismo y sociedad. En mayor medida incluso que los estados estadounidenses individuales, los Estados-nación europeos pueden y deberían ser tratados como «laboratorios de democracia» (véase Lewis Brandeis in *New State Ice Co. vs Liebman*, 1932), donde «democracia» puede considerarse que incluya no solo las formalidades institucionales del debate colectivo y de la implementación de las políticas, sino la configuración siempre provisional de la zona de conflicto entre la sociedad y la economía capitalista.

proceso se ven forzadas a *reformar* su modo de producción y el contrato social, para ponerlo en línea con los países privilegiados por la moneda común. Solo si pueden y desean hacerlo –en otras palabras, solo si el sistema monetario integrado crea un orden capitalista integrado– la unión monetaria podrá funcionar libre de fricciones.

El germen de la batalla

Las metas estratégicas y los compromisos de la Unión Monetaria Europea se fijaron desde el inicio por estos resultados, inevitablemente desiguales; de esta forma, las economías nacionales se vieron forzadas a una adaptación selectiva. El euro fue siempre un *constructo* contradictorio y preñado de conflictos. Hacia finales de la década de 1980, Francia e Italia, en particular, estaban hartas de la política del Bundesbank, con unos tipos de interés propios de una moneda fuerte, que por entonces, en virtud de la premisa del libre movimiento de capitales en un mercado común con un cariz cada vez más financiero, se había convertido *de facto* en el banco central de Europa. También estaban molestos, los franceses sobre todo, por la necesidad periódica de devaluar su moneda en relación con el marco alemán para mantener su competitividad, algo que se vivía como una suerte de humillación nacional. Al reemplazar el Bundesbank por el Banco Central Europeo, esperaban recuperar parte de la soberanía monetaria que habían cedido a Alemania, además de hacer que la política monetaria en Europa estuviera un poco menos centrada en la estabilidad y se dirigiera más hacia metas políticas, tales como el pleno empleo. Por cierto, que Mitterrand y su por entonces ministro de economía, Jacques Delors, también tenían esperanzas en utilizar una unión monetaria –que excluiría la opción de la devaluación e impondría una moneda más fuerte– para forzar al Partido Comunista Francés y a los sindicatos a renunciar a sus objetivos políticos y económicos. La Banca de Italia tenía ideas similares.

El Bundesbank y la mayoría aplastante de los economistas alemanes, que eran sobre todo de orientación ordoliberal y monetarista, se opusieron a la moneda común por el temor a que socavara la «cultura de estabilidad» alemana. Kohl habría preferido ver la unión monetaria precedida de una unión política (e idealmente, con una política económica alemana, por supuesto). Sus socios europeos, sin embargo, no estaban defendiendo la moneda única para sacrificar aún más soberanía, así que Kohl cedió, por miedo a perder su apoyo a la reunificación alemana. Pero probablemente sí esperaba que la unión monetaria fuera seguida, de una forma u otra, de la unión política, esperanza que todavía hoy sigue albergando el centro

izquierda eurófilo alemán, que aúna a los últimos defensores de la teoría neofuncionalista de la integración. Cuando determinados aliados de primer orden en el campo de Kohl amenazaron con rebelarse, el canciller venció sus reticencias asegurándoles que el régimen monetario común seguiría el modelo alemán, y que el Banco Central Europeo sería una copia ampliada del Bundesbank.

El terreno quedó así abonado para los conflictos de los años que vendrían. El eslogan que el gobierno alemán empleó para ganarse a los votantes escépticos fue el de «El euro: estable como el marco». A pesar de lo cual, los demás Estados miembros ratificaron el tratado de Maastricht, presumiblemente confiando en que ya tendrían ocasión de reescribirlo ante la presión de las «realidades» económicas (si no en el papel, en la práctica). Un factor que ayudó fue que en la década de 1990 las economías occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, llevaron a cabo sin excepción una política de consolidación fiscal, como transición hacia economías neoliberales y financiarizadas[25]. Comprometer al propio país a un nivel de endeudamiento no superior al 60 por 100 del PIB, y a unos déficits presupuestarios de no más del 3 por 100 se correspondía con el espíritu de los tiempos. Y además, *los mercados* encontrarían la manera y los medios de castigar a los países que rechazaran someterse a estas normas.

Los efectos desiguales de la unión monetaria pronto se hicieron sentir. A día de hoy son Alemania, Holanda, Austria y Finlandia los que más se benefician de la moneda única, pero esto solo es así desde 2008. En la primera fase del euro, la política monetaria uniforme convirtió a Alemania en «el enfermo de Europa». El tipo de interés del BCE era mayor que la tasa de inflación alemana, aunque más bajo que el de los países mediterráneos, que de esta forma disfrutaron del lujo de tipos de interés reales negativos[26]. El coste de la deuda pública también se hundió drásticamente en el sur del continente, en gran medida porque los mercados de capital asumieron (en parte porque la Comisión Europea así lo dio a entender) que, independientemente de los tratados, la moneda única contenía una garantía compartida, o incluso específicamente alemana, de solvencia de los Estados miembros. El resultado fue un *boom* en el sur y el estancamiento en Alemania, con un paro alto y una deuda pública en aumento.

---

[25] A este respecto véase mi «The Rise of the European Consolidation State», en Desmond King y Patrick Le Gales (eds.), *The Reconfiguration of the State in Europe*, Oxford, 2015.

[26] Fritz Scharpf, «Political Legitimacy in a Non-Optimal Currency Area», documento de trabajo del MPIfG 13/15, Colonia, MPIfG, 2013.

Las líneas del frente

Todo esto cambió en 2008, con la llegada de la crisis crediticia (o, en otras palabras, con el fin de las ilusiones de los mercados financieros en cuanto a la voluntad alemana o europea de actuar como prestamistas de última instancia para las deudas del sur, combinado con la caída de los tipos de interés hasta niveles casi cero). La razón por la que la moneda única ahora favorecía a Alemania estaba en la así llamada sobreindustrialización de su economía, un mal que se diagnosticó solo en la década de 1990. Esto la hizo menos sensible a la crisis fiscal y al colapso del crédito que los Estados que eran más dependientes de sus mercados internos, ya que, en primer lugar, le permitió centrarse con más intensidad que nunca en ofertar en los mercados globales bienes industriales de mayor calidad. Un factor adicional fue la infravaloración del euro en tanto que moneda de Alemania, en contraste con la eurozona en general[27]. De esta forma, sin quererlo ni planearlo, Alemania se convirtió, de forma controvertida y hasta nueva orden, en la potencia hegemónica de Europa.

Al mismo tiempo, las diferentes compatibilidades de las economías de los Estados miembros desencadenaron un feroz tira y afloja entre el norte y el sur. La pugna planteaba, y sigue planteando, tres cuestiones nítidas: en primer lugar, la interpretación –y tal vez revisión– del sistema monetario acordado en el Tratado de Maastricht; en segundo lugar, el deber de los Estados miembros de llevar a cabo *reformas* institucionales, con el fin de alinear el sur con el norte, o viceversa; y en tercer lugar, ante la disparidad persistente de ingresos y niveles de vida, la cuestión del reequilibrio mediante desembolsos del norte hacia el sur.

Hay que hacer hincapié en que ninguno de estos problemas puede remediarse con los métodos que se están aplicando actualmente, por muchos frutos que, al margen de ello, puedan dar[28]. Los tres son manifestaciones de una división profunda en la unión monetaria en tanto que sistema político. Y el «rescate» financiero, lejos de colmar esta brecha, solo la hace más visible. Por lo que respecta al primer problema –el desacuerdo en cuanto a la operatividad práctica del Tratado–, los intentos de los Estados del sur de suavizar el euro con la ayuda del BCE, para así volver a la inflación, a la financiación mediante el endeudamiento y a la devaluación monetaria han

---

[27] De acuerdo con Morgan Stanley, en 2013, al tipo de cambio de 1,36 por dólar, el euro estaba devaluado en el 13 por 100 para Alemania, y sobrevaluado en el 12 y el 24 por 100 para Italia y Grecia.

[28] Un fracaso notable del actual debate político, especialmente en Alemania, es que los problemas de la Eurozona están siendo tratados como una crisis única, aunque seria, que puede ser superada mediante desembolsos para rescatar bancos o Estados, o ambos; unos desembolsos costosos, pero que, se supone, solo tendrán que hacerse una vez.

sido respondidos con indignación por parte de las naciones del norte, que no quieren volver a verse arrastradas mediante resoluciones mayoritarias a hacer de prestamistas subsidiarios y garantes de aquellas inyecciones preferentes de fondos, sin los cuales sus socios del sur hoy por hoy no pueden funcionar. En este sentido, la política interna de la moneda única juega ya un papel en las alianzas de los Estados miembros, que están tratando de tirar del régimen monetario común en direcciones opuestas, un grupo hacia el sur y el otro (de vuelta) hacia el norte. En sus actuales configuraciones políticas y económicas, cada bloque solo puede funcionar si se hace con el control de la interpretación del régimen monetario. Pero ninguno desea funcionar *sin* el otro. Mientras los norteños aprecian los tipos de cambio fijos para sus industrias de exportación, los sureños quieren tipos de interés bajos; están dispuestos a aceptar las restricciones acordadas en cuanto a techos de deuda y límites de déficit con la esperanza de que, en caso de emergencia, sus socios serán más susceptibles que los mercados financieros ante la presión diplomática o la contemporización.

En los debates en torno a la *correcta* interpretación de la moneda única, el actual gobierno alemán y sus aliados siguen teniendo la sartén por el mango, al menos mientras el sur siga dependiendo de sus multimillonarios rescates. Si esto continúa así, los meridionales no van a tener otra opción que adaptar sus instituciones políticas y económicas a la versión neoliberal del régimen monetario europeo conforme a la interpretación dada por el norte[29]. El resultado de semejante proceso de ajuste sería una incógnita; incluso si todo fuera bien, conllevaría un largo periodo de transición, plagado de malestar político e incertidumbre económica. Significaría, por ejemplo, que el sur tendría que aceptar mercados de trabajo completamente *flexibles*, como en el norte; mientras que, en caso contrario, los alemanes serían obligados a abandonar sus *destructivos* hábitos de ahorro y a renunciar a su *egoísta* economía basada en la exportación.

La lucha de mercado se desplaza así a la segunda cuestión: la de las «reformas» institucionales que se exigen a los Estados miembros. Además de a su predominio económico, el norte puede apelar a la letra de los tratados, así como a los paquetes de reforma y consolidación que emanan del BCE; por su parte, el sur puede hacer valer su mayoría en el seno de las instituciones de la eurozona y del BCE, además de jugar con la necesidad que tiene la clase política alemana de que haya armonía en Europa. Desde luego, ambas partes tendrían que contar con resistencias feroces –y

[29] En ese caso, el actual programa de flexibilización cuantitativa del BCE no implicaría un acercamiento a la perspectiva del «sur», sino simplemente un arreglo temporal, a cambio de que el «sur» imponga las «reformas» del norte. En la medida en que pueda discernirse convicción política alguna en alguien como Draghi, sus medidas van más en esta dirección que hacia un cambio de régimen en favor del sur.

democráticamente legitimadas– a las reformas, que golpearían el corazón de los acuerdos político-económicos de sus naciones. El resultado bien podría ser la existencia permanente y paralela de instituciones incompatibles por debajo del régimen monetario común. En un escenario así, los meridionales defenderían la seguridad del empleo en el sector público y la protección contra el despido, mientras que los empleados de las empresas exportadoras del norte no se mostrarían dispuestos a abandonar sus alianzas «dirección/trabajadores en cada empresa», ni a entrar en acuerdos salariales susceptibles de poner en riesgo su competitividad y, con ella, sus empleos. El sur no sería capaz de elevar su productividad, ni el norte sus costes, hasta un punto en el que ambos pudieran converger[30]. La pugna entre los dos enfoques continuaría, mientras los excedentes comerciales y de las exportaciones del norte seguirían aumentando, y la presión sobre el sur con la receta de la deflación y la racionalización persistiría.

El resultado –y esto nos lleva al tercer nivel del conflicto– sería un estado de fricción permanente en torno a la constitución financiera de la eurozona. La pugna podría ser análoga a las interminables disputas que se dan en Alemania a cuenta de los arreglos financieros entre el gobierno central y los *Länder*, con la salvedad de que en el Sistema Monetario Europeo estaríamos ante un conflicto entre Estados soberanos, sin el marco comprehensivo que aporta una constitución democrática compartida, ni nada parecido a la tupida red de instituciones comunes de un Estado-nación. Esa pugna tampoco se llevaría a cabo dentro de una economía única o más o menos unificada, sino entre diferentes variantes nacionalmente constituidas de capitalismo, y por medio de unas relaciones internacionales volátiles y emotivas. Los costes que conllevaría serían considerables, y siempre se quedarían cortos, incluso si las reformas estructurales exigidas al sur fueran de hecho implementadas y los países afectados fueran capaces de empezar a recuperarse, tras haber sufrido una deflación del 20 al 30 por 100. La idea de que, después de todo esto, van a ser capaces de hacer crecer sus economías más rápido que los países del norte, y sin ningún tipo de asistencia, es algo que solo los economistas podrían imaginar[31].

---

[30] Hace algún tiempo, en reconocimiento de esto, la izquierda alemana (Lafontaine, Flassbeck) retiró su demanda de larga data de que los sindicatos alemanes deberían adoptar una política salarial agresiva con el fin de desmantelar la ventaja competitiva de Alemania en la moneda única y, así, mediante el ajuste a las economías del sur, ayudar a lograr la convergencia necesaria. Su demanda actual, en favor de la abolición de la moneda única en su forma actual, es la consecuencia lógica de esto. Véase Heiner Flassbeck y Costas Lapavitsas, *Nur Deutschland kann den Euro retten: Der letzte Akt beginnt*, Fráncfort del Mano, Westend Verlag, 2015.

[31] Comparable a la creencia de los economistas en la convergencia a través de la reforma es la creencia del centroizquierda eurófilo en la convergencia a través del alivio de la deuda; ambas posturas son igualmente poco realistas y resultan comprensibles solo como recursos retóricos para inmunizar una ideología utópica contra dudas empíricas.

Es imposible especificar con certeza cuán grandes habrán de ser las transferencias fiscales del norte, pero de lo que sí podemos estar seguros es de que no bastarán para colmar la brecha que lo separa del sur. Al reconocer que no estaríamos hablando solo de Grecia, sino también de España y Portugal, y posiblemente de toda la región mediterránea, los pagos exigidos al norte serían proporcionalmente al menos tan grandes como la transferencia anual de recursos desde la RFA hacia sus nuevos *Länder* [de la antigua RDA] a partir de 1990, o como los que Italia ha transferido al *Mezzogiorno* desde el fin de la Segunda Guerra Mundial: más o menos el 4 por 100 del PIB en ambos casos, con el modesto resultado de evitar que la brecha de ingresos entre las regiones ricas y las pobres meramente siguiera creciendo[32]. Por lo que respecta al presupuesto de la Unión Europea, tendría que incrementarse en al menos el 300 por 100, del 1 al 4 por 100 de su PIB. Según cálculos conservadores, los Estados miembros podrían tener que transferir a Bruselas alrededor del 7 por 100 de su gasto público. En el caso de Alemania, donde el presupuesto federal asciende a alrededor de la mitad del gasto público, el incremento sería de alrededor del 15 por 100, y ello durante un periodo de bajo crecimiento y contracción fiscal[33].

Estas son las principales líneas de fractura inherentes a toda futura política interna de la eurozona. Más allá de los desembolsos de los rescates que se hagan de una sola vez, y que pueden justificarse por razones humanitarias, las transferencias solo serán políticamente factibles si no exceden de manera notable los fondos de Desarrollo Regional de la UE en vigor desde hace ya tiempo, y si pueden presentarse de forma creíble como ayudas a un Estado para que se ayude a sí mismo. Las inyecciones redistributivas y regulares de dinero –en concepto de expresión de solidaridad con economías menos competitivas en un entorno de divisa fuerte– no podrían sostenerse en las meritocracias nórdicas, con sus constantes exhortaciones a trabajar más duro; como tampoco serían a la larga compatibles con la autoestima de los países receptores. Con respecto a los subsidios que tienen vocación de desaparecer tras cumplir su cometido (como es el caso de las políticas regionales en el ámbito nacional o de la ayuda al desarrollo en el ámbito internacional), habrá que abordar por fuerza las cuestiones

---

[32] Véase mi artículo con Lea Elsasser, «Monetary Disunion: The Domestic Politics of Euroland», documento de trabajo del MPIfG, 14-17, Colonia, 2014, p. 14. Para poner la política de transferencias en perspectiva, debería considerarse en relación con la orientación estratégica de la UE, cuya política de adhesión está más fuertemente inspirada por Estados Unidos cuanto más se adentra en el este. Las transferencias serían entonces necesarias para la totalidad de los Balcanes, desde Serbia hasta Albania –todos ellos Estados que son, por definición propia, receptores potenciales de subsidios–. Es llamativa la escasa discusión que han merecido los problemas y los costes de una expansión al sureste, con o sin una resolución de la crisis mediterránea. La palabra clave relevante aquí podría ser esta: «sobreexpansión».

[33] La idea de que Alemania colmará ella sola las asimetrías económicas de Europa –ya sea por miedo a Europa o por amor hacia ella– lleva el voluntarismo a un nivel superior.

relacionadas con su duración y uso (es decir, si se están o no destinando al consumo en lugar de a la inversión). Para evitar que transferencias que han sido justificadas como ayuda de emergencia temporal sean transformadas *de facto* en asistencia a largo plazo, los donantes solo las concederán bajo estrictas condiciones, arrogándose el poder de supervisar su utilización. Es inevitable que esto lleve a tensiones entre Estados soberanos, y que se acuse a los países donantes de comportarse como imperialistas, al interferir en los asuntos internos de otros y socavar sus democracias. Los países receptores protestarán por los pagos inadecuados y por la abrogación sin garantías de derechos soberanos, mientras que los donantes considerarán excesivas las sumas solicitadas y las condiciones aparejadas, insuficientes. Así, en el futuro la política interna de la eurozona girará en torno al eje del dinero a cambio de control y las oportunidades para las movilizaciones nacionalistas y demagógicas serán, a ambos lados, incontables.

¿Un nuevo sistema?

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que escuchamos argumentos positivos, políticos o económicos, a favor de la moneda única. Las únicas razones invocadas por los defensores del statu quo contra el abandono de lo que Polanyi habría sin duda denominado un «experimento frívolo» es que las consecuencias de una ruptura, aunque impredecibles, serían peores que la continuación de lo que ya se ha convertido en una crisis institucional permanente. Por debajo de esto, está probablemente el temor de la clase política europea a que los votantes les puedan hacer rendir cuentas por haber puesto en juego, tan a la ligera, la prosperidad y la coexistencia pacífica en el continente.

Sin embargo, los costes de desmantelar la moneda única no pueden sobrevivir mucho más en tanto que argumento a favor de su continuidad. La esperanza de los nórdicos de escapar de la actual coyuntura con un desembolso excepcional y de una vez por todas –o incluso con una deflación excepcional para propiciar una reforma estructural en el sur– se evaporará, así como las esperanzas del sur en poder contar con un apoyo a largo plazo para sostener estructuras sociales poco indicadas para funcionar en un régimen de divisa fuerte. Entretanto, la noción de que una democracia europea vaya a brotar del Parlamento Europeo y a acudir de alguna manera al rescate se terminará revelando como una ilusión, y cuanto más larga sea la espera, mayor será la desilusión[34]. Menos factible aún es el sueño de lograr una democracia semejante a fuerza de permitir que la crisis de la

[34] Véase mi comentario en el capítulo 8 sobre el artículo de Wolfgang Merkel, «Is Capitalism Compatible with Democracy?», *Zeitschrift für vergleichende Politikwissenschaft*, 7 de febrero de 2015.

eurozona se prolongue hasta que *el malestar* se haga demasiado grande: no tanto el malestar económico en el sur como la angustia moral y política en el norte, sobre todo en Alemania.

Antes de que se dé una carrera precipitada hacia la democracia paneuropea, lo más probable es que las unidades políticas nacionales caigan presa de partidos nacionalistas agresivos. Los únicos defensores que quedarán de la integración en torno al euro, aparte de unos políticos temerosos de perder sus asientos, serán las clases medias del sur, que sueñan con lograr un paraíso socialdemócrata de consumo subidos en el carro del capitalismo nórdico, incluso mientras este último implosiona; y las industrias exportadoras del norte, que buscan preservar el consumo financiado a crédito de los meridionales tanto tiempo como sea posible, así como las ventajas competitivas que supone una divisa paneuropea infravalorada. Sin embargo, en ausencia de una convergencia real, y si la necesidad de inyecciones regulares y redistributivas de dinero se hace evidente en toda su magnitud, la actual situación no será ya sostenible en términos electorales, ni siquiera en Alemania.

Por esta razón es esencial dejar de santificar el régimen de la moneda única, y de sobrecargarlo –de esa manera tan «típicamente alemana»– con las expectativas y atributos de una salvación posnacional[35]. Solo después será posible dejar a un lado la cantinela cotidiana de los peores escenarios (la frase de Merkel, «Si el euro fracasa, fracasa Europa», fue un ejemplo bastante burdo en este sentido), y empezar a ver la moneda única como lo que es: un recurso económico que habrá perdido su razón de ser si deja de servir a su propósito[36]. En *Buying time*, adelanté la propuesta de reconfigurar la moneda única de acuerdo con las líneas del modelo Bretton Woods original de Keynes: el euro como anclaje de las monedas nacionales o multinacionales individuales, con mecanismos acordados para salvar desequilibrios económicos, incluyendo la posibilidad de reajustar los tipos de cambio. En la práctica, esto supondría liberarnos del *patrón oro* implícito en la moneda única, que vacía las democracias de contenido sin ayudar tampoco a establecer una democracia supranacional. En términos generales, esto nos devolvería a una situación similar a la que teníamos

---

[35] Así como la pretensión de que la moneda única es la garantía de la paz y, por lo tanto, indispensable. La larga paz europea comenzó en 1945, mientras que la moneda única no fue lanzada hasta 1999. Junto con el Mercado Común (con sus monedas nacionales), fueron sobre todo la OTAN y la Guerra Fría las que empujaron a los países de Europa a mantener la paz, en contraste con el periodo de entreguerras. La moneda única, en cambio, ha sido un motivo de discordia, antes que de paz. Y en lo que respecta a la contribución de la Unión Europea al mantenimiento de la paz en general, la historia oficial difícilmente se sostiene cuando consideramos el caso de Ucrania, donde los planes *occidentales* para una ulterior expansión de la Unión Europea hacia el este han exacerbado de forma persistente el estado actual de guerra.

[36] El *dictum* de Merkel (del 19 de mayo de 2010), que es de una demagogia inenarrable, suele considerarse un dogma incluso hoy en las filas del centroizquierda. Los eurófilos como Merkel confunden la tradición cultural de Europa con las malas decisiones políticas de las que ellos son responsables.

entre 1999 y 2001, cuando el euro y las monedas nacionales de los Estados miembros existían en paralelo, si bien con paridades fijas, invariables. La diferencia estaría en que ahora las paridades podrían revisarse mediante un proceso regulado por tratado, en lugar de por los mercados de divisas o por la acción unilateral del gobierno. Como por aquel entonces entendía los detalles técnicos todavía menos de lo que los entiendo hoy, no desarrollé esta propuesta. Además, estaba bastante seguro de que las élites que gobiernan Europa se agarrarían impertérritas (y es exactamente lo que ha ocurrido) a su proyecto de unificación, por divisivo que este resultara ser.

Sin embargo, desde 2013 se vienen escuchando muchísimas voces en favor de un régimen de cambio flexible, que permitiera a la política democrática limar los desequilibrios a través de medios menos destructivos que las devaluaciones internas. Las sugerencias que se plantean van desde una vuelta a las monedas nacionales, a través de la introducción temporal o permanente de monedas paralelas unida a controles de capital, hasta un sistema monetario keynesiano de dos niveles[37]. No es necesario sentir «nostalgia por el Deutschmark» para entender la necesidad urgente de reflexión común sobre la reconstrucción de la moneda única europea, buscando el beneficio para Europa, la democracia y la sociedad. En principio, este tema podría también derivarse de la no menos urgente búsqueda de un sistema monetario *global* que sea mejor que el que tenemos a día de hoy (un sistema que se ha vuelto cada vez más disfuncional desde el desmantelamiento definitivo del régimen de Bretton Woods a principios de la década de 1970 y que en 2008 llevó a la economía mundial al borde del colapso).

El fracaso del euro es solo una de las muchas evoluciones que vienen a quitarnos el velo de la ilusión motivado por las condiciones anormalmente pacíficas del periodo de posguerra: la convicción de que lo que el dinero es y cómo debe ser gestionado es una cuestión ya decidida de una vez por todas. Hace tiempo que deberíamos estar debatiendo sobre un nuevo régimen financiero y monetario global. El objetivo será concebir un sistema lo suficientemente flexible como para hacer justicia a las condiciones y limitaciones que gobiernan el desarrollo de todas las sociedades que participan en la economía mundial, para que, en sus pugnas geoestratégicas,

---

[37] La literatura relevante es en este punto demasiado extensa como para referirse a ella en detalle. Cabe señalar que es tanto de *derechas* como de *izquierdas*, e incluye reflexiones sobre cómo los costes de dejar una unión monetaria podrían cargarse, para empezar, al menos en parte, a los países cuyas promesas poco realistas, tanto explícitas como implícitas, atrajeron a otros con monedas débiles a la unión monetaria. Véanse especialmente Heiner Flassbeck y Costas Lapavitsas, *Against the Troika: Crisis and Austerity in the Eurozone*, Londres y Nueva York, Verso, 2015, con una introducción de Oskar Lafontaine; así como las contribuciones en curso del economista estadounidense Allan Meltzer («Die Südländer brauchen ihren eigenen Euro», *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, 16 de noviembre de 2014), [...] Jacques Maizier y Pascal Petit («In Search of Sustainable Paths for the Eurozone in the Troubled post-2008 World», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 37, núm. 3, 2013, pp. 513-532 [...] Wolfgang Münchau («Why Smoke and Mirrors are Safer than Cold Turkey», *Financial Times*, 16 de marzo de 2015).

no alienten devaluaciones rivales ni la producción competitiva de dinero o deuda. Las cuestiones en la agenda incluirían la del sucesor del dólar en tanto que divisa de reserva, la del empoderamiento de Estados y de organizaciones internacionales para fijar los límites al libre movimiento de capitales, la de la regulación de los desórdenes causados por la banca en la sombra y por la creación global de dinero y crédito, así como la cuestión de la introducción de tipos de cambio fijos pero ajustables. Estos debates podrían seguir la estela de las ideas, sorprendentemente ricas, en torno a los regímenes monetarios alternativos, nacionales y supranacionales, que se intercambiaron en el periodo de entreguerras entre autores como Fisher y Keynes. Como mínimo, nos enseñarían que el dinero es una institución histórica en constante evolución que necesita de continuos ajustes y adaptaciones, y cuya eficiencia debe ser determinada no solo en teoría, sino también atendiendo a su función política. De esta forma, el futuro de la moneda común europea podría pasar a ser un subtema en el marco de un debate mundial sobre un sistema monetario y de crédito para el capitalismo y quizá incluso para un orden poscapitalista del siglo XXI.

Pero también es posible que el debate no se llegue a dar. Ahora más que nunca se aprecia un desfase grotesco entre los problemas de reproducción del capitalismo, que se intensifican, y la energía colectiva necesaria para resolverlos (esto afecta no solo a las reparaciones necesarias del sistema monetario, sino también a la regulación de la explotación de la fuerza de trabajo y del medioambiente). Bien pudiera ser que no haya garantía alguna de que esas personas que han sido tan amables de presentarnos el euro vayan a ser capaces de protegernos de sus consecuencias, ni de que estén siquiera dispuestas a hacer un esfuerzo serio al respecto. Los aprendices de brujo serán incapaces de renunciar a la escoba con la que pretendieron limpiar Europa de sus premodernas debilidades sociales y anticapitalistas en pro de la transformación neoliberal de su capitalismo. El escenario más verosímil para la Europa del futuro cercano –y no tan cercano– es el de unas disparidades económicas crecientes y el de una progresiva hostilidad política y cultural entre sus gentes, a medida que se encuentren rodeadas por tentativas tecnocráticas de socavar la democracia, por un lado, y por el surgimiento de nuevos partidos nacionalistas, por el otro. Estos últimos no dejarán escapar la ocasión de autoproclamarse los auténticos representantes del número creciente de los denominados «perdedores de la modernización», que se sienten abandonados por una socialdemocracia que ha abrazado el mercado y la globalización. Además, este mundo, que vive bajo la amenaza constante de posibles réplicas de 2008, va a ser especialmente incómodo para los alemanes, que por culpa del euro se verán en la tesitura de tener que sobrevivir sin aquella «Europa» que solían ver como una morada segura, con vecinos bien dispuestos.

8
COMENTARIO SOBRE EL ARTÍCULO DE WOLFGANG MERKEL, «IS CAPITALISM COMPATIBLE WITH DEMOCRACY?»

Hay buenas noticias y malas noticias, y algunas veces buenas noticias dentro de malas[1]. La mala noticia es que la crisis de la democracia liberal occidental ha crecido hasta el punto de que ya no puede seguir siendo ignorada por la corriente dominante de las ciencias políticas, mientras que la buena es que esta última está ahora tomando conciencia de aquella. Esta constatación está propiciando, además, que sus más destacados representantes dejen atrás el institucionalismo puro y duro y avancen (¿o de hecho vuelvan?) hacia una perspectiva de la democracia digna de tal nombre fundamentada en la economía política. Ahora el tema es la democracia y el capitalismo, si no por elección entonces por necesidad. Han pasado los buenos tiempos, o eso parece, en los que en las revistas oficiales de la disciplina reinaban supremas cuestiones *Glasperlen* [cuentas de cristal] tan inocuas y confortables como el escrutinio mayoritario uninominal frente a la representación proporcional; Westminster frente a derecho de veto; la democracia consocional frente a la democracia mayoritaria; el gobierno parlamentario frente al gobierno presidencial y el gobierno unitario frente al federal; los sistemas unicamerales frente a los bicamerales, etcétera. Ahora volvemos a los conceptos básicos, como refleja en mi opinión el excelente ensayo de Wolfgang Merkel en el que desafía nada menos que el supuesto fundacional de la ciencia política de la posguerra de que el capitalismo y la democracia están hechos el uno para el otro: al igual que el capitalismo necesita y apoya a la democracia, la democracia necesita y apoya al capitalismo y ambos caminan juntos en una eterna y preestablecida armonía[2].

¿Es compatible el capitalismo con la democracia? Respondiendo al problema planteado en el título de su artículo, Merkel ofrece un impresionante catálogo de los acontecimientos históricos de las tres o cuatro últimas décadas que, en su opinión, han disminuido profundamente la eficacia de la democracia en el mundo capitalista, y lo hace de una manera que sugiere

[1] Este capítulo apareció por primera vez en *Zeitschrift für Vergleichende Politikwissenschaft*, vol. 9, 2015, pp. 49-60.
[2] Wolfgang Merkel, «Is Capitalism Compatible with Democracy?», *Zeitschrift für Vergleichende Politikwissenschaft*, vol. 8, núm. 2, 2014, pp. 109-128.

que la respuesta a esta pregunta debe ser que cada vez menos. De manera correcta desde mi punto de vista Merkel designa al capitalismo como «el contrincante, la variable independiente, mientras que la democracia funciona [en su modelo] como la variable dependiente»[3], aunque yo hubiera preferido un lenguaje más simple de causa última y efecto inmediato, reminiscente de la imagen materialista de las relaciones sociales que inequívoca y muy correctamente subyace en su razonamiento. Merkel se centra especialmente en la transformación de la «economía social de mercado» de la posguerra –lo que él llama el capitalismo «arraigado»– en el transcurso de su financiarización, un proceso que empezó en la década de 1980 y alcanzó su punto álgido, por ahora, con la crisis financiera de 2008. Entre otras cosas, Merkel menciona la desregulación y la privatización, la reducción del Estado del bienestar, el giro conceptual hacia el neoliberalismo, el crecimiento del sector financiero global, la competencia internacional que debilita las regulaciones nacionales mientras fracasa en producir una regulación a escala global, y la victoria de los accionistas sobre los trabajadores, con el asociado desmoronamiento del equilibrio de las fuerzas de clase. Merkel destaca cuatro de las consecuencias que todo ello supone para la democracia: la participación política asimétrica –la exclusión del proceso político de las clases más desfavorecidas– producida por la creciente desigualdad y pobreza; la imposibilidad en los sistemas políticos abiertos de que la política democrática frene el aumento de la desigualdad económica; las presiones existentes en las economías nacionales financiarizadas para que los gobiernos conviertan a sus países en «democracias ajustadas al mercado» (Angela Merkel); y la transferencia en la globalización de los poderes de toma de decisiones hacia los poderes ejecutivos a expensas de los parlamentos.

No hay nada en la lista de Merkel que yo piense que no debería estar ahí. Podría haber añadido unos cuantos puntos y haber cambiado ligeramente el énfasis sobre otros. Por ejemplo, se podrían haber mencionado las decrecientes tasas de crecimiento que intensifican los conflictos distributivos y reducen considerablemente la disposición de los ricos a hacer concesiones a los pobres. También se podría haber dedicado más tiempo a lo que creo que es un aspecto especialmente importante del debilitamiento de Estados y gobiernos: la enorme capacidad actual de los ciudadanos ricos y de las grandes empresas para eludir los impuestos trasladando los ingresos a jurisdicciones con niveles impositivos bajos o el capital a paraísos fiscales. Las consecuencias incluyen el debilitamiento de la capacidad del Estado para realizar una política redistributiva favorable a los sectores más desfavorecidos de sus sociedades, unido a una fiscalidad cada vez más regresiva y al creciente endeudamiento de unos Estados infrafinanciados

---

[3] *Ibid*, p. 111.

que son incapaces de saldar sus obligaciones para con sus ciudadanos debido a sus estancados o menguantes ingresos fiscales. Otra consecuencia es la creciente dependencia de los ciudadanos del endeudamiento privado para compensar el declive de los servicios y las ayudas públicas. Además, el aumento de la deuda pública significa que una creciente proporción del gasto público se dedica al pago de intereses a acreedores, lo cual ejerce presión sobre el gasto social y la inversión pública. De ese modo, la redistribución oligárquica viene acompañada de una reconstrucción neoliberal del Estado, que se manifiesta entre otras cosas en la reducción del sector público[4]. La pobreza pública abre espacio para la filantropía oligárquica, en una nueva relación neofeudal entre la riqueza privada y la esfera pública.

En términos de poder político, la actual transición europea desde un Estado deudor hacia un Estado consolidador muestra la sólida primacía de lo que he definido como la segunda circunscripción electoral de la democracia capitalista contemporánea –los mercados financieros– sobre su primera y original circunscripción, sus ciudadanos[5]. En este contexto, y en el de la preponderancia del poder ejecutivo que señala Merkel, yo hubiera resaltado más explícitamente el ascenso de los principales bancos centrales al estatus de gobiernos económicos cuasi soberanos, libres de cualquier tipo de control democrático. Además, el que hayan fracasado hasta ahora sus desesperados esfuerzos para revivir la inflación da testimonio de la eficaz destrucción de los sindicatos, que se ha producido en el transcurso de la revolución neoliberal, ya que estos constituían otro canal de participación política a través del cual, en ocasiones, se ha corregido la asimetría de poder en la economía política capitalista. También observamos una emergente configuración política que enfrenta a las grandes coaliciones de centroizquierda y centroderecha, formadas por los partidos del TINA (esto es, aquellos que suscriben la retórica de *There is no Alternative* [No hay alternativa] de la era de la globalización), contra los llamados movimientos «populistas», que son mantenidos al margen de la elaboración oficial de las políticas públicas: una oposición excluida de llegar al gobierno y fácil de desacreditar como insuficientemente *responsable*, debido a que se muestran inadecuada o fantasiosamente *receptivos* respecto a quienes se sienten vapuleados por acontecimientos sobre los que nada se puede hacer en opinión de los partidos democráticos establecidos[6].

---

[4] Véase «El ascenso del Estado consolidador europeo», capítulo 4 de este volumen.

[5] W. Streeck, *Buying Time*, cit.

[6] Habitualmente son los dirigentes y las organizaciones que prometen a sus votantes su resistencia ante las demandas de los inversores financieros internacionales y de otro tipo, quienes más probabilidades tienen de ser tachados de «populistas» –de «izquierdas» o «derechas», a menudo intercambiables– por los partidos del TINA, que se definen a sí mismos como «responsables», debido a su disposición a cumplir fielmente con las reglas del mercado.

¿Por qué es tan difícil que la gente entienda la crisis de la democracia contemporánea y le otorgue la seriedad que se merece, a pesar de la auténtica plétora de síntomas alarmantes? Creo que es todavía una opinión demasiado extendida la que postula la idea tradicional de que el fin de la democracia supone el golpe de Estado, la suspensión de las elecciones, el encarcelamiento, el exilio o el asesinato de dirigentes de la oposición y de disidentes, el asalto por las tropas de las emisoras de televisión: en suma, el modelo argentino o chileno. También perduran las fuertes ilusiones voluntaristas asociadas con las instituciones democráticas, grabadas sobre la gente en lecciones de formación ciudadana recibidas a edad temprana: mientras «nosotros» podamos hablar y echar a los villanos en las urnas, «nosotros, el pueblo» somos responsables de la situación de nuestra comunidad. Si realmente quisiéramos que las cosas fueran diferentes solamente necesitaríamos levantarnos y rectificar las cosas, siempre que podamos convencer a un número suficientemente grande de conciudadanos de la validez de nuestras quejas. Pero mientras siga habiendo elecciones nuestro mundo es el que hemos deseado, o el que «el pueblo» ha deseado. Wolfgang Merkel se aleja sin contemplaciones de este tipo de discurso para sugerir que el núcleo de la cuestión radica en la relación existente entre democracia y estructura social y, sobre todo, en la dinámica específica de la estructura social del capitalismo y el modo en que esta afecta, entre otras cosas, al estatus y alcance real de la democracia en una sociedad determinada. Esta relación es la que me ha llevado a sostener que ya llevamos recorrido un largo trecho del camino hacia una «dictadura hayekiana del mercado», una perspectiva que Merkel encuentra «apocalíptica», pero que, no obstante, parece aceptar con reticencia. Cuando yo califiqué como «hayekiana» la emergente economía política del neoliberalismo, a lo que me refería era a una situación de inconsecuencia adquirida, de irrelevancia causada y autocausada y de insignificancia contraída de la política democrática en relación con la economía capitalista. Una situación en la que la democracia ha perdido su capacidad igualitario-redistributiva, de manera que ya no importa quien resulte elegido para gobernar en unas elecciones, que pueden o no continuar siendo más o menos competitivas.

Deseo cambiar ligeramente el planteamiento de Merkel para preguntarme si *es factible* que la democracia sea compatible con el capitalismo *contemporáneo*. Mi respuesta es que solamente si se construye una muralla china entre los dos, solamente si se esteriliza el potencial redistributivo de la política democrática mientras se mantiene la competición electoral para dar legitimidad a los resultados de unos mercados libres protegidos de la distorsión igualitaria. La democracia hayekiana cumple la función de hacer que una sociedad capitalista parezca ser la «elección del pueblo», aunque este haya perdido tiempo atrás el control democrático. Cuando hablo de

una dictadura tecnocrático-autoritaria del mercado me refiero a un régimen político-económico, que delega las decisiones sobre la distribución de las oportunidades de vida de la gente en el «libre juego» de las fuerzas del mercado o, lo que es lo mismo, las concentra en manos de organismos ejecutivos que supuestamente poseen el conocimiento técnico necesario para organizar esos mercados de forma que funcionen de la mejor manera posible. Vaciada de la política distributiva, la democracia hayekiana queda libre para ocuparse de los intereses nacionales y de los conflictos internacionales, especialmente en los márgenes exóticos del mundo capitalista, o de los espectáculos públicos, que ofrecen las rivalidades personales y las vidas privadas de dirigentes políticos. Las guerras culturales, los «valores familiares», las elecciones sobre estilos de vida, la «corrección política», la edad y sexo de los políticos y la manera en que se visten, su apariencia y modo de hablar, proporcionan un interminable suministro de oportunidades para la pseudoparticipación en pseudodebates, que no dejan espacio para el aburrimiento: si el ministro de Asuntos Exteriores debería ir acompañado o no por su consorte en su visita a Oriente Próximo; si hay suficientes mujeres en el gobierno y en posiciones de poder; cómo se ocupan las mujeres ministros de sus hijos pequeños, si demasiado o demasiado poco; si el presidente de la república debería utilizar una motocicleta cuando visita a su amante, y cuántas veces a la semana el ministro de Economía lleva a su hija al *Kindergarten* por la mañana. Con excitantes cuestiones como estas llenando el espacio público, ¿quién querrá oír hablar del fracaso totalmente previsible de la diplomacia financiera internacional para acordar una significativa regulación de las actividades bancarias extraterritoriales y del sistema bancario en la sombra?

Aunque coincido plenamente con el diagnóstico de Merkel sobre la actual desaparición de la democracia en el transcurso del desarrollo capitalista, me preocupa un poco la manera en que Merkel establece conceptualmente su razonamiento, en especial el «modelo» de lenguaje que utiliza para estructurar su exposición. Para determinar si la democracia y el capitalismo son compatibles y en qué condiciones, Merkel distingue tres «tipos» de capitalismo –«liberal de mercado», «organizado y arraigado» y «neoliberal»– y tres tipos de democracia: «minimalista», «integrada» o «intermedia» y «maximizadora»[7]. Después de desplegar este menú, Merkel elige los dos modelos, uno de capitalismo y otro de democracia, que considera que encajan mejor. No sorprende que resulten ser los dos modelos «arraigados», aunque su mejor encaje evidentemente no consigue proteger su unión de la ruptura que se produce cuando el capitalismo abandona la integración conjunta y se transforma en su versión neoliberal, financiarizada o anglo-estadounidense (definiendo el problema político de nuestra

[7] W. Merkel, «Is Capitalism Compatible with Democracy?», cit., pp. 112-113.

era en términos de cómo hacer que el capitalismo se transforme de nuevo en capitalismo arraigado y se reúna con la democracia integrada de manera que puedan vivir «felizmente para siempre» [*glücklich und zufrieden bis an ihr Lebensende*]).

Lo que me preocupa de esta *cháchara* conceptual es que con demasiada facilidad puede evocar la imagen de un diseñador inteligente, que escoge de una colección de elementos prefabricados aquellos que funcionarán de manera idónea para producir el resultado deseado. Alternativamente, en una lectura menos tecnocrática, puede dar lugar a una concepción voluntarista de la política en la que un todopoderoso *ideeller Gesamtbürger* –un ciudadano colectivo ideal, por parafrasear a Karl Marx– reflexiona, ayudado por expertos politólogos, sobre cómo construir una inmejorable economía política partiendo del material institucional facilitado por la historia y, luego, pone en marcha la que le parece mejor o repara lo que se ha descontrolado, cuando nadie prestaba atención. Lo que echo en falta aquí (más exactamente, lo que temo que otros lectores puedan no percibir que falta y queden seducidos por la viabilidad tecnocrático-voluntarista de la perspectiva del mundo, que muy probablemente contribuye al problema en vez de ayudar a resolverlo) son las categorías políticas fundamentales de *clase* y *poder*, así como la percepción de que tanto el capitalismo como la democracia son conceptos sintéticos que para tener sentido necesitan ser rotos, desembalados y reembalados, deconstruidos y reconstruidos en términos de los conflictos existentes entre clases sociales y sus diferentes e históricamente cambiantes capacidades para imponer sus intereses sobre la sociedad en su conjunto.

El capitalismo y la democracia no son, dicho sumariamente, dos módulos, como un motor y un mecanismo de dirección, que se combinan o no en función de su compatibilidad técnica. Ambos son, tanto individualmente como en su respectiva combinación, el resultado de configuraciones de clases y de intereses de clase específicos tal y como han evolucionado en un proceso histórico, impulsado no por un diseño inteligente, sino por la distribución de las capacidades políticas de clase. El capitalismo democrático de la posguerra no fue producto de una selección realizada por habilidosos ingenieros sociales o ciudadanos preocupados, que escogieron la alternativa más adecuada, sino un compromiso histórico entre una clase obrera en aquél momento singularmente fuerte y una clase capitalista singularmente debilitada, que estaba más a la defensiva tanto política como económicamente de lo que lo había estado nunca, y ello en todos los países capitalistas de la época, tanto los ganadores como los perdedores de la guerra. Para que el capitalismo recuperara la licencia de caza después de la Gran Depresión, con sus repercusiones internacionales y la posterior devastación global, la clase capitalista tenía que pagar un precio elevado, incluyendo las

promesas de un pleno empleo estable y políticamente garantizado, de una prosperidad en constante aumento, de la redistribución de los ingresos, las oportunidades de vida y la riqueza para la gente común, la protección social en el lugar de trabajo por medio de sindicatos fuertes y de la negociación colectiva y, más allá de este, mediante un robusto Estado del bienestar. Todo esto fue negociado, por así decirlo, con una pistola apuntando a la cabeza del capitalismo liberal, obligándole a un matrimonio forzado con la democracia social. Aquí no se aplican las sutiles distinciones entre «variedades de capitalismo»: el Japón de la posguerra tenía una afiliación sindical entre el 80 y el 90 por 100 y un gobierno socialista hasta que fue eliminado por la ocupación estadounidense; en Alemania, los capitalistas más destacados del país estaban encarcelados hasta que fueron liberados por los estadounidenses para que ayudaran en la guerra de Corea, mientras en 1947 el manifiesto de la Unión Cristianodemócrata (CDU) declaraba que el capitalismo era una amenaza para los «intereses políticos y sociales vitales del pueblo alemán»[8]; en Reino Unido, llego al poder un gobierno laborista que nacionalizó alrededor del 40 por 100 de la capacidad industrial del país, mientras Estados Unidos todavía era el país del *New Deal*, en el que existían amplios controles de capital, un sector financiero muy regulado, fuertes sindicatos en la industria y programas sociales ambiciosos para compensar a sus soldados-ciudadanos los sacrificios que habían hecho por su país en el campo de batalla mundial[9].

No puedo analizar aquí con detalle cómo se rompió este acuerdo –la combinación que hace Wolfgang Merkel de un capitalismo y una democracia doblemente arraigados– después de haberse mantenido en pie, en general, durante aproximadamente tres décadas. Cuando Merkel habla de una transformación del capitalismo arraigado europeo en una dirección anglo-estadounidense, financiarizada –el progreso gradual de la revolución neoliberal–, está refiriéndose al prolongado cambio del poder relativo del capital y del trabajo, o de los propietarios y gobernadores de un capital cada vez más móvil, por un lado, y la gente común, por otro. Este cambio fue el que dejó sin base al compromiso socialdemócrata de la posguerra con el

[8] «*Das kapitalistische Wirtschaftssystem ist den staatlichen und sozialen Lebensinteressen des deutschen Volkes nicht gerecht geworden. Nach dem furchtbaren politischen, wirtschaftlichen und sozialen Zusammenbruch kann nur eine Neuordnung von Grund auf erfolgen. Inhalt und Ziel dieser sozialen und wirtschaftlichen Neuordnung kann nicht mehr das kapitalistische Gewinn- und Machtstreben, sondern nur das Wohlergehen unseres Volkes sein* [El sistema económico capitalista no ha servido a los intereses vitales ni del Estado ni del pueblo alemán. Después del terrible colapso político, económico y social, hace falta un nuevo orden que debe ser construido desde cero. El contenido y el objetivo de este nuevo orden social y económico no puede ser ya la búsqueda capitalista del poder y el beneficio, sino únicamente el bienestar de nuestro pueblo]».
[9] Paradójicamente, fue en las postrimerías de las dos grandes guerras del siglo XX, en 1918 y 1945, cuando las clases trabajadoras bajo el capitalismo hicieron sus avances más efectivos en la economía política capitalista; Th. Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*, cit.

que las clases populares aceptaban la restauración de los mercados y de la propiedad privada a cambio de la promesa del capital de proporcionar un progreso económico sostenido y seguridad social para todos («*Wohlstand für alle!*»). La razón fundamental del giro neoliberal radica en la larga trayectoria de cambio verificada en la estructura de clases y en la riqueza, en el modo de producción y en las constricciones y oportunidades políticas, en las que juegan un importante papel tanto circunstancias contingentes como el diferente bagaje de habilidades y capacidades estratégicas de las clases y de sus organizaciones políticas[10]. Lo que importa señalar a este respecto es que durante décadas fue el desarrollo del capitalismo el que impulsó el desarrollo de la democracia en vez de a la inversa, y que, después, el capitalismo avanzado rompió su contención democrático-institucional de la posguerra y entronizó un nuevo paradigma político: la fórmula hayekiana del progreso económico mediante la redistribución desde abajo hacia arriba –mayores incentivos para los ganadores y castigos más severos para los perdedores–, que ocupó el espacio de la receta keynesiana de impulsar la demanda agregada tomando de los ricos para dar a los pobres.

Observando la secuencia de crisis durante la cual se desintegró el acuerdo del capitalismo democrático de la posguerra, no se puede evitar tener la impresión de que la relación entre el capitalismo y la democracia es mucho menos mecánica o aditiva y mucho más dialéctica y dilemática de lo que sugiere el modelo elaborado por Merkel. Tomando en consideración las cuestiones de clase y de poder, se puede observar que en las sociedades democrático-capitalistas el Estado, el gobierno y la política, están sumamente expuestos a continuas presiones para adaptarse a demandas y necesidades contradictorias, que permanentemente producen nuevas constricciones y oportunidades para la revisión de las instituciones que gobiernan la economía política. Por un lado, solamente mediante la intervención política en el libre juego de las fuerzas del mercado se pueden extraer los beneficios colectivos, que una sociedad democrática espera de una economía capitalista: en otras palabras, que el vicio privado de la maximización del beneficio pueda convertirse en el beneficio público del progreso social para mantener un equilibrio político susceptible de ayudar al gobierno en el poder a construir la legitimidad política. Por otro, excepto en situaciones especiales de un crecimiento económico muy elevado, parece que las correcciones sociales del mercado necesarias para alcanzar el equilibrio político en una democracia tienden a debilitar la confianza de los propietarios e inversores de capital, trastornando así el equilibrio económico, que es igualmente esencial para una estabilidad democrático-capitalista. El capitalismo y la democracia parecen, pues, *apoyarse y debilitarse simultáneamente* entre sí:

[10] He esbozado esta dinámica en *Buying Time, cit.*

aunque para conseguir una sociedad democrática es necesario el equilibrio económico a fin de cosechar los beneficios colectivos derivados de la acumulación privada de capital, las mismas políticas necesarias para hacer que esta sea socialmente aceptable ponen en peligro ese equilibrio; y aunque se necesita equilibrio político para generar consenso no solo en el sistema político democrático, sino también respecto al capitalismo, ese equilibrio se ve amenazado por las políticas que exige la consecución del equilibrio económico. Esto implica que bajo el capitalismo, los gobiernos democráticos se enfrentan al dilema de elegir entre dos crisis sistémicas, una política y la otra económica, sabiendo que controlar una de ellas solo es posible al precio de reavivar la otra, lo que obliga a que la política avance y retroceda entre ellas con la esperanza de que el ciclo de la crisis le otorgará suficiente tiempo para reagruparse y abordar el inevitable nuevo problema causado por la solución más reciente adoptada para resolver el anterior.

Wolfgang Merkel finaliza su ensayo con una nota poco menos que completamente pesimista en la que pide «reformas democráticas y económicas», que pongan fin a «la actual forma de capitalismo financiarizado y desarraigado» y restauren un concepto de la democracia que no sea simplemente minimalista, que «asuma [...] con seriedad el imperativo de la igualdad política» y permita el establecimiento de «normas autónomas»[11] por parte del *pouvoir publique*. Pero aunque nadie puede estar en desacuerdo con esto, me siento obligado a preguntar: ¿de dónde van a venir esas reformas que corrijan décadas de un desarrollo económico y político-institucional que ha ido en la dirección contraria y durante las cuales el capitalismo ha estado construyéndose una nueva democracia («minimalista» en términos de Merkel) para sustituir a la vieja «democracia integrada», que estabiliza su complementario «capitalismo arraigado»? ¿Puede esperarse realmente una renovación democrática –un restablecimiento de la primacía de la política democrática sobre las dinámicas inherentes del desarrollo capitalista–, que venga impulsada por una ciudadanía que ha perdido la costumbre de tomarse la política en serio después de décadas de reeducación en el espíritu de lo que Merkel llama «el giro cultural de la política democrática progresista», como la lucha por el matrimonio homosexual, la «generización» simbólica de todo y la promoción de mujeres de la clase alta a posiciones directivas en los consejos de administración de grandes empresas como un señalado objetivo político de –cuesta trabajo creerlo– partidos y sindicatos socialdemócratas, en un momento en que el mayor riesgo de pobreza está asociado con ser una madre soltera? ¿Hasta qué punto las masas democráticas, políticamente expropiadas por el

[11] W. Merkel, «Is Capitalism Compatible with Democracy?», cit., p. 126.

cártel de sus partidos «responsables»[12], están dispuestas y pueden preocuparse por una verdadera política? Bajo el hechizo del consumismo posfordista y de la «política como entretenimiento» posdemocrática, ¿cuánta gente sigue creyendo que puede haber bienes colectivos por los que merezca la pena luchar? En un mundo en el que la habilidad culturalmente más estimada parece ser saber competir haciendo frente a las adversidades con buen humor, en oposición a establecer intereses comunes con otras personas y organizarse para alcanzarlos; un mundo en donde la democracia ha quedado vaciada de cualquier contenido serio y la política trivializada más allá de lo imaginable, la participación democrática, como nos recuerda Merkel, se piensa equivocadamente, con demasiada facilidad, que consiste en salvar ballenas y conseguir similares mejoras puntuales, que reemplazan el conflicto político por la expresión pública de convicciones morales privadas: un despolitizado *laissez-faire* pluralista bajo el cual la participación política se convierte en algo parecido a una forma moralmente correcta de consumo avanzado.

Además, ¿quién será la fuerza impulsora –el «sujeto revolucionario», como se decía– en el cambio histórico concebido por Merkel y cuánto tiempo tenemos antes de que el camino hacia la tecnocracia neoliberal autoritaria (en el mejor de los casos) quede afianzado volviéndose irremediable? ¿Quién va a exigir e imponer las reformas democráticas que, por ejemplo, pondrán fin e invertirán el crecimiento de la precariedad laboral; detendrán la privatizaciones y restaurarán unos servicios públicos equitativos; gravarán fiscalmente a Google y a empresas similares; aumentarán la inversión pública social para conseguir posiciones de partida y oportunidades más igualitarias en el mercado de trabajo; controlarán las jornadas laborales; harán más transparente, menos oligárquica y menos peligrosa la producción y regulación del dinero? En Europa se nos dice que esto solo puede hacerse a escala supranacional, democratizando la Unión Europea y, especialmente, su Unión Monetaria. Desde luego, actualmente las instituciones europeas están dirigidas por una camarilla de gobiernos nacionales, que conspiran para ocultar a sus ciudadanos lo que hacen en su nombre –asegurar que los préstamos que la industria internacional del dinero ha colocado en sus economías sean adecuadamente atendidos– y todo ello presidido por un banco central que acapara todo el poder, está aislado de las presiones popular-democráticas y por ello es libre de alinearse con sus camaradas de las finanzas globales. Lógicamente, la mayor parte del electorado europeo se negó a tomar parte en la farsa de las elecciones al parlamento europeo de 2014, a pesar de varios años de crisis económica y turbulencias institucionales. No obstante, la parodia de las dos viejas almas gemelas «europeas», Juncker y Schulz, compitiendo entre ellos como

[12] Peter Mair, *Representative versus Responsible Government*, MPIfG Working Paper 09/8, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2009.

los autonombrados *Spitzenkandidaten* para el cargo de presidente de la Comisión Europea –una actuación celebrada por sus respectivas claques como un paso histórico hacia la democracia europea– acabó en la promoción de Jean-Claude Juncker –el arquitecto de la «Europa» convertida en el paraíso fiscal de las corporaciones globales y presidente entre 2005 y 2013, quien lo iba a decir, de la institución que centralizó el esfuerzo de rescate de la banca europea, el «Eurogrupo»– a la posición de administrador jefe del «proyecto europeo», como exigió públicamente nada menos que el propio Jürgen Habermas al día siguiente de las «elecciones»[13].

Si nombrar a un notorio cabildero de la banca y asesor fiscal privado de corporaciones globales para el cargo más elevado de «Europa» es un ejemplo de la clase de reforma democrática actualmente posible a escala europea –y parece que esto es lo que Habermas quería dejarnos claro–, entonces sin duda hay pocas esperanzas o ninguna de que «Europa» sea una ayuda para el proyecto de Merkel de restablecer un control igualitario-democrático sobre el capitalismo financiarizado. Merkel no dice nada concreto sobre las «reformas democráticas y económicas», que considera necesarias para que no acabemos en «una oligarquía formalmente legitimada por elecciones generales»[14], lo que le sirve de excusa para no tomar una posición sobre la Unión Europea. Sin embargo, se puede decir que la UE fue la primera estructura política de la posguerra en Europa Occidental deliberadamente diseñada para *no* estar sometida al control democrático[15], presentándose como una precoz precursora de lo que estaba por llegar con la transformación neoliberal del capitalismo de posguerra. En realidad, parece que tras décadas de «ampliación» y «profundización» y con su adopción durante las décadas de 1980 y 1990 de una política económica organizada «por el lado de la oferta» que culminó en la unión monetaria europea, la UE es ahora la primera institución que necesitaría ser «reformada», si es que ha de producirse restauración alguna de la democracia del tipo que considera Merkel. De hecho, es en este contexto donde la idea de resolver el «déficit democrático» europeo está siendo negociada en el centroizquierda, especialmente en Alemania, en torno a la idea de la provisión de una nueva constitución para la Unión Europea, que reúna la democracia con el capitalismo, haciendo que la primera siga al segundo desde el ámbito nacional al supranacional.

---

[13] Véase «Jürgen Habermas im Gespräch: Europa wird direkt ins Herz getroffen», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 29 de mayo de 2014. Una interesante paradoja es que Juncker ascendió a la presidencia poco después de la publicación del ahora famoso libro de Thomas Piketty en el que pide un impuesto general sobre la riqueza para corregir el aumento inherente y a largo plazo de la desigualdad en el capitalismo. Th. Piketty, *Capital in the Twenty-First Century*, cit. Sobre la farsa de las pasadas «elecciones europeas», véase Susan Watkins, «The Political State of the Union», *NLR* 90, noviembre-diciembre de 2014, pp. 5-25; «El estado politico de la Unión», *NLR* 90, enero-febrero de 2015.

[14] W. Merkel, «Is Capitalism Compatible with Democracy?», cit., p. 126.

[15] P. Mair, *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*, cit.

Si Juncker no va a resolver el problema, ¿lo hará una constitución europea, a pesar del completo desastre del primer intento de elaborar una?[16]. Creo que una importante razón por la que todavía se puede hablar de una constitución democratizadora para «Europa» es que la reciente historia del proyecto está totalmente olvidada. Además, sus promotores han tenido un éxito increíble en evadir todas las preguntas sobre las cuestiones realmente esenciales, quién va a elaborar, discutir y aprobar la nueva constitución; de qué temas tiene que ocuparse y de cuáles no, y cuándo va a empezar a obrar sus milagros en un momento en que Juncker y los gobiernos europeos asociados están ocupados por asegurar la puntual devolución de los préstamos colocados por las finanzas globales en las economías europeas. ¿Cómo se va a convocar la asamblea constitucional? ¿Lo harán los gobiernos, como la última vez, cuando como consecuencia de ello quedó formada por personalidades nacionales como los Giscards y Herzogs del mundo europeo? ¿O estará formada por ciudadanos rebeldes, elegidos como los *Arbeiter- und Bauernräte* [consejos de obreros y campesinos] del pasado, eludiendo a los Estados-nación y a sus artistas de lo posible que no hace mucho vendieron la democracia al neoliberalismo? ¿O por alguna solución intermedia? ¿Qué países estarán invitados, solamente los miembros de la unión monetaria europea, todos los miembros de la UE, una coalición de los dispuestos, que incluya a Serbia, Turquía, Ucrania, Georgia? ¿Qué pasa con Cataluña, Escocia, Córcega, Flandes y la Padania? ¿Estarán representados por las delegaciones de los Estados-nación a los que (todavía) pertenecen, o tendrán delegaciones propias? ¿Cómo se va a tratar la creciente oposición nacionalista a «Europa»? ¿Será admitida, excluida o tácitamente marginada por el *juste milieu* como sucede en el Parlamento Europeo?

Aunque solamente esto exigiría tiempo para ser resuelto, excepto en una situación revolucionaria que, sin embargo, precisaría al menos el mismo tiempo para surgir, el siguiente tema sería lo que se va a incluir en la agenda. ¿Inmigración y asilo? ¿Aborto y «matrimonio para todos»? ¿El estatus constitucional de iglesias y religiones? Quizá se pudiera alcanzar un acuerdo, improbable, para dejar de lado las guerras culturales[17] y centrar-

---

[16] El proyecto de proporcionar una Constitución a la Unión Europea empezó en 2001 con una resolución en ese sentido de los Estados, que entonces formaban la UE. Dos años después, una Convención nombrada por los gobiernos nacionales se puso a trabajar y en 2004 los Estado miembros firmaron el documento que había elaborado. Lo que se etiquetó como una «Constitución europea» era esencialmente una compilación de los tratados existentes y se concretaba en un libro de 160.000 palabras. Tenía que entrar en vigor en 2006, cinco años después de su elaboración, y ello en un periodo en el que el célebre «consenso permisivo» de la integración europea todavía estaba funcionando. Cuando no consiguió su aprobación en dos referéndums nacionales fue sustituida por el Tratado de Lisboa (en vigor desde 2010).

[17] Improbable, porque las guerras culturales se fomentan precisamente para desviar la atención de la economía política, atizando las pasiones de poblaciones a las que se mantiene a oscuras sobre los temas reales para hacer que olviden sus intereses.

nos primero en los temas político-económicos, como garantizar o no la propiedad privada; los sistemas fiscales y la división de los ingresos tributarios entre «Europa» y sus constituyentes locales, regionales o nacionales; el alcance y los límites de la solidaridad fiscal de los Estados ricos con los Estados y regiones pobres; los presupuestos equilibrados o los límites de la deuda; los derechos de intervención de la federación en el comportamiento fiscal de los Estados miembros; el régimen de política industrial y regional; la regulación de los mercados financieros y laborales; el alcance de la responsabilidad del gobierno central para igualar las condiciones de vida en la Unión; la unificación (o no) de los sistemas de seguridad social; una edad de jubilación uniforme (o no); cómo hacer que la recaudación de impuestos en las diferentes partes de la Unión sea igualmente efectiva y, quizá lo más importante, cómo dirigir la política monetaria en el triángulo que forman el gobierno central, los gobiernos regionales y su «independiente» banco central. Pero, ¿podría alcanzarse finalmente un acuerdo que no fuera meramente superficial?

Una democracia puede necesitar o no un *demos*, quizá puede incluir varios *demoi*, constituyendo juntos lo que algunas voces, ansiosas por llevar la «democracia europea» al ámbito supranacional, llaman ahora *demoicracia*. Pero esto no significa que una constitución democrática común no presuponga un inventario de experiencias, prácticas y perspectivas comunes, de entendimientos compartidos sobre cómo son las cosas y cómo habría que hacerlas para construir un edificio de derechos y obligaciones compartido. Una constitución democrática no puede elaborarse de la nada; ni siquiera la *Grundgesetz* alemana de 1949 lo fue, ni la *Reichsverfassung* de Weimar, o, por lo misma razón, tampoco la constitución de Estados Unidos como fue escrita por las aristocracias de las plantaciones de las colonias británicas en América del Norte. Una constitución debe representar un acuerdo sobre temas e intereses, que resulte reconocible para los ciudadanos porque refleja su historia, sus valores, aspiraciones y compromisos, así como lo que han aprendido sobre ellos mismos, sobre su mundo y sobre cómo funcionan la gente y las cosas en él. Semejante acuerdo necesita tiempo para desarrollarse, requiere una extensa contemplación y una criba colectiva de los complejos y diversos materiales que constituyen la memoria colectiva de una comunidad. Incluso en el mejor de los casos, para que sea aceptable para su *demos* o sus *demoi*, una constitución puede tener que dejar entre paréntesis un abanico de temas en los que las experiencias, expectativas y capacidades difieren demasiado, o puede tener que prestar una especial protección y eximir de la interferencia colectiva a determinados valores y prácticas, que, por la razón que sea, no pueden generalizarse para todo el conjunto de la comunidad.

Que yo sepa no hay un solo ejemplo de dos o más *demoi* democráticamente constituidos que voluntariamente se hayan fundido para formar una democracia multi*demoi*, al margen de los Estados nacientes de América del Norte en el siglo XVIII, que eran mucho más homogéneos y que difícilmente se pueden comparar con las modernas naciones europeas. A finales del siglo XX, ni siquiera la experiencia conjunta bajo el gobierno soviético fue suficiente para hacer que los tres Estados bálticos, Lituania, Letonia y Estonia, formaran una *demoicracia* federada, a pesar de ser extremadamente pequeños[18]. Sin embargo, hay ejemplos de *demoi* federados que se separan para establecer sus propias democracias, como Chequia y Eslovaquia, por no mencionar los *demoi* de la antigua Yugoslavia después del fin del comunismo, que nunca llegaron a plantearse «*demoicratizar*» su federación. (En Estados Unidos, dicho sea de paso, la oferta de afinidades interestatales se agotó pronto después de la constitución de la federación y tuvo que ser repuesta en la Guerra Civil, que eliminó formalmente lo que se había convertido en una insalvable fractura político-económica: la esclavitud. La verdadera federación bajo una constitución auténticamente compartida empezó, en todo caso, cien años después, cuando los presidentes Eisenhower, Kennedy y Johnson desplegaron a la Guardia Nacional para poner fin a la segregación racial oficial en los sistemas educativos de los estados del sur).

La idea de una asamblea constituyente entrando en el último minuto en el escenario europeo como una democratizadora *deux ex machina que resuelve crisis* es una quimera y, además, una quimera peligrosa, porque desvía la atención y la energía de un trabajo mucho más urgente que hay que realizar[19]. Europa, la Europa realmente existente después de doscientos años de construcción de las naciones, es demasiado heterogénea para admitir una significativa constitución común; no solo carece de un *demos*, sino que sus *demoi* son demasiado diferentes como para encajar en un sistema político democrático abarcador. La famosa sentencia de Abraham Lincoln sobre Estados Unidos antes de la Guerra Civil –«Una casa dividida

[18] Esta es la razón por la que estaban deseando unirse a la Unión Europea y a la OTAN, sobre la base y la condición de que ninguno de ellos cuestionará su derecho a la legitimidad democrática y a la soberanía nacional. En cuanto a la Unión Europea en particular, los Estados bálticos, como la mayoría de los pequeños Estados miembros, Malta, Luxemburgo o Irlanda, la consideran la garantía más efectiva disponible para su independencia soberana. Esto es exactamente lo contrario del modo en que los europeístas alemanes entienden en ocasiones la Unión Europea: como un vehículo para negociar la identidad alemana a cambio de una identidad «europea». Económicamente, la soberanía se considera, especialmente por los países pequeños, como un recurso indispensable para que puedan hacerse un hueco en la economía global o, alternativamente, como la unión monetaria europea, como una herramienta de poder para obtener la «solidaridad» de países mayores.

[19] Un trabajo que los «responsables» intelectuales de Europa han delegado actualmente a Occupy!, ATTAC o Syriza.

no se mantiene en pie»– también se aplicaría *a fortiori* a una *demoicracia* europea, habida cuenta de la amplia variedad de prácticas registradas en sus mercados de trabajo, en sus regímenes de gobernanza corporativos y en sus tradiciones estatales, sin olvidar las políticas monetarias y fiscales que han evolucionado durante siglos de *Klassenkämpfe* [lucha de clases] en los Estados-nación europeos: los múltiples acuerdos por los que se ha luchado y negociado y que posteriormente quedaron incorporados a una amplia variedad de interfaces específicamente nacionales entre el capitalismo moderno y la sociedad moderna[20].

El desastre del primer intento de elaborar una «Constitución europea» no fue en absoluto un accidente. Otro intento solamente puede acabar con otro documento tecnocrático tremendamente complejo, que deje entre paréntesis más cuestiones de las que resuelve, repleto de excepcionalidades, reservas de derechos y cuestiones pendientes de ser abordadas por los poderes del momento (que ya sabemos quiénes serán). Un documento que no impedirá sino que fomentará el continuo deterioro de las democracias nacionales, de la misma manera que lo han hecho los Tratados de Maastricht y Lisboa. Tanto las políticas de las guerras culturales como la diversidad político-económica bloquearían el progreso hacia una «democracia integrada» como la que propone Merkel y, por el contrario, fortalecerían el emergente orden hayekiano en Europa. La fuerte hemorragia democrática a escala nacional no se detendría, todo lo contrario. La democracia *verfassungspatriotische* [patriótico-constitucional], supranacional, no localista, que surge en los faldones del capitalismo internacional es una peligrosa quimera: lejos del proyecto de Habermas de una democracia europea promovida inadvertidamente por el proyecto de Goldman Sachs de una plutocracia global, la primera proporcionaría involuntariamente legitimidad al segundo hasta que perdiera su utilidad y pudiera ser desechada.

---

[20] Como ha señalado recientemente Fritz W. Scharpf en respuesta a una conferencia de Habermas en la Sorbona (Jürgen Habermas, «Warum der Ausbau der Europäischen Union zu einer supranationalen Demokratie nötig und wie er möglich ist», *Leviathan*, vol. 42, núm. 4, 2014, pp. 524-538; Fritz W. Scharpf, «Das Dilemma der supranationalen Demokratie in Europa», *Leviathan*, vol. 43, 2015), lo que yo sugeriría llamar los acquises démocratiques [acervos democráticos] de los demoi nacionales en Europa incluyen mucho más que garantías liberales de libertad e igual tratamiento ante la ley (más o menos lo que Merkel llama la versión minimalista de la democracia). También comprende de manera fundamental un amplio abanico de instituciones político-económicas, que proporcionan una corrección democrática de los resultados del mercado: la democracia como democracia social. Deberíamos haber aprendido –y desde luego haberlo hecho tras el giro neoliberal experimentado en la integración europea durante la década de 1980– que estas instituciones no pueden ser instantáneamente absorbidas en un *acquis communautaire* paneuropeo, y que si se intenta hacerlo en contra de los intereses y, algunas veces al menos, frente a la resistencia de aquellos que dependen de ellas, corren el riesgo abrumador de quedar diluidas en un régimen de mercado neoliberal de talla única.

¿Qué hay que hacer para restaurar una democracia capaz de actuar como un corrector serio del capitalismo? Si no hay nada en la «Europa» supranacional que pueda proporcionar el tipo de cohesión y solidaridad social y la gobernabilidad necesarias, similares a las que hace alrededor de doscientos años se estableció con éxito en los Estados-nación europeos; si todo lo que hay a nivel supranacional son los Junckers y Draghis y sus colegas funcionarios financieros, entonces la respuesta general es que en vez de tratar de ampliar el alcance de la democracia equiparándolo al de los mercados capitalistas, como modernos Don Quijotes, hay «hacer lo sea necesario» –por decirlo con las mismas palabras que empleo el presidente del BCE en 2012 para garantizar la preservación del euro– para reducir el alcance de estos últimos para que se adecúen al de la primera. Devolver el capitalismo al ámbito del gobierno democrático, y de ese modo salvar a este último de la extinción, significa *desglobalizar el capitalismo*; es tan simple y difícil como eso. No se puede negar que esto sería un enorme programa y en ciertos aspectos, quizá, también un programa costoso sin ninguna garantía de éxito. Pero por lo menos sería un objetivo por el que merecería la pena luchar. *Restaurar la democracia integrada significa una reintegración del capitalismo*. En este contexto, pensar en un régimen monetario menos destructivo para la democracia que la lamentable monstruosidad que es la unión monetaria europea sería una tarea que justificaría el sudor de los mejores y más brillantes.

9
¿CÓMO ESTUDIAR EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO?

Hubo un tiempo en el que los sociólogos sabían que la sociedad *moderna* es una sociedad *capitalista*, que el capitalismo no es una cosa –una clase concreta de economía– y la sociedad moderna otra[1]. La crisis que estamos atravesando desde 2008 nos debería haber recordado lo profundamente entrelazadas que están la economía y la sociedad bajo el capitalismo y dos hechos que se derivan de ello: que la economía capitalista es demasiado importante para que su estudio quede en manos de los economistas, y que la sociedad contemporánea no puede entenderse realmente mediante una sociología que no haga referencia a su economía capitalista.

Yo considero que para estudiar el capitalismo contemporáneo, la sociología debe retroceder a los tiempos anteriores a Talcott Parsons[2], la figura fundacional de la sociología en el siglo XX, cuando se produjo la división del trabajo en la que la economía pasó estudiarse por su cuenta. Para ello será útil redescubrir la sociología en economistas clásicos, desde Smith a Pareto, Marshall, Keynes y Schumpeter, y la economía en sociólogos clásicos como Weber, Sombart, Mauss y Veblen, por nombrar solamente unos cuantos. Podría ser útil prestar una atención especial a la economía institucional de la *Historische Schule* [Escuela Histórica] y a Marx como teórico social en oposición al economista determinista. La lección que se aprende de todos ellos es *que el capitalismo designa tanto una economía como una sociedad*, y que estudiarlo exige un marco conceptual que no separe lo uno de lo otro.

Entonces, ¿cómo estudiar el capitalismo contemporáneo? Mi primera respuesta es que no como una economía, sino como una sociedad; como un sistema de acción social y un conjunto de instituciones sociales, que entran en el terreno de la teoría sociológica más que en el de la actual

---

[1] Este capítulo surgió como una presentación en una sesión plenaria sobre «El estudio del capitalismo contemporáneo», de la 10th Conference of the European Sociological Association, «Social Relations in Turbulent Times», Ginebra, 7-10 de septiembre de 2011. Publicado en *European Journal of Sociology*, vol. 53, núm. 1, 2012, pp. 1-28.

[2] Charles Camic (ed.), *Talcott Parsons: The Early Essays*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.

teoría económica estándar[3], lo que representa, de hecho, la tradición de la economía política en el siglo XIX. La teoría político-económica servía para identificar a los actores e intereses, que subyacían, o se escondían, bajo las «leyes del movimiento» de la «economía», traduciendo las relaciones económicas en relaciones sociales y mostrando que las primeras eran un caso especial de las segundas. Tratar a la economía como a una sociedad, o como social y políticamente construida o «constituida», es lo opuesto a tratar a la sociedad como a una economía, como sucede con el enfoque del imperialismo económico de la «elección racional»[4]. Realmente, en última instancia, el enfoque que sugiero equivale también a una clase de imperialismo que va en la dirección contraria: desde la sociología a la economía.

Para empezar con una definición, diremos que una sociedad capitalista es una sociedad que ha instituido su economía de una manera capitalista, de una manera que ha asociado su aprovisionamiento material con la acumulación privada de capital, medida en unidades monetarias, a través del libre intercambio contractual en mercados impulsados por el cálculo individual de la utilidad[5]. Semejante sociedad puede calificarse de capitalista, o de estar bajo el capitalismo, debido a que su mantenimiento depende del éxito de la acumulación de un capital privadamente apropiado. Llamar capitalista a una sociedad también implica que se trata de una sociedad que corre el peligro de que las relaciones sociales que gobiernan su economía penetren en ella y tomen posesión de relaciones sociales previamente no capitalistas. A diferencia de lo que creo que son lecturas simplistas de la economía política marxiana o del «materialismo histórico», señalar las tendencias hegemónicas de la economía capitalista en una sociedad capitalista no implica que «la economía» sea siempre el «subsistema» predominante de la sociedad, en el sentido de una «subestructura» que gobierna una «superestructura». Sin embargo, sí supone que este podría ser contingentemente el caso y que, como se verá, una progresiva subsunción de la vida social bajo los principios organizadores de una economía capitalista es un

---

[3] No hay que confundirla con la teoría económica tal y como la definió Alfred Marshall en *Principles of Economics*: «La economía política o la economía es un estudio del hombre en la actividad ordinaria de la vida; examina esa parte de la acción individual y social que está más estrechamente conectada con el logro y la utilización de los requisitos materiales del bienestar. Por ello, por un lado, se trata del estudio de la riqueza y, por otro, y más importante, es parte del estudio del hombre», Alfred Marshall, *Principles of Economics* [1890], Amherst, (NY) Prometheus Books, 1997, «Introduction». Debo esta referencia a un benevolente lector de una primera versión de este artículo.

[4] Jens Beckert y Wolfgang Streeck, *Economic Sociology and Political Economy: A Programmatic Perspective*, MPIfG Working Paper 08/4, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2008.

[5] Un concepto más amplio resaltaría la conexión histórica existente en el capitalismo moderno entre el impulso civilizador de la modernidad dirigido a una metódica mejora de la vida, la libertad individual y el dominio tecnológico de la naturaleza, por un lado, y el individualismo posesivo del intercambio del mercado, por otro.

inherente y constante peligro de la vida bajo el capitalismo, que necesita ser políticamente contrarrestado.

La actual teoría político-económica presenta normalmente dos variantes. En la primera, el capitalismo se reduce a una «economía» cosificada concebida como una máquina de creación de riqueza, una máquina que funciona de acuerdo con leyes particulares de una naturaleza lo suficientemente esotérica como para requerir una ciencia natural especializada, la economía. La política actúa sobre la economía desde el exterior, como si fuera una caja negra, haciendo que produzca los *outputs* deseados proporcionándole los *inputs* adecuados. En la segunda variante, en vez de un objeto inerte que exige una manipulación técnica más o menos especializada, «la economía» aparece como una productora de *inputs* para la política, en la forma de intereses de grupos en competencia, que se presentan preferentemente como imperativos funcionales para una eficiente gestión económica y que necesitan ser políticamente adjudicados.

Desde mi punto de vista, ninguna de estas aproximaciones hace justicia a la naturaleza del capitalismo contemporáneo, aunque solo sea porque la línea divisoria entre la sociedad capitalista y la economía capitalista no es tan estable como ambas presumen y, de hecho, se ve continuamente cuestionada. Una sociedad capitalista, o una sociedad que está habitada por una economía capitalista, es una sociedad que tiene que solucionar permanentemente el modo en que se conectan e interactúan sus *relaciones sociales económicas*, sus relaciones de producción e intercambio específicas, con sus *relaciones sociales no económicas*. Esto es así, sobre todo, porque, como he sugerido, las primeras tienen una inherente tendencia a expandirse dentro de su contexto social y a volverse dominantes en él. Solamente por esta razón, el capitalismo debe ser estudiado no como un tipo ideal, estático y atemporal, de sistema económico que existe fuera o al margen de la sociedad, sino como un *orden social histórico*, que trata precisamente de las relaciones existentes entre lo social y lo económico, un orden social que se consolidó en Europa Occidental a principios del siglo XIX y que ha estado evolucionando continuamente desde entonces. Contemplado de esta manera, lo que la teoría económica representa como un acuerdo técnico en beneficio de lo económico, o como una estructura causal de propiedades variables más o menos apta para ser controlada por los expertos, puede reconocerse como un dinámico complejo, social e históricamente construido, de limitaciones y oportunidades institucionales, de expectativas, derechos, recursos y poderes, dotado de ramificaciones de largo alcance en la sociedad que le rodea: su distribución del poder, del estatus y de las oportunidades de vida, sus disposiciones y capacidades para la acción, y sus identidades sociales y modos de vida.

Actualmente no se vislumbra ninguna teoría general del capitalismo moderno, por lo que me limito a cuatro ilustraciones de la interacción, o *Wechselwirkung*, entre relaciones sociales económicas y no económicas en el capitalismo contemporáneo. Cada uno de los cuatro esbozos, o apartados, trata de una faceta diferente de las relaciones existentes entre la economía y la sociedad bajo el capitalismo y concibe las relaciones económicas como una clase particular de relaciones sociales anidadas, de una manera que es un apoyo y una subversión a la vez, en unas relaciones sociales más globales. En cada caso, mostraré cómo un examen más detenido de las relaciones económicas muestra que se trata de relaciones sociales, mientras que las relaciones socio-político-culturales solamente son completamente inteligibles recurriendo a su interacción con el orden económico capitalista subyacente[6].

Empezaré defendiendo la consideración del capitalismo como un sistema social *endógenamente dinámico* y *dinámicamente inestable*, impulsado hacia la expansión y dependiente de ella y que por ello se halla normalmente en una situación crítica, especialmente en la actualidad (*el capitalismo como historia*). En segundo lugar, mostraré que concebir la economía capitalista, lo cual es frecuente, como un régimen de acción racional en respuesta a la escasez material, subestima el papel desempeñado en la sociedad capitalista moderna por los *imaginarios,* las *expectativas*, los *sueños* y las *promesas* socialmente generados y sustentados. No solo el *capitalismo* es una cultura, también lo es la *economía* capitalista. En tercer lugar, con referencia al conflicto que surge cuando el capitalismo se combina con la democracia, analizaré el capitalismo como un sistema político, o como una *política*, impulsado por una tensión fundamental entre una *economía moral* depositada en la *sociedad* capitalista y una *economía económica* depositada en su *economía*. Esta también es, en última instancia, una economía moral: la de los propietarios del capital. En mi opinión, esta tensión, más que la mala gestión política, es la que explica los sucesivos desequilibrios económicos, que se han evidenciado desde el final del periodo de crecimiento de la posguerra. En cuarto y último lugar, argumentaré en pro de concebir el capitalismo como un *modo de vida* modelado por múltiples interacciones entre la expansión del mercado, la estructura y los valores colectivos del mundo de vida social y la política social del gobierno, basándome para ello en el ejemplo de la relación existente entre la participación de la mujer en el mercado del trabajo, la vida familiar, la natalidad y el cambiante papel del mercado y del Estado en la crianza de los hijos.

---

[6] Se podrían añadir más casos, y mi selección no sigue un orden sistemático.

El capitalismo como historia

Gran parte de las obras actuales sobre economía política describen al capitalismo, o a sus «variedades», como un sistema autoequilibrado de instituciones complementarias, que se estabilizan recíprocamente, en pro de la eficacia y del rendimiento económico o de diferentes variantes de todo ello. La política aparece como el diseño y el mantenimiento colectivo de instituciones que se ocupan del mejor funcionamiento de sus respectivos tipos de capitalismo concebido como una «economía de mercado»[7]. Esto contrasta notablemente con las explicaciones tradicionales del capitalismo y de la sociedad capitalista, desde Smith y Marx a Schumpeter[8] y Keynes, que hacen hincapié en su dinamismo endógeno, la inestabilidad crítica y el cambio continuo, análisis que, desde mi punto de vista, son actualmente más pertinentes que en cualquier otro momento del periodo de posguerra[9].

El capitalismo trata, y siempre ha tratado, de la acumulación de capital o, dicho con una expresión más moderna, del crecimiento económico. El crecimiento se produce en forma de una expansión de los mercados, subsumiendo bajo una economía monetaria las relaciones de intercambio social tradicionales y reemplazando las relaciones de reciprocidad por relaciones catalácticas[10]. Este es un proceso que Rosa Luxemburg, en su trabajo sobre el imperialismo, llamó «acaparamiento de tierras» en un sentido más que literal[11]. El acaparamiento capitalista de tierras mediante la expansión del mercado va acompañado por una profunda transformación de las estructuras sociales y de la vida social; el documento fundacional del marxismo, el *Manifiesto comunista*, se refiere en este sentido a la burguesía como la clase más revolucionaria de la historia de la humanidad[12]. Es importante señalar que no hay necesidad de que la expansión capitalista se produzca desde el exterior una vez que se ha puesto en marcha una economía capitalista, porque esa tendencia a la expansión es una propiedad fundamental

---

[7] Peter A. Hall y David Soskice, «An Introduction to Varieties of Capitalism», en Peter A. Hall y David Soskice (eds.), *Varieties of Capitalism: The Institutional Foundations of Comparative Advantage*, Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 1-68.
[8] Véase en particular el ensayo de J. A. Schumpeter, «The Instability of Capitalism», *The Economic Journal*, vol. 38, núm. 151, 1928, pp. 361-386.
[9] W. Streeck, *Re-Forming Capitalism: Institutional Change in the German Political Economy*, Oxford, Oxford University Press, 2009; W. Streeck, «Institutions in History: Bringing Capitalism Back In», en John Campbell *et al.* (eds.), *Handbook of Comparative Institutional Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2010, pp. 659-686; W. Streeck, «E Pluribus Unum? Varieties and Commonalities of Capitalism», cit.
[10] Karl Polanyi, «The Economy as Instituted Process» [1957], en Mark Granovetter y Richard Swedberg (eds.), *The Sociology of Economic Life*, Boulder, (CO), Westview Press, 1992, pp. 29-51.
[11] Rosa Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals: Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus*, Berlín, Buchhandlung Vorwärts Paul Singer GmbH, 1913.
[12] Karl Marx y Friedrich Engels, «The Communist Manifesto» [1848], en David McLellan (ed.), *Karl Marx: Selected Writings*, Oxford, Oxford University Press, 1977, pp. 221-247.

del capitalismo. Cualquier capitalismo merecedor de tal nombre, o de su dinero, está necesariamente en movimiento y siempre desde dentro[13].

Que el capitalismo revolucione constantemente la sociedad en la que habita está anclado en su tejido institucional, en particular en la legitimidad que proporciona a la competencia –a privar a los semejantes de su sustento presentando ofertas más ventajosas– y en la ausencia de un techo para la legítima ganancia económica[14]. Mientras la competencia va acompañada por el *miedo*, la falta de límite para las ganancias alienta la *codicia*; ambas cosas juntas producen la característica intranquilidad de una economía política y de una sociedad capitalistas[15]. La codicia y el miedo también contribuyen a la capacidad innovadora de las economías capitalistas, ya que la innovación protege de la competencia y es muy rentable[16]. También es imprevisible, lo mismo que sus consecuencias sociales y económicas. Por ello, la continua innovación crea una continua *incertidumbre* en las relaciones sociales, ya que las economías capitalistas se rigen por mercados autorregulados con precios relativos que fluctúan libremente. Dado que los precios relativos deciden el estatus social y las oportunidades de vida de los propietarios de los diferentes recursos económicos, la innovación y los cambios en los términos comerciales permanentemente en curso ponen en riesgo los modos de vida establecidos en la medida en que están atados a modos de producción y relaciones de intercambio específicos.

Otro mecanismo que impulsa la expansión del capitalismo es el *crédito*. Una economía capitalista funciona haciendo que sea posible pagar los recursos que se usarán en la producción actual con derechos sobre los frutos de esa producción, ya que su sistema bancario convierte las promesas de pagos futuros en capacidad adquisitiva actual. Las instituciones financieras, desde los sistemas bancarios a los tribunales de justicia, deben asegurar que esas promesas se cumplan y que los todavía inexistentes recursos virtuales, que se extraen del futuro, se producen realmente y así pueden devolverse. Sin embargo, las promesas de reembolso solamente pueden mantenerse si hay crecimiento; el crédito no es otra cosa que un

---

[13] Esta es, entre otras cosas, la razón por la que la «globalización» no es una fuerza externa a las economías políticas capitalistas. Se origina dentro de ellas y sale hacia fuera en vez de tratar de entrar en ellas desde afuera. W. Streeck, *Re-Forming Capitalism*, cit.

[14] W. Streeck, «Taking Capitalism Seriously: Towards an Institutional Approach to Contemporary Political Economy», *Socio-Economic Review*, vol. 9, núm. 1, 2011, pp. 137-167. Sobre los microfundamentos de una teoría del capitalismo como un orden social dinámico, véase el reciente documento de Jens Beckert sobre «las cuatro "Ces"» del capitalismo: crédito, mercancía [commodity], competencia y creatividad; Jens Beckert, *Capitalism as a System of Contingent Expectations: On the Microfoundations of Economic Dynamics*, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, texto inédito, 2012.

[15] Dorothee Bohle y Bela Greskovits, «Varieties of Capitalism and Capitalism "tout court"», *Archives Européennes de Sociologie*, vol. 50, núm. 3, 2009, pp. 355-368.

[16] J. A. Schumpeter, *Theorie der wirtschaft lichen Entwicklung* [1912], cit.

crecimiento anticipado. Si por cualquier razón las promesas de reembolso pierden credibilidad, por ejemplo, cuando los deudores incumplen sus pagos en cantidades superiores a las normales, el préstamo retrocede y lo mismo sucede con el crecimiento.

Una metáfora para las dinámicas del crecimiento capitalista relacionada con el acaparamiento de tierras es el «*cruce de fronteras*». La expansión capitalista, o el desarrollo, consiste en establecer relaciones de mercado donde hasta entonces no había ninguna. Las instituciones sociales, que delimitan las áreas de comercio respecto a áreas de no comercio, desde las fronteras nacionales a las leyes que prohíben, por ejemplo, la venta de órganos, de niños o de cocaína, se encontrarán a sí mismas presionadas por actores con fines de lucro que buscan extender el intercambio económico más allá de las zonas delimitadas. Desde esta perspectiva, la expansión capitalista equivale a una extensión de relaciones sociales de intercambio contractuales, privadas, voluntario-horizontales, desde mercados donde ya están legitimadas a campos sociales todavía no mercantilizados, que siguen gobernados por la reciprocidad o la autoridad[17]. En este sentido, los conceptos actuales que reflejan ese cruce de fronteras son comercialización, mercantilización o liberalización. Desde mi punto de vista, el estudio del capitalismo contemporáneo exige que esta clase de procesos se reconozcan como fundamentales en vez de contingentes, y como importantes fuerzas impulsoras del cambio institucional y del desarrollo histórico. Esto supone que cuando en una economía política capitalista estos procesos nos son evidentes o son ineficaces, ello solo puede deberse a que han quedado temporalmente suspendidos por determinadas fuerzas compensatorias fácilmente identificables.

Las presiones endémicas a favor de la liberalización y los esfuerzos de los capitalistas innovadores, que persiguen ganancias ilimitadas revolucionando las relaciones sociales y económicas, generan una perpetua tensión en el orden social capitalista y continuos conflictos en su seno. De nuevo, el estudio del capitalismo contemporáneo debe considerar que esa tensión y esos conflictos son normales más que ocasionales y periféricos y, en principio, fácilmente gestionables en unas «economías de mercado», que se autoestabilizan. Mencionaré brevemente dos ejemplos, la desigual batalla entre las fuerzas del mercado y la *regulación social* de los mercados y la lucha en torno a la *protección social*. En cuanto a la primera, los mercados necesitan toda clase de normas contra el oportunismo potencialmente desenfrenado posible en las largas cadenas de producción e intercambio, lo que explica por qué la legislación reguladora ha crecido y continúa creciendo junto al capitalismo. Después de todo, la lógica del capitalismo de mercado permite

[17] W. Streeck, *Re-Forming Capitalism*, cit.; «Taking Capitalism Seriously», cit.

la persecución del propio interés y, habida cuenta de las ilimitadas recompensas potenciales, se debe esperar que los inversores busquen agresivamente obtener las mayores ventajas[18]. No obstante, el estatus de la regulación en el sistema es precario, ya que la ideología fundacional de los mercados libres presupone que la libertad de contratación y el *caveat emptor* son básicamente suficientes para mantener la honestidad de los competidores.

Aunque las reglas y regulaciones son vitales para el funcionamiento de los mercados, porque crean un clima de confianza que protege a los participantes frente a la información asimétrica, es crucial tener en cuenta que quienes pretenden obtener beneficios tratan de evadirlas o soslayarlas, lo cual forma parte de la naturaleza misma del capitalismo. De manera ilegal o aprovechando vacíos legales –a menudo ambas vienen a ser lo mismo– esos esfuerzos tienden a ser más rentables que los caminos tradicionales, ya que suponen mayores riesgos. Esta es la razón de que los inversores se opongan habitualmente a las regulaciones que limitan la libertad de comercio, haciendo que tengan que recurrir a una considerable inteligencia e inventiva para hacer que sean ineficaces. Dado que las empresas que tienen claros sus intereses conocen mejor que nadie su negocio, y a menudo también controlan sustanciales recursos económicos y poder político, normalmente actúan con mayor rapidez que los organismos públicos encargados de regularlas, en especial allí donde los negocios cruzan las fronteras de distintas jurisdicciones, como los Estados nacionales. Por ello, en el capitalismo contemporáneo las políticas reguladoras quedan esencialmente reducidas a seguir la estela del mercado y tratar de ponerse a la altura de unos actores muy ágiles, creativos e impredecibles, que poseen mayores conocimientos y recursos y que disfrutan de la ventaja de ser los primeros en actuar y por ello normalmente van uno o más pasos por delante[19].

En cuanto a la protección social, los precios relativos en una economía capitalista tienden a moverse a una velocidad que no permite que la gente pueda y esté dispuesta a adaptar sus vidas a ellos. Las relaciones sociales, las expectativas y el estatus social son prácticamente inertes en comparación con los mercados libres, lo que lleva a que la gente demande como ciudadanos, que se estabilice su existencia social frente a las presiones del mercado en pro de un ajuste permanente. Este conflicto entre el dinamismo del desarrollo capitalista y la inercia de los modos de vida establecidos es el

---

[18] W. Streeck, «Taking Capitalism Seriously», cit.

[19] El principal ejemplo de esto, evidentemente, es la «globalización» de las relaciones económicas, que habitualmente va seguida por esfuerzos, a menudo desesperados, por reemplazar la regulación nacional, que se ha vuelto cada vez más ineficaz, por lo que se llama la «gobernanza global». Para los estudiosos del capitalismo contemporáneo, o de la política reguladora, no debería ser una sorpresa que la construcción de las instituciones reguladoras bajo el capitalismo tienda a quedarse rezagada respecto al crecimiento dinámico de las voluntarias relaciones comerciales y, de hecho, se debería asumir que está en la naturaleza de la bestia.

verdadero fundamento de la política en el capitalismo contemporáneo. La política tiene muchas facetas, algunas extremadamente complejas e incluso paradójicas, pero eso no altera el hecho de que, bajo el capitalismo, está esencialmente impulsada y modelada por lo que Karl Polanyi caracterizó como una batalla casi maniquea entre un «movimiento» hacia la liberalización y «contramovimientos» de estabilización social o de control político colectivo de los mercados y de la dirección del cambio social[20]. Una consecuencia de ello es que bajo el capitalismo la política *no* es fundamentalmente una búsqueda consensuada de la eficacia económica (como señalan Hall y Soskice)[21], ya que un aspecto fundamental del conflicto político es precisamente hasta qué punto se puede permitir que la eficacia gobierne la vida social y dónde empiezan las zonas de protección en las que las relaciones sociales están gobernadas por obligaciones en vez de por contratos, por responsabilidades hacia los demás antes que frente a uno mismo, por el deber colectivo en vez del voluntarismo individual, o por el respeto hacia lo sagrado en oposición a la maximización de la utilidad individual.

Finalmente, al considerar al capitalismo como una economía y una sociedad endógenamente dinámicas empeñadas en crecer a través de la continua expansión de las relaciones de mercado, podemos introducir en la teoría macrosociológica una *noción cualificada de direccionalidad* del cambio social, cualificada no solo en el sentido de ser específica del capitalismo, sino también porque se considera que –como señala Polanyi– la dirección del cambio la disputan el movimiento capitalista y el contramovimiento proteccionista o incluso anticapitalista. Conceptualmente, la perspectiva que propongo permite abandonar la visión newtoniana de un universo de movimiento invariable y da cabida a la periodicidad y la irreversibilidad históricas («el capitalismo como historia»).

Además, centrarse en la lógica de continua expansión del capitalismo pone de relieve un cierto número de *problemas críticos* de la sociedad contemporánea, relacionándolos entre sí y con la estructura social. Un sistema social con una economía capitalista de mercado, que para sobrevivir debe constantemente ampliar la escala y alcance de las relaciones mercantiles comercializadas, probablemente encuentre en algún momento obstáculos para su progreso, y cuantos más encuentre más lejos ha llegado su acaparamiento de tierras. De nuevo los conceptos básicos de Polanyi son de utilidad, ya que actualmente sus tres «mercancías ficticias» –trabajo, tierra y naturaleza[22]– parecen estar en un estado crítico como resultado de su dinámicamente avanzada mercantilización. Mientras que la mercantilización del dinero en el transcurso de la «financiarización» ha debilitado su

---

[20] Karl Polanyi, *The Great Transformation*, cit.
[21] P. A. Hall y D. Soskice, «An Introduction to Varieties of Capitalism», cit.
[22] K. Polanyi, *The Great Transformation*, cit., pp. 68-77.

estatus colectivo como un medio de intercambio y medida del valor fiables, el desgaste de la naturaleza con fines comerciales está a punto de destruir los fundamentos de la vida tal y como la conocemos, mientras que la mercantilización del trabajo humano ha llegado al punto de que la reproducción física de las sociedades ricas se ha convertido en una preocupación pública (continuaré con esto más adelante). En los tres aspectos, la lógica del *crecimiento mediante el engrandecimiento individual* que es constitutiva del capitalismo como sistema social, se encuentra bajo la sospecha de ser potencialmente peligrosa para la sociedad y la especie humanas.

El capitalismo como cultura

Gran parte de la economía política contemporánea se aferra *a una reificada noción de escasez* como una condición objetiva respecto a requerimientos materiales de la vida objetivamente necesitados. Esto refleja el tratamiento de las necesidades en la teoría económica a la vez como exógenamente dadas y como interminables, de ese modo excluyéndolas del examen crítico. En comparación, la sociología ha sabido desde hace mucho tiempo que las necesidades son dinámicas, y especialmente en el capitalismo; que lo que es «necesario» para la vida está, en gran medida, socialmente definido, es decir, es necesario solamente para la vida social en una determinada sociedad, y que fuera del caso límite de la completa privación, la escasez no es ni absoluta ni indefinida, sino socialmente contingente y construida. Aun así, los sociólogos se han abstenido por lo general de llamar la atención a los economistas por ignorar la naturaleza social e histórica de las necesidades y aspiraciones económicas[23].

Si las necesidades humanas no son fijas sino fluidas y social e históricamente contingentes, se deduce que la escasez es, en gran medida, una cuestión de *imaginación* colectiva, y tanto más cuanto más rica «objetivamente» es una sociedad. La idea de que son las imaginaciones las que impulsan mayormente el comportamiento económico –unas imaginaciones que, junto a las necesidades materiales, son inherentemente dinámicas– señala una dimensión *cultural-simbólica de la vida económica* que, evidentemente, es fundamentalmente social[24]. Al darnos cuenta de esto, difuminamos la frontera entre la economía «dura» y la sociología

---

[23] Esto era diferente antes de que la sociología y la economía se separaran. Véase, por ejemplo, la obra de Thorstein Veblen y su teoría del consumo ostentoso; T. Veblen, *The Theory of the Leisure Class* [1899], Nueva York, Penguin, 1994; ed. cast.: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza, 2008.
[24] Este apartado está inspirado por varios artículos recientes de Jens Beckert. Véase Jens Beckert, *Imagined Futures: Fictionality in Economic Action*, MPIfG Discussion Paper 11/8, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2011; J. Beckert, «The Transcending Power of Goods: Imaginative Value in the Economy», en Jens Beckert y Patrick Aspers (eds.), *The Worth of Goods: Valuation and Pricing in the Economy*, Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 106-130.

«blanda», abriendo la economía a la investigación sociológica desde una perspectiva «constructivista». Hay un amplio abanico de construcciones culturales que suplantan o complementan a las condiciones objetivas para motivar y controlar la acción económica, como la «confianza» en la disposición de un deudor a cumplir con sus obligaciones (véase anteriormente); la «confianza» del inversor que es un importante requisito para el crecimiento económico (véase más adelante), o los «compromisos creíbles» de los gobiernos por respetar los intereses de grupos estratégicamente importantes en la economía política. La teoría económica estándar sí reconoce la importancia de semejantes factores, pero solo de mala gana y en forma de residuales influencias «irracionales», que demasiado a menudo distorsionan los efectos de los «duros» y sólidos incentivos «verdaderamente económicos». También los concibe habitualmente como «psicológicos» en vez de sociales, en un lenguaje conceptualmente impreciso que atribuye a lo que se llaman «los mercados» condiciones mentales como el «pánico» o la «confianza».

Un enfoque bastante prometedor del estudio del capitalismo contemporáneo, que, sin embargo, pocas veces se adopta, se centra en el *consumo* y la evolución de las «necesidades» o, mejor, de los deseos, del consumidor. Especialmente aquí, los sueños, las promesas y la satisfacción imaginada no son, en absoluto, factores marginales sino que, por el contrario, resultan fundamentales. Aunque la teoría económica estándar y, en su estela, la economía política estándar, reconocen la importancia de la confianza y del gasto del consumidor para el crecimiento económico, no hacen justicia a la naturaleza dinámicamente evolutiva de los deseos, que hacen que el consumidor consuma. Una preocupación subyacente y constante en las sociedades capitalistas avanzadas es que los mercados puedan en algún momento quedar saturados, provocando un estancamiento o un declive del gasto y, todavía peor, una disminución de la eficacia de los incentivos laborales monetizados. Solamente si a los consumidores, que en su práctica totalidad viven muy por encima del nivel de subsistencia, se les puede convencer para que descubran nuevas necesidades, volviéndose así «psicológicamente» pobres, puede continuar creciendo la economía de las sociedades capitalistas ricas. El que la propensión al consumo pueda convertirse en el talón de Aquiles del capitalismo contemporáneo se oculta con un concepto realista-racionalista-materialista de la acción económica, que representa a las normas e imaginarios sociales históricos como unas «necesidades» ahistóricas, presociales y exógenamente establecidas[25].

No es que la sociología de la posguerra no fuera consciente del consumo y del trascendental significado del auge del consumismo; un ejemplo

[25] A. Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, cit.

destacado es el poderoso análisis de David Riesman en *Lonely Crowd* (1950)[26]. También en la década de 1960 hubo en Estados Unidos una amplia literatura popular sobre el avance de la publicidad (por ejemplo, *The Hidden Persuaders* de Vance Packard)[27]. La crítica de la sociedad de consumo culminó en la era revolucionaria que comenzó a finales de la década de 1960 y se extendió durante la siguiente, cuando conceptos como «terror al consumo» alimentaron diagnósticos sobre una «falsa conciencia» entre las masas, combinados con llamamientos hacia un modo de vida más modesto y menos materialista. Sin embargo, posteriormente estos temas desaparecieron durante décadas, quizá resignados ante la auténtica explosión del crecimiento impulsado por el consumo en los años de la globalización y de la nueva tecnología de la información. Asimismo, parece que la sociología, buscando una profesionalización y un reconocimiento científico –y para disociarse del fracasado anticapitalismo de la década de 1970– trató de evitar cualquier apariencia moralizadora de decir a la gente qué hacer, dedicándose a analizar lo que hacía «al margen de juicios de valor»[28]. Cuando la sociología cultural estudiaba el consumo lo hacía sin cuestionar la reificación estándar de las necesidades económicas y sin relacionar el tema con el capitalismo y su necesidad de expansión económica.

Actualmente, los debates sobre las necesidades económicas, objetivas o imaginadas, y sus límites han regresado obligadamente, aunque se producen más dentro de la ecología y entre los economistas heterodoxos que en la sociología. Una bibliografía en aumento analiza las posibilidades de caminos menos consumistas hacia la felicidad, la naturaleza de las fuentes inmateriales de la satisfacción y las nuevas medidas de actuación y crecimiento económico más exhaustivas y menos dependientes del mercado. Los sociólogos, incluso los sociólogos económicos, están mayormente ausentes de estos debates y parecen no haber comprendido la explosividad de la cuestión para el capitalismo contemporáneo. Mientras que las revistas de la disciplina están inundadas de artículos sobre las diferencias salariales entre hombres y mujeres, sobre la división del trabajo en el hogar, las jornadas laborales de la gente, etcétera, la pregunta de por qué la gente actualmente, siendo mucho más rica que hace treinta años, trabaja mucho más y mucho más duramente, perece casi un tabú. Lo mismo sucede con la pregunta de por qué la gente parece considerar que el aumento de los niveles de vida desde la década de 1970 es merecedor del enorme esfuerzo que ha sido necesario para producirlo, por no hablar de la cuestión de cómo las economías capitalistas avanzadas

---

[26] David Riesman, Nathan Glazer y Reuel Denney, *The Lonely Crowd: A Study of the Changing American Characte*r, New Haven, (CT), Yale University Press, 1950.
[27] Vance Packard, *The Hidden Persuaders*, Nueva York, D. McKay Co, 1957.
[28] Esto representa un interesante contraste con la economía que, gracias a su racional marco de elecciones, puede ser prescriptiva y analítica al mismo tiempo, o puede disfrazar la prescripción como análisis.

pueden esperar en el futuro generar la motivación por el trabajo que será necesaria para mantener su crecimiento.

Una potencial respuesta puede estar en la naturaleza cada vez más inmaterial del consumo en las sociedades ricas[29]. Con las necesidades físicas ampliamente cubiertas, cada vez más bienes parecen comprarse debido a su *valor soñado*, diferenciado de su *valor de uso*, por ejemplo, prendas de moda, artículos de marca, productos deportivos, coches, vinos, billetes de lotería, viajes a países lejanos, antigüedades, etcétera. Muchos de estos productos, que representan una creciente proporción del producto interior de los países ricos, también tienen un elevado valor de estatus, como lo tiene por otra parte, la capacidad de vender la propia fuerza de trabajo, especialmente para las mujeres. Además, la participación en el consumo de bienes simbólicos y la mercantilización de las relaciones sociales parecen haberse vuelto vitales para la integración social; se puede ver el rápido crecimiento del papel de las «redes sociales» en la estructuración de la vida moderna. Actualmente, las empresas están gastando más dinero que nunca en publicidad y en construir y mantener las imágenes y auras populares de las que parece depender el éxito de un producto en unos mercados saturados. En particular, los nuevos canales de comunicación interactivos que posibilita Internet parecen estar absorbiendo una creciente proporción de lo que las empresas se gastan en la socialización y cultivo de sus clientes. Una creciente proporción de los productos que hacen crecer actualmente a las economías capitalistas no se vendería si la gente tuviera unos sueños distintos a los que tiene, lo que hace que entender, desarrollar y controlar sus sueños sea una preocupación fundamental de la economía política en las sociedades capitalistas avanzadas.

Los sociólogos apenas han empezado a recuperar el tema –explorado en los primeros años del capitalismo de consumo pero después abandonado[30]– de los mecanismos sociales por los que una economía capitalista materialmente saturada puede mantener su capacidad de crecimiento. Actualmente, a la vista del endurecimiento de las limitaciones ecológicas,

[29] En este contexto hay que señalar también la utilización inflacionaria en el discurso público en Estados Unidos de la palabra «sueño», como en el «sueño americano», en una cultura que es la más consumista de la tierra y que, supuestamente, está inmersa en el racionalismo y utilitarismo yanqui. Ningún político puede ser elegido en Estados Unidos sin confesar una y otra vez que tiene «sueños», para él mismo, para sus conciudadanos y para el mundo en general. Es fácil de ver la proximidad de esto a la experiencia religiosa. Actualmente, un consumo sin límites parece haber reemplazado a la Tierra Prometida en los sueños de los estadounidenses, casi como una cuestión de obligación social.

[30] Una formación social, cuya novedad en su momento está excepcionalmente documentada en los dos volúmenes del estudio de los Lynds sobre la pequeña ciudad estadounidense de Muncie (Indiana), Robert S. Lynd y Helen Merrell Lynd, *Middletown: A Study in Contemporary American Culture*, Londres, Constable, 1929; y *Middletown in Transition: A Study in Cultural Conflicts*, Nueva York, Harcourt, 1937.

de los riesgos sin precedentes asociados con un exagerado sistema de crédito y de la creciente tensión en el tejido social, *la política de las necesidades económicas inmateriales* puede estar surgiendo como un decisivo campo de batalla político-económico. El hecho bien conocido de que el capitalismo no prospera cubriendo las necesidades existentes, sino suscitando nuevas –de que el crecimiento capitalista requiere una permanente gestión de la demanda no solo en un sentido *cuantitativo* sino también *cualitativo*– debería reconocerse como cada vez más importante. Parece que es hora de que la sociología redescubra una perspectiva con la que ninguna otra disciplina estaría mejor situada para contribuir al estudio del capitalismo contemporáneo.

El capitalismo como organización política

El capitalismo, un modo de autoenriquecimiento material no violento y civilizado a través del intercambio mercantil, tenía que librarse del feudalismo en alianza con el antiautoritarismo liberal y con los movimientos populares por la democracia. Sin embargo, la asociación histórica entre el capitalismo y la democracia siempre fue incómoda, viciada, especialmente en los primeros periodos, por una fuerte sospecha mutua[31]. Mientras que los capitalistas temían que la democracia llegara demasiado lejos y la mayoría desposeída aboliera la propiedad privada, las clases trabajadoras estaban preocupadas, porque los capitalistas se protegieran de la expropiación mediante la supresión de las elecciones libres y de la libertad de asociación. Solamente después de 1945, el capitalismo democrático, o la democracia capitalista, alcanzó en la parte occidental del mundo industrializado un régimen político-económico medianamente estable, al menos durante las dos o tres décadas inmediatamente posteriores a la guerra, cuando las políticas keynesianas de pleno empleo, un Estado del bienestar en expansión y unos sindicatos independientes sostuvieron, y fueron sostenidos, por un elevado y continuo crecimiento económico.

Sin embargo, esto no significaba que el capitalismo democrático estuviera libre de tensiones. Como sistema social, la democracia capitalista se rige por dos conjuntos divergentes de principios normativos, la *justicia social*, por un lado, y la *justicia del mercado*, por otro: la primera depositada en la *economía moral* de la sociedad y la segunda residiendo en lo que puede llamarse su *economía económica*. Mientras que la economía moral del capitalismo democrático refleja lo que la gente piensa que es adecuado y justo, la economía

[31] Este apartado sigue de cerca la argumentación que se realiza en W. Streeck, «A Crisis of Democratic Capitalism», *NLR* 71, septiembre-octubre de 2011, pp. 1-25; ed. cast.: «Las crisis del capitalismo», *NLR* 71, noviembre-diciembre de 2011.

económica, o economía de mercado, asigna los recursos de acuerdo con la productividad marginal y, en este sentido, en función de la máxima eficacia. Mientras que la democracia es una respuesta a la economía moral del capitalismo democrático, el mercado solo está en equilibrio si puede funcionar de acuerdo con los principios de la economía económica.

A finales de la década de 1960 empezó a estar claro que el capitalismo y la democracia no pueden funcionar juntos sin debilitarse más o menos efectivamente de modo recíproco. Cada vez más, la justicia social y la justicia del mercado resultaron ser difíciles de reconciliar, a pesar de los continuos esfuerzos de los gobiernos, de los medios de comunicación y de la teoría económica estándar para convencer a los ciudadanos de que la justicia del mercado es, de hecho, la forma más elevada de justicia social. Es cierto que si la gente común pudiera ser reeducada para organizar su vida comunal de acuerdo con las diferencias existentes en la productividad marginal, el capitalismo sería democrático *sin* ser internamente contradictorio y precario. Sin embargo, hasta ahora, la mayoría de las sociedades humanas continúan manteniendo principios tradicionales de justicia social, que con demasiada facilidad pueden entrar en conflicto con la justicia del mercado. Ejemplos de ello son ideas como que alguien que realiza un «buen trabajo diario» debería recibir «un buen salario diario»; que la gente no debería ser pobre por ser anciana; que nadie debería pasar hambre, no recibir atención cuando enferma o tener que vivir en la calle; que los trabajadores con empleos deberían tener el recurso a alguna clase de proceso legal contra el ejercicio arbitrario de la autoridad por parte de los directivos empresariales, o que los empresarios deberían notificar adecuadamente a los trabajadores su despido[32].

En la medida en que el capitalismo no ha conseguido disolver los conceptos populares de justicia social en el seno de las nociones teóricas sobre la eficiencia de la justicia del mercado, el capitalismo y la democracia, o los mercados y la política, no dejarán de interferirse entre sí. Cuando la economía moral invade la política económica, extrae una tasa de eficiencia sobre la economía que se manifiesta en forma de la reducción del beneficio, de la misma manera que las «leyes económicas» y la «sólida gestión económica» son un obstáculo para la satisfacción de las reclamaciones morales democráticas. Como consecuencia, los gobiernos están continuamente en peligro de tener que afrontar una elección obligada entre dos opciones igualmente desagradables: sacrificar la estabilidad y el rendimiento económico para defender la legitimidad democrática, o hacer caso omiso de las reclamaciones populares de justicia social en nombre de una sólida política

[32] Los principios de la justicia, que constituyen la economía moral de una sociedad, están sometidos a cambios bajo la influencia, entre otras cosas, de las variaciones en la situación económica y en los discursos sociales.

económica. Habitualmente, el problema tiende a resolverse alternando las dos soluciones, yendo de una a otra cuando el éxito de una respuesta a una crisis de legitimidad provoca desequilibrios económicos, y cuando el éxito de medidas para la estabilización económica produce descontento social.

Las tensiones inherentes al capitalismo democrático y los límites de las políticas públicas para tratar de manejarlas se ponen de manifiesto con la secuencia de crisis, que constituye la historia económica de las democracias capitalistas ricas desde la década de 1970. Después del fin del crecimiento de la posguerra, los gobiernos del «mundo libre» evitaron los conflictos con unos sindicatos fuertes sobre los aumentos salariales y el desempleo, permitiendo elevados índices de inflación. La inflación, igual que el crédito, sirvió para adelantar en el tiempo recursos todavía inexistentes, permitiendo a empleadores y trabajadores cobrar en términos monetarios nominales pretensiones, cuya suma total superaba la que, de hecho, estaba disponible para la distribución. Mientras que los trabajadores pensaban que estaban logrando lo que ellos consideraban su derecho moral-económico a un constante aumento de los niveles de vida, combinado con un empleo estable, los empresarios podían cosechar beneficios en consonancia con las expectativas de unos retornos adecuados, tal y como habían quedado establecidos en las décadas de la reconstrucción de la posguerra. Sin embargo, a medida que la inflación se mantenía, los ahorros acumulados se iban devaluando y se distorsionaban cada vez más las relaciones de los precios. Su superación a principios de la década de 1980, en el transcurso de la «revolución de Volcker», no trajo, sin embargo, la estabilidad. En vez de ello desató un periodo de crecimiento de la deuda pública debido a que la política electoral sustituyó a la negociación colectiva como el mecanismo político-económico apto para movilizar recursos excedentes con los que pacificar lo que podían ser perturbadores conflictos distributivos. Cuando en la década de 1990 también esto resultó insostenible, la consolidación de las finanzas públicas solamente pudo abordarse dando acceso a los hogares al crédito privado desregulado, que les permitía compensar el estancamiento de los ingresos y la creciente desigualdad endeudándose por cuenta propia[33].

El último giro en la historia del capitalismo y la democracia se produjo en 2008 cuando finalmente colapsó la pirámide del endeudamiento y la deuda privada, que había perdido su valor, tuvo que ser socializada para mantener líquida la economía monetaria. El resultado fue otro espectacular aumento de la deuda pública, que dio paso a una nueva era de consolidación fiscal todavía en curso en la que los «mercado financieros» someten a los Estados a una presión sin precedentes para que recorten el gasto en protección e

[33] C. Crouch, «Privatised Keynesianism: An Unacknowledged Policy Regime», cit.

inversión social y así aseguren su capacidad para pagar a sus acreedores. Dado que el espacio para la movilización de recursos futuros para objetivos actuales de pacificación política se ha trasladado desde la negociación colectiva a la política electoral, desde ahí a los mercados de crédito al consumo y finalmente a la deuda pública, la capacidad de la democracia para distorsionar el comportamiento económico en nombre de la economía moral ha disminuido progresivamente. Actualmente, los propietarios del capital financiero están trabajando con las organizaciones internacionales y los Estados-nación abrumados por la deuda para aislar de una vez por todas a la economía económica de la economía moral, ligada a sus tradicionales obligaciones sociales y modernos derechos de ciudadanía, todo ello con unas perspectivas de éxito nunca alcanzadas desde la década de 1970. A medida que los Estados democráticos se convierten en organismos de recaudación por cuenta de la nueva *haute finance* global, la justicia del mercado está a punto de prevalecer sobre la justicia social durante un largo, si es que no indefinido, periodo de tiempo. En el proceso, aquellos que han puesto su confianza como ciudadanos en la democracia capitalista deben dar prioridad a aquellos que como inversores han puesto su dinero en ella.

Estudiar el capitalismo contemporáneo en términos de un choque entre la economía moral y la economía del mercado invita a una investigación más detallada de la naturaleza de las pretensiones distributivas basadas en la productividad marginal. De acuerdo con la teoría económica estándar, estas pretensiones se diferencian de los derechos sociales en que ellas son técnicas y objetivas en vez de morales y subjetivas. Un enfoque sociológico, sin embargo, debería poder reconocer que detrás del velo de la teoría de la eficiencia se encuentra la economía moral de los propietarios e inversores de capital o, más en general, de los recursos productivos esenciales. Aquí un concepto clave es el de la «confianza» del inversor, analizado en la teoría política de Kalecki sobre el ciclo económico[34]. En vez de reaccionar mecánicamente a las tasas fijas de rendimiento previstas, los propietarios del capital utilizan pronunciamientos sobre su autodiagnosticado estado «psicológico», desde el pesimismo al optimismo, desde el pánico a la euforia, para señalar si lo que se les ofrece como rendimiento para invertir sus recursos se ajusta a lo que ellos consideran que tienen derecho. Las expresiones de baja «confianza inversora» se utilizan estratégicamente en un proceso interactivo de determinación conjunta de lo que se debe permitir a los inversores que extraigan del resto de la economía en determinadas condiciones de escasez y distribución del poder político. Actualmente, se puede observar que los inversores en los mercados financieros globales utilizan las variaciones en los tipos de interés que exigen a los Estados para refinanciar su deuda pública con el fin de fortalecer sus demandas a

[34] Michał Kalecki, «Political Aspects of Full Employment», cit., pp. 322-331.

favor de una política de austeridad más firmemente institucionalizada. La economía política basada en la acción social en vez de en la teoría de la eficiencia debería poder desreificar el mecanismo del mercado de la teoría económica estándar y presentar los precios y la formación de beneficios tal y como son: el resultado de una lucha entre conceptos y demandas de justicia en conflicto –«vivir y dejar vivir» frente al «rendimiento justo»– en vez de entre las *ideas subjetivas* de lo que es *moralmente correcto*, por una parte, y las *leyes objetivas* de lo que es *técnicamente posible* o *necesario*, por otra.

El capitalismo como modo de vida

Finalmente, estudiar el capitalismo contemporáneo significa estudiar un *modo de vida* así como un orden social histórico, una cultura y una organización política. La expansión del mercado, la fuerza impulsora del desarrollo capitalista, tiene ramificaciones en los más remotos rincones de la sociedad, ya que revoluciona continuamente las relaciones sociales y las instituciones que las gobiernan. El desarrollo capitalista está profundamente interrelacionado con la manera en que la gente organiza incluso su vida social más personal e íntima, de acuerdo con cambiantes supuestos culturales, que también están afectados, a su vez, por la expansión de los mercados y que señalan lo que es y no es «natural», «normal», y lo que hay que dar por hecho. Esto incluye a la vida familiar y a la manera en que la sociedad se ocupa de su reproducción física[35].

Las últimas tres décadas han asistido a una reestructuración fundamental de la familia y de la crianza de los hijos en las sociedades occidentales ricas, estrechamente relacionada con nuevas limitaciones y oportunidades creadas por el progreso de los mercados, tanto de los mercados laborales como de los mercados de consumo. Para analizar el capitalismo como un modo de vida, en vez de simplemente como una economía, puede resultar conveniente empezar por recordar el modo de producción «fordista» de la era de posguerra complementado con la familia «fordista». En aquél momento, para las familias era una cuestión de orgullo y una manifestación de éxito económico el que las mujeres quedaran exoneradas del trabajo asalariado, de manera que pudieran dedicarse plenamente al trabajo no remunerado y ocuparse de su familia. No hay nada que haya desaparecido tan por completo como esto. A partir de la década de 1970, un creciente número de mujeres se incorporaron al empleo asalariado, lo cual se convirtió en el camino para lograr su independencia personal, además de un requisito para el respeto

---

[35] Sobre esto véase, W. Streeck, «Flexible Employment, Flexible Families, and the Socialization of Reproduction», en Florian Coulmas y Ralph Lützeler (eds.), *Imploding Populations in Japan and Germany: A Comparison*, Leiden, Brill, 2011, pp. 63-95.

social y la plena integración en la comunidad. Simultáneamente, las tasas de matrimonio cayeron, las de divorcio aumentaron, las relaciones familiares se volvieron menos rígidas y obligatorias y las tasas de natalidad descendieron, mientras los niños nacían cada vez más tanto fuera del matrimonio, como en cifras desproporcionadas de mujeres, que carecían de oportunidades en el mercado laboral. Moralmente, incorporarse al empleo asalariado se convirtió no solo en una elección para las mujeres, sino en una obligación *de facto*, ocupando el lugar que en las décadas de 1950 y 1960 habían tenido el matrimonio y el cuidado de los hijos. El «trabajo» se asimiló por completo al trabajo asalariado, mientras que estar fuera de él –ser una *Hausfrau*, una ama de casa– quedó asociado con no trabajar en absoluto, convirtiéndose cada vez más en una desgracia personal.

Hay dos explicaciones alternativas, en cierta medida contradictorias, sobre qué desencadenó el éxodo de la mujer desde la economía de subsistencia de la familia hacia la economía monetaria del mercado. Una de ellas se centra en la necesidad económica, la otra en la liberación personal. Cuando los salarios reales empezaron a estancarse después de que acabara el periodo de crecimiento de posguerra, las familias estadounidenses continuaron su búsqueda del sueño americano de una prosperidad cada vez mayor vendiendo más horas de trabajo en el mercado laboral. Además, la expansión educativa de posguerra había preparado a una nueva generación de mujeres para el creciente número de puestos en la emergente «economía de servicios». Para ellas, ganar «su propio dinero» representaba escapar con éxito de lo que pronto llegó a percibirse como una servidumbre personal en familias tradicionalmente dominadas por los hombres. El auge del consumismo tuvo su papel para fortalecer tanto el impulso de abandonar el hogar como la atracción del mercado. Al igual que lo tuvo un modo de vida cada vez más individualista, que en parte se hallaba facilitado por la expansión del mercado y en parte facilitaba esta expansión, en el que más gente permanecía soltera, existía una mayor probabilidad de relaciones personales y de rupturas familiares, y en el que se habían producido cambios en la legislación relativa a la familia, que resaltaban la responsabilidad de las mujeres divorciadas para encontrar un empleo y ocuparse de sí mismas.

La incorporación de las mujeres hacia el mercado de trabajo aumentó enormemente la oferta de mano de obra en las economías capitalistas, en un momento en que el trabajo y las demandas de subidas salariales y mejores condiciones laborales se habían convertido en un cuello de botella para la continua acumulación de capital. A medida que aumentó la participación de la mujer, la afiliación sindical disminuyó, el desempleo se volvió endémico, las huelgas se «desvanecieron» y se alivió la presión de los salarios sobre los beneficios. Por regla general, los empresarios consiguieron reclutar a las mujeres como aliados en una lucha por la desregulación del

empleo, ya que ambos tenían razones para apoyar mercados de trabajo «flexibles», que permitieran a los «que estaban fuera», típicamente mujeres, competir eficazmente con los que «estaban dentro», típicamente hombres[36]. En el transcurso de la liberalización de los mercados y de la vida social, la abolición del salario familiar coincidió con unas relaciones familiares cada vez más precarias, que hicieron que el empleo asalariado, incluso en unas condiciones de deterioro, fuera una necesidad económica para las mujeres, incluyendo al creciente número de mujeres solteras con niños. El resultado fue y sigue siendo nuevas presiones sobre los salarios y las condiciones de trabajo. No obstante, a medida que el empleo asalariado se convertía en una condición esencial para la autonomía personal y la estima social, el abandono de la familia por parte de las mujeres y su entrada en el mercado proporcionó a los empresarios una oleada de incorporaciones a la fuerza laboral y un amplio suministro de complacientes trabajadoras contentas de conseguir un empleo. Culturalmente, el resultado fue una asombrosa rehabilitación del empleo asalariado en comparación con la década de 1960, que pasó de ser una despreciada servidumbre industrial («trabajo dependiente») a considerarse un deseado privilegio social. Gradualmente, los lugares de trabajo empezaron a reemplazar a la familia y a la comunidad local como los espacios centrales de integración social, transformándose, entre otras cosas, en los mercados matrimoniales más importantes de la sociedad.

La mercantilización del trabajo de la mujer dio lugar a las nuevas pautas de crianza de los hijos, que reflejaban el avance del desarrollo capitalista. A medida que las parejas pasan más tiempo trabajando tienen menos tiempo para dedicarlo a los hijos, lo que significa que deben externalizar la crianza, bien sea en el mercado o en el Estado. Desde luego, muchas parejas no tienen ningún hijo y dedican todo su tiempo a las exigencias y a los atractivos, según sea el caso, del trabajo y el consumo. Por lo general, los hijos son más numerosos entre los sectores menos educados y más pobres, que tienen pocas perspectivas de éxito fuera de la familia. Aunque entre las clases medias la precariedad laboral pospone el nacimiento de los hijos, tiene poca o ninguna influencia entre las clases más desfavorecidas. Las familias en situaciones de precariedad, por su parte, tienen comparativamente muchos hijos, ya que el número de parejas en edad reproductiva que se casan está descendiendo

---

[36] En los medios de comunicación y en la propaganda gubernamental de la mayoría, si es que no de todos, de los actuales países capitalistas ricos, la «guerra de los sexos» ha eclipsado casi por completo a todos los demás conflictos distributivos. Un extraño ejemplo es la Unión Europea y la mayoría de sus Estados miembros, que planean introducir cuotas para las mujeres en los consejos directivos de las grandes empresas públicas con el apoyo de todas las fuerzas políticas, incluyendo a las de la izquierda, y con un entusiasta aplauso de los medios de comunicación. Esto sucede en un momento en que las «reformas» de la política social han llevado al hundimiento del mercado laboral, dando lugar al rápido crecimiento de un sector de bajos salarios formado mayoritariamente por mujeres, con la maternidad en solitario convirtiéndose por doquier en la causa más frecuente de pobreza.

en una era de individualización y creciente flexibilidad de las relaciones sociales. Por ello, las sociedades capitalistas contemporáneas que quieran aumentar la natalidad deben prepararse para que una creciente proporción de niños y niñas nazcan de madres solteras, que, evidentemente, tienen un elevado riesgo de pobreza. Especialmente en Europa, la asistencia pública se ha convertido de esta manera en la principal política familiar *de facto*, ya que realmente paga a las madres para que se dediquen a tiempo completo a la crianza de los niños. Los responsables de las políticas del mercado laboral consideran desafortunado este resultado, ya que se empeñan en elevar el nivel de la participación a jornada completa de la mujer en el mercado laboral para equipararlo al de los hombres. También lo consideran desastroso quienes se preocupan por el suministro de la clase de «capital humano», que se considera necesario para hacer que las economías nacionales sean productivas y competitivas. Como respuesta a ello, para reducir la cuota de niños económicamente no deseados los gobiernos tienen que tomar medidas para cambiar la natalidad de las clases bajas a las medias, en un esfuerzo de lo que podría considerarse eugenesia social. Pero para compensar los atractivos de las carreras profesionales y del consumo en las familias de clase media con dos sueldos, los incentivos financieros deben ser fuertes y el gasto que suponen no solamente va en contra de la austeridad fiscal, sino que también tiene que ser tan descaradamente regresivo que en algún momento puede ser difícil de defender políticamente.

En todos los países capitalistas avanzados, los gobiernos y los empresarios han unido esfuerzos para aumentar más la oferta de trabajo femenino. Para ambos, todavía hay demasiadas mujeres que dudan en trabajar jornadas completas, especialmente madres que son sospechosas de estar excesivamente dedicadas a sus hijos (o de utilizarlos como excusa para «no trabajar»). Mientras que para los empresarios la competencia por el lado de la oferta del mercado laboral nunca es suficiente, los gobiernos necesitan convertir el trabajo no pagado en trabajo pagado de manera que pueda ser objeto de tributación y así contribuya a financiar el sistema de asistencia social. Hacer que la gente abandone la ayuda social y se incorpore al «trabajo» también promete un muy necesitado alivio fiscal. Un grupo al que se apunta especialmente es de nuevo el de las madres solteras. Incorporarlas al empleo asalariado, especialmente al empleo a jornada completa, es, sin embargo, costoso en sí mismo y requiere provisiones habitualmente públicas para el cuidado de los niños, ya que el cuidado infantil privado está fuera del alcance de las personas con ingresos bajos.

Mientras buscan aumentar el empleo de la mujer, los gobiernos también deben preocuparse por los bajos índices de natalidad, aunque solo sea porque hace falta que la siguiente generación sea lo suficientemente numerosa como para pagar la deuda contraída por la actual. La presión

sobre las mujeres para que se incorporen al mercado laboral puede ser perjudicial para la natalidad a no ser que vaya acompañada de costosas provisiones para el cuidado de los niños, cada vez más difíciles de financiar por el endurecimiento de las constricciones fiscales. La alternativa sería aumentar la inmigración para poder adoptar la solución estadounidense, donde la gran desigualdad económica hace que las niñeras privadas sean baratas y los inmigrantes, siendo pobres, contribuyen más de lo que les corresponde a la descendencia de la sociedad[37]. El enfoque alternativo, que permite a padres y madres combinar el trabajo con las obligaciones familiares mediante una mayor protección al empleo y, lo que es importante, mediante la reducción de las jornadas laborales, no se plantea normalmente, ya que no es bienvenida por los empleadores, desde luego fuera del sector público. Pagar a las madres para que se queden en casa, como demandan los conservadores sociales, ahorraría dinero, porque sería más barato que el cuidado público de la infancia, pero tampoco gustaría a los empleadores; tampoco produciría ingresos para la seguridad social ni encajaría con las perspectivas culturales predominantes sobre el relativo valor del trabajo doméstico-informal y mercantilizado. Actualmente, los instrumentos elegidos en muchos países, baratos pero de una eficacia cuestionable, son las campañas públicas dirigidos a reeducar a los hombres para que se conviertan en «nuevos padres» y compartan igualitariamente los deberes de la casa y de la crianza a fin de permitir que sus «parejas» en la producción de capital humano aporten más horas a los mercados de trabajo.

Mientras tanto, un asombroso número de padre y madres, solteros o emparejados, se han adaptado alegremente a un atosigante modo de vida combinando de algún modo la crianza de los hijos con jornadas aún más largas en empleos cada vez más exigentes e inseguros[38]. En vez de quejarse o rebelarse, muchos parecen tomarse la presión como una prueba de su capacidad personal para superarse constantemente, de manera muy similar a los atletas de elite. Inmersos en el modo de vida capitalista contemporáneo, los padres y madres cumplen con las expectativas sociales a las que ellos mismos se someten, mostrando buen ánimo ante la estricta reglamentación de un autoimpuesto y rígido régimen temporal, mostrándose orgullosos de soportar las penurias de una nueva clase de «ascetismo íntimo-mundano»[39] al servicio de una carrera profesional, de los ingresos, del consumo y de la formación de capital humano. De hecho, contemplando a la idealizada familia de clase media actual, se tiene la tentación de hablar del ascenso de una nueva ética protestante que lleva a una racionalización

---

[37] Aunque, desde luego, sus hijos son menos deseables desde el punto de vista del capital humano.
[38] Recientemente esto ha pasado a denominarse como la «familia sí podemos».
[39] Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* [1904/1905], «Introducción» de Anthony Giddens, Londres, Unwin Paperbacks, 1984.

cada vez más detallada de la vida diaria. A ello contribuyen las crecientes exigencias que plantea la educación de los hijos y que responden a la necesidad percibida por los padres de que la próxima generación adquiera tan pronto como sea posible el capital humano que los cada vez más competitivos mercados de trabajo del futuro probablemente le exijan. Mientras los hijos «de calidad» aprenden chino a los tres años en la escuela infantil, sus padres «de calidad» trabajan largas horas para poder pagar el cuidado «de calidad» de sus hijos que ellos no tienen tiempo de proporcionar y el todoterreno que necesitan para el tiempo «de calidad» que pasan con sus retoños durante sus –raros– fines de semana libres. Que la muy presionada vida familiar actual no esté libre de tensiones se muestra, entre otras cosas, por la mala conciencia que a menudo se señala en las mujeres, bien por «trabajar» y desatender a sus hijos, o bien por «no trabajar» y no poder demostrar su valor ganando dinero en el mercado. Desde luego, los gobiernos y los empleadores, así como el discurso público culturalmente hegemónico de la sociedad capitalista contemporánea, hacen lo que pueden para disuadir a las mujeres de lo primero y, donde todavía sea necesario, convencerlas de lo segundo.

Desde variedades estables a semejanzas precarias

¿Cuál es la característica fundamental del planteamiento que propongo para el estudio del capitalismo contemporáneo? En los cuatro bosquejos que he trazado, el capitalismo como historia, cultura, organización política y modo de vida, subrayo las diferencias existentes *en el capitalismo en el tiempo* en vez de *entre los capitalismos en el espacio*[40]. Ello está en contra de gran parte de la actual política económica comparativa, para la cual lo que más importa son las variaciones transversales existentes entre los «capitalismos» nacionales. Allí donde la economía política comparativa ve «variedades» del capitalismo esencialmente congeladas[41], mi perspectiva acentúa las semejanzas de sus diversas materializaciones institucionales o, más exactamente, las dinámicas comunes que son responsables de las trayectorias paralelas sobre las que históricamente se mueven los capitalismos nacionales[42].

Evidentemente, las diferencias y las semejanzas van de la mano, lo que plantea el problema de si dar precedencia a una de ellas sobre la otra es algo más que una cuestión de gusto personal, o de considerar un vaso medio lleno o medio vacío. Creo que *es* algo más que eso, y que el inherente

[40] W. Streeck, «E Pluribus Unum? Varieties and Commonalities of Capitalism», cit.
[41] P. A. Hall y D. Soskice, *Varieties of Capitalism*, cit.
[42] W. Streeck, *Re-Forming Capitalism*, cit.

dinamismo genérico de todas las economías políticas capitalistas es mucho más instructivo para el estudio de la sociedad contemporánea de lo que lo son las diferencias entre ellas. En vez de centrarse en las diferencias, creo que he expuesto los argumentos para centrarse en las tensiones y conflictos genéricos que impulsan el desarrollo de las estructuras sociales bajo el capitalismo; la cultura del consumo; las endémicas fricciones y desequilibrios político-económicos del capitalismo democrático, y el profundo impacto de los mercados capitalistas sobre la vida social de las sociedades ricas contemporáneas. Aunque las respuestas que ofrece la política a las cuestiones planteadas por el desasosiego de los mercados y sus implacables presiones endógenas hacia la expansión pueden diferir, la agenda de las elecciones políticas viene dictada por el dinamismo del desarrollo capitalista, en vez de a la inversa. Yo afirmo que la economía política comparativa atribuye demasiada autonomía a las decisiones colectivas y olvida el hecho de que solamente pueden tomarse en unas condiciones socioeconómicas, que básicamente no están a disposición de la política tal y como está instituida en el capitalismo democrático.

A esto hay que añadir que los capitalismos nacionales, que son las unidades de comparación en la bibliografía sobre «variedades de capitalismo», son de hecho mucho más interdependientes de lo que admite la teoría, como un resultado de su creciente interacción en los mercados capitalistas mundiales[43]. Es importante señalar que semejante interacción puede dar lugar tanto a la *convergencia* mediante la transferencia y emulación institucionales, como a la *divergencia* mediante la especialización. Esta última, más que poner fin a las semejanzas, está basada en ellas: es el resultado de la búsqueda de espacios bajo una lógica global del progreso capitalista dentro del abanico de posibilidades definido por este. Además, la mutua interacción entre los capitalismos nacionales y los Estados que los sostienen, así como el espacio de posibilidades disponible para la diferenciación y la especialización, se rigen por diferencias en el poder económico, político e ideacional. Por ejemplo, si Estados Unidos adopta la financiarización como estrategia para la creación de riqueza, esto redefine las limitaciones y oportunidades para el resto del mundo hasta el punto de que resulta difícil, o imposible, que los demás no la adopten de una u otra manera.

Una razón adicional para dar prioridad a las *semejanzas longitudinales*, tal y como las identifica una *economía política del capitalismo*, sobre las *diferencias transversales*, subrayadas por la *economía política comparativa de las «variedades del capitalismo»*, es el papel central desempeñado en la primera por las contradicciones y conflictos internos en oposición al dominio en la segunda de conceptos funcionalistas como la complementariedad y la

[43] W. Streeck, «E Pluribus Unum? Varieties and Commonalities of Capitalism», cit.

competitividad. En este importante aspecto, la economía política comparativa recuerda a la teoría económica estándar, especialmente a la llamada «nueva economía institucional»[44]. La idea rectora que comparten ambas es que lo que importa es la estabilidad de las instituciones en el tiempo, explicada en términos de equilibrio al servicio de los resultados económicos. Por el contrario, yo sugiero concebir el capitalismo, pasado y presente, tanto «liberal» como «coordinado», como una economía política, que está en *permanente desequilibrio* debido a la continua innovación y al conflicto político generalizado en torno a las relaciones existentes entre la justicia económica y la social; las constantes fricciones surgidas entre las obligaciones colectivas de proteger a los individuos frente a las repercusiones de la «destrucción creativa» y las obligaciones individuales de adaptarse al cambio económico; y los límites morales, si los hay, de la búsqueda individual del beneficio económico. Como nos recuerda enérgicamente la crisis actual, para el estudio del capitalismo contemporáneo es mucho más instructivo, tanto teórica como empíricamente, centrarse no en la estabilidad, sino en la incertidumbre, el riesgo, la fragilidad, la precariedad y la naturaleza generalmente transitoria y nunca totalmente pacíficada de los acuerdos sociales y políticos vigentes en las sociedades capitalistas.

Solamente abandonando una perspectiva teórica de eficiencia podemos ser capaces de concebir el capitalismo como una sociedad con un futuro abierto, una sociedad que es tanto histórica como política. El acaparamiento empresarial de tierra y la omnipresencia de un cambio institucional que se debilita a sí mismo, hacen que las suposiciones *a priori* sobre un regreso siempre inminente a un equilibrio estable y eficiente sean irreales e ilusorias. Como se nos recuerda actualmente, los resultados catastróficos nunca pueden ser descartados, los errores de cálculo pueden tener profundas y duraderas consecuencias, y la incertidumbre sistémica hace que los errores no solo sean posibles sino incluso probables. Una teoría del capitalismo contemporáneo debe librarse de cualquier insinuación, por muy profundamente escondida que esté en su estructura lógica, de la recuperación garantizada de las perturbaciones críticas –consideradas temporales y excepcionales– y del regreso a una duradera normalidad, tanto debido a la planificación política como a la propia organización que impulsa el mercado. Tampoco hay ninguna garantía de que la estructura, la cultura, la política y el mundo de vida del capitalismo moderno vayan a evolucionar siempre en paralelo, apoyando y reforzando el progreso de cada uno hacia niveles superiores de mercantilización. Aunque evidentemente las diferentes vertientes del desarrollo capitalista que hemos esbozado están relacionadas y de hecho entrelazadas, hay suficiente «margen» entre ellas

---

[44] *Ibid.*

para producir fricciones, tensiones, retrasos, cambios de dirección y, potencialmente por lo menos, una resistencia efectiva a su continuo progreso.

¿Dónde encaja en este panorama la sociología económica? Creo que los sociólogos económicos tienen que decidir si su objetivo es una sociología de la economía, en el mismo sentido en que hay una sociología de la educación, de los deportes, de la familia, lo que en alemán, un idioma que utiliza los guiones con más frecuencia que el inglés, se llama una *Bindestrichsoziologie* (una «sociología con guión»). En esta versión, la sociología económica competiría con la economía estándar en su terreno y en sus términos, ofreciendo añadir un «factor social» a la explicación que dan los economistas de los asuntos económicos, mientras acepta su definición sobre lo que es y no es «economía». Básicamente, esto equivale a una *teoría de la eficiencia ampliada* dotada de fuertes implicaciones prescriptivas: para hacer que los mercados funcionen realmente se necesita tener en cuenta redes, confianzas y otras cuestiones como instrumentos indispensables para reducir los costes de transacción y, en general, para reconocer las eficiencias ocultas de las relaciones sociales particularistas en contraposición con las universalistas, incluso en mercados y organizaciones supuestamente impersonales y, en ese sentido, «racionales». De un modo más etnográfico, esta clase de sociología económica se compromete a producir densas descripciones de cómo se concreta la economía «sobre el terreno»: con intuición y conocimiento tácito, siguiendo reglas básicas semiconscientes y, desde luego, desviándose mucho del modelo racionalista del *homo economicus* de la teoría económica estándar. La paradoja de esta teoría es que solamente debido a esa desviación la «economía» puede funcionar tan eficientemente como los economistas suponen que funciona cuando los actores se comportan de acuerdo con el modelo ideal de individualismo racionalista en vez del empírico.

Detrás de esta autodefinición –demasiado modesta– de la sociología económica, parece haber una particular lectura de la obra de Karl Polanyi, esa figura clave de las ciencias sociales del siglo XX, y especialmente de su concepto de la «integración» de lo económico en la acción social. En esta lectura, incluso la economía más capitalista debe estar –y siempre lo estará– fundada sobre una infraestructura de relaciones sociales no capitalistas por las que necesita estar y está socialmente sostenida[45]. Una economía política totalmente liberal, como la imagina la doctrina neoliberal, no es más que un sueño utópico: una invención producto de ilusiones sociológicamente desinformadas. El capitalismo está «siempre arraigado» tanto por razones

[45] Fred Block, «Rethinking Capitalism», en Nicole Woolsey Biggart (ed.), *Readings in Economic Sociology,* Oxford, Blackwell, 2002, pp. 219-230; Fred Block, «Understanding the Diverging Trajectories of the United States and Western Europe: A Neo-Polanyian Analysis», *Politics and Society*, vol. 35, núm. 3, 2007, pp. 3-33; Fred Block, «Varieties of What? Should We Still Be Using the Concept of Capitalism?», *Political Power and Social Theory*, vol. 23, 2012, pp. 269-291.

fácticas como políticas: fácticas, ya que para la acción económica es imposible estar disociada de la acción social; y políticas, porque los capitalistas a la búsqueda de beneficios, a diferencia de los ideólogos neoliberales, saben que su obtención de beneficios depende de la presencia de relaciones sociales de apoyo, que por ello, aunque solo sea por propio interés, están dispuestos a respetar.

Sin embargo, hay buenas razones para poner esto en duda[46]. Una perspectiva menos complaciente de la economía política capitalista no necesita negar que la acción capitalista lucrativa necesita el apoyo de una infraestructura social no económica. Donde difiere es que admite, y de hecho formaliza, la posibilidad de que la tendencia inherente de los mercados capitalistas en expansión socave sus fundamentos no capitalistas debido a las poderosas presiones que emanan de los mercados para liberarse de las limitaciones sociales. Aunque es cierto, en esta como en cualquier otra versión de Polanyi, que el capitalismo no puede existir sin una «integración» no capitalista, el propio capitalismo no puede crearla o conservarla y, de hecho, tiende a erosionarla y consumirla, lo que hace que el capitalismo, si no está controlado, sea una formación social autodestructiva. Los capitalistas, por lo menos algunos de ellos, pueden reconocer esto; sin embargo, *como capitalistas*, normalmente afrontan un problema fundamental de acción colectiva que les impide actuar según sus preferencias, especialmente sus ilustradas preferencias a largo plazo. Esta es la razón por la que la política y el poder político son esenciales bajo el capitalismo y especialmente una política que apoya a los mercados capitalistas, no *apoyándolos* sino *compensándolos y limitándolos*, de manera que los *proteja de sí mismos*[47].

A diferencia de la «siempre integrada» interpretación de Polanyi, la interpretación «siempre precaria» o «siempre discutida» que sugiero se toma en serio al neoliberalismo: no, o no solo, como una quimera ideológica, sino como un peligro inminente para la sociedad moderna y, en última instancia, para el propio capitalismo. En vez del funcionalismo *simple* de gran parte de la «nueva sociología económica», la aproximación que yo propongo representa una versión *dialéctica* de ella, una versión de acuerdo con la cual el funcionamiento del capitalismo depende decisivamente de la presencia, esencial pero nunca garantizada, de una efectiva oposición a él. Que pueda surgir semejante oposición y hacer su trabajo depende, a su vez, de la existencia de los recursos políticos que permiten la movilización de un poder compensador, condición que no puede confiarse al propio interés

[46] Jens Beckert, «The Great Transformation of Embeddedness: Karl Polanyi and the New Economic Sociology», en Chris Hann y Keith Hart (eds.), *Market and Society: The Great Transformation*, Nueva York, Cambridge University Press, 2009, pp. 38-55.

[47] Para una primera elaboración de esta figura dialéctica del pensamiento, véase el capítulo sobre «La jornada laboral» en el primer volumen de *El capital* (K. Marx, *Capital*, vol. 1, cit.).

de los capitalistas, que buscan maximizar sus beneficios. El capitalismo conlleva, además de otras cosas, una constante posibilidad de *autodestructiva destrucción de su contención social*, en el transcurso de una política de liberalización concebida como una progresiva eliminación de toda clase de fronteras en pos del triunfo final de los intereses individuales colectivamente irresponsables. Evitar esto requiere una *política no capitalista* capaz de definir e imponer intereses generales a fin de garantizar la sostenibilidad de la sociedad humana, que haga recapacitar a los actores capitalistas y les obligue a actuar en consonancia con sus mejores percepciones, al margen de que ya las tengan o no. Aquí, en el análisis de la batalla permanente sobre los límites que la sociedad moderna tiene que establecer y restablecer constantemente para su economía capitalista, es donde la sociología económica y la economía política se mezclan entre sí; y como he tratado de mostrar, aquí es donde el estudio del capitalismo contemporáneo puede y debe hacer el mayor progreso.

10
SOBRE EL ARTÍCULO «VARIETIES OF WHAT? SHOULD WE STILL BE USING THE CONCEPT OF CAPITALISM?» DE FRED BLOCK

El capitalismo –la cosa, no el nombre– no era nada popular en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial en ninguno de los países industrializados, incluido Estados Unidos. Fuera del bloque comunista, los mercados libres y la propiedad privada tenían que ganarse de nuevo la aceptación de una clase obrera que había ganado poder político, envolviéndolos en una colección de políticas e instituciones restrictivas, que protegieran a las sociedades de una repetición de los desastres de la década de 1930[1]. Como sabemos ahora, sin embargo, las disposiciones políticas, que iban a convertir al capitalismo en algo distinto –ya se le llamara «economía mixta» o «economía social de mercado», para que lo nuevo pareciera lo suficientemente diferente de lo viejo[2]–, sólo duraron un cuarto de siglo. Con el final de la reconstrucción de posguerra en la década de 1960, un tenaz proceso de gradual cambio institucional fue socavando y finalmente eliminando la mayoría de las salvaguardias en otro tiempo concebidas para hacer compatible el capitalismo con poderosas demandas colectivas de seguridad, estabilidad, igualdad de oportunidades, prosperidad compartida, etcétera.

---

[1] Este capítulo fue publicado originalmente en Julian Go (ed.), *Political Power and Social Theory*, Bingley, Emerald Group Publishing Limited, vol. 23, 2012, pp. 311-321.

[2] En la Alemania de posguerra el capitalismo era una palabra de mal gusto. En Frankfurt, donde estudié Sociología en la década de 1960, Adorno prefería hablar de *Tauschgesellschaft* (sociedad cataláctica o «de intercambio»), quizá porque la noción de capitalismo estaba demasiado asociada con la ortodoxia comunista. Por otra parte, la joven generación neosocialista, a la que yo estaba orgulloso de pertenecer, hablaba de la «economía social de mercado» con cierta sorna; para nosotros el término era propaganda capitalista demasiado obvia. Si, como afirma Block, el capitalismo se ha convertido recientemente en un concepto positivo en Estados Unidos, no se puede decir lo mismo en Europa. Aquí la palabra volvió a usarse después del derrumbe del comunismo con el éxito de ventas del libro de Michel Albert, *Capitalism Against Capitalism: How America's Obsession With Individual Achievement and Short-term Profit Has Led It to the Brink of Collapse*, Nueva York, Four Walls Eight Windows, 1993; ed. orig.: *Capitalisme contre capitalisme*, París, Le Seuil, 1991; ed. cast.: *Capitalismo contra capitalismo*, Barcelona, Paidós, 1992. El libro distinguía entre un buen y un mal capitalismo, asociando el primero a Renania, en sentido amplio, y el segundo al Reino Unido-Estados Unidos, con lo que prefiguraba las actuales dicotomías entre el capitalismo o «economía de mercado» «coordinado» y «liberal». Desde la crisis han surgido dudas sobre si el buen capitalismo es realmente mucho mejor que el mal capitalismo.

Cuarenta años después estamos viendo los resultados de un extraordinario desarrollo histórico: el capitalismo nuevamente se ha liberado con éxito, al modo de Houdini, de las trabas sociales, que había tenido que aceptar temporalmente, fingiendo estar dispuesto a convivir con ellas y poder hacerlo. Entre las disposiciones de seguridad colectiva que han caído víctimas de esa notable fuga del capitalismo están el pleno empleo políticamente garantizado, la negociación colectiva libre en toda la economía, la cogestión (*Mitbestimmung*) del centro de trabajo, un amplio sector público que ofrecía empleos seguros en buenos puestos de trabajo, servicios públicos extensivos, planificación económica para evitar las graves consecuencias de los ciclos económicos y las crisis, un Estado de bienestar social, que garantizaba un marco general de derechos sociales para todos los ciudadanos y la protección de la vida de la gente frente a las presiones mercantilizadoras de la competencia en el mercado, etcétera. Es importante destacar que esos acontecimientos y las presiones emanadas de una profunda reorganización de la vida y de la sociedad como respuesta a las presiones del mercado en pro de la competitividad, la flexibilidad y la rentabilidad, no se limitaron únicamente a Estados Unidos, sino que aparecieron en formas localmente diversificadas en todas las sociedades industriales, algunas a la vanguardia de la ruptura de las promesas de la posguerra y otras rezagadas, pero todas ellas esencialmente en la misma dirección[3].

¿Cómo se debe interpretar lo que hemos presenciado en las últimas cuatro décadas? Según el ensayo de Fred Block, se trata del ascenso de una de las varias posibilidades de la «sociedad de mercado», inducida por teorías equivocadas y malas decisiones políticas, misteriosamente sincronizadas entre países y sectores, pero en principio susceptibles de ser revertidas por mejores teorías y decisiones en el futuro ¿O quizá estamos asistiendo a una dinámica intrínseca de un proceso social autopropulsado difícil de gobernar; o, dicho en términos de las teorías tradicionales del capitalismo, al funcionamiento de un régimen anárquico de acción económica, que es un *problema* para el gobierno y la política más que su *producto*? Si bien Block opta por la primera respuesta, la inspección del proceso histórico durante el que el capitalismo se «liberó»[4] de sus cadenas de posguerra, me hace inclinarme por la segunda. Bajo esta impresión defiendo que mantengamos el concepto de capitalismo y algunos de los principios teóricos que lo acompañan, en vez de abandonarlo y de llamar a la bestia, como sugiere Block, «sociedad de mercado».

---

[3] Sobre Alemania, modelo quizá paradigmático de una «economía de mercado coordinada», es decir, socialmente domesticada (Peter A. Hall y David Soskice, «An Introduction to Varieties of Capitalism», en P. A. Hall y David Soskice (eds.), *Varieties of Capitalism: The Institutional Foundations of Comparative Advantage*, cit., véase W. Streeck, *Re-Forming Capitalism*, cit.

[4] Andrew Glyn, *Capitalism Unleashed: Finance Globalization and Welfare*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

¿Por qué capitalismo? «Los nombres son humo y espejos», decía Goethe en *Faust*[5]. Puede ser útil recordar que ciertamente no es el *trabajo* lo que tenemos en mente cuando nos referimos a la economía política contemporánea, sino el capital, medido en unidades monetarias y no en la capacidad humana, que se acumula en él; o la capacidad humana sólo en la medida en que sea propicia para la acumulación de capital. Los mercados son, como aprendemos en Economía, «el lugar en que la oferta y la demanda se encuentran». Pero lo que marca la diferencia es que bajo el capitalismo, la oferta y la demanda se encuentran como *mercancías* para convertir el dinero en más dinero, según la venerable fórmula de Marx, D-M-D'[6]. Es ahí donde se enraíza el peculiar dinamismo, la *Eigendynamic*, de la formación socioeconómica capitalista[7]. Cuando hablamos de capitalismo nos referimos, o al menos nos deberíamos referir, a la inestabilidad específica[8] de un régimen económico empeñado en revolucionar permanentemente, no sólo a sí mismo, sino también la sociedad en la que se encuentra, como condición para su prosperidad e incluso su supervivencia[9]. Una economía capitalista, técnicamente hablando, es aquella que depende de la incesante comercialización, mediante la monetarización, de cada vez más relaciones sociales. El resultado es el desequilibrio como estado normal de una sociedad bajo presiones continuas de su «economía» para la reorganización en consonancia con la necesidad de una acumulación de capital continua y lo mas eficiente posible. Podría decirse también que el concepto de capitalismo alude a una sociedad que ha adoptado el individualismo posesivo de sus miembros como principal vehículo del progreso social, medido de nuevo como el aumento de la riqueza en forma de dinero; una sociedad que hace depender la mejora de sus condiciones colectivas de vida y la realización de su valor fundamental, la libertad personal, de la activación exitosa del beneficio como motivación y de la maximización de la tasa de aumento del capital, a las que todo queda subordinado. Teniendo esto en cuenta, y en ese sentido, creo que, *pace* Block, el capitalismo como sistema *tiene* «una unidad fundamental»[10], debido a que su «economía» penetra muy profundamente en el seno de su sociedad, moldeando y condicionando profundamente la vida social[11].

---

[5] J. W. Goethe, «*Name ist Schall und Rauch*», *Faust I*, verso 3457.

[6] La financiarización ha acortado por supuesto esa secuencia, reduciéndola a M-M' (John McMurtry, *The Cancer Stage of Capitalism*, Londres, Pluto, 1999).

[7] Geoffrey K. Ingham, *The Nature of Money*, cit.; y *Capitalism: With a New Postscript on the Financial Crisis*, Oxford, Polity, 2008.

[8] William H. Sewell Jr., «The Temporalities of Capitalism», *Socio-Economic Review,* vol. 6, 2008.

[9] J. A. Schumpeter, *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, cit.

[10] Lo que, por supuesto, a diferencia de lo que parece sugerir Block, no implica necesariamente coherencia. De hecho, una lección importante que podemos aprender de Marx es que la unidad puede ser internamente contradictoria, o dialéctica. Más sobre esto a continuación.

[11] Para una elegante «microfundamentación» de una teoría del capitalismo como sistema de acción social, véase un reciente artículo de Jens Beckert, sobre las «cuatro C» del capitalismo: crédito, mercancía [*commodity*], competencia y creatividad.

Aun habiéndome convertido en polanyiano practicante, en parte bajo la influencia de Fred Block[12], todavía dudo en desechar la herencia marxista con tanta ligereza como él lo hace. Marx, por supuesto, no necesita defensa; es ampliamente reconocido como la más sofisticada de las figuras fundacionales de la sociología en el siglo XIX. Aunque poco puede afectarle que le rindamos o no tributo, aunque sólo sea porque ya no está vivo, cambiar su legado *in toto* incluso por el de alguien como Karl Polanyi podría privarnos de importantes fuentes de inspiración y ocultarnos las raíces y los significados profundos de conceptos centrales de la sociología y la política económica que usamos todos los días. Ejemplos en los que, gracias a Marx, no tenemos que reinventar la rueda, incluyen figuras dialécticas del pensamiento como el autodebilitamiento de las instituciones[13]; la noción de puntos de inflexión históricos en los que la cantidad se convierte en calidad; el recuerdo de las violentas raíces de la sociedad moderna y, en particular, del capitalismo (la «acumulación primitiva»[14]) y de los fundamentos coercitivos de las relaciones de intercambio aparentemente libres[15]; el análisis de la relación laboral como una cuestión de dominación basada en un contrato libre pero asimétrico; la forma inversa de la curva de oferta de trabajo especialmente en su extremo inferior, etcétera. Hoy día está de moda distanciarse del «determinismo» marxiano o marxista, o incluso del «materialismo histórico»; pero con respecto al primero, cabe recordar que el «determinismo» fue el sello distintivo de la ciencia del siglo XIX, y que era en cualquier caso mucho más pronunciado, por ejemplo, en Spencer y el joven Durkheim, porque ignoraban la dialéctica y no contaban con un concepto como el de las «fuerzas compensatorias» o «contrarrestantes» empleado por Marx en su discusión sobre la caída tendencial de la tasa de beneficio debida al aumento de la «composición orgánica» del capital[16]. En cuanto al materialismo histórico, merece la pena señalar la precaución con la que alguien como Max Weber evitó cuestionar directamente el análisis

---

[12] Como demostración, véase mi *Re-Forming Capitalism*, cit., en particular el cap. 17, pp. 230 y ss.

[13] Avner Greif, *Institutions and the Path to the Modern Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006; Avner Greif y David A. Laitin, «A Theory of Endogenous Institutional Change», *American Political Science Review*, vol. 98, núm. 4, 2004, pp. 633-652.

[14] Karl Marx, *Das Kapital, Kritik Der Politischen Ökonomie*, Erster Band [1867], cit., 24 Kapitel, «Die sogenannte ursprüngliche Akkumulation», pp. 741-791; ed. cast.: «La llamada acumulación originaria», *El capital*, Libro I, tomo III, cit., pp. 197-259).

[15] David Graeber, *Debt: The First 5,000 Years*, Brooklyn, Nueva York, Melville House, 2011.

[16] Marx las llama *entgegenwirkende Ursachen* en el vol. 3 de *El capital* (capítulo 14 en el original alemán, Karl Marx, *Das Kapital, Kritik Der Politischen Ökonomie*, Dritter Band [1894], Berlín, Dietz Verlag, 1966, pp. 242-250; ed. cast.: «Causas contrarrestantes», *El capital*, Libro III, tomo I, cit., pp. 305-316).

marxiano del origen del capitalismo[17], sin olvidar el tiempo que dedicó Marx a tratar de organizar un movimiento político revolucionario, en lugar de sentarse y esperar hasta que las leyes presumiblemente férreas de la historia entregaran a la humanidad una sociedad socialista[18].

Sea como fuere, no parece buena idea reemplazar el «determinismo» marxista por el voluntarismo político[19], ya sea bajo la forma de un impulso conceptual hacia una «sociedad de mercado» polanyiana «siempre arraigada». Bajo el capitalismo no se da, ni puede darse, una «primacía de la política». En ninguna parte es esto más claro que en la versión de las «variedades de capitalismo» para la que Block pide apoyo, que atribuye las supuestas diferencias entre las economías políticas «liberales» y las «coordinadas», *no* a los deseos de una ciudadanía democráticamente organizada, sino a diferentes estrategias de las empresas en mercados competitivos («enfoque centrado en la empresa»)[20]. Block, por desgracia, se adhiere explícitamente al economicismo funcionalista de esa literatura, cuando, invocando a Wallerstein, declara que es un hecho «indiscutible» que en la economía global las naciones compiten entre sí y los gobiernos existen

---

[17] Por ejemplo: «*Aber andererseits soll ganz und gar nicht eine so töricht-doktrinäre These verfochten werden wie etwa die: daß der »kapitalistische Geist« (immer in dem provisorisch hier verwendeten Sinn dieses Wortes) nur als Ausfluß bestimmter Einflüsse der Reformation habe entstehen können oder wohl gar: daß der Kapitalismus als Wirtschaftssystem ein Erzeugnis der Reformation sei [...] Dabei kann nun angesichts des ungeheuren Gewirrs gegenseitiger Beeinflussungen zwischen den materiellen Unterlagen, den sozialen und politischen Organisationsformen und dem geistigen Gehalte der reformatorischen Kulturepochen nur so verfahren werden*»; «No tenemos intención alguna de sostener una tesis tan estúpida y doctrinaria como la de que el "espíritu capitalista" [...] sólo pudo surgir gracias a la influencia de la Reforma, por lo que el capitalismo, como sistema económico, sería un fruto suyo [...] a la vista de la tremenda confusión de las influencias interdependientes entre la base material, las formas sociales y políticas de organización y las ideas dominantes en su época», M. Weber, *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus*, 1905; M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, cit., p. 91; ed. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México DF, FCE, 2003. O bien: «*So kann es dennoch natürlich nicht die Absicht sein, an Stelle einer einseitig "materialistischen" eine ebenso einseitig spiritualistische kausale Kultur- und Geschichtsdeutung zu setzen. Beide sind gleich möglich, aber mit beiden ist, wenn sie nicht Vorarbeit, sondern Abschluß der Untersuchung zu sein beanspruchen, der historischen Wahrheit gleich wenig gedient*»; «Por supuesto, no es mi objetivo sustituir una visión "materialista" unilateral por una interpretación causal espiritualista igualmente unilateral de la cultura y de la historia. Ambas son igualmente posibles, pero con ambas, de no entenderse como preparación, sino como conclusión de una investigación, resulta igualmente poco servida la verdad histórica», M. Weber, *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus*, cit.; M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, cit., p. 183.

[18] Con cierta buena voluntad se puede leer el lenguaje determinista en Marx como recurso retórico: como expresión estratégica de optimismo con el fin de alentar a los lectores a unirse al contramovimiento político contra el capitalismo y hacer que la profecía teórica se autocumpla en la práctica.

[19] Como ejemplo véase F. Block, «Crisis and Renewal: The Outlines of a Twentieth-Century New Deal», *Socio-Economic Review*, vol. 9, núm. 1, 2011, pp. 31-57, sobre la posible «construcción de un nuevo régimen de acumulación», nada menos que por el gobierno de Obama.

[20] P. A. Hall y David Soskice, «An Introduction to Varieties of Capitalism», cit., pp. 1-68.; cf. W. Streeck, «Taking Capitalism Seriously», cit.

para mejorar la «competitividad» de sus economías nacionales[21]. Vale la pena señalar que en sus análisis empíricos, la corriente funcionalista de lo que se anuncia como teoría de las «variedades del capitalismo» habla, como Block, no del capitalismo, sino de «economía de mercado»[22]. En ambos casos, el abandono del concepto de capitalismo no sólo oculta sus puntos en común, sino que cae en la trampa de un concepto funcionalista de la economía entendida como un dispositivo técnico diseñado y controlado políticamente para la creación consensuada de riqueza.

Está claro que *hay* política bajo el capitalismo, y no sólo política tecnocrática sino también democrática, pero también existe la *Eigenleben* [vida propia] del sistema capitalista en acción[23]. Aunque sea muy consecuente políticamente y, por lo tanto, fundamentalmente político, el capitalismo es muy capaz de autoprotegerse sustrayéndose al control político. En términos polanyianos, aunque la política puede funcionar como contramovimiento frente al mercado capitalista, a veces incluso con éxito, el mercado se mueve por sí solo, generando el movimiento al que debe intentar responder ese contramovimiento. El concepto de capitalismo, que algunos parecen considerar anticuado, tiene la importante ventaja de recordarnos el hecho de que la regulación política de la vida económica en las sociedades modernas actuales es siempre precaria, ya que está condenada a arrastrarse renqueando tras la dinámica expansión de las relaciones de mercado comercializadas. Hablar de capitalismo nos protege, pues, del olvido de que el acaparamiento de tierras capitalista impone permanentemente la destrucción creativa de la que hablaba Schumpeter, no sólo en la práctica «económica» establecida, sino también en estructuras e instituciones sociales, en particular sustituyendo el conservadurismo de las obligaciones sociales por el voluntarismo del libre intercambio contractual, sean cuales sean las consecuencias colectivas[24].

Como he mostrado empíricamente para el caso alemán[25], el declive del capitalismo pacificado de posguerra debe atribuirse primordialmente a la subversión y erosión endógena de un marco institucional que había dejado de ser óptimo para la acumulación de capital, y no, como sugiere Block, a fantasías frívolas de economistas neoliberales y de políticos extraviados.

---

[21] Para una explicación de que esto es un error también desde un punto de vista empírico, por no mencionar el conceptual, véase W. Streeck, *Re-Forming Capitalism*, cit., cap. 13.

[22] P. A. Hall y D. Soskice, «An Introduction to Varieties of Capitalism», cit.

[23] Sobre la dinámica propia del capitalismo como régimen institucional, véase mi ensayo «Taking Capitalism Seriously: Towards an Institutional Approach to Contemporary Political Economy», *Socio-Economic Review*, vol. 9, núm. 1, 2011, pp. 137-167. Sobre cómo estudiar el capitalismo moderno, véanse el capítulo 9 del presente volumen y Jens Beckert, *Capitalism as a System of Contingent Expectations: Toward a Sociological Microfoundation of Political Economy,* MPIfG Discussion Paper 12/4, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, julio de 2012.

[24] W. Streeck, «Taking Capitalism Seriously», cit.

[25] W. Streeck, *Re-Forming Capitalism*, cit.

El capitalismo democrático de posguerra era frágil desde el principio, y sólo parecía estable debido a circunstancias políticas extraordinarias y al fingido optimismo de los políticos después de que acabara la guerra. De hecho, no cabía esperar que durara mucho, hablando en términos históricos. Cuando comenzó a decaer en la década de 1970, fue debido a la impotencia de la política democrática, organizada y confinada al ámbito de los Estados-nación, frente a las nuevas oportunidades internacionales del capitalismo para eludir las constricciones sociales que lo habían llevado, al iniciarse esa década, a una reducción cada vez más incómoda del beneficio. Durante un tiempo, la dependencia de la política y del éxito político bajo el capitalismo democrático de una acumulación de capital ininterrumpida –o en el lenguaje tecnocrático de la economía estándar: del crecimiento económico– llevó a los políticos incurablemente optimistas a poner sus esperanzas en cabalgar el tigre y seguir la corriente histórica triunfante de la liberalización y la desregulación, hasta que el régimen económico capitalista reformado casi se estrelló como resultado de su avance incontrolado.

Puede parecer un deseo de hilar demasiado fino si ahora pregunto, de acuerdo con los términos empleados por Block en la reconstrucción del marco conceptual de Polanyi, si la crisis actual se debe a que la «economía» capitalista se ha arraigado de un modo problemático o se ha simplemente desarraigado. Block declara que esto último es imposible, ya que la acción económica es siempre e inevitablemente acción social. Pero aunque uno pueda estar totalmente de acuerdo con esto último, y yo lo estoy[26], de ello no se deduce lógicamente que una economía política capitalista se rija por una primacía de la política. Yo creo, por el contrario, que una teoría realista de la economía política debe ofrecer la posibilidad de que instituciones sociales construidas para proteger a la sociedad y a la humanidad de los «caprichos del mercado» *sean sobrepasadas por éstos*, y que la acción capitalista puede quebrar su contención social a menos que ésta sea continuamente reforzada y actualizada.

Así, pues, el capitalismo está «siempre arraigado»[27] en cuanto que se asienta en una sociedad y está sujeto a restricciones y oportunidades sociales. En un sentido importante, el capitalismo depende, por lo tanto, de permanecer arraigado mientras prospera bajo el imperio de la ley, la confianza mutua, la coordinación normativa, la cooperación institucionalizada, la inteligencia creativa y cosas similares. Sin embargo, y al mismo tiempo, los actores capitalistas siempre luchan por escapar de su contención social

[26] Sobre el por qué y el cómo véase Jens Beckert y Wolfgang Streeck, *Economic Sociology and Political Economy: A Programmatic Perspective*, MPIfG Working Paper 08/4, Colonia, Max-Planck-Institut für Gesellschaftsforschung, 2008.
[27] F. Block, «Understanding the Diverging Trajectories of the United States and Western Europe: A Neo-Polanyian Analysis», *Politics and Society*, vol. 35, núm. 1, 2007, pp. 3-33.

y liberarse de las obligaciones y los controles[28]. Las ideas de solidaridad y las instituciones de regulación social están, en consecuencia, en permanente riesgo de erosión, al proliferar como un cáncer[29] en el cuerpo social las pautas capitalistas de funcionamiento, pese a que el capitalismo como tal, puro y simple y liberado de las restricciones sociales, no pueda existir. En ese sentido, el capitalismo se alimenta parasitariamente de la sociedad que lo alberga, y su expansión equivale, en última instancia, a su autodestrucción, a menos que sea controlada por la oposición social y política. A veces, como en la era neoliberal, el avance capitalista puede apoderarse de la propia política, que debería contenerlo por su propio bien, y convertirla en vehículo de su propio progreso autodestructivo; eso es, a mi parecer, lo que quería decir Polanyi cuando describió la expansión de la «sociedad de mercado» como un «experimento frívolo» de Estados y gobiernos[30].

¿Es el Estado, pues, el consejo de administración de la clase capitalista? La respuesta que hace justicia a la naturaleza dialéctica, es decir, intrínsecamente contradictoria, del capitalismo como formación social, es que sí lo *es*, pero sólo en la medida en que *no* lo es. Si el gobierno estuviera totalmente dominado por los intereses capitalistas, sería incapaz de protegerlos y evitar que se autodestruyeran, como demostró elocuentemente Karl Marx en el famoso capítulo de *El capital* sobre la jornada laboral (*Capital*, cit., vol. 1, pp. 340 y ss.; *El capital*, cit., Libro I, tomo III, cap. 8). Pero si bien el capitalismo depende de ser salvado de sí mismo por una política que responda, al menos en parte, a los contramovimientos sociales, los capitalistas no están sujetos a esa dependencia, aunque sólo sea porque siempre se ven irresistiblemente tentados a apostar por una última fantástica jugada antes de que el casino cierre por quiebra. Así, el contramovimiento social de cuyo éxito depende la supervivencia del capitalismo –su persistente «arraigo»– debe afirmarse contra la poderosa resistencia de sus beneficiarios/adversarios, una resistencia que no es en modo alguno mecánica ni está condenada al fracaso, sino que, por el contrario, es mortalmente peligrosa. A este respecto no cabe el funcionalismo, siendo la estabilización del sistema de acción capitalista una empresa altamente incierta, cuyo éxito no está garantizado aunque eso sería lo que convendría a cuantos trabajan para evitarla. A los capitalistas se les puede enseñar ese interés, pero que se avengan a aprender esa lección es algo que depende de ellos[31]. El poder, después de todo, es la capacidad de negarse a

[28] W. Streeck, «Taking Capitalism Seriously», cit.
[29] J. McMurtry, *The Cancer Stage of Capitalism*, cit.
[30] Para una crítica concluyente de la idea del capitalismo «siempre arraigado», véase J. Beckert, «The Great Transformation of Embeddedness», cit.
[31] W. Streeck, «Educating Capitalists: A Rejoinder to Wright and Tsakalatos», *Socio-Economic Review*, vol. 2, núm. 3, 2004, pp. 425-483.

aprender[32]. Como hemos visto durante la actual crisis, tal capacidad puede requerir nada menos que ser lo bastante grande como para que la propia muerte sea una amenaza para toda la comunidad.

Para concluir mi comentario, me gustaría añadir algunas palabras en defensa del mantenimiento de conceptos como socialismo o incluso comunismo[33]. En cuanto a este último, David Graeber ha indicado sucintamente en su libro sobre la antropología de la deuda (*Debt: The First 5,000 Years*, cit.) los fundamentos genéricamente comunistas de la vida económica, incluso en el capitalismo avanzado. Con respecto al socialismo, para mí se trata de un concepto indispensable para contrarrestar el individualismo posesivo consumista, recordándonos contra el «culto al individuo» actual que, citando de nuevo a Marx, el hombre es el único animal que sólo se puede individualizar en el seno de una sociedad[34]. ¿Qué otro concepto existe en cualquier caso para el modo de vida más comunal, más respetuoso del otro y más colectivamente responsable, que hoy parecemos necesitar más urgentemente que nunca, una vida con menos licencias para externalizar al resto del mundo los costes de la búsqueda privada de placer? ¿Y qué otro nombre le podemos dar a una organización social con mucho más control compartido sobre el destino colectivo y con una fuerte capacidad colectiva para evitar las consecuencias imprevistas de la libre expansión de las relaciones de mercado, consecuencias que hoy día nos confunden infinitamente cuando, como individuos, causamos efectos que no podemos desear, no sólo como sociedad, sino tampoco como individuos?

La noción de Fred Block de un capitalismo «siempre arraigado» y sujeto a una «primacía de la política» irradia un optimismo, que se asemeja curiosamente a lo que los socialdemócratas europeos han pretendido creer durante mucho tiempo: que el socialismo, tal como acabamos de definirlo, podría ser alcanzado, preservado y expandido subrepticiamente por encima de una economía/sociedad capitalista, sirviendo a su necesidad funcional, inexorablemente creciente, de gobernanza colectiva. Si observamos retrospectivamente las últimas cuatro décadas, no obstante, vemos un proceso sostenido de transformación, lenta pero irresistible, impulsada, no por la

---

[32] Karl W. Deutsch, *The Nerves of Government: Models of Political Communication and Control*, Nueva York, The Free Press, 1963.

[33] Huelga decir que no me ocupo de los aspectos técnicos de la propaganda política. Mi preocupación es que, si abandonamos esos términos para seguir siendo políticamente inofensivos, podemos perder de vista lo que significan.

[34] «Pero la época que genera este punto de vista, esta idea del individuo aislado, es precisamente aquélla en la cual las relaciones sociales (universales según este punto de vista) han llegado al mas alto grado de desarrollo alcanzado hasta el presente. El hombre es, en el sentido mas literal un ζωον πολιτικόν [un animal político], no solamente un animal social, sino un "animal que sólo puede individualizarse en la sociedad», Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* [1857-1858], vol. 1, México DF, Siglo XXI, 1971, p. 4.

política democrática, sino por la lógica dinámica del desarrollo capitalista, que ha destruido de hecho la mayoría de las salvaguardias políticas, si no todas, cuyo establecimiento había sido la condición para que se permitiera al capitalismo regresar después de los desastres de la primera mitad del siglo XX. La lógica y la reorganización –o desorganización– de la vida social que dictó, culmina hoy en la doble crisis del sistema financiero global y de los Estados nacionales democráticos. Décadas de «reforma» destinada a satisfacer las demandas cada vez más agresivas de los mercados capitalistas no han hecho más que exacerbar el desgaste capitalista del tejido social, a menudo con la connivencia de Estados y gobiernos chantajeados, incluyendo a los socialdemócratas. ¿Es esta experiencia realmente compatible con una teoría que considera que la «sociedad de mercado» está subordinada a la política? ¿O no habla más bien de atribuir al capitalismo como sistema de acción social una vida, una lógica, un poder y un dinamismo propios, en los que la *habitual política* socialdemócrata de posguerra ha perdido cada vez más su control? Si uno llega a la misma conclusión que yo, de que esta última es la perspectiva más realista, ¿es todavía responsable que invirtamos nuestro tiempo y nuestras energías en desarrollar ideas responsables sobre cómo gobiernos responsables pueden reparar el «sistema» o convertir una «variedad de capitalismo» en otra? ¿No sería mucho más constructivo ser menos constructivo y dejar de buscar mejores *variedades* de capitalismo y comenzar a pensar seriamente en *alternativas* al mismo?

11
LA MISIÓN PÚBLICA DE LA SOCIOLOGÍA

Hace unos años, poco más o menos cuando Michael Burawoy realizó su llamamiento en pro de la «sociología pública», me asaltó en una conferencia internacional sobre ciencias sociales la idea de que nunca antes en la historia de la humanidad había habido tantas personas como hoy tan capacitadas para analizar y explicar la vida social[1]. Aun así, los líderes políticos más poderosos producidos por la generación más sofisticada sociológicamente –*mi* generación– fueron George W. Bush y Dick Cheney, reelegidos en la época de aquella conferencia y encargados por la voluntad popular de gobernar la democracia más democrática del mundo. En años posteriores seguí fascinado con el contraste entre la decadencia progresiva de la política y la economía en Estados Unidos y los brillantes departamentos de sociología de Harvard o Stanford. ¿Para qué servía todo aquel esplendor? A veces preguntaba a algunos de mis colegas estadounidenses, en privado y durante la cena, después de trabajar, si se habían hecho oír, por ejemplo, sobre los proyectos de construcción de la nación en Iraq y Afganistán, algo que seguramente concernía a la ciencia social. La respuesta siempre era un silencio resignado: ¿para qué molestarse, si nadie escucha nunca?

La sociología y su público: ¿un problema de demanda?

¿Tiene la sociología una audiencia pública a este lado del Atlántico sobre temas menos dramáticos? No he realizado una investigación empírica sobre el tema, pero por lo que he visto como observador participante a lo largo de los años, diría que es en todo caso muy limitada. Ojeando regularmente las secciones científicas de nuestros periódicos de calidad por razones que no hacen al caso, encuentro la cobertura de temas de psicología, investigación cerebral o biología evolutiva muy por encima de los sociológicos y lo mismo se puede decir de la economía en sus últimos avatares: economía

---

[1] Una versión anterior de este capítulo fue presentada en la conferencia organizada por el SSRC y el Wissenschaftszentrum de Berlín The Public Mission of the Social Sciences and Humanities: Transformation and Renewal, 16-17 de septiembre de 2011.

del comportamiento y neuroeconomía. Su auténtico territorio son, por supuesto, las secciones de economía y política, sin duda mucho más influyentes que las de ciencia y ahí la sociología está prácticamente ausente, con muy raras excepciones.

¿Por qué tiene que ser así? Entre las muchas razones que me vienen a la mente, una es que la sociología se ajusta menos que otras disciplinas a lo que se considera popularmente como ciencia y lo que se encuentra interesante en ella. Lo que fascina a una audiencia ignara en psicología, economía del comportamiento, biología evolutiva y *tutti quanti* es, al parecer, que pretenden detectar *causas latentes* de acciones, que normalmente creemos motivadas por *razones manifiestas*, causas que controlan en secreto lo que hacemos sin que sepamos nada sobre ellas. Representativos del tipo de investigación que ha obtenido recientemente gran resonancia en el periodismo científico alemán son los experimentos de olisqueo de camisetas que demuestran que las mujeres prefieren el olor de los hombres que mejor se ajustan a su dotación genética, en el sentido de prometer una descendencia más saludable. Otro tema que vuelve una y otra vez es, pido disculpas a nuestros colegas estadounidenses, el del adulterio entre las aves monógamas; resulta ser mucho más frecuente de lo esperado, con hembras que se aparean secretamente con machos que no son su pareja establecida, en particular si sus propios padres han sido más infieles de lo acostumbrado a sus madres por cualesquiera complejas razones, tengan o no que ver con la «idoneidad» de su descendencia.

No es que no haya ningún interés en la investigación sociológica. Una encuesta sobre las prácticas sexuales sería, estoy seguro, muy bien recibida; pero los sociólogos no parecen ocuparse ya del sexo, sino mucho mas del género, y los descubrimientos de sus investigaciones relacionados con la guerra entre los sexos en cualquiera de sus muchas versiones –remuneración desigual, división del trabajo doméstico, dificultades de las madres solteras– llegan con facilidad a la imprenta y son, supongo, leídos con fruición por el gran público. Algo similar parece aplicarse a la investigación sobre escuelas y éxito en la formación, sobre la movilidad social y la formación de elites, o sobre la inmigración y sus descontentos. Casi siempre, no obstante, sólo se informa sobre los hechos, sin dedicar mucha atención a las teorías que los explican.

Pero la teoría como tal no siempre es desdeñada. El libro de no ficción más vendido en Alemania durante la década pasada, si no desde la posguerra, es *Deutschland schafft sich ab* (Alemania se acaba), de Thilo Sarrazin, publicado en 2010 y al que puede valer la pena dedicar unas pocas palabras. Sarrazin fue un político del SPD, ministro de Hacienda del Land de Berlín entre 2002 y 2009 y después miembro de la junta ejecutiva del Bundesbank, hasta que se convirtió en un lastre internacional para la República Federal

y fue despedido. Sarrazin es conocido como un destacado *Islamkritiker*. En su libro alega, en definitiva, que la inmigración procedente de los países islámicos, junto con las bajas tasas de natalidad registradas entre las mujeres de clase media educadas de ascendencia alemana, debilitan la base genética del país, especialmente al reducir el coeficiente de inteligencia medio y, en consecuencia, perjudicarán a largo plazo la competitividad de la economía alemana. Aunque Sarrazin se formó académicamente como economista, el libro recurre sobre todo a datos psicológicos y demográficos y con frecuencia se aventura en el terreno sociológico, por ejemplo al discutir la relación existente entre la inteligencia y la religión, por un lado, y los logros económicos y sociales, por otro. Probablemente no es exagerado caracterizar su libro como un manifiesto neoeugenésico basado en una cosmovisión biologista con fuertes connotaciones racistas (el incesto entre las familias extendidas árabes tiende a rebajar la inteligencia de sus hijos), inserto en una teoría de la eficiencia de la política y la sociedad en una economía global. Aunque el SPD consideró inicialmente la posibilidad de expulsar a Sarrazin, más tarde cambió de opinión a la luz de la enorme resonancia pública de su libro y le permitió seguir siendo un socialdemócrata de renombre.

El episodio es revelador en varios aspectos. Uno de ellos es que existe de hecho una audiencia en Alemania, y no pequeña, para los libros académicos sobre cuestiones sociales, incluso si van salpicados de estadísticas y con largas y tediosas discusiones sobre artículos publicados en revistas de investigación. Los sociólogos académicos, sin embargo, se abstienen de entrar en ese campo, tal vez porque sospechen que las conclusiones que *ellos* extraen de *su* material dejen indiferente a la gente. También podría ser que no estén interesados en hablar con los lectores de Sarrazin, aunque constituyen claramente un importante segmento de la clase media alemana. El debate público serio sobre Sarrazin lo afrontaron casi exclusivamente periodistas, que trabajan para periódicos de calidad como el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y el *Süddeutsche Zeitung*. Algunos psicólogos expertos en psicología del desarrollo se aventuraron a afirmar que la inteligencia no es enteramente cuestión de herencia, mientras que los estudiosos de las religiones y del islam en particular señalaron, que, en realidad, hay muchos islams diferentes dentro del islam. Poco o nada fue lo aportado por los sociólogos y, como era de esperar, menos aún por los economistas, a quienes apelaba el economicismo desenfrenado del libro.

¿Por qué está ausente la sociología en este tipo de debates públicos? También podríamos preguntarnos: ¿por qué los sociólogos tienen tan poca confianza en su trabajo, que hablan sólo entre sí, y no con el mundo en general? Una respuesta es: porque saben que tienen malas cartas. Los economistas, que son los gurús sociales de nuestro tiempo, con sus modelos

mecánicos de economía y de sociedad, todavía tienen la audacia de ofrecer predicciones exactas, con un dígito detrás del punto decimal, y siguen creyendo estar en posesión de una tecnología de creación de la riqueza, que nos dice qué palancas hay que mover para que a todo el mundo le vaya mejor. ¿Quién podría permitirse el lujo de no prestarles atención? Además, la economía como disciplina se ajusta idealmente a la concepción o confusión cientificista dominante de la ciencia. Para la mayoría de la gente la ciencia es el descubrimiento de leyes generales, que producen parcas explicaciones causales traducibles en conocimientos técnicos o justificaciones morales (o ambas cosas a la vez), como en el modelo del *homo economicus* de la biología evolutiva (hasta las aves lo hacen, y por buenas razones), o discusiones neurológicas sobre el «libre albedrío». La sociología, en cambio, se ocupa de situaciones históricamente únicas en las que influye más de un factor causal, y si los sociólogos se atreven a hacer predicciones, suelen ser bastante prudentes. A diferencia de la psicología o las ciencias naturales, la sociología difícilmente puede prometer revelar las fuerzas materiales secretas subyacentes, que rigen la evolución del mundo visible. Típicamente, sus conclusiones van acompañadas de amplias advertencias contra el peligro de la generalización, apuntando a las condiciones contextuales, sociales, económicas o culturales, que interfieren con las relaciones causales y las modifican. Algunos de nosotros consideramos que esto se debe a que la sociología es una disciplina joven, que todavía tiene que llegar a ser realmente «científica», mientras que otros lo consideran un reflejo de la ontología peculiar del mundo social. Sea como fuere, lo que importa es que la sociología que se ofrece generalmente no está a la altura del *modelo cientificista estándar de la ciencia* y, por lo tanto, está condenada a decepcionar a un público, que cree en ese modelo y al que los sociólogos no han sabido educar sobre sus deficiencias.

Otro problema que afronta la sociología, al menos en Alemania, es la imagen pública que se remonta a la década de 1970. En resumen, la sociología se sigue viendo ampliamente como «blanda», no sólo científica sino también políticamente, y tal blandura no está muy de moda en tiempos tan difíciles. Los sociólogos son sospechosos a ojos de muchos de empatizar excesivamente con los protagonistas de sus temas, que con frecuencia son grupos marginales como los desempleados de larga duración, los delincuentes y las «sociedades paralelas» de inmigrantes y de la población excedentaria generada por una *Leistungsgesellschaft* (sociedad del éxito) cada vez más exigente. La sociología a menudo «explica» su forma de vida mediante los sentidos [*Sinne*], que se atribuyen a sí mismos y al mundo. En alemán hablamos, con Max Weber, de «*verstehende Soziologie*» (sociología interpretativa); pero el aspecto comprensivo (*verstehend*) no siempre se aprecia en una sociedad en la que una máxima muy extendida afirma que

«*Alles verstehen heißt alles verzeihen*» [entender todo es perdonarlo todo]. La compasión conoce mínimos abismales estos días y una sociología que se atreve a explicar por qué la gente hace lo que hace, señalando por qué piensa que esa conducta tiene sentido es fácilmente considerada como una defensa de los no privilegiados disfrazada de ciencia, o una pura retórica del buen corazón (*Gutmenschentum*), que es el enemigo número uno de la insensata comunidad de sentido común de Sarrazin.

Esto me lleva a la cuestión del público al que podría dirigirse una sociología pública renovada. En todo caso, los sociólogos saben que la esfera pública es una estructura social e institucional, no sólo una multitud. ¿Hay, pues, todavía una ciudadanía ilustrada, un *Bildungsbürgertum* dispuesta y capaz de dar forma a una «opinión pública», que afecte a toda la sociedad? ¿Están los partidos políticos interesados en aprender seriamente sobre el mundo, o los sindicatos en buscar ideas y argumentos que puedan ayudar a su causa? Incluso sin mucha investigación, todos estamos razonablemente seguros de que hoy día están mucho menos presentes que hace algunas décadas, y claramente están menos interesados de lo que solían estar en la sociología en particular. ¿Y qué podemos decir de los medios a través de los cuales la sociología tendría que hacerse pública? La imprenta declina, mientras que la televisión, y más recientemente Internet, van en aumento; menos tal vez que en Estados Unidos, pero de forma palpable. El «giro pictórico» que está lejos de acabar no es bueno para la sociología, que trata sobre todo de temas que realmente no se pueden fotografiar; a la neurología y la astronomía les va incomparablemente mejor en cuanto a ofrecer imágenes coloridas a los editores de periódicos y cadenas de televisión. Además, los medios parecen estar haciéndose cada vez más especializados, creando un «público» más segmentado que nunca. Si hubo una *Strukturwandel der Öffentlichkeit* (transformación estructural de la esfera pública) en las tres o cuatro últimas décadas, fue en dirección de nichos de mercado modernos. Los consumidores actuales de información comercializada pueden elegir lo que esperan que les guste y evitar lo que creen que encontrarán aburrido, sin haberlo inspeccionado nunca. Por supuesto, los usuarios de los nuevos medios basados en Internet disponen de libertad para componer sus noticias por sí mismos, sin intervención alguna de nadie con autoridad para decidir lo que un buen ciudadano debe conocer, que es lo que la radiodifusión pública era capaz de hacer y hacía hace tan sólo unos pocos años. Los actuales consumidores de información sólo aprenden lo que quieren aprender, y nada más. En un mundo de públicos y comunidades cada vez más fragmentadas, ¿se limitará la sociología pública a hablar a aquellos que, por razones idiosincrásicas, resultan estar interesados en la misma?

Sociología sin capitalismo: ¿un problema de oferta?

Que haya problemas, y bastante serios, por el lado de la *demanda* para una posible sociología pública, no significa de por sí que todo ande bien por el lado de la *oferta*, esto es, que la sociología como ciencia social tenga realmente ideas que ofrecer, que merezcan ser señaladas como lectura obligada para los ciudadanos y sus representantes políticos. Me temo que no soy y nunca seré un gran personaje de la disciplina que pretenda pasar por alto toda su amplitud y apuntar confiadamente hacia nuevas direcciones. Mis intereses sustantivos son demasiado eclécticos y mi identidad disciplinaria es demasiado tenue, siendo quizá mi única excusa que la sociología es, de por sí, demasiado diversa como para suscitar una identificación *tout court*. También, como les sucede a muchos otros, tiendo a obsesionarme con aquello sobre lo que en un momento determinado estoy trabajando, lo que fácilmente me hace sobreestimar su importancia. Sin embargo, con todas las matizaciones que hagan falta, creo que se puede argumentar –y eso es lo que voy a hacer a continuación– que la crisis político-económica que atenaza desde hace varios años al mundo representa un punto de inflexión histórico, lo que, entre otras muchas cosas, ofrece una oportunidad única para hacer de la sociología de nuevo una ciencia social públicamente relevante, siempre que se reoriente hacia las que se están configurando como las cuestiones cruciales de nuestra época, *todo lo cual tiene que ver con una relación rápidamente cambiante entre la economía y la sociedad*.

En el momento inmediatamente posterior a la crisis, a los economistas se les reprochó desde todos los ángulos no haberla visto venir, y lo mismo se recriminó a los sociólogos. Tres años después la confianza pública en la capacidad de la economía dominante para explicar y ayudar a gobernar la economía está en un nivel mínimo, en un momento en el que se percibe en general que, como dijo el empresario industrial y político liberal alemán Walther Rathenau, «*Die Wirtschaft ist unser Schicksal*» [La economía es nuestro destino]. Hay que decir, en cualquier caso, que la crisis encontró a los sociólogos en general tan desprevenidos como a los economistas convencionales. Aunque estos últimos no podían al parecer sino aferrarse a sus modelos tautológicos de mercados libres autoestabilizadores, con modificaciones únicamente superficiales, los sociólogos habían eliminado prácticamente durante décadas la economía de su agenda, cediéndola a los economistas bajo el tratado de paz histórico concluido en la década de 1950 nada menos que por el propio Talcott Parsons. Si la crisis de 2008 dio lugar a una nueva percepción de la centralidad de la economía para la sociedad moderna, la sociología moderna estaba en mala situación para responder a ella, ya que ha concebido esencialmente su objeto durante décadas como *una sociedad desprovista de economía*. En ese proceso se

marginaron o externalizaron totalmente importantes tradiciones disciplinarias, en particular la economía política, que cayó en manos de la teoría económica de la eficiencia, cuyo dominio sobre el tema sólo disputan hoy un puñado de politólogos. Los recientes intentos de recuperar la economía, estableciendo la «sociología económica» como una nueva subdisciplina, se limitan demasiado a menudo a sugerir recetas alternativas para hacer más eficientes las transacciones económicas, por ejemplo complementando los mercados con «redes».

Veo la crisis actual como una clamorosa señal para que nuestra disciplina asuma que un programa enfocado hacia una sociedad sin economía es insostenible, a menos que aceptemos permanecer mudos respecto a las principales cuestiones sociales de nuestra época como antes, durante y después de los acontecimientos de 2008. Muchos perciben hoy que la actual crisis financiera y fiscal no es sólo una crisis económica, sino fundamentalmente una cuestión social lo bastante importante como para exigir una interpretación revisada de la sociedad moderna, que aprecie sistemáticamente que está siendo continuamente revolucionada por la expansión de los mercados, así como por la fragilidad de las estructuras e instituciones políticas resultante de ello; que sea totalmente consciente de la creciente incertidumbre que afrontan los gobiernos y los ciudadanos a medida que los mercados escapan cada vez más a los controles sociales, así como de los límites intrínsecos del mercado como lugar de integración social y base del orden social, etcétera. En principio, la sociología con su historia como teoría crítica de la modernidad debería ser capaz de satisfacer esa necesidad y de ofrecer al «público» perspectivas que sería arriesgado rechazar. Para ello, no obstante, la sociología debe reintroducir la *economía* como tema central de cualquier teoría de la *sociedad* digna de ese nombre y no sólo como un mecanismo neutral de creación de riqueza gobernado por leyes naturales esotéricas bajo el mando de técnicos formados científicamente. Esto no será posible a menos que, como disciplina, renunciemos a nuestro acuerdo de paz interdisciplinario con la economía y redescubramos la economía política de la que se ocupaba la sociología cuando era joven, y que más tarde abandonó para especializarse en el estudio de «la sociedad». No puede haber un momento más propicio para ello que ahora, cuando la reputación de la economía estándar ante el público ha alcanzado un bien merecido mínimo histórico.

¿Por qué, en primer lugar, cedió la sociología el estudio de la economía a los economistas? ¿Cómo llegamos a creer que una sociedad sin economía podría ser un valioso tema de estudio, y que una macrosociología sin macroeconomía podría ser un enfoque viable para entender la sociedad moderna? ¿Queda bastante para la sociología si lo social se separa de lo económico, y también de lo político? Quizá resulte interesante constatar que

la exclusión de la economía del dominio de la sociología evidentemente ocurrió en Alemania antes que en Estados Unidos, y si no me equivoco, no fue primordialmente por razones académicas, sino políticas. La historia es bastante retorcida. Max Weber, como todos recordaremos, tenía una cátedra en economía (*Volkswirtschaftslehre*) y originalmente era miembro de la asociación profesional de economistas, la Verein für Sozialpolitik, que abandonó para fundar la Deutsche Gesellschaft für Soziologie (DGS, Asociación Alemana de Sociología) como acto político, ya que desaprobaba firmemente la defensa pública por parte de los economistas de la época de una política social reformista. La DGS tenía por objeto evitarle tener que tratar con los odiados *Kathedersozialisten* (socialistas académicos), por lo que tuvo que comprometerse con la *Wertfreiheit* (investigación libre de valores)[2]. Pero esto resultó insostenible, y cuando la cuestión social continuó reapareciendo en las reuniones de la DGS, Weber, que había intentado acallar el tema sin lograrlo, renunció también a la sociología organizada, pocos años antes de morir.

Resulta notable que después de Weber la sociología alemana nunca retomara los grandes temas de *Wirtschaft und Gesellschaft* [*Economía y Sociedad*], que hoy asociamos con él y que quedaron esencialmente en manos de los economistas institucionales de la *Historische Schule* [Escuela Histórica] como Werner Sombart, que no desempeñaron ningún papel en la sociología de Weimar. Su desaparición después de la *Machtergreifung* [toma del poder] nazi en 1933, por no hablar de su intento de *rapprochement* al nacionalismo alemán, despejó el terreno para el avance en la posguerra de la economía «teórica» frente a la histórica. Los sociólogos, por su parte, tras su esfuerzo durante la década de 1920 por introducirse en la universidad, se cuidaban mucho de ser tomados por socialistas o, lo que era casi lo mismo entonces, por marxistas. De hecho, Horkheimer y el Institut für Sozialforschung de Frankfurt nunca se consideraron sociólogos y nunca pensaron en unirse a la DGS. La sociología teórica de Weimar parecía pretender básicamente algún tipo de teoría formalista de las relaciones sociales de la que no ha quedado apenas nada (las *Beziehungslehre* [teoría de las relaciones] de von Wiese). La sociología empírica se ocupó principalmente de la investigación demográfica, en particular de las pautas de asentamiento en Alemania, y luego cada vez más en Europa Central y

[2] La propia ciencia social de Weber era cualquier cosa menos *wertfrei*. Su apasionado rechazo de la política social de los economistas de su época era la de un nacionalista liberal al que preocupaban sobre todo las inminentes batallas por la supervivencia nacional y la supremacía internacional, en particular con Gran Bretaña. La política social, al igual que la democracia, no era para hacer feliz a la gente, sino que tenía que ayudar al recién formado Reich alemán a prepararse para un mundo anárquico lleno de conflictos. Que Weber pudiera considerar *wertfrei* su posición se debía a su convicción de que la *Realpolitik* era un hecho objetivo y no algo que uno era libre de elegir.

Oriental, bajo la etiqueta de *Siedlungsforschung* (investigación del asentamiento). A diferencia de lo que sugería la mitología de la disciplina en la posguerra, la sociología empírica floreció en el Tercer Reich y fue respetada por el Estado y el partido, en particular en relación con la planificación urbana y rural para los territorios que próximamente debían ser anexionados en el Este. El capitalismo, por supuesto, nunca llegó a figurar en lo que con cierta justificación se podría considerar una forma particular de sociología pública orgánica[3].

En la Alemania de posguerra la sociología siguió alejada de la economía, pese a que ésta se fuera haciendo cada vez más *modellplatonistisch* (neoclásica), rompiendo radicalmente con la tradición de la *Historische Schule* [Escuela Histórica]. La economía institucional desapareció y no regresó hasta mucho más tarde bajo los auspicios «modernos» de la teoría de la eficiencia. La economía histórica fue marginada incluso como econometría histórica o «cliometría». Lo que era o no era sociología era decidido cada vez más en Estados Unidos, desde donde se reimportó la disciplina cuando las generaciones de Weimar y el Tercer Reich fallecieron o se retiraron. En la década de 1960, cuando el crecimiento de posguerra estaba en su apogeo, la economía parecía carecer de importancia sociológica o incluso política. Muchos creyeron, como había anticipado Keynes en uno de sus momentos más optimistas, que la economía se había convertido, como la odontología, en un oficio especializado al que sólo había que recurrir cuando surgía un problema, con una caja de herramientas probadas para reparar sin dolor lo que hubiera de ser reparado. En Frankfurt, donde yo estudiaba a finales de la década de 1960, el capitalismo había sido rebautizado como *Tauschgesellschaft* (sociedad catalántica) por Adorno, y ninguno de los estudiantes, aparte de unos cuantos sectarios comunistas soviéticos, esperaba que «el sistema» volviera a mostrar nunca vulnerabilidad o crisis *económica* alguna (la crisis de la época era, por supuesto, de *legitimación*). La idea de que la economía se había convertido esencialmente en un asunto técnico, y que había sido domeñada finalmente y para siempre, no

---

[3] Con un poco de mala suerte, la sociología tal como se había desarrollado al final de la República de Weimar podría haberse convertido en un pilar reconocido públicamente del régimen. En 1934 la DGS se reunió por primera vez tras la toma del poder por los nazis. La cuestión prioritaria en el orden del día era si continuar bajo el nuevo liderazgo pronazi o disolverse como protesta. Algunos de los presentes sugirieron elegir como presidente a Reinhard Höhn para suceder a Ferdinand Tönnies. Höhn, un abogado que trabajaba como asistente del sociólogo Franz Wilhelm Jerusalem en Jena, se convirtió más tarde en profesor de derecho público y figura destacada en la jefatura de las SS, donde dirigía un departamento en el Reichssicherheitshauptamt [Oficina Central de Seguridad del Reich]. Aunque la propuesta no obtuvo suficientes votos, los miembros de la Asociación decidieron, con el fin de no contrariar al nuevo gobierno, suspenderla por un tiempo en lugar de disolverla; no se restableció hasta después de 1945. En la de 1950, Höhn resurgió para establecer y dirigir, bien entrada la década de 1970, la principal escuela de administración de empresas de la República Federal.

dominaba únicamente en Frankfurt, sino que era ampliamente compartida por los sociólogos al igual que por los economistas. Un ejemplo entre muchos es el libro de Amitai Etzioni *The Active Society*, de 1968, que fue probablemente el intento más ambicioso de explicar las condiciones, que determinaban la dirección del desarrollo de las sociedades democráticas modernas y regían su destino[4]. En sus seiscientas sesenta y seis páginas mencionaba la economía sólo una vez, y sólo para remarcar que «las naciones occidentales han ganado confianza en su capacidad de controlar los procesos sociales mediante el uso de controles keynesianos y de otro tipo para prevenir las inflaciones salvajes y las depresiones profundas y para estimular el crecimiento económico» (p. 10).

Como he indicado, creo que el espléndido aislamiento de la sociología con respecto al mundo económico ya no es sostenible, a menos que nuestra disciplina esté dispuesta a hundirse en la irrelevancia en las grandes cuestiones de nuestra era. A la vista de la crisis, parece haber llegado el momento de reconocer que la apuesta de la sociología por la desatención a la economía en la sociedad no ha resultado fructífera. La buena noticia es que todavía se puede invertir ese curso. Dado que la sociología no se halla (todavía) tan totalmente entregada a la teoría de la elección racional como la economía estándar, podemos separarnos más fácilmente de una imagen del mundo en la que la búsqueda racional de los intereses individuales es capaz de producir un orden estable. Tampoco estamos atados para siempre a los modelos funcionalistas del equilibrio, que en principio deberían permitirnos entender la inestabilidad intrínseca, el desequilibrio permanente y la continua tendencia a la crisis de la sociedad/economía moderna, alias capitalismo contemporáneo. Y lo que es más importante, todavía tenemos acceso a conceptos más antiguos del capitalismo entendido este como una formación social histórica, como una estructura social realmente existente que se mueve dinámicamente, más que como un tipo ideal de economía o un sinónimo de la economía de mercado, como sucede en la teoría económica o en la rama economicista de la literatura sobre las «variedades del capitalismo». Baste recordar que todavía en la década de 1970 alguien como Daniel Bell era agudamente consciente de ello, representando una tradición de las teorías sociológicas del capitalismo, que se remontaba a las de Marx, Weber, Sombart, Schumpeter, y, por qué no, Keynes, al tiempo que ofrecía incluso guiños ocasionales al otro lado de la brecha ideológica a un neomarxista como James O'Connor.

[4] Amitai Etzioni, *The Active Society*, Nueva York, The Free Press, 1968.

La sociología pública como retorno a la economía política

¿Qué podría decir una sociología consciente de su tradición como economía política a un público contemporáneo que quizá está más preocupado que nunca sobre adónde va el capitalismo? Como mínimo, deberíamos ser capaces de hacer llegar a la conciencia pública que la crisis actual no es un accidente –el desafortunado resultado de una mala gestión casual del mercado hipotecario estadounidense–, sino que surge de tensiones y contradicciones fundamentales presentes en el seno del régimen del capitalismo democrático tal como lo hemos conocido en Occidente desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La inflación de la década de 1970, el aumento de la deuda pública en la de 1980 y la desregulación del crédito privado en la de 1990 como compensación de una primera oleada de consolidación fiscal, así como los intentos actuales de restaurar la «solidez monetaria» bajo la presión de las «altas finanzas» globales son las sucesivas expresiones de un choque entre una *economía moral* popular de los derechos sociales de la ciudadanía y una *economía económica* capitalista que insiste en la distribución según la justicia del mercado y en consonancia con los requisitos de la «confianza empresarial» (Kalecki). A lo largo de las décadas, el campo de batalla ha ido cambiando de la negociación colectiva y el mercado de trabajo a la política electoral, a los mercados del crédito al consumo y, ahora, a los mercados financieros internacionales para el servicio y la refinanciación de la deuda pública. Aunque la cuestión de fondo era siempre la misma –en términos de David Lockwood, cómo conciliar las exigencias en conflicto de la integración del sistema y la integración social en una sociedad capitalista–, no se puede dejar de señalar que la capacidad de la democracia popular y de sus organizaciones colectivas como los sindicatos y los partidos políticos para corregir el mercado ha disminuido continuamente de crisis en crisis. Hoy es en la diplomacia financiera internacional donde se negocian, entre los Estados y los bancos de inversión, las contradicciones del capitalismo democrático, un terreno casi aislado de la presión popular, cuya lógica es ininteligible para la gente común y que sólo está al alcance de unos cuantos especialistas empleados por las elites económicas y políticas.

No se espera, y con razón, que los sociólogos proporcionen asesoramiento sobre cómo devolver solidez al dinero y hacer que la economía crezca de nuevo. Pero pueden ayudar a que la gente entienda que ésa no es la única cuestión en juego y que la restauración del pacto social del capitalismo democrático, del que depende la legitimidad de nuestro orden social, excede los poderes incluso de los gestores económicos más expertos. A diferencia de la mayoría de los economistas, los sociólogos entienden que la tarea de la política es más compleja que imponer a una

sociedad reticente la justicia distributiva del mercado derivada de la productividad marginal. Algo de equilibrio debe haber entre las necesidades de las personas y las necesidades del capital. Si proporcionar confianza a los empresarios significa erosionar la confianza ciudadana, al final no se ganará nada de estabilidad social. Aunque las elites políticas y económicas se vean tentadas a utilizar la crisis como una oportunidad definitiva para aislar al capitalismo contra la democracia, los sociólogos están bien situados y bien formados para señalar a la opinión pública los riesgos que tal estrategia conlleva inevitablemente.

Debería ser obvio en el momento presente que, en realidad, nos enfrentamos a una crisis severa de la democracia y no sólo de la economía. En Europa, bajo la presión de los mercados financieros, los líderes nacionales están transfiriendo sistemáticamente el poder de decisión a las organizaciones internacionales, restando autoridad a los parlamentos nacionales y, por extensión, a los electorados. Los países deudores no tienen más remedio que aceptar los dictados de sus acreedores, de modo que las elecciones nacionales se vacían de sentido para las próximas décadas. Los países acreedores, por su parte, son apremiados por «los mercados» a responder rápida y flexiblemente a las necesidades fluctuantes de estos últimos y a sus exigencias caprichosas, lo que deja poco margen para que sus parlamentos ejerzan sus prerrogativas democráticas. Las políticas de austeridad firmemente institucionalizadas reducen radicalmente la gama de alternativas políticas en todos los países, haciendo cada vez más intrascendente la participación política, la cual ha venido disminuyendo constantemente, desde la década de 1980, en las elecciones a todos los niveles, desde las comunidades locales hasta el Parlamento europeo, con mayor intensidad en las zonas con altos índices de pobreza, inmigración, desestructuración de familias y similares, donde más se necesitaría la movilización política. Como sociólogos, conocemos y somos competentes para hacer saber a los demás que donde se cierran los canales legítimos de expresión política, los ilegítimos pueden ocupar su lugar, con un coste social y económico potencialmente muy alto.

Para añadir un punto más, ahora es ya muy habitual decir que la crisis actual es en gran medida una crisis de confianza: en el valor de la moneda, en la voluntad y la capacidad de los deudores para pagar su deuda, en la capacidad de los dirigentes políticos de resistir las presiones del «mercado», así como en la capacidad de los mercados para proporcionar una distribución de recursos eficiente, por no hablar de equitativa. No sólo es que se desconfíe de que nuestros gobiernos y organizaciones internacionales sean capaces de evitar otra crisis, sino que también disminuye rápidamente la confianza entre los propios agentes del mercado, en particular entre los bancos que tienen que prestarse mutuamente. El resultado

es que los Estados y Bancos centrales pueden tener que actuar de nuevo como garantes de último recurso, lo que les obligaría a hacerse cargo de las deudas incobrables y a ofrecer garantías que podrían ponerlos finalmente de rodillas. No hace tanto tiempo que la teoría económica de los costes de transacción aseguraba que las instituciones se construyen mejor «desde abajo» por agentes mercantiles, que porfían por sus propios intereses en relaciones comerciales eficientes. El institucionalismo de la elección racional en la ciencia política y la sociología estaba dispuesto a incorporar ese mensaje y siguió el ejemplo sustituyendo al gobierno público controlado por los Estados por la gobernanza privada construida por los participantes en el mercado. La crisis ha demostrado que el orden privado sólo puede llegar hasta donde ha llegado, viéndose fácilmente desbordado por la tarea de mantener el orden social. Cuando se rompe, hay que recurrir a la autoridad pública para los trabajos de reparación. No hay razón para no llamar la atención del público sobre la obvia bancarrota de las teorías liberales de las instituciones, lo cual además confirma rotundamente el legado sociológico de Durkheim.

Basándonos en la tradición sociológica, podemos ver que lo que hay en el fondo de nuestra complicada situación actual es la conocida tendencia de la formación social capitalista a la expansión dinámica de los mercados a otras esferas de la vida social, perturbándolas y desordenándolas. Esa tendencia confluye hoy con una debilidad secular de los contramovimientos que se resisten al sometimiento al mercado, tanto del tipo protector-conservacionista como del tipo reconstructor-progresivo, en un período histórico en el que el capital global está a punto de imponerse sobre las estructuras sociales y las formas de vida locales, regionales y nacionales. A diferencia de los economistas contemporáneos, los sociólogos, habiendo interiorizado las lecciones de algunos de los grandes economistas del pasado, como Sombart y Schumpeter, poseen en principio las herramientas conceptuales necesarias para entender que el sistema capitalista crece desde dentro, de una manera que tiende continuamente a poner del revés las relaciones sociales. En lugar de proceder en armonía con el resto de la sociedad, el desarrollo capitalista provoca continuamente fricciones y contracciones que exigen y hacen surgir nuevos esfuerzos colectivos de estabilización social, con el objetivo de establecer una especie de equilibrio –siempre precario– entre economía y sociedad.

Karl Polanyi, en cuya obra se inspira un creciente número de sociólogos, no pretendió ser tenido como miembro de la profesión durante las décadas de 1950 y 1960. Se contentaba con ser economista, historiador económico y antropólogo social. Dice mucho de nuestra disciplina, y no muy halagador, que no fuera descubierto por la sociología hasta la década de 1990, cuando el neoliberalismo era ya dominante y la financiarización estaba

causando otra transformación revolucionaria de la economía capitalista. Creo que no hay mejor resumen de nuestra complicada situación actual que el derivado de la noción polanyiana de las tres mercancías ficticias –el dinero, la tierra y el trabajo– y de los límites inherentes a su mercantilización. Muchos creen que esos límites están a punto de ser alcanzados, y con ellos los límites del crecimiento capitalista, al menos de un tipo que todavía puede considerarse más o menos compatible con las necesidades humanas. La producción privada-industrial de *dinero* a raíz de la desregulación del «sector financiero» ha dado lugar a una incertidumbre sin precedentes en sociedades enteras, exacerbando los conflictos distributivos en y entre ellas e intensificando problemas nunca resueltos que exigen una nueva regulación global. En cuanto a la *tierra*, o la *naturaleza*, hemos ido aprendiendo poco a poco que la característica fundamental de una mercancía ficticia –que su oferta no está y no puede estar regida por su demanda– se aplica en su caso con mayor fuerza que en ningún otro. De hecho, hay señales de que a menos que encontremos formas de proteger nuestros bienes comunes mundiales frente a la amenaza de una mayor mercantilización, la propia base de la vida en la tierra tal como la conocemos puede verse pronto consumida al servicio de un progreso desenfrenado de la acumulación de capital. Finalmente, la flexibilidad cada vez mayor de los mercados *laborales* y de organización del trabajo ha sometido a los individuos y las familias a presiones incesantes para que organicen su vida de acuerdo con las exigencias impredecibles de mercados cada vez más competitivos. Entre otras cosas, el resultado es una creciente polarización entre una población excedente empobrecida de perdedores –familias de clase media cargadas de trabajo con una vida absurdamente ocupada y que tienen que dedicarle cada vez más horas y de forma más intensa a pesar de una prosperidad sin precedentes–, y una pequeña elite de superricos que se lo llevan todo, cuya codicia no conoce límites mientras que sus bonos y los dividendos han dejado hace mucho tiempo de servir al conjunto de la sociedad.

¿Cuál podría ser el tema central de una sociología pública renovada, sino la economía política del capitalismo contemporáneo, tal como anticipaba Polanyi en su concepción de los límites críticos a la mercantilización? Queda por hacer, evidentemente, un montón de trabajo. Los sociólogos han contribuido poco o nada a la investigación sobre el dinero y las finanzas, *pace* Georg Simmel, dejando a un lado unos pocos apuntes etnográficos, entretenidos pero políticamente irrelevantes, sobre la vida en los despachos de Wall Street, escritos antes del desastre. Sobre el entorno natural, los sociólogos han ofrecido una cantidad enorme de estudios sobre cuándo y por qué está la gente dispuesta a clasificar su basura y hacer otros sacrificios de bajo coste. Pero la pregunta de qué es lo que hace a nuestras sociedades tan dependientes del crecimiento capitalista, incluso bajo la amenaza de la

destrucción de sus fundamentos económicos, naturales y humanos, se la hemos dejado, paradójicamente, a los economistas heterodoxos. Lo mismo se puede decir de las reflexiones sobre cómo podría reconciliarse una sociedad obligada a crecer con la naturaleza y consigo misma. A los economistas no se les puede reprochar que recurran a los psicólogos en busca de consejo sobre fuentes alternativas y no económicas para la felicidad humana, dado que la sociología ha eludido tan cuidadosamente el tema, aunque podría haber insistido en que la cuestión es social y política más que psicológica. Para concluir, lo estamos haciendo relativamente bien en los mercados laborales, las estructuras familiares y los conflictos entre la participación en la competencia feroz por los ingresos y el consumo característico de los países ricos, por un lado, y la vida social, incluida la crianza de los hijos, por otro, tal como los han descrito sociólogos muy conocidos públicamente como Arlie Hochschild y Richard Sennett.

El lado de la demanda de nuevo

Esto me lleva de nuevo a la vieja pregunta: ¿nos prestará alguien atención? Es evidente que no se puede ser muy optimista estos días, pero parece que no son tiempos normales, o que los tiempos normales pueden estar acabándose. Tanto entre las elites como entre los ciudadanos corrientes, así como en los círculos académicos, cunde una sensación de crisis que no se había visto en décadas. Tal vez estamos llegando a otro *Sattelzeit* (Reinhard Koselleck): un período de cambio acelerado con resultado incierto que dejará su huella durante largo tiempo. Un síntoma interesante es lo desorientada que se muestra la economía estándar cuando se trata de gestionar el desastre económico global posterior a 2007. Nunca estuvieron tan divididos como hoy día los economistas más destacados sobre lo que hay que hacer, algo que ni siquiera la prensa especializada, como *The Economist* y el *Financial Times*, puede evitar reconocer. Tal vez la explicación sea simplemente que la democracia capitalista se ha quedado sin recursos técnicos, como resultado de lo cual la teoría económica, tal como la conocemos, está perdiendo el control del discurso público. Los líderes políticos parecen haber perdido ya la fe a ambos lados del Atlántico. Es interesante que incluso dentro de la propia ciencia económica surjan dudas sobre, por ejemplo, la forma de medir el crecimiento y la prosperidad, o las perspectivas de maximización continua de la prosperidad material en general.

Devolver la economía a la sociedad y, de hecho, a la sociología puede ser un programa para el que hoy podríamos encontrar aliados, en un mundo en el que los Estados están a punto de convertirse en algo así como corporaciones públicas que se tienen que ganar la confianza de los donantes

de capital; en el que las organizaciones internacionales funcionan como agencias de seguros de depósitos o de cobro de deudas por cuenta de los inversores privados; y en el que los gobiernos comienzan a parecerse a gestores corporativos presionados para extraer «valor del acreedor» de los ciudadanos convertidos en mano de obra disciplinada por los mercados de capitales. Quizá haya también demanda para una teoría crítica de la economía política entre los jóvenes que ya no se incorporan a los partidos políticos, que evitan los sindicatos y se niegan a votar en las elecciones. Al igual que con cualquier «investigación básica», la imposibilidad de decir quién la usará y cómo no puede ser razón suficiente para no hacerla.

Para que la sociología se convierta en verdadera sociología pública, creo que debe disponerse para el momento en que haya que repensar los fundamentos de la sociedad moderna, como sucedió durante el *New Deal* y después de la Segunda Guerra Mundial. Estoy convencido de que ese momento se está acercando, y cuando llegue los sociólogos deben tener a punto las herramientas intelectuales necesarias para que la sociedad entienda lo que está en juego. Aun si nuestra única audiencia fuera al principio únicamente académica, eso no hace necesariamente inútiles nuestros esfuerzos. En el capítulo final de su *General Theory*, Keynes se explayó sobre el poder de las «ideas de economistas y filósofos políticos, tanto cuando tienen razón como cuando están equivocados». El mundo, afirmó, «está gobernado por poco más», aunque las nuevas ideas tarden en imponerse:

> [Porque] en el campo de la filosofía económica y política no hay muchos que sean influidos por las nuevas teorías cuando pasan de los veinticinco o treinta años de edad, de modo que las ideas que los funcionarios públicos y políticos, y aun los agitadores, aplican a los acontecimientos actuales, no serán probablemente las más novedosas. Pero tarde o temprano son las ideas, y no los intereses creados, las que presentan peligros, tanto para mal como para bien[5].

No hay manera de saber y sí, tal vez, razones abundantes para dudar, si hay tiempo suficiente para que llegue a salvarnos el cambio paulatino –«arraigo gradual» lo llamaba Keynes– de ideas que han funcionado tan bien durante un tiempo. Nuestra necesidad de una economía política menos suicida puede ser más urgente, pero eso sólo puede significar que no pudimos comenzar a tiempo para desafiar la hegemonía intelectual de la economía contemporánea sobre la comprensión actual de la economía y la sociedad. El primer público para la sociología pública, sugiero, es el académico, con la cantidad sin precedentes de estudiantes de economía y administración

---

[5] John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* [1936], Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1967, capítulo 24; ed. cast.: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México DF, FCE, 1943/2001, p. 337.

de empresas a los que se está enseñando, esencialmente, que la sociedad sólo existe como una gran oportunidad para la maximización de ganancias de quienes sean capaces de tomar las decisiones más racionales. Si no podemos sembrar las semillas de la duda ahí, ¿dónde entonces? El tratado de paz parsoniano entre la sociología y la economía ha silenciado el «conflicto de las facultades» (*Streit der Fakultäten*) kantiano cuando hoy más lo necesitaríamos. Sociólogos y politólogos, en alianza con economistas heterodoxos de diferentes escuelas, han comenzado a trabajar en una nueva clase de economía política, una socioeconomía que vuelva a subordinar lo económico a lo social, y no a la inversa, primero como un proyecto teórico y, luego, cabe esperar, también político. Es hora de que la corriente principal de la disciplina recuerde sus raíces y se incorpore a la batalla, aunque sabemos que la reorganización capitalista de la universidad que se está llevando a cabo está destinada precisamente a eliminar la reflexión crítica, esgrimiendo la coartada de la eficiencia económica. Pero si la sociología pública no puede hacerse oír ante *ese* público, ¿cómo se puede esperar que lo haga en el mundo de YouTube, Facebook, Fox TV y el BILD-Zeitung?

